



África Huertava

MI HOGAR EN TI

BOOKISS

Copyright EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, octubre 2019

© 2019 África Huertas

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[AGRADECIMIENTOS Y OTRAS COSAS](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[CAPÍTULO XXV](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[CAPÍTULO XXVII](#)

[CAPÍTULO XXVIII](#)

[CAPÍTULO XXIX](#)

[CAPÍTULO XXX](#)

[CAPÍTULO XXXI](#)

[CAPÍTULO XXXII](#)

[CAPÍTULO XXXIII](#)

[CAPÍTULO XXXIV](#)

[CAPÍTULO XXXV](#)

[CAPÍTULO XXXVI](#)

[CAPÍTULO XXXVII](#)

[CAPÍTULO XXXVIII](#)

[CAPÍTULO XXXIX](#)

[CAPÍTULO XL](#)

[CAPÍTULO XLI](#)

[CAPÍTULO XLII](#)

[CAPÍTULO XLIII](#)

[CAPÍTULO XLIV](#)

[CAPÍTULO XLV](#)

[CAPÍTULO XLVI](#)

AGRADECIMIENTOS Y OTRAS COSAS

Cada vez que termino una historia, una parte de mí se va con ella. Sale de mí para entrelazarse entre sus páginas y formar parte de algo que no existía y, sin embargo, tiempo y trabajo después cobra vida. Julie no era nada, Kenan no era nada y Sudáfrica solo un par de imágenes en mi cabeza, hasta ahora, hasta hoy.

Aquí debería añadir los agradecimientos formales, pero como en casi todos mis libros solo puedo agradecer —de nuevo— a todos vosotros que escogéis mis libros, los leéis, los disfrutáis —aunque sea solo a ratos— y, finalmente, contactáis conmigo para decirme, en la mayoría de los casos, lo mucho que os ha gustado. Para todos vosotros y vosotras... mis infinitas gracias. No seguiría uno tras otro sin todos vosotros.

Pero también sin mi familia, que confía ciegamente en mí y en mi trabajo, sin dudarlo, sin pensarlo ni un instante: Os quiero muchísimo y os agradezco que me hayáis convertido en quien soy. Espero poder llevaros a este rinconcito del mundo con esta historia. A Jorge, por decirme siempre «adelante», sea la locura que sea.

Gracias a Teresa, a Ediciones Kiwi y todo su equipo de trabajo, sé que podremos conseguir grandes cosas juntos.

Por último, no quiero despedirme sin antes mencionar algunos detalles de la historia. En primer lugar, Julie no es real, por supuesto, pero sí los pingüinos, sus nombres, sus historias y el acuario. La mayoría de los sitios mencionados son reales, también el viaje y los sitios que visitan y donde se hospedan. He intentado, a pesar de tratarse de algo ficticio, acercarla a la realidad todo lo posible en la medida que he podido y debo decir que cuando lo hacía me sentía realmente allí, espero que a vosotros también os pase.

Disfrutadla, sentidla y después, si os apetece, escribidme. Gracias de nuevo, nos vemos al final de este viaje.

Una melodía que lleva el viento,
y mece, y tararea.
Y se deja llevar.

A cada una de
las personas que están
en mi vida. Sin ellos
no sería quien soy ahora.
Gracias.

CAPÍTULO I

Zuki y lo que el mar trajo de vuelta.

Zuki es el único que espera junto a mí, un pingüino de cabeza redonda y cuerpo voluminoso que siempre contempla todo con un detenimiento que me hace dudar si no habrá sido una persona en otra vida anterior. A mí también me gusta observarlos y aprender de ellos, sus movimientos, sus reacciones, su interacción con los turistas que llegan al Acuario impacientes por encontrarse con el grupo de pingüinos supervivientes en un lugar tan recóndito como este. Alzo la vista hacia el paseo y ni siquiera me había dado cuenta de la cantidad de personas que nos contemplan, a Zuki y a mí, inmóviles en esta parte del recinto, algunos de los niños nos señalan con efusividad mientras sus padres intentan immortalizar este momento. Zuki me mira y es como si supiera lo que está pensando, parece una estrella de cine atrayendo todas las miradas posibles. Hace varios años que encalló en la playa junto a sus padres, Chuck y Belinda, quienes lo criaron hasta que cumplió un mes de edad y fue entonces cuando la Fundación del África Meridional para la Conservación de Aves Costeras, o más conocido como SANCCOB, y los cuidadores del Acuario se hicieron cargo de ellos, ahora, ya es parte de esta peculiar familia de animales acuáticos que residen en este lugar.

—¡Julie! —Me reclaman desde algún lugar.

Aparto la atención de mi compañero de cámara para buscar entre la gente a la compañera uniformada y encuentro, a pocos metros de distancia, a Nancy llamándome mientras mueve sutilmente su mano de un lado hacia otro.

—Bueno, amigo, nos vemos mañana. —Bajo la voz dirigiéndome hacia Zuki poco antes de que él decida, al igual que yo, moverse.

Me levanto del suelo despacio, procurando no tropezar delante de demasiadas personas, alguna de ellas con cámara de videos, no me gustaría que quedara para la posteridad una caída de Julie Edison, aunque mi torpeza no ayuda demasiado. Me sacudo el pantalón vaquero corto, parte de este uniforme al que se le suma la camiseta azul con el logo de Two Oceans Aquarium en color blanco, a la altura del pecho, en el lado izquierdo, y por último las zapatillas. Salgo de la zona de los pingüinos mientras algunos niños siguen contemplándome con cierto disimulo.

—Hola, Julie. —Nancy sonrío esperando que la alcance lo antes posible.

—Hola, Nancy —respondo alegremente. Fue gracias a ella como conseguí este trabajo al regresar de mi año en Londres—. ¿Ocurre algo?

—No, solo quería hablar contigo, por favor, sígueme —me pide muy amablemente.

Juntas comenzamos a caminar esquivando a los turistas, la mayoría de visitantes que se dejan caer por este lugar son americanos de vacaciones que suelen alojarse en algún hotel de la ciudad, visitar el Acuario y contratar a un guía para una expedición por el sur del desierto de Kalahari, que limita por el noreste con Sudáfrica. Alguna que otra vez se escuchan las historias de turistas irresponsables atacados o devorados por leones y cuando sucede mi familia se pasa una semana entera hablando de lo sucedido, como si no existiera ningún otro tema de conversación más

importante y, todo, para terminar diciendo lo de siempre... lo inseguro que es hacer esas cosas, que los turistas no saben, no conocen estas tierras, y es entonces cuando yo me pregunto... ¿Y vosotros sí? Puede que mis padres se hayan criado aquí, pero el color de mi piel, de su piel, es más blanca que la arena de la playa que baña y bordea Ciudad del Cabo. Es en esos momentos cuando tengo que recordarles que en realidad mis abuelos eran ingleses y es entonces cuando todos callan y me echan esa mirada de aguafiestas.

Nancy entra primero en su oficina esperando junto a la puerta hasta que yo también cruzo el umbral, entonces avanza hacia su mesa, aunque se detiene cerca de ella para apoyar el trasero entre los papeles. Me mira como si estuviera pensando cómo decírmelo. Espero que no vaya a despedirme.

—Nancy, ¿todo bien? —Me adelanto.

—Claro, solo quería saber cómo estás, cómo llevas el trabajo. —Cruza los brazos a la altura de su pecho. Respiro, tranquila.

—Genial, me encanta trabajar aquí —aclaro para que no haya dudas.

Siempre quise trabajar en este lugar, mucho antes de crecer, mucho antes de decidir estudiar Biología en la universidad.

—Me alegra saberlo. —Se levanta para caminar hacia uno de los archivadores que hay junto a la pared, tras la mesa, un cristal enorme deja ver parte del almacén donde guardamos los trastos, productos y demás objetos del acuario—. Quiero que sepas que si tienes algún problema, el que sea, solo tienes que decírmelo.

—Te lo agradezco, Nancy.

—Ya sé que llevas poco tiempo entre nosotros, pero te has hecho muy rápidamente a todo, también a los animales. —Saca una carpeta que deja sobre más papeles de la mesa.

—Es mi trabajo —asiento débilmente.

—No, es tu pasión —rectifica—. Y es admirable.

—Gracias —agradezco sorprendida.

—Es la verdad —se sienta en la silla que hay tras el escritorio—. Verás, Julie, nos han pedido voluntarios para ayudar durante un par de días en Simon's Town, por lo visto están recibiendo más visitas de las previstas y no les vendrían mal unas cuantas manos que ayudasen. —Su expresión se torna seria, a la espera de mi respuesta.

—Y has pensado en mí. —No puedo ocultar la ilusión que me hace poder colaborar en Simon's Town.

—Solamente si tú quieres, por supuesto. —Una sonrisa se dibuja en su rostro—. Aunque creo que podrías aprender mucho allí.

—Me encantaría —digo con demasiado entusiasmo—. Bueno, sé que llevo solo un mes trabajando, pero la colonia de Simon's Town es increíble.

Intento controlarme, tampoco quiero parecer una loca chiflada amante de los pingüinos, aunque lo sea, pero Simon's Town es, sin duda, el lugar más emblemático de Ciudad del Cabo. La mayoría de turistas ni siquiera pueden imaginar que pueda existir una colonia de pingüinos africanos en una de las playas más bonitas de Sudáfrica.

—Eso no importa, Julie. Aquí hay gente que lleva trabajando toda la vida y no muestra ni la mitad del entusiasmo que tienes tú cada día. —Levanta su vista de los papeles para clavarla en mí—. Mañana a las siete de la mañana en la entrada del Acuario. ¿Si te parece bien?

—Aquí estaré.

—Estupendo. —Sonríe de nuevo—. Pues entonces, ya puedes irte a casa.

—Aún queda media hora para acabar...

—Julie —interrumpe—. Vete a casa.

—Sí, señora —acepto sin rechistar.

Salgo de su oficina camino del vestuario donde apenas tardo unos escasos minutos en cambiarme de ropa, volver a ponerme mi vaquero largo y mi camiseta de tirantes preparada para salir. Normalmente, suelo ir en bicicleta a todas partes, a pesar de tener el carnet de conducir desde hace cosa de dos años, pero Ciudad del Cabo no es tan grande como para necesitarlo, al menos si solamente me limito a la zona donde hago mi vida, que es en realidad por donde suelo moverme cada día.

Pedaleo con fuerza, aunque ni siquiera tengo realmente prisa por llegar a casa. El sol pega con fuerza a pesar de ser mediados de octubre, el sombrero que llevo puesto sobre mi cabeza me permite continuar sin que los destellos del sol consigan cegarme por completo. Después de un año en Londres me había acostumbrado al clima frío y nublado que reina en ese lugar cada día del año, nada que ver con mi hogar, sin embargo, echaba de menos esto, el sol sobre mi piel, bronceándola.

Giro la calle reduciendo la velocidad, pronto alcanzaré Arnold Straat logrando ver, unos diez minutos después, el número 44 sobre uno de los pilares del muro exterior de mi casa, el que separa la terraza de la carretera. Mi cabeza gira levemente hacia la derecha a medida que paso muy despacio la casa de Bisa, mi vecina de toda la vida, mi mejor amiga, pero no veo a nadie en su jardín, ni en su porche. Tampoco hay movimiento en el mío. Puedo ver el coche de mamá aparcado dentro.

Abro la puerta negra de rejas nada más bajar de mi bicicleta nueva, apenas la he gastado desde que me la regalaron hace poco más de un año, mi marcha a Londres la dejó en el garaje aparcada hasta ahora. Noto la gravilla, color canela, bajo mis pies mientras avanzo hacia el porche de casa, solo cuando tropiezo con el primer escalón suelto mi bicicleta para poder continuar mi camino. La fachada de casa es blanca, un blanco radiante después de que papá la pintara hace unos meses, pero contrastan, sin duda, los dos pilares amarillos del porche. Abro la puerta con seguridad, sabiendo que la encontraré abierta si mamá ya está dentro.

—¡Ya estoy aquí! —Alzo bien la voz.

Me deshago de mi bolso y mi sombrero antes de continuar por el comedor en dirección hacia la cocina, donde apuesto que se encontrará mamá preparando la comida. Ya puedo percibir el delicioso olor de su comida casera. Cruzo el arco que da paso a la habitación, pero me detengo en silencio para poder observarla mientras mamá se mueve de un sitio a otro con cierta ligereza. Se ha dejado crecer el cabello, una brillante melena rubia que le llega hasta los hombros, pero es lo único que ha cambiado mamá en este año de ausencia, por lo demás sigue exactamente igual a cuando me marché, a cuando la dejé llorando en el aeropuerto mientras papá intentaba consolarla. Son pocas las ocasiones que he visto a mamá llorar. Las que nunca olvidaré... aquella tarde en que mi tía Rosie le dijo que mi tío Bob había tenido un accidente, aunque todo quedó únicamente en un susto enorme; y aquella mañana de octubre a punto de subir a un avión que me llevaría a Londres.

—Julie, ¿cuándo has llegado? —Me encuentra de repente tras ella, aunque no parece que eso la haya sobresaltado.

—Ahora mismo. —Vuelvo a ponerme en marcha hasta chocar con la encimera—. ¿Y tú?

—Hoy salí antes del colegio. —Pasa su mano por mi mejilla velozmente—. ¿Tienes hambre?

—Un poco. —Arrimo mi nariz a los fogones.

—Pues, pon la mesa que vamos a comer ya. —Me aparta sutilmente para regresar a su tarea de cocinera.

Comienzo primero con la cubertería para después sacar el agua de la nevera y preparar los platos. Cuando era niña no había cosa que detestara más que poner y quitar la mesa, y mamá lo sabía perfectamente, así que lo utilizaba para castigarme o a modo de chantaje. Siempre funcionaba.

—¿Y por qué has salido antes hoy?

Enchufó la televisión de la cocina rompiendo el silencio. A mamá siempre se le olvida encenderla, podría vivir sin ningún tipo de aparato tecnológico sin que algo así trastocara su vida, yo, simplemente, me moriría.

—Después de lo sucedido ayer la dirección ha decidido permitir que las niñas se fueran antes a sus casas. —Recoge los platos que hace unos segundos he colocado en la mesa para llevárselos con ella hacia la olla llena de comida.

—¿Se sabe algo sobre eso? —Me estremezco solo de pensarlo.

Me parece increíble que un par de policías blancos mataran a golpes a un joven de color en plena calle, por muy agresivo que se pusiera (o al menos eso dijeron los polis), nada justifica matar a otra persona.

—Nada de nada. —Mamá pone el primer plato sobre la mesa.

—La gente está loca —murmuro.

—La gente no sabe vivir en paz, siempre es la misma historia —responde ella—. Siéntate a comer.

Obedezco, siempre suelo hacerlo. Cojo mi cuchara y comienzo a comer poco a poco mientras las noticias se escuchan de fondo, mientras mamá me mira como si hubiera vuelto después de veinte años lejos de ella. Como si volviera de la guerra. Quizá esa misma sensación recorra también mi cuerpo porque me siento diferente a la Julie de hace un año, como si de repente hubiera tropezado con el mundo y mi mente se abriera a todo. Antes solo existía Ciudad del Cabo, ahora me parece tan grande el mundo fuera de aquí.

—Mañana iré a Simon's Town. —Bebo un poco de agua—. En realidad, iré durante un par de días.

—¿Ya se han cansado de ti en el Acuario? —Intenta sonar graciosa.

—Necesitan ayuda con la colonia, dicen que hay mucho turis...

—Julie la protectora de todos los pingüinos de la tierra —interrumpe nuevamente con ese tono sarcástico tan característico en ella.

No me enfado, sé que no lo dice a modo de burla, sino todo lo contrario. Desde siempre me ha repetido una y otra vez que debería dedicar más tiempo a vivir y menos a los animales bicolor, pero no puedo evitarlo. Así soy yo. Así es la verdadera Julie Edison le pese a quien le pese.

—Alguien tiene que hacerlo —le sigo el juego—. Menos mal que existen las asociaciones y fundaciones que se encargan también de ello —digo aliviada.

Desde hace años la Fundación se encarga, conjuntamente con el Acuario y el Departamento de Ciencias de la Universidad, de proteger las especies autóctonas, como es el caso del pingüino africano que únicamente se encuentra en las costas de Sudáfrica y Namibia, pero está al borde de la extinción, y yo soy una de esas personas que puede hacer algo para (si no evitarlo) al menos ralentizarlo.

—Siempre tuviste un corazón enorme —suelta de repente, sin previo aviso, sin esperármelo en absoluto—. No me mires así, tengo razón.

Debo haber puesto mi cara de «eres demasiado moñas, mamá» porque de otro modo nunca hubiera excusado su comentario.

—Aún recuerdo las veces que de pequeña me llevabais al acuario. —Aquellos años pasan fugazmente por mi mente.

—Te quedabas embobada mirándolos. —Mamá agacha su mirada mientras continúa comiendo.

No lo sabe, pero incluso hoy en día sigo quedándome embobada cuando los contemplo. Siempre me gustaron los animales, a veces incluso más que las personas, de alguna forma veía algo en ellos que no encontraba en ningún otro lugar.

Terminamos de comer una hora después de haber comenzado y, juntas, recogemos la cocina. Mamá me habla de algunas de sus niñas de la escuela Rustenburg para chicas, donde también yo fui durante mi etapa escolar, y entre palabra y palabra me pregunta por el trabajo, por el día de hoy, por los pingüinos.

—Esta tarde quedaré con Bisa. —Seco el último plato mojado.

—Hace días que no la veo, dile que se pase a cenar alguna noche. —Mamá me quita el trapo de la cocina para secarse las manos.

—Pues vive justo al lado. —Sueno irónica—. Ya es difícil que viviendo en la casa de al lado no la hayas visto, aunque se lo diré.

—Bien. —Aprieta los labios—. Por cierto, ¿podrías pasarte por casa de tu prima esta tarde?

—¿De Nat? Claro, pero ¿para qué? —Me apoyo en la encimera.

—Le dejé un par de cosas para que me las arreglara y ya las tendrá. —Mamá avanza hacia la televisión para apagarla—. Un vestido y alguna blusa.

A Natalie siempre se le dio estupendamente todo eso de coser y diseñar y, aunque no pudo ir a la universidad, entre otras cosas a causa de la gran sorpresa que supuso la llegada de la pequeña Amy en las vidas de Nat y Tim, realizó un par de cursos que le permitieron ganar un dinerillo como modista, ahora, son muchas las mujeres que acuden a ella para hacerse con sus vestidos, bien nuevos, bien vestidos viejos que quieren arreglar.

—Claro, me pasaré ahora. —Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Adoro a mi prima Natalie, siempre fue como una hermana mayor para mí, y adoro con locura a la pequeña Amy.

—Gracias —dice de antemano.

CAPÍTULO II

Sorpresas que alegran el día.

Natalie y Timothy viven cerca de la playa, por lo que siempre que voy a verla aprovecho para pasear un poco rodeando la costa. Detengo mi bicicleta en la puerta de la casa, dejándola en el pequeño porche de la parte delantera, después, toco un par de veces a la puerta con el puño cerrado. El timbre se les estropeó hace un par de días. Unos pasos a gran velocidad me advierten de a quién voy a encontrar al otro lado en cuanto la puerta de madera se abra.

—¡Julie!

Una pequeña niña de cabello largo y rubio se abalanza sobre mí antes incluso de que pueda reaccionar, pero ya estoy acostumbrada, por lo que mis brazos se abren, rodeándola y levantándola del suelo casi instintivamente.

—Hola. —Nat aparece tras ella y me planta un beso en la mejilla al segundo de dejar de nuevo a su hija en el suelo—. Pasa.

Es la pequeña Amy la encargada de cerrar la puerta. Pronto cumplirá seis años, aunque para mí siempre será aquella pequeña muñeca blanca de mofletes sonrosados que sostuve en el hospital la misma noche en que nació.

—Julie, te he pintado unos dibujos. —Me agarra de la mano asegurándose de que no me voy a ir a ninguna parte.

—¿De verdad? —Muestro asombro en mi rostro.

—Sí, voy a traértelos. —Amy suelta mi mano para salir corriendo hacia su habitación.

—Imagino que te envía tu madre. —Nat lleva puesto un pantalón negro y una camisa de cuadros roja y azul, con las mangas a la altura de sus codos.

—Sí, me ha dicho que te dejó unas cosas. —Nos detenemos en el comedor.

—Lo tengo listo, pero siéntate y toma algo. —Me señala con su mano el sofá—. ¿Algo fresco?

—Mejor ponme una infusión. —Me siento en el sofá muy despacio—. ¿Tienes *rooibos*?

—Claro, ahora te lo traigo. —Mi prima sonrío poco antes de desaparecer.

Apenas tenía dieciocho años recién cumplidos cuando se quedó embarazada. Recuerdo aquella tarde en su habitación, llevaba demasiado tiempo callada con esa expresión en su rostro de estar ocultándome algo. Siempre fui la persona que mejor la conocía, aunque también ella era la que mejor me conocía a mí. Y entonces sucedió. Abrió su enorme boca y me lo dijo. Las piernas le temblaban y los párpados le iban a una velocidad increíble, signo inconfundible de que estaba aterrada. Sí, aún recuerdo aquella tarde como si hubiera sido ayer.

—Mira, Julie. —Algo tira de mí con muy poca fuerza haciéndome reaccionar de nuevo.

Amy espera de pie a mi lado con un par de folios en sus manos. En su rostro, la misma sonrisa de su madre, aunque es a Timothy a quien más se parece. Coloca entusiasmada sobre mis rodillas

los dibujos y puedo ver una chica dibujada, lo cierto es que resulta bastante fácil de identificar. Me asombra.

—¡Oh, vaya, Amy! ¿Esta soy yo? —Me hago con el primer dibujo y aparezco yo, o eso creo, y una niña mucho más pequeña de cabello rubio montada sobre una jirafa.

—Sí, y esa soy yo. —Alarga su mano señalándomelo.

—¿Hemos ido de excursión? —Sigo observando los detalles del dibujo.

—Sí, a ver animales —dice con una convicción asombrosa a pesar de su edad—. Hay más.

Aparto el dibujo para dejarlo en el sofá y continuar mi tarde artística. En el siguiente hay agua y una isla y...

—Amy, ¿esto son pingüinos? —Dejo escapar una tímida sonrisa.

—Sí, como tus pingüinos del Acuario —vuelve a decir convencida.

El sonido de los pasos de Nat nos hace girar la cabeza a las dos, Natalie avanza hacia nosotras con una bandeja entre sus manos y, sobre ella, un par de tazas y una tetera.

—Chicas, dejadme paso —pide con dulzura.

Aparto las velas que hay sobre la mesa del comedor permitiéndole a Natalie que deposite en ella la bandeja con mayor facilidad. Comienza a servir el *rooibos* en las tazas de té con cuidado y delicadeza, del mismo modo en que su madre lo sirve en casa cada vez que vamos a verlos. Agarro a Amy de la cintura hasta colocarla sobre mi regazo.

—Huele muy bien. —Le hago carantoñas al rayo de sol que tengo encima.

—¿Qué tal todo, Julie? —Deja la tetera sobre la bandeja antes de sentarse a mi lado—. ¿Cómo está siendo la vuelta?

—Todo va muy bien. —Muevo mi nariz muy rápido en la mejilla de Amy que echa a reír de inmediato—. Mamá aún parece que crea que voy a irme de nuevo en cualquier momento.

—Hombre, aún me tienes que explicar por qué has vuelto. —Aparta su mirada de mí. Natalie coge una de las tazas y bebe la primera.

—Aquí estáis vosotros, mi familia. Mi hogar. —Vuelve mi mirada castaña a Amy que aún contempla los dibujos.

—Julie, allí tienes más oportunidades que aquí. —Y suena más a regañina que a consejo.

—Si no querías que volviese habérmelo dicho —bromeo restando importancia a su comentario—. Nat, ya sabes que yo quería trabajar con los pingüinos, con todo lo que se hace aquí para...

—Sí, sí... —Pone los ojos en blanco—. Porque eres una heroína que va salvando especies de la extinción. —Ahora es ella la que suena a burla.

Sonríó, al igual que Nat, al igual que Amy, pero no me importa lo que todo el mundo diga, Londres no es ciudad para mí, yo estoy acostumbrada a esta vida que me gusta.

—¿Y vosotros? ¿Qué me cuentas? —Intento cambiar de tema.

—No mucho. —Y vuelve hacerlo de nuevo. Esa manía de ocultarme cosas sabiendo que no va a conseguirlo.

—¿Qué sucede? —Arrugo la frente preocupada.

Natalie deja su taza sobre la bandeja y aguarda en silencio un par de minutos mientras me contempla. Sé que hay algo, algo que no me está contando.

—Amy, cariño, trae esas galletas de chocolate que tanto le gustan a Julie —se dirige a ella exclusivamente.

—Vale, mamá —apenas le da tiempo a contestar antes de salir como una bala en dirección a la cocina.

—¿Nat, sucede algo grave?

Es evidente que si ha hecho que Amy se vaya de la habitación algo importante tiene que decirme. Respira profundamente. El silencio sigue reinando en el comedor y un nerviosismo comienza a recorrer mi cuerpo entero.

—Julie, no queríamos decir nada hasta dentro de unas semanas, pero...

—Por favor, Natalie, dímelo de una vez —le exijo.

—Estoy embarazada —suelta de golpe, sin vacilaciones.

Al principio me paralizó hasta que comienzo a ser consciente de lo que la frase «estoy embarazada» significa y, cuando mi cerebro empieza a reaccionar, una alegría me invade por completo, algo muy similar a lo que sentí cuando vi a Natalie sana y salva después de la cesárea y a Amy en su cunita.

—¡Oh, madre mía, Nat! —Me lanzo hacia ella rodeándola con fuerza—. ¡Eso es fantástico! Muchas felicidades. No sabes cuánto me alegro.

De pronto noto los brazos de Natalie apretando también y así permanecemos unos minutos más las dos hasta que Amy reaparece corriendo.

—No se lo digas a nadie todavía —susurra en mi oído antes de soltarme—. Muchas gracias Amy, ahora vamos a comer algunas. —Nat guiña el ojo a su pequeña mientras intento controlar la alegría que siento por mi prima querida, pero también por Tim.

Paseo por la calle mientras contemplo el mar. Comienza a atardecer y una brisa marina refresca lo que queda de día. La noticia del embarazo de Nat me ha pillado por sorpresa, pero me alegra, sé que van a ser muy felices. Mi teléfono móvil comienza a vibrar dentro del bolsillo de mi pantalón; debe ser mamá o papá preguntándose dónde me he metido, hace ya varias horas que salí de casa. Saco el teléfono, la sorpresa me la doy al comprobar que no son ellos, que el nombre que aparece en la pantalla táctil es el de Bisa.

—¿Dónde estás? —pregunta antes de que pueda ni siquiera saludar.

—Por la playa —respondo al instante.

—Perfecto, nos vemos en Franky's en media hora. —Y como es habitual en Bisa, no me lo pregunta, simplemente lo afirma.

—En media hora, vale. —Asiento sin que pueda verme.

Algunas de las mesas que hay fuera, en la acera, están ocupadas por clientes que toman algo de beber, pero no me detengo a contemplar nada, sino que avanzo hacia las puertas abiertas del local para cruzarlas sin pensármelo dos veces. Echo un vistazo rápido en busca de mi amiga, pero solo logro ver caras de personas desconocidas.

En la barra, un par de clientes charlan sentados en los taburetes rojos, color emblemático de este local. Una de las mesas del fondo está vacía así que camino hacia ella para ocuparla. Franky's tiene un aire clásico, aunque muy fresco, ambientado en los años cincuenta al más puro estilo *Grease*, con asientos acolchados y azulejos blancos y azules cubriendo por completo todo el suelo. Una camarera se detiene frente a la mesa, espera con una libreta en la mano y un bolígrafo, al menos no va disfrazada a juego con el local.

—Una cerveza. *Umqombothi* —pido.

—En seguida te lo traigo —responde ella sin anotar nada.

Me quedo sola en un rincón del bar mientras contemplo a la gente que va y viene. Junto a mí una bolsa con las cosas de mamá y los dibujos de Amy doblados por la mitad, entre ellos, al menos uno es para mamá y, a mamá le va a encantar en cuanto se lo comente, creo que su vena de abuela comienza a hacerse notar, aunque intenta ocultarlo sin demasiado éxito. Levanto la vista un segundo de los trastos con los que he cargado para encontrar a la misma camarera que me ha atendido dejando sobre la mesa metálica mi cerveza. Tras ella, y avanzando sin saber muy bien dónde detenerse, Bisa camina por el bar buscándome entre la gente. Esquivo a la camarera inclinándome hacia un lado al tiempo que gesticulo con mis manos esperando que mi amiga lo vea. Lo hace. Bisa Boubuk siempre ha sido mi vecina, pero sobre todo siempre ha sido mi mejor amiga en el mundo. A mi regreso de Londres encontré a una Bisa algo distinta, se había cortado el pelo a lo chico y su vestimenta parecía haberse modernizado un poco más, aunque seguía siendo mi amiga marimandona. Se dibuja una sonrisa gigantesca a medida que la distancia que nos separa es menor.

—Julie. —Puedo escuchar mientras ocupa el hueco de los sofás en forma de U que hay frente a mí, después, claro, de darme un beso en la mejilla.

—Hola. —Sonrío.

La camarera aguarda unos minutos más sin apartar la vista de mi amiga de piel color chocolate, aunque el chocolate más brillante que he visto nunca en Ciudad del Cabo.

—Hola, ¿te sirvo algo? —se dirige directamente a ella.

—Sí, lo mismo que a ella —responde con una sonrisa.

La camarera se va y nos quedamos las dos solas. La observo unos segundos, los suficientes como para percatarme de lo guapa que viene, perfectamente maquillada, resaltando sus grandes ojos negros y sus voluminosos labios.

—¿De dónde vienes? —Cojo mi cerveza—. Que guapa.

—De un *casting*. —Se dibuja en su cara cierta decepción—. Buscaban unos modelos para unos anuncios de ropa y me presenté.

Pero por su expresión adivino que no ha ido tan bien como esperaba. Apoya la espalda en el asiento acolchado. Su idea de convertirse en modelo siempre la ha acompañado a todas partes, desde que era pequeña, luego cumplió los dieciséis y se marchó sin decírselo a su familia a Johannesburgo porque había un *casting* importante, aunque de aquello solamente sacó una buena ríña de su madre y un mes sin salir de casa.

—¿Y no ha ido bien? —Aparto el flequillo de mi cara colocándolo tras mi oreja.

Antes, llevaba la raya en el medio, pero cuando decidí cortarme el pelo pensé que sería buena idea darle otro *look* y me hice la raya a un lado y algo de flequillo al otro.

—La verdad, no lo sé, se supone que nos llamarán. —La camarera deja la otra cerveza en la mesa—. ¿Y tú qué haces por aquí?

—He ido a casa de Nat. —También yo me echo hacia atrás.

Bebemos casi al mismo tiempo. Echaba de menos estos ratos con Bisa durante mi estancia fuera. Allí hice amigos, claro, pero nada demasiado duradero, supongo que, en mi interior, inconscientemente, sabía que solo era una etapa, que en realidad regresaría a Sudáfrica al acabar el año y continuaría con mi vida anterior.

Me marché porque mis padres me convencieron, creían que era una gran oportunidad para mí y la idea de pasarme el último año de carrera en otra parte del mundo no me desagradaba tanto, así que lo hice, sin pensarlo demasiado. Pero he vuelto, y me alegra haberlo hecho.

—Will me ha preguntado por ti —dice con cierta sutileza—. Aún no lo has visto desde tu vuelta, ¿verdad?

—No, apenas he tenido tiempo. —Me engaño a mí misma, aunque no sé por qué evitarlo nuestra relación acabó bien, como amigos.

—Creo que tiene ganas de verte —deja escapar de sus llamativos labios.

—Sí, yo también. —También a él lo he extrañado todo este tiempo—. Somos amigos.

—Ya. —Aparta su mirada de mí, nada convincente—. Mañana podríamos quedar todos para cenar.

—Claro —murmuro poco antes de volver a beber de mi vaso.

—Pues avisaré a Abibi también —continúa, aunque sé que espera algún comentario mío con el que poder estirar del hilo y poder acabar diciéndome... ya te lo dije.

Cuando le conté que Will y yo habíamos roto, que solamente seríamos amigos, pude percibir en su voz sorpresa y disconformidad. Bisa está convencida de que Will es el hombre de mi vida, aunque yo no estoy tan seguro de ello, y prueba de ello la ruptura. Algo que sucedió en un viaje suyo improvisado a Londres unos meses después de haberme ido, cuando descubrí que no lo

extrañaba tanto, que no lo necesitaba.

—Vale.

Soy totalmente consciente de que no voy a poder evitarlo eternamente.

CAPÍTULO III

Simon's Town.
La ciudad de los pingüinos.

Puedo ver un grupo reducido de personas esperar junto a la entrada del Acuario, muy próximos a una pequeña furgoneta roja con el logo de la Fundación bien grande en uno de sus laterales. Todos llevan puesto el uniforme que nos obligan a llevar en el Acuario, aunque no a todos los reconozco, hay gente nueva, voluntarios que jamás había visto en mi trabajo antes. Papá detiene el coche a unos escasos metros de ellos.

—¿Todos esos son voluntarios? —Achina sus ojos hasta el punto de parecer que los ha cerrado por completo. Le he dicho un millón de veces que debería llevar puesta las gafas o al menos llevarlas encima; por más que insista en que ve, es evidente que no es así.

—Sí. —Yo también echo un vistazo, entre la gente veo la cara de Lucinda, Ned y Silwa, los únicos a quienes reconozco—. Me marchó.

—Vale, ten cuidado. —Arruga la frente como cuando era una niña pequeña y aún necesitaba que cuidaran de mí de esa forma.

—Papá, solo voy a Simon's Town. —Pongo los ojos en blanco.

—Eso no importa, ten cuidado —repite de nuevo.

—Vale. —Me doy por vencida.

Abro la puerta del coche y bajo, llamo la atención de la mayoría de la gente que espera, también yo voy vestida con el uniforme oficial del Acuario por lo que es innegable que voy a unirme a ellos en breve. Mis ojos se fijan en los tres compañeros que sí reconozco mientras avanzo hacia ellos.

—Tú eres Julie, ¿verdad? —Un hombre corta mi paso de repente—. Soy Dirck van der Voet, el coordinador.

El señor van der Voet extiende su mano esperando que la acepte. Es un hombre de cabello castaño claro, ojos claros y manos grandes, debe rondar los cuarenta y pico años. A diferencia del resto, el señor Dirck van der Voet lleva puesto un pantalón vaquero largo y su camiseta, de color rojo, lleva grabado en su pecho el logo bordado de la Fundación. Se pone en marcha hacia el resto de voluntarios y yo me limito a seguirlo muy de cerca. Dirck me presenta al resto de personas y aunque todos me saludan muy amablemente, solo Lucinda alza la mano con efusividad. Nos ponemos en marcha, algunos subimos en la furgoneta roja, pero a falta de espacio otros se ponen en marcha con otro vehículo de color blanco aparcado no muy lejos de donde estamos.

Simon's Town es una de las localidades más visitadas de Sudáfrica, entre otras cosas gracias a su colonia de pingüinos que invaden una de las playas de piedras redondas más hermosas de la costa. Yo tenía cinco años la primera vez que mis padres me llevaron a Simon's Town, solamente era una niña pequeña que ni siquiera sabía pronunciar correctamente la palabra pingüino sin equivocarse y, sin embargo, siempre lo recordaré. Mi mente retendrá ese día para siempre. El día

que caminé por aquel muelle de madera que recorre la playa y los vi, un reducido grupo de animalitos blancos y negros que superaban mi altura con diferencia. Mi padre, Richard, me alzó entre sus brazos, y entonces, la vista fue aún más increíble de lo que ya me parecía. No estoy segura de si realmente fue la primera vez que me topé con aquel animal extraño, pero al menos es la primera vez que mi cabeza recuerda. Y después crecí y aún me asombraba mucho más que pudieran vivir en un lugar como este tan lejos de los casquetes polares y del frío invierno como tantas veces había visto en las películas. No, no era capaz de comprenderlo. Simplemente me fascinaron.

—*Hallo*. —Oigo la voz llegar a mi oído izquierdo haciendo que gire mi rostro para saber de quién se trata.

—*Hallo*. —Respondo al encontrar un chico de cabello rubio como el sol lanzándome una sonrisa.

—Tú eres una voluntaria nueva. —Sigue sonriendo.

—Lo soy. —Relajo mis hombros y mi cuerpo—. Trabajo en el Acuario de Ciudad.

—Por eso me sonaba tu cara. —Aparta sus ojos de mí balanceando su cabeza hacia el otro lado—. Me llamo Elliot.

—Yo soy Julie. —Le lanzo una pequeña sonrisa—. ¿Trabajas en el Acuario también? Nunca te he visto por ahí.

—No. —Sonríe—. Trabajo para la Fundación. Hace un par de años ya que soy voluntario en Simon's Town, pero por aquí no te había visto antes.

—Es la primera vez que vengo como voluntaria. —Echo un vistazo rápido por la ventanilla de la furgoneta, más allá de Elliot.

—Te gustará. —Parece convencido.

Casi una hora después comenzamos a ver la localidad de Simon's más allá de la carretera, más allá de las montañas y el verde que rodea cada rincón de Sudáfrica. Un pequeño pueblo turístico de pequeñas casas pintadas con colores claros. Cruzamos el pueblo aproximándonos cada vez más a la playa, de un color turquesa hermoso. Estiro mi cuello para poder verla desde la ventanilla, hasta que frenamos en una especie de *parking* repleto de coches y, poco a poco, vamos bajando uno a uno.

Una ráfaga de aire me golpea con fuerza nada más bajar de la furgoneta viéndome obligada a apartar el pelo de mi cara como humanamente puedo, aunque no tengo demasiado éxito. Alzo la vista y logro ver el Centro de visitantes a unos cuantos metros de distancia de donde estamos.

—¡Bien, chicos! —El señor van der Voet alza la voz—. Primero iremos al centro donde nos explicarán un poco cómo trabajan aquí, especialmente a los nuevos, y después bajaremos a la playa.

Todos intentamos protegernos del viento como podemos, en esta parte de la ciudad las ráfagas de aire son bastante comunes en esta época del año. Algunos responden al señor van der Voet, otros simplemente nos limitamos a asentir con la cabeza. Avanzamos entre los coches hacia el

edificio de cemento gris, pero para mi sorpresa, no nos detenemos en su interior, sino que Dirck nos conduce con decisión hacia la otra parte del edificio hasta que volvemos a estar fuera, en una especie de terraza semicircular y con unos bancos de madera a mano izquierda. Las vistas desde aquí son increíbles. Delante de nosotros arbustos y plantas de poca estatura, pero a unos cuantos metros hacia delante se puede ver la playa de un azul intenso, las bajas montañas a lo lejos a mano izquierda y un sol radiante sobre el mar iluminándolo todo. Algunos turistas sacan fotografías del lugar, veo una pareja joven posando junto a la valla de madera de poca altura mientras otro les saca una foto con una cámara.

—Por ahí se va a la playa. —Oigo una voz femenina muy cerca de mí, es Lucinda que parece aún más impaciente que yo.

Sigo la trayectoria que su brazo dibuja y logro ver a mano derecha el muelle de madera que recorre toda la orilla de la Boulders Beach, donde se encuentra la colonia de pingüinos conviviendo con los vecinos de este lugar y con los turistas que año tras año vienen a contemplarlos. Una convivencia casi perfecta. Sonrío.

—Bien, chicos. —Dirck reaparece después de varios minutos ausente—. Para los que sea la primera que vienen como voluntarios que me sigan para una clase rápida. —Alza el brazo a modo de guía—. Los que ya sepan se irán con Floy a la playa.

La gente comienza a moverse, debemos ser unos doce o trece voluntarios, pero la mayoría de ellos emprenden camino hacia el muelle siguiendo a un tipo de color, alto y con el pelo largo recogido en una coleta. Echo un vistazo a mis compañeros y logro contar cinco cabezas entre las que se encuentra Lucinda a mi lado, también ella es la primera vez que viene como voluntaria.

—¿Estos son los nuevos? —Una mujer corpulenta avanza tras Dirck con una sonrisa en su rostro.

—Así es Ellen. —Dirck se hace a un lado permitiendo que la mujer lo sobrepase sin apartar sus ojos de nosotros.

—Bienvenidos a todos. —Parece simpática—. Me llamo Ellen y voy a explicaros un poco cómo trabajamos aquí para que sepáis como hacerlo. Seguidme, vayamos dentro.

Y así hacemos todos. Lucinda es la primera en comenzar a caminar tras Ellen, aunque yo la sigo de cerca. Volvemos a dirigirnos hacia el centro, miro hacia atrás y el señor van der Voet espera al final mientras contempla embobado el mar.

Termino de alimentar al grupo de pingüinos que me rodean, muchos me contemplan desde el muelle con fascinación, envidiosos al ver mi proximidad hacia este grupo de peculiares animales, pero en otros también puedo ver terror en su cara. La arena es blanca y fina, extremadamente fina, de hecho, si no fuera porque se nos está completamente prohibido, me descalzaría de inmediato hundiendo mis pies en ella.

Cientos de personas se aglomeran a lo largo del muelle intentando captar todo lo que sucede aquí abajo y vuelvo a sentirme con Zuki en el Acuario, una estrella de cine, aunque bien sé que la mayoría de esas personas ni siquiera me ven, solo tienen ojos para los pingüinos y lo prefiero así. La orilla de la playa está llena de piedras redondeadas de todos los tamaños, aunque casi todas

son bastante enormes. Los pingüinos aprovechan esta creación de la naturaleza para subirse por ellas y caminar con ese andar peculiar, casi cómico, que los caracteriza.

Miro a mi espalda para comprobar que Lucinda y los otros dos compañeros siguen allí cada uno con su trabajo, nos han repartido a lo largo de la playa, algunos se han quedado en Foxy Beach, otros tantos se reparten entre Seaforth y Water's Edge Beach y solo cuatro estamos en Boulders. En realidad, no hay mucho que hacer, aunque no me importa pasarme un par de horas sin hacer más, me conformo observando este maravilloso lugar. ¿Cómo voy a querer quedarme en Londres pudiendo vivir para siempre en un lugar como este? Mi familia no lo comprende, aunque también ellos creen vivir en un lugar afortunado. Soy feliz, soy muy feliz en este pequeño rincón del mundo donde me ha tocado vivir. Respiro profundamente mientras contemplo las olas de la playa llegar a la orilla blanca.

Nos detenemos a comer unas horas después. Nos proveen de bocadillos y bebidas mientras comemos en la misma terraza del centro de visitantes de donde hemos salido esta mañana. Los voluntarios se reúnen en pequeños grupos, después de varios meses e incluso años como voluntarios muchos de ellos se conocen. Recojo mi bocadillo antes de comenzar a caminar despacio por la terraza, el aire se ha detenido y en su lugar una suave brisa refresca; miro a mi alrededor decidiendo dónde detener mi paso hasta que encuentro a Lucinda sentada en uno de los bancos de madera rodeada por un par de personas, entre ellas veo a Silwa.

—Creo que ese sitio lo cerraron hace un par de meses. —Escucho decir a uno de los chicos sentado en el suelo.

—Pues me encantaba. —Silwa muerde con fuerza su bocadillo poco después.

—Siéntate, Julie. —Lucinda señala el único sitio vacío del banco de madera donde también ella está sentada.

Sonríó antes de aceptar la propuesta, nunca tuve mucho trato con Lucinda en el Acuario, pero sé que ella se encarga de la fauna marina, los peces, por lo que no coincidimos demasiado por allí. Comienzo a comer.

—¿Qué tal la mañana? —Elliot, el chico con el que he coincidido en la furgoneta, saca la cabeza de entre la gente que lo rodea buscándome con la mirada—. Los nuevos lo disfrutáis más.

—Ha estado genial. —Tapo con mi mano parte de la boca mientras mastico con delicadeza.

—Dentro de unas semanas será simplemente rutina —dice con resignación.

—¿Habías trabajado antes con pingüinos? —pregunta otro de los chicos del grupo.

—Julie trabaja en el Acuario con ellos —responde Lucinda antes de que pueda ni siquiera intentarlo.

—¡Ah, pues! Entonces no eres nueva —responde el mismo que había preguntado hace unos segundos.

—¿Cuánto tiempo lleváis de voluntarios? —pregunto en plural, pero me dirijo casi en exclusivo al chico sin nombre que también ha querido saber de mí.

—¿Unos dos años? —Le echa una mirada dudosa a Elliot.

—Unos dos años —confirma su amigo.

—¡Entonces seréis todos unos expertos! —Suenan casi a un alago por parte de Lucinda que parece querer llamar la atención del amigo sin nombre de Elliot.

—Con unas semanas aquí todo el mundo se hace experto —asegura Elliot mientras acaba su bocadillo—. En realidad, lo difícil es encontrar a alguien que mantenga la pasión por hacer lo que hacemos después de muchos días aquí.

—Tú pareces tenerla —se dirige de nuevo a mí el chico sin nombre.

—¿Yo? —Me pilla desprevenida.

—Sí, te he visto antes en la playa. —Me lanza una media sonrisa.

Todos se quedan callados, se suceden un par de minutos bastante incómodos. Al terminar de comer todos recogemos al tiempo que comenzamos a separarnos por la terraza entre el barullo de la gente, de resto de los voluntarios y los visitantes que esperan impacientes a comenzar el recorrido. Tiro a la papelera el papel y el bote de refresco.

—Volvamos a la carga. —Silwa me sonrío emocionado mientras tira sus cosas a la basura, poco después avanza hacia el grupo de voluntarios. Dejo escapar una sonrisa.

—Espero no haberte molestado. —El chico sin nombre llama mi atención.

—No, no lo has hecho. —Aunque debería reconocerle que un poco incómoda sí que me he sentido al descubrir que me observa en la playa.

—Me llamo Marcel —se presenta al fin.

—Julie —respondo sonriente.

—Me ha resultado curiosa tu forma de estar con los pingüinos y por eso me he fijado en la playa —intenta explicarse.

—Te sorprendería saber que no eres el único que me lo ha insinuado.

Si supiera que mi familia al completo no deja de repetírmelo una y otra vez.

Comienzo a caminar hacia Lucina que espera junto a la otra compañera del grupo en el que estoy yo, Marcel me sigue de cerca. No es demasiado alto, tiene el pelo castaño y un buen porte, me recuerda un poco a Will.

—¿Y cuánto tiempo estarás por aquí? —No deja de mirarme ni un solo segundo.

—Unos días, quizás una semana como mucho. —Meto mis manos en los estrechos bolsillos de mi pantalón corto del uniforme.

—Qué lástima —murmura, aunque lo suficientemente alto como para escucharlo—. Entonces tendrás que venir a la cena de este sábado.

—¿Una cena? —Arrugo la frente inconscientemente.

—Sí. —Ambos detenemos nuestro paso—. Durante los meses en que estamos de voluntariado se hacen cenas y fiestas todos los sábados, ya sabes, para conocernos un poco más todos.

—Suena bien. —Borro la expresión de extrañeza de mi rostro—. Me encantará ir a la cena entonces.

—Y a mí. —Vuelve a bajar el tono de su voz.

Dirck van der Voet alza la voz entre los voluntarios captando toda la atención, no lo escucho muy bien desde donde estoy, pero creo entender una serie de directrices nuevas y no tardo en comprender que son las nuevas órdenes para organizarnos y continuar con el trabajo. Dejo de prestar atención a Marcel y dejo de verlo pocos minutos después cuando volvemos a agruparnos como antes.

CAPÍTULO IV

Volver a verte.

Estiro de la parte baja de mi camiseta blanca mientras espero a que llegue el resto de gente. Bisa ha conseguido coger el coche de su tía, que ahora vuelve a vivir con ellas en casa después de varios meses desaparecida con su nuevo novio hasta que, como las veces anteriores, la ha dejado tirada de la noche a la mañana y se ha visto obligada a volver a Ciudad del Cabo con el rabo entre las piernas. Antes, Zeena, la tía de Bisa, vivía en Satara, al norte de Sudáfrica, hasta que la malaria amenazó con fuerza y Meit, la madre de Bisa, la invitó a mudarse a Ciudad con ellas y la abuela, pero desde entonces no ha hecho otra cosa que discutir con ella, ya que es una cabra loca.

—Si no te conociera diría que estás nerviosa —bromea mi amiga, la misma que ha decidido ponerse en la cabeza una flor blanca a modo de adorno.

—No lo estoy —intento engañarla.

Claro que me pone nerviosa ver a Will después de tantos meses, por muy bien que terminara todo, al fin y al cabo, es Will, el mismo chico con el que nos hemos criado, con el que subí a Table Mountain siendo unos niños, el mismo que me besó por primera vez y del que me enamoré siendo adolescente.

—Mientes de pena. —Sonríe Bisa—. ¿Y por qué no te has arreglado un poco?

Mi coqueta amiga me mira de abajo arriba analizando mi vestimenta que, nada tiene que ver con lo que ella lleva puesto.

—¿Qué tiene de malo esta? —También yo me miro confusa.

Pensé en ponerme uno de esos vestidos nuevos que mamá se empeña en comprarme y que nunca veo el momento de estrenar, pero entonces pensé que podría mandar señales confusas a Will y saqué el pantalón negro del cajón y la camiseta blanca con escote en pico, acto seguido lo complementé con un colgante colorido y unas zapatillas Converse blancas.

Después de analizar mi propio vestuario, alzo la vista para mirar a mi mejor amiga; lleva una camisetita roja que deja su ombligo al aire, la ha combinado con un vaquero arremangado hasta los tobillos. Llama más la atención, eso seguro, pero sigo sin ver nada malo en mi ropa.

—Julie, siento decirte que Will te va a mirar igual lleves un pantalón viejo que una falda enana. —Su convicción es asombrosa.

Arrugo la frente enojada mientras aparto mis ojos de ella para volver a mirarme los pies. Seguimos allí de pie, esperando, al menos, unos quince minutos más, dentro el *pub* está bastante lleno para ser entre semana, aunque la noche acompaña. En Waterfront se encuentran los mejores locales para salir de noche en Ciudad, la mayoría son sitios bastante pijos y caros con una clientela basada, sobre todo, en turistas que llegan a la ciudad, pero hay algún que otro lugar aceptable al que poder ir. Bisa insinúa en varias ocasiones acercarnos a la barra y pedir algo mientras seguimos esperando, pero logro convencerla para aguardar unos minutos más a la espera; Abibi y Will aparecerán en cualquier momento.

—Deberías avisarlos, al menos para que nos digan por dónde están. —Miro la pantalla de mi teléfono impaciente. No suelen ser chicos tardones y hace bastante que hemos quedado.

—No hará falta. —Una sonrisa se dibuja en el rostro de Bisa mientras mira al horizonte.

Me doy la vuelta rápidamente y los veo entrar en el local buscándonos con la mirada entre la gente. Es la primera vez que veo a Will y no me da un vuelco en el estómago, antes siempre me pasaba, daba igual que hubieran pasado diez minutos sin verlo como diez días. Hoy no.

Abibi lleva puesto un chaleco de cuero negro que cubre su camiseta, también negra de manga corta, Will ha decidido ponerse una camisa blanca que ilumina su cara. Se ha dejado el pelo un poco más largo y lleva una fina barba de varios días que le da un aspecto más adulto. Es un chico muy guapo, eso no puedo negarlo.

—No ha sido culpa mía —se excusa Abibi antes de que ninguna de las dos podamos decir nada.

—Traidor —susurra Will bromeando—. Hola chicas, lo siento.

—Sabes que a ti te lo perdonamos todo. —Bisa se acerca a él para darle dos besos.

—¡Oh, venga! ¡A él sí y a mí no! —Continúa con la broma Abibi.

Bisa sigue saludando mientras yo me quedo inmóvil sin apartar mis ojos de Will, quien también sostiene sus ojos en mí mientras se va dibujando lentamente una sonrisa en su cara, hasta que se decide a dar el primer paso hacia mi mejilla.

—Hola Julie, bienvenida a casa —susurra en mi oído mientras su mano, la que se apoya en mi espalda baja y me acerca a él sutilmente.

—Hola Will, me alegra verte. —Sonrío.

—¿Y a mí no? —Interviene Abibi.

—A ti también. —Relajo mis hombros y saludo a mi otro amigo.

—Hola, guapa. —Abibi me abraza sin previo aviso—. Ya necesitábamos el regreso de Julie.

—La verdad es que sí. —Bisa alarga su brazo y me pega a su cuerpo con fuerza—. Te hemos extrañado.

—Pues ya estoy de vuelta. —Sueno victoriosa—. Anda, pidamos algo de beber.

Nos dejamos caer en un rincón del *pub* después de pedir algo en la barra, lo que creía que sería una noche algo incómoda se convierte en una entretenida y divertida noche repleta de bromas de Bisa y chistes de Abibi, que parece haber ampliado su repertorio en mi año de ausencia. Will se comporta con toda la normalidad del mundo y me alegra y tranquiliza que así sea después de todo, ya que fui yo la que decidió acabar la relación hace meses, pero Will parece el mismo chico dulce que siempre ha sido, a pesar de todo. Abibi se levanta para volver a la barra y pedir otra copa pero, aunque va solo, Bisa no tarda más de un par de segundos en alzar su trasero de la silla y seguirlo dejándonos solos a Will y a mí.

—¿Qué tal todo por aquí? —Me relajo en la silla buscando la mayor comodidad.

—Bien, me puse a trabajar. —Acaba la copa.

—Sí, Bisa me lo dijo. —No quiero que piense que haber roto implica que no me preocupe por él, que no quiera saber de él y de su vida—. ¿Y estás bien?

—Estoy bien —responde con seguridad en su voz—. ¿Y tú? Debes de ser la mujer más feliz de la Tierra ahora que por fin trabajas con tus pingüinos.

Un escalofrío recorre mi cuerpo de repente, cuando me percató de lo bien que me conoce, de lo bien que sabe quién soy en realidad.

—Lo soy. —Me inclino hacia delante—. Ahora estoy en Simon's.

—Creía que estabas en el Acuario —dice confuso.

—Sí, pero estaré unos días de voluntaria en la colonia.

—Eso suena genial, Julie. —Sonríe.

Abibi es el primero en aparecer con dos copas en su mano, una de ellas se la entrega a Will, mientras que él mismo bebe de la otra. Miro hacia atrás en busca de mi amiga y la encuentro en la barra charlando con el barman, sujetando entre sus manos su copa y la mía. Bailamos un poco, aunque solamente Abibi llama la atención de la gente del local con su peculiar baile provocativo consiguiendo que Bisa no sepa dónde meter la cabeza, avergonzada. Nunca va a reconocérmelo, pero existe cierta atracción entre Abibi y Bisa, de siempre, desde los quince años. Son tan diferentes y parecidos al mismo tiempo.

—Voy al servicio, ¿me acompañas? —Me dice Bisa al oído.

Asiento. Esquivamos a la gente de la pista de baile avanzando juntas hacia los servicios, aunque al llegar nos toca esperar fuera unos minutos. Bisa no deja de moverse de un lado hacia otro intentando aguantar el pis con todas sus fuerzas, hasta que al fin dos chicas rubias de aspecto alemán salen del baño de mujeres y Bisa agarra mi mano y tira con fuerza de ella hasta entrar juntas. Cierro la puerta.

—Tienes una vejiga muy pequeña —bromeo.

Bisa no dice nada. Me doy la vuelta para mirarme en el espejo mientras espero. Mi cara está pálida y debe ser a causa de la falta de sol en Inglaterra, aunque nunca he sido una chica que lograra ponerse morena con facilidad, mi piel siempre ha tenido más bien un color claro, algo que debo sin duda a la familia de mi madre, también Nat es blanquita como la arena de la playa.

—¡Ay qué gusto! —Bisa vuelve a ponerse el pantalón y yo me hago a un lado permitiendo su paso hacia el lavabo. Abre el grifo para lavarse las manos—. ¿Qué tal con Will? —Sus ojos me miran a través del espejo del baño.

—Bien, ya te dije que habíamos quedado bien. —Esquivo su mirada como puedo sin levantar sospechas.

La escucho suspirar poco antes de alcanzar un trozo de papel con el que se seca las manos, después apoya el trasero en el lavabo y me mira en silencio unos segundos. Siento nostalgia en su rostro.

—¿De verdad estás bien? —Insiste, esta vez no noto ese tono sarcástico que suele usar casi para todo.

—Bisa, de verdad que estoy bien. —Coloco mis manos sobre sus hombros—. Ya no estoy enamorada de él.

—Vale. —Va dibujándose en su rostro una pequeña sonrisa—. Vamos, antes de que expulsen a Abibi de este lugar.

Cuando salimos del baño una cola larguísima de chicas esperan fuera, la mayoría nos echan una mirada enfurecida, otras dejan caer algún comentario al respecto, pero Bisa simplemente las ignora mientras va haciéndose paso entre ellas. Al volver, Abibi sigue moviendo su cuerpo al ritmo de la música mientras algunas chicas no dejan de mirarlo con cierta gracia, busco a Will con la mirada y lo encuentro en la barra del *pub* con una nueva copa en la mano y no está solo, con él una chica cuyo pelo se recoge en una larga trenza. Es la primera vez que presencio algo parecido a esto, Will con otra chica, una chica que no soy yo y, aunque me resulta extraño, no siento lo que creía que sentiría cuando algo así sucediera.

Noto unas manos rodeándome de pronto a lo que reacciono precavida intentando huir hasta que descubro que se trata de Abibi intentando arrastrarme con él en su peculiar baile. Suelto una carcajada antes de animarme y bailar con él. Miro el reloj que Abibi lleva en su muñeca, mañana madrugo y no puedo irme a casa demasiado tarde, aunque supongo que ya es bastante tarde.

—¡Bisa no puedo irme mucho más tarde! —Alzo la voz dirigiendo mis palabras a Bisa a unos pasos de distancia de mí.

Bisa alza el pulgar conforme. Ya le dije antes de salir de casa que no podría regresar muy tarde, a las siete de la mañana tengo que estar de nuevo en el Acuario para que nos lleven a Simon's Town y me prometió que no habría problemas, que nos recogeríamos pronto. Bisa se viene arriba con la siguiente canción haciendo compañía a Abibi en el centro de la pista de baile, pero no es la única loca del *pub* que decide unirse al bailarín, también yo me animo y acabo saltando con ellos. Hacía demasiado tiempo que no me lo pasaba bien de verdad, necesitaba una noche como esta. Vuelven mis ojos a la barra y, ahora, la chica susurra algo a Will en su oído.

CAPÍTULO V

Buscando mi propio camino.

Una suave brisa choca contra mi cara y me veo casi obligada a encogerme más, agarrando con fuerza la sábana de mi cama, estoy tan cansada que ni siquiera me veo con fuerzas para mover los párpados, intuyo que deben ser las cinco o cinco y media de la mañana así que aún me quedan un par de minutos más antes de tener que levantarme de mi adorada cama. Creo que vuelvo a dormirme. No estoy segura.

—Agggg... —emito una especie de gruñido.

Poco a poco, abro los ojos esperando que la luz no sea demasiado intensa, es sin duda una de las pocas cosas que no echaba de menos en mi estancia en Inglaterra. Al principio solamente veo luz, pero poco a poco los muebles de mi habitación se van mostrando ante mí. Normalmente es papá quien se deja caer por mi cuarto para despertarme a pesar de tener puesto el despertador, por lo que aguardo en mi cama unos minutos más mientras mis ojos se clavan en la puerta blanca de mi dormitorio, impaciente por ver como se abre y papá hace acto de presencia a través de ella. Espero un poco más, pero me impaciencia se convierte rápidamente en extrañez.

—¡Maldita sea! —Grito bien fuerte cuando mis ojos encuentran el reloj de mi despertador. Las nueve menos cuarto de la mañana y yo sigo en cama.

De un solo bote me alzo, llevo puesta la camiseta blanca de anoche, aunque no el pantalón. Recuerdo que acabamos tarde, más tarde de lo que tenía pensado acabar, pero nunca jamás en toda mi vida he llegado tarde a clase o al trabajo aun habiéndome marchado de fiesta la noche anterior. Sin haberme lavado la cara todavía alcanzo mi uniforme, logrando vestirme en tan solo unos escasos minutos, ni siquiera me da tiempo a arreglarme demasiado, sin embargo, me tomo unos minutos extras para comprobar que efectivamente he escogido mi camiseta del Acuario, cuando lo verifico, es el turno de asegurarse de que no me la he puesto del revés, todo eso mientras camino veloz por el pasillo de casa rumbo a la cocina. Mis padres no estarán, pero no puedo comprender cómo han decidido dejarme en la cama y marcharse sabiendo que tenía que ir a Simon's de nuevo.

Sobre la mesa de la cocina mamá ha dejado una nota junto al pequeño jarrón lleno de flores. La alcanzo mientras intento hacerme una coleta con una sola mano sin demasiado éxito, aún no me he acostumbrado a tener el pelo corto: «Julie, nos hemos ido a trabajar. Parecías muy cansada. Llama a Nancy y dile que no te encuentras bien. Besos, mamá».

Suelto mi pelo después de varios intentos por agarrarlo, tendré que dejarlo suelto, aunque acabe pareciendo la melena de un león dentro de un rato. Me hago con una manzana del frutero y pego el primer bocado con decisión al tiempo que camino hacia el baño para terminar de prepararme. Me niego a llamar a Nancy y decirle una mentira, es mi responsabilidad ir y juro que iré, aunque tenga que ir en bicicleta hasta Simon's Town.

Pedaleo con rapidez por las calles de Ciudad esquivando los pocos coches que voy encontrando a mi paso. Creo recordar que, no muy lejos del Acuario, pasa un autobús con dirección Simon's y es sin duda la decisión más acertada, también la más rápida. Consigo meter la

bicicleta en el almacén del acuario gracias a una compañera, aunque voy despacio y sin hacer mucho ruido con la intención de evitar a Nancy en todo momento. Lo consigo, por suerte.

Espero en la parada. Poca gente espera conmigo. Aguardo de pie mirando a cada lado de la carretera impaciente, entre una cosa y otra ya se han hecho las nueve y media, hace horas que debería estar en compañía de mis queridos pingüinos africanos. Muevo las pulseras de mi mano de un lado a otro, sé que no debería llevarlas a la colonia y por norma general siempre acabo quitándomelas, pero las prisas han conseguido que me olvidara de ello. Desvíó mis ojos hacia ellas y ya están descoloridas, pero fueron las primeras pulseras que Amy me hizo, que aprendió hacer, y que me regaló con toda la ilusión del mundo y no puedo deshacerme de ellas sin más. La gente se echa hacia delante y es entonces cuando me percató de la pronta llegada del vehículo que salvará mi vida en el día de hoy. Apenas me da tiempo a leer el cartel que cuelga de la parte delantera, pero veo el número antes de pasar de largo y frenar unos metros más hacia delante. Me pongo en la cola, entre una mujer de mediana edad y una anciana.

—Nueve rands —me dice el conductor nada más tocarme el turno.

Saco el dinero de mi cartera mientras el conductor espera con el entrecejo fruncido. Parece un tipo bastante desagradable a simple vista, con un aspecto feroz y enfurruñado. Le entrego el dinero, más de lo que cuesta mi billete, así que el conductor abre una pequeña caja azul de plástico que tiene sobre sus piernas y coge el cambio de ella.

—Gracias. —Intento sonar todo lo amable que puedo dado mi día de pena.

—Siguiente. —Aparta su mirada de mí ignorándome por completo.

Avanzo hacia la parte trasera del autobús y espero de pie sujeta a una barra de metal. Tras subir el último pasajero, el conductor arranca y nos ponemos en marcha. Hoy no hace tanto calor como ayer, pero las prisas han conseguido que mi temperatura corporal ascienda vertiginosamente comenzando a sudar cada vez más. La anciana que iba tras de mí en la cola alcanza uno de los asientos vacíos de la parte de atrás. Me lanza una sonrisa que devuelvo.

Pierdo la cuenta de las paradas, aunque reconozco el trayecto, me mantengo atenta para que no se me pase el destino, pero el viaje va a ser largo, muy largo, así que en cuanto algunos de los pasajeros bajan decido ocupar también yo uno de los asientos y contemplo por la ventana el paisaje. Las montañas de Sudáfrica que jamás logré ver en Londres. Al principio solo veo casas y verde, pero a medida que el viaje continúa, seguimos la costa y el mar se presenta ante mis ojos. En la siguiente parada muchos de los que quedan bajan, echo un vistazo al autobús y solo tres quedamos a la espera de nuestro destino, quizás debería haber ido en tren a Simon's Town, pero me pillaba bastante más lejos de casa la estación.

Unos quince minutos después, el autobús vuelve a detenerse en una especie de apeadero, una parada en medio de la carretera, aunque logro ver un par de casas a lo lejos. Nunca había estado aquí antes. Los pasajeros que quedan se alzan de sus asientos para comenzar a bajar quedando yo sola aparte del conductor. Cruzo los brazos estrujando mi bolso contra mi pecho al tiempo que espero volver a ponernos en marcha.

—¡Chica, tienes que bajar! —Grita el conductor desde la parte delantera del autobús.

—No, voy a Simon's Town —respondo con firmeza.

El conductor gira su cuerpo hacia la derecha hasta que sus ojos me encuentran sentada varios asientos más hacia atrás. Tiene cara de pocos amigos.

—Pues no será con este —dice al fin—. Chica, esta es la última parada de mi trayecto.

—¿Cómo? —Abro los ojos asombrada—. Pero creía que este llegaba a...

—Ya te digo yo que no —responde bastante desagradable—. El que llega hasta Simon's pasa cada dos horas y lo perdiste. Tienes que bajar.

Miro por la ventanilla maldiciendo mi suerte. Si dormirme no fuera bastante en lo que llevo de día resulta que además me equivoco de autobús y me quedo en medio de la nada. Me alzo despacio pensando en mis posibilidades ahora mismo y sigo haciéndolo mientras avanzo hacia la parte delantera.

—¿Puedo coger alguno desde aquí que me lleve a Simon's? —Freno en seco al ponerme a su altura.

—Me temo que aquí solo llegan de Ciudad o van a Ciudad. —Casi atisbo una pequeña sonrisa burlona en su rostro—. Pero si continúas por la carretera hacia allí... —Señala con su mano el camino que hay frente a nosotros—. Por ahí llegarás a Simon's Town en algo más de media hora.

—Genial —susurro mientras bajo del autobús.

Apenas espera unos segundos a que mis pies pisen la carretera cuando la puerta se cierra tras de mí y el conductor arranca sin ningún tipo de miramiento. Miro hacia delante primero, después alzo mi vista al cielo, al soleado cielo y me dispongo a caminar por el arcén de la carretera estrecha y con miles de curvas que conduce a mi destino. Juro que no volveré a acostarme tarde jamás en la vida si al día siguiente tengo que madrugar, eso o dejar de creer a Bisa cuando me dice: solo unos minutos más.

Solo unos pocos coches me adelantan muy de vez en cuando, pero yo continúo con mi caminata, poco después miro el reloj y vuelvo a sorprenderme con que apenas llevo unos cinco minutos caminando. Va a ser eterno. Una camioneta va menguando la velocidad a medida que me alcanza, y yo, me aparto un poco más evitando que pueda atropellarme, aunque no parece tener esa intención. Frena del todo justo a mi lado, a primera vista solo veo dos cabezas, la del conductor y la del copiloto, me aparto un poco más preparada para salir corriendo si fuera necesario. Dos chicos de piel oscura giran su rostro hacia la ventanilla del copiloto para contemplarme. Lo primero que llama mi atención son los ojos azules de uno de los chicos, el copiloto.

—Hola guapa, ¿quieres que te acerquemos algún lugar? —El conductor, un chico de piel muy oscura, pelo negro y nariz grande se dirige a mí con una sonrisa en su cara.

—No hace falta. —Espero unos minutos de cortesía.

—Pero te queda un buen rato hasta llegar a alguna parte desde aquí. —El conductor echa un vistazo rápido a la carretera.

—No tengo prisa —respondo a punto de continuar con mi camino.

—Oye, yo te conozco. —Consigue frenar mi paso.

El copiloto aún no ha abierto la boca en ningún momento, se limita a observar y escuchar a su compañero de viaje. Lleva una camisa de cuadros azules y blancos completamente desabrochada y, bajo ella, una camiseta blanca. Me observa con detenimiento, aunque parece uno de esos tíos que jamás hubiera detenido su coche para ayudar a nadie.

—¿A mí? —respondo segundos después—. Lo dudo. —Vuelvo a caminar.

—Eres amiga de Abibi, ¿verdad? —Alza la voz intentando por todos los medios llamar mi atención. Lo consigue—. Eres... eres... —Parece estar pensándolo—. ¡Julie! Te llamas Julie.

Nunca he sido demasiada buena con las caras, pocas veces recuerdo una cara conocida a no ser que esté acostumbrada a ella y ese fallo mío me impide recordar la suya. Doy marcha atrás para volver a la ventanilla del copiloto, del silencioso copiloto de ojos azules y piel oscura.

—¿Cómo sabes quién soy? —Arrugo la frente esperando una respuesta convincente.

—Me llamo Yuma, soy el primo de Abibi, nos conocimos hace bastante tiempo. —Sigue sonriendo.

—Conozco a un Yuma, sí. —Sigo sin recordar, pero sé que es cierto, Abibi tiene un primo que se llama Yuma.

—Pues ese soy yo. —Sonríe orgulloso—. Este maleducado de aquí es Kenan.

Su amigo le echa una mirada fulminante antes de volver a fijarse en mí. Mueve la cabeza de un lado hacia otro muy débilmente.

—Hola Julie —dice al fin.

—Bueno, y ahora que nos conoces, sube por favor —vuelve a pedírmelo—. No es muy seguro que una chica como tú camine por aquí sola hasta donde sea que vayas.

Echo un vistazo, dudosa, no me convence la idea de subir a una camioneta con dos chicos a los que no conozco, o al menos no recuerdo conocer, pero sus datos cuadran, sabe mi nombre y tengo prisa por llegar. Abro finalmente la puerta de atrás y subo al vehículo. Yuma arranca, volviendo a la carretera.

—Gracias. —Abrocho el cinturón.

—¿Dónde vas? —pregunta el que responde al nombre de Kenan.

—A Simon's Town, a Boulders Beach —respondo.

—¿A la colonia de pingüinos? —Los ojos oscuros de Yuma se asoman por el espejo retrovisor en busca de los míos—. Es bastante impresionante de ver.

—Trabajas en el Acuario —Kenan interviene, aunque no parece ser una pregunta.

—Sí, ¿cómo lo sabes? —Arrugo la frente buscando con mis ojos su rostro, él gira el suyo para verme.

—Aquí mi amigo es vidente —bromea Yuma.

—Tu uniforme —susurra sin apartar sus extraños ojos claros de mí.

Miro el logo del Acuario bordado en el pecho de mi camiseta, seré tonta. Asiento, avergonzada. Yuma suelta una carcajada y también en el rostro de Kenan se dibuja una sonrisa fugaz antes de volver su vista al frente.

—¿Y si trabajas en el Acuario que haces en Simon's? —Yuma sigue pendiente de la carretera.

—Estoy de voluntaria en la colonia durante unos días. —De repente Simon's Town se presenta ante nosotros, a la distancia. Sonríó aliviada.

—Vaya, eso mola mucho —susurra Yuma intentando a toda costa ser un tipo agradable.

—Yuma, habrás visto los pingüinos un millón de veces. —Su compañero clava sus ojos en él.

—Sí —afirma—, pero nunca había conocido a nadie que trabajara con ellos. ¿Tú sí?

Desde atrás escucho la sonrisita de Kenan a modo de burla, al tiempo que gira su cabeza hacia la ventanilla de la camioneta para contemplar el paisaje. Entramos en Simon's Town en mucho menos tiempo de lo que hubiera tardado yo caminando. Yuma gira hacia la izquierda, hacia la playa.

—Si quieres puedo hacerte una visita por el paseo algún día —intervengo minutos después—. A los dos —rectifico.

—Vaya, eso sería genial. —Sueno entusiasmado—. Pensaba llevar a Kenan a verlos un día de estos, pero siendo así sería estupendo.

—¿No eres de aquí? —Me dirijo directamente al copiloto.

—No —se limita a responder.

—Ha venido a pasar una temporada aquí —responde Yuma.

La camioneta frena cerca del centro de visitantes de la colonia sin que haya tenido que dar indicaciones de cómo llegar en ningún momento. Yuma gira su cuerpo hacia atrás.

—Qué rápido. —Sonríó—. Muchas gracias.

—No hay de qué. —También me sonrío—. Ha sido un placer, Julie.

Abro la puerta para poder bajar, nuevamente ambos chicos me contemplan desde dentro, es lo primero bueno que me pasa en el día de hoy. Me cuelgo el bolso en el hombro.

—Encantado —dice de repente Kenan.

—Igualmente —respondo precavida.

—¿Hasta cuándo estarás? —Yuma alza las cejas.

—Quizá hasta el sábado o domingo. —Inclino la cabeza un poco para poder verlo mejor.

—Pues vendremos.

—Aquí estaré —asiento.

—Hasta pronto. —Alza la mano Yuma.

—Adiós —me despido yo.

Entro en el centro algo insegura, me avergüenza haberme dormido, llegar tan tarde. Camino hacia la recepción en busca de alguien del equipo de voluntarios que pueda ayudarme a saber dónde ir o qué hacer, pero una chica desconocida me atiende sin poder decirme nada al respecto. Decido caminar por el muelle de la playa junto a los demás turistas en busca de Lucinda o algún otro con uniforme, los encuentro en Foxy Beach ocupándose de los pingüinos.

Ayudo a limpiar la suciedad que el mar arrastra a la orilla de la playa y que se suma a las bolsas de fritos y papeles que la gente desconsiderada tira y que acaba volándose hasta alcanzar la playa. Lucinda charla con otra compañera mientras se encargan de limpiar cerca del muelle de madera, el día se ha nublado de repente provocando que el número de visitantes se reduzca considerablemente. Una suave y fresca brisa recorre la playa mientras, muchos de los pingüinos, se relajan en el que es ya su hogar. Es época de reproducción y se nota, muchos de los pingüinos hembras se encuentran en la arena o en la zona con vegetación donde aguardan incubando sus huevos hasta que al fin nazca. Siempre me resultó hermoso saber que los pingüinos permanecen con una misma pareja durante años, algunos, incluso para siempre. Se parecen más a nosotros de lo que muchos piensan.

—Hoy has llegado tarde. —Marcel capta toda mi atención.

—Sí. —Evito mirarlo a la cara, me avergüenza tener que reconocerle que me he dormido.

—Pero aquí estás. —Se inclina hacia delante para coger una bolsa de plástico que llega a la orilla de la playa con la siguiente ola—. ¿Todo bien?

—Todo bien. —Le lanzo una sonrisa.

—Los pingüinos ya temían que no vinieras hoy —bromea.

—Los pingüinos, ¿eh?

—Bueno, los pingüinos y yo. —Se atreve a decir sin vacilaciones.

—Pues ya ves que no hay nada que temer. —Me inclino hacia atrás hasta quedarme recta de nuevo.

—Si no te viene bien podemos quedar en algún sitio y venir juntos desde Ciudad. —En esta ocasión, Marcel, decide no alzar su vista de la playa.

—Eres muy amable Marcel, pero no ha sido ese el problema. —Coloco uno de mis mechones tras la oreja—. Me dormí —confieso.

—¿En serio? —Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Ayer salí y... —Fijo mi vista en un pingüino inmovilizado con los ojos cerrados mientras absorbe el poco sol del día.

—No te hacía una de esas chicas juerguistas —dice con tono sarcástico.

—Y no lo soy —respondo—. Hacía mucho tiempo que no veía a unos amigos y se me hizo tarde.

—La próxima vez que vayas de fiesta avísame —continúa con tono burlón.

Sonríó mientras continuó con mi faena. Recoger la basura de la gente no es precisamente lo que más me gusta de este trabajo, pero si nosotros no mantenemos limpio este lugar... quién lo hará. Dedicamos gran parte de la mañana a ello, pero estoy tan cansada que ni siquiera tengo fuerzas para quejarme o poner pegatas, a diferencia de Lucinda, quien se pasa la hora de la comida quejándose sin ningún tipo de miramiento. En más de una ocasión pilló a Dirck prestando atención a las palabras de la imprudente compañera y por sus expresiones no parece caerle en gracia sus comentarios. Al terminar de comer paseamos a lo largo de la playa vigilando que todo vaya bien, y, exceptuando el intento fallido de un niño por intentar colarse a la zona de los animales, todo se mantiene en calma el resto del día hasta que por fin comenzamos a recoger y ponemos rumbo a Ciudad del Cabo. Miro mi teléfono durante el trayecto y le escribo a Abibi diciéndole lo de su primo Yuma y a Bisa contándole los intentos pocos sutiles de Marcel, pero no es en Marcel en que pienso durante gran parte del trayecto a casa, en mi cabeza rondan los dos chicos de color que me han recogido en la carretera, pero me sorprende recordando con mayor énfasis los ojos del copiloto callado. Debo de reconocer que era un chico bastante atractivo a pesar de su carácter reservado. Mi teléfono comienza a vibrar sobre mis piernas.

—¿Sí, papá? —Sueno algo enfadada.

—¿Julie, estás en Simon's? —Él, sin embargo, suena más bien preocupado y no debería extrañarme teniendo en cuenta que no les he dicho nada en todo el día.

—Sí, bueno ahora estamos regresando. —Pillo a Lucinda, sentada a mi lado, cotilleando.

—Pensé que no irías esta...

—Ya, pues a pesar de eso he ido —le interrumpo malhumorada.

—Julie, esta mañana tu madre ha intentado despertarte, pero no respondías —se excusa él.

—Ya —digo resignada—. Ya no importa, estoy de vuelta.

—Entonces iré al Acuario a recogerte.

—No es necesario, tengo la bici allí así que acudo directa a casa —aseguro sin saber si encontraré al vigilante simpático, el único que me dejará colarme en el almacén para recuperar mi bici.

—¿Has ido en bicicleta? —Sueno extrañado.

—Sí, hasta el Acuario —específico.

—¿Y cómo llegaste a Simon's? —pregunta intrigado—. ¿En tren?

No puedo decirle que en realidad subí a la camioneta de dos desconocidos que se ofrecieron a llevarme mientras caminaba por la carretera peligrosa que conduce a Simon's Town.

—En bus —respondo omitiendo el resto de la odisea.

—De acuerdo. —Parece satisfecho—. Pero avisa cuando llegues a Ciudad.

—Vale.

Cuelgo. Sé que no debería estar enfadada con ellos, mis padres no tienen la culpa de que yo apareciera a las tantas de la madrugada en casa sabiendo que tendría que madrugar, pero no puedo evitarlo. Me resulta más sencillo enfadarme con ellos que conmigo misma. Miro a Lucinda, quien sigue observándome con cierto disimulo, me sonrío poco antes de girar su rostro hacia el otro lado. Contemplo por la ventana de la furgoneta y el día no ha vuelto a arreglarse desde que comenzó a nublarse después de comer, aunque no creo que llueva.

CAPÍTULO VI

Lo que va y lo que viene.

Alza a Amy en alto y la pequeña parece entusiasmada, maravillada con la idea de poder llegar a tocar el cielo con sus manos si se estira un poco más. Lo sé porque también eso creía yo cuando mi padre me alzaba en brazos siendo una niña. Sonríe contemplando la tierna escena de Amy con Tim, siempre me pareció un chico perfecto, perfecto para Nat. Tim comienza a dar vueltas con Amy en brazos.

—Luego me dice que le duele la pancha. —Oigo la voz de Nat junto a mí.

Las dos terminamos de recoger la mesa del jardín de casa de tía Rosie y tío Bob mientras mi padre y mi tío pasean por él hablando de plantas y árboles. Apilo unos cuantos platos antes de cargar con ellos entre mis manos, Natalie se encarga de algunos vasos y cubiertos. Soy la que camina primero por las losas de piedra que dibujan un camino hacia la casa y recuerdo cuando tan solo era una niña y saltaba de una a otra fingiendo que lo demás era ardiente lava que derretiría mis pies si se me ocurría pisar fuera de las piedras, aunque por suerte siempre tuve a Nat cuidando de mí, a pesar de llevarnos tan solo dos años de diferencia.

Entro en la cocina, pero poco antes de cruzar el umbral de la puerta, ya puedo escuchar a mamá y tía Rosie charlar sobre no sé qué de cambiar una habitación de la casa. Mamá me lanza una sonrisa nada más verme entrar, la misma que le dirige a Nat que camina tras de mí. Dejamos las cosas junto al fregadero. La casa de mis tíos se encuentra algo apartada del centro de la ciudad, aunque gracias a ello es bastante más grande que la nuestra y disfrutan de un hermoso jardín en la parte trasera de la casa.

—¿Ya está todo, chicas? —Tía Rosie gira parte de su cuerpo sin dejar de fregar los cacharros.

—Faltan algunas cosas —responde Nat—, pero iré yo.

—Nat puedo...

—Espera, Julie —me pide mi tía—. Aún no nos has contado mucho de tu año en Londres, ¿qué tal todo allí?

—Frío —respondo sonriente.

—Y es lo máximo que va a contarte, Rosie. —Mamá apoya su trasero en la encimera de color marfil.

—Bueno, tenía clase y exámenes —intento explicar.

Tampoco es que tenga mucho que contar, el año se pasó deprisa, más de lo que esperaba y el horario de mis clases era una auténtica locura. Fue eso lo único que le conté a mamá porque es lo único que tenía que contar. Mis padres programaron un viaje para visitarme a finales de año, no obstante, finalmente, no pudieron venir pues a papá no le dieron los días de vacaciones y cuando nos quisimos dar cuenta ya estaba de vuelta. Solamente Will vino a verme a los tres meses de estar allí y no es que acabara precisamente demasiado bien aquella visita.

—Pero supongo que harías amigos, ¿no? —Rosie continúa con su interrogatorio.

—Sí, claro, alguno hice. —Cruzo los brazos a la altura de mi pecho—. Tenía una compañera en la residencia, Becky, era australiana y llevaba dos años en Londres.

—Sí, la chica de las fotos —asiente mamá.

Natalie aparece por la cocina cargada hasta la barbilla de trastos apilados, rápidamente me muevo veloz para ayudarla y aliviar su carga, en su estado debería tomárselo con más tranquilidad, aunque es Natalie, nunca ha sabido tomarse las cosas con mucha paciencia.

—Seguro que ya están en plan cotillas. —Mi prima intenta sonar graciosa.

Dejamos todos los trastos con delicadeza sobre la encimera al tiempo que mamá nos ayuda también con ellos. Rosie no deja de fregar y fregar cacharros, aunque con una rapidez asombrosa, resultado sin duda de tantos años trabajando en el restaurante.

—¿Y qué es eso de cambiar o reformar una habitación? —Cambio de tema.

—¡Ah, sí! —Se entusiasma mi tía—. Vamos a reformar la antigua habitación de Natalie.

—Ya era hora —susurra ella burlona—. Vamos te lo enseñaré.

Nat coge mi mano con fuerza y comienza a arrastrar de ella hacia fuera de la cocina, primero recorremos el pasillo, dejando atrás el baño y el comedor, después seguimos con rumbo a su antigua habitación al comienzo de la casa. Solamente suelta mi mano cuando al fin la alcanzamos. Abre la puerta muy despacio. Volver a entrar allí me trae miles de recuerdos, todo sigue exactamente como lo dejó la última vez. Tim y ella tardaron un tiempo en poder conseguir su casa actual y hasta entonces estuvieron viviendo allí durante unos meses, también lo hicieron en casa de los padres de Tim otros tantos. Sobre una de las estanterías un marco de fotos donde aparecemos Nat y yo a la edad de once años en el parque que hay no lejos de mi casa. Siempre fuimos inquietas, algo que Amy no comparte en absoluto con nosotras, es una niña bastante pausada.

—Es una pena que vayan a cambiar todo esto. —Cojo el pequeño peluche de perro que Nat siempre llevaba consigo a todas partes y que había quedado olvidado en aquella habitación.

—Recuerdas que siempre lo llevaba a todos los sitios. —Pone los ojos en blanco avergonzada.

—Sí. —Echo a reír—. Y también recuerdo cuando se ensució de barro y, aun así, querías dormir con él, con lo mal que olía.

—Era tan cabezota —reconoce por primera vez—. Le he dicho a mamá que pinte la habitación de algún tono pastel.

—¿Ya saben lo de...? —Echo un vistazo a su barriga.

—No. —Abre los ojos—. Aún esperaremos un poco más.

—¿Cómo crees que se lo tomará Amy? —Vuelvo a dejar el perro en su sitio.

—Lleva un tiempo diciéndonos que quiere una hermanita con quien jugar. —Baja el tono de su voz.

—Normal. —Paseo por la habitación—. Tú y yo también la queríamos.

—Sí, pero nos teníamos la una a la otra. —Corta mi paso para rodearme con sus brazos.

Y seguramente ese fuera el verdadero motivo de que, pasados los siete años, dejara de pedírselo a mis padres, aunque nunca llegué a saber si realmente no tener más hijos fue una decisión propia o simplemente no podían. Mi madre tardó bastante en quedarse embarazada de mí.

—El otro día hice autostop —dejo caer de repente.

—¿Cómo? ¿Es qué te has vuelto loca? —Nat me suelta de golpe colocando sus manos en mis hombros echándome hacia atrás.

—No fue exactamente así —intento calmarla—. Me dormí y mis padres decidieron que debía quedarme en casa a descansar. —Sueno sarcástica porque sin duda no me pareció la mejor decisión del mundo.

—¿Te dormiste? ¿Tú? —Parece sorprendida.

—Sí, salí la noche anterior y me dormí. —No es algo de lo que esté orgullosa.

—¿Y qué pasó? —Nat me suelta del todo. Se sienta en el borde la cama dispuesta a escuchar cada detalle de la historia.

—En resumen, cogí un autobús equivocado, me quedé tirada en medio de la carretera y tuve que caminar hacia Simon's.

Contado ahora parece toda una aventura, pero en su momento no tuvo ninguna gracia.

—Y en tu trayecto decidiste hacer autostop. Julie podrían haberte secuestrado o a saber qué. —Pone las manos en su rostro. En ocasiones parece mi madre en el cuerpo de una chica de veinticuatro años.

—Una camioneta paró y se ofrecieron a llevarme. —Mantengo la intriga mientras contemplo sus expresiones en el rostro y no puedo evitar reírme de ello—. Para tu tranquilidad te diré que conocía al conductor, o eso creo.

—Espero que no se lo hayas contado a tus padres porque te prohibirían salir de casa para la eternidad. —Sonríe ella también.

—Ya no tengo quince años, Nat, no pueden prohibirme esas cosas. —Me dejo caer a su lado—. Resulta que era el primo de Abibi, y era un chico muy agradable, aunque no puedo decir lo mismo de su acompañante.

—¿Por qué dices eso? —Pone una de sus manos sobre mi pierna.

—Parecía muy reservado, aunque era guapo —reconozco en voz alta.

—¿El primo de Abibi o el compañero? —Alza las cejas intrigada.

—Kenan, el compañero se llamaba Kenan, y tenía unos ojos azules bastante impresionantes. —Intento hacer memoria.

Natalie sonrío como cuando éramos unas adolescentes hablando de chicos, siempre pareció la

más tímida de las dos en cuanto a ese tema, pero nos sorprendió a todos con un bombo a los dieciocho años.

—¿Y qué pasa con William? —Borra la sonrisa de su cara—. Imagino que habrás vuelto a verlo desde tu regreso.

—Sí y parece haber seguido con su vida. —Mantengo mis ojos fijos en los suyos—. Y me parece bien, antes de que puedas decir nada.

—Bueno, ha sido tu único novio, siempre habéis estado juntos —me recuerda—. Solo quiero saber que estás bien.

—Lo estoy. —Le sonrío—. Rompí yo, ¿recuerdas?

—Sí, pero estabas experimentado muchas cosas nuevas por aquel entonces. Otro país, otra ciudad, nueva gente...

Ella siempre creyó que aquello fue un lapsus que nubló mi entendimiento, sin embargo, nunca he querido tenerlo muy en cuenta ya que Nat estaba bastante embozada con Will.

—Ya no le quiero de esa manera. Lo sé —digo con firmeza—. Él no tiene problemas para estar con otras así que todo está bien. Seguimos siendo amigos y ya está.

—¿Y en Londres no hubo nadie? —Inclina la cabeza hacia un lado.

—Si lo que me estás preguntado es si tuve algún rollo con otro te diré que sí, varios, pero nada serio. —Aparto mis ojos de ella.

—Espera, ¿varios? —Se asombra—. No sabía yo que mi primita Julie era una golf...

—¿Qué hacéis? —Tim interrumpe acertadamente.

—Hablar —responde ella.

Natalie se alza de la cama caminando hacia su chico, un chico no demasiado alto ni de una constitución muy grande, sino más bien todo lo contrario. De ojos claros, pelo castaño y una barba de tres días.

—No me extraña que tus padres quieran cambiar esto. —Tim rodea con su brazo la cintura de Nat besando su mejilla poco después.

—Pues yo guardo muchos recuerdos de esta habitación. —Siento nostalgia en el rostro de mi prima.

—Y yo —murmura Tim.

Nat le propina un pequeño golpecito que empuja a Tim a soltarla. Es un buen chico, podía haber huido asustado cuando Natalie les dijo a todos que estaba embarazada, sin embargo, él se quedó y se quedó porque la quería. Mi tía Rosie encontró cierto alivio en ello, aunque muchas lágrimas cayeron durante aquella etapa.

—¿Y Amy? —Me levanto de la cama.

—Fuera, jugando —responde su padre.

—Creo que voy a salir un rato a jugar con ella. —Camino hacia la puerta sobrepasando a la parejita feliz, pero me detengo al alcanzarla—. No hagáis cosas sucias ahora que me voy.

Nat se echa a reír.

—No te prometo nada —responde Tim.

Salgo de allí. Encuentro al resto de mi familia en el jardín charlando, mientras Amy juega con una especie de peluche mecánico en forma de perro que se mueve muy despacio por la terraza. Ya no queda nada de las nubes de los últimos días, el sol vuelve a brillar como siempre.

Cierro la puerta del coche más fuerte de lo que pretendía, provocando la mirada amenazante de mi madre.

—Julie, es que siempre tienes que cerrar tan fuerte —me regaña.

—Ha sido sin querer. —Que es lo que siempre respondo y es cierto.

Mis padres son los primeros en llegar al porche de casa mientras yo mantengo una pequeña distancia entre ellos, distraída con mi teléfono móvil, recibiendo uno tras otro mensajes de WhatsApp de Bisa. Le escribo que estoy a punto de entrar en casa y de repente veo su cabeza asomar por la ventana de su cocina, apartando la cortina y saludándome con una mano. Dejo escapar una pequeña sonrisa. Me escribe si quiero que nos veamos después de la cena y estoy a punto de responder cuando en mi pantalla salta un segundo mensaje. Will.

—No sé qué voy a hacer de cenar, Richard. —Escucho a mamá de fondo.

—No sé, Betty —responde él.

Tardo unos segundos en darle para abrir el chat, hacía muchos meses que Will no me hablaba directamente por privado y, aunque me alegro de que vuelva a tener la confianza para hacerlo, me sorprende a partes iguales.

«Hola, Julie, ¿todo bien?».

«Hola, Will, todo bien. Acabo de llegar a casa», escribo.

«¿Has estado fuera?»., responde rápidamente.

«En casa de mis tíos», tampoco yo tardo mucho en responder.

Mis padres entran en casa y yo tras ellos sin levantar la vista de mis pies ni del teléfono. Corro a decirle a Bisa que Will me ha hablado por privado, pero a mi mejor amiga solo se le ocurre poner un millón de caritas de asombro.

«¿Cómo están? ¿Cómo está Natalie?»., salta en la pantalla de mi móvil.

Me conozco lo suficiente mi casa como para seguir caminando por ella sin tener que levantar la cabeza en ningún momento. Sé que pronto alcanzaré la cocina, pues sigo de cerca a mis padres. Freno en seco al entrar al fin.

«Todos están bien», me limito a escribir.

—¿Qué quieres tú? —Vuelvo a escuchar la voz de mamá.

«Me alegra saberlo. La otra noche me lo pasé genial, tenía ganas de verte de nuevo», acompañado por una carita con un ojo guiñado.

—Julie, tu madre te está hablando. —Ahora es papá el que me habla.

—¿Qué? —Levanto la vista del teléfono, algo aturdida.

—¿Qué quieres cenar? —Mamá deja sobre la encimera el trozo de tarta de zanahoria que tía Rosie hizo de postre y que insistió hasta la saciedad para que nos lleváramos.

—No tengo hambre. —Pongo mi mano en la tripa.

—Sí, creo que yo tampoco voy a cenar, cariño. —Papá imita mi gesto.

—Por mí genial. —Mamá camina hacia la nevera para guardar la tarta—. Si tenéis hambre más tarde hay cosas en la nevera.

—Vale —respondemos al unísono.

—Voy a darme una ducha.

Mamá abandona la cocina poco después, dejándonos a papá y a mí solos. No sé qué se supone que le voy a responder a Will ahora.

—Voy a cambiarme —me dice papá.

Asiento con una sonrisa en la cara mientras aprieto con fuerza el teléfono con las manos. La pantalla se ha bloqueado y ya no puedo ver nada. Una vez me quedo sola echo hacia atrás una de las sillas para sentarme. Releo.

«Yo también me lo pasé genial», escribo a Will.

Puedo ver que sigue en línea, aunque no dice nada, no escribe nada. Quizás espera otro tipo de comentario por mi parte. Salgo del chat y bloqueo el teléfono, lo mejor será que vaya a mi habitación y me ponga algo más cómoda, ni siquiera sé si seguirá escribiéndome o se lo ha pensado mejor.

Me tiro sobre mi cama una vez me he puesto el pijama, contemplando el techo blanco de mi habitación. Bisa sigue escribiendo y mi móvil emitiendo ese sonido chirriante de «has recibido un mensaje» aunque lo ignoro después de haber leído los tres primeros que me ha escrito, todos con muchos interrogantes impaciente por saber que me ha dicho, pero aún no le respondo.

«Julie, no sé si aún te sientes cómoda conmigo. Espero que sí», recibo como media hora después del último mensaje de Will.

«Eres mi mejor amigo», escribo primero. «Creo que aún tenemos que acostumbrarnos a esta nueva relación».

«No quiero perderte como amiga», salta al instante.

Y eso explica su actitud encantadora la otra noche, en el fondo solo tiene miedo a perderme si me asfixia demasiado, pero yo tampoco quiero perder su amistad es demasiado importante en mi vida.

«Ni yo a ti», respondo convencida.

«Me alegra muchísimo saberlo», acompaña su frase con una carita sonriente «Podríamos quedar algún día».

«Sería estupendo», escribo yo.

Vuelven a pasar unos cuantos minutos hasta que un último mensaje de Will ilumina mi pantalla del móvil.

«Te dejo descansar. Buenas noches, Julie». Una luna y una estrella siguen al mensaje.

«Buenas noches, Will», respondo de inmediato.

Una estúpida sonrisa se dibuja en mi cara. Nunca quise perderlo, es algo que le dije una y otra vez cuando tuvimos aquella conversación en Londres, pero nada volví a saber de él más que por lo que Bisa me contaba. Me alegra recuperar a mi amigo después de tanto tiempo. El teléfono comienza a sonar insistentemente, apenas me da tiempo a responder cuando...

—¿Se puede saber qué te ha dicho? —Bisa al otro lado.

—No puedes evitarlo, ¿verdad? —Sonrío disimuladamente—. Solamente hemos charlado.

—Sí, sí, ¿pero qué te ha dicho? —Insiste de nuevo.

—Me ha dicho que...

CAPÍTULO VII

Todo lo bueno acaba... y empieza.

Mi último día en Simon's Town y voy a echar de menos a estos pequeñines, aunque también extraño a Zuki y sus compañeros del Acuario. Estoy contenta, hoy me he levantado con una positividad extraña que me hace ver todo con otros ojos, incluso limpiar la playa me parece en el día de hoy una tarea divertida.

—Te veo contenta. —Lucinda llama mi atención.

—Lo estoy.

—¿Y eso por qué? —Le contagio mi sonrisa.

—No sé, me he despertado contenta. —Me muevo casi como si fuera dando pequeños saltitos por la playa, hace días que la idea de que me observen desde el muelle cientos de personas me trae sin cuidado.

Seguimos por la orilla, Marcel sigue igual de simpático que siempre, sé que flirtea conmigo, aunque me limito a ser una chica agradable, nada más. Me parece un buen chico y no voy a negar que feo no es, pero no pretendo llevar a más esta relación. Me alejo del grupo de compañeros voluntarios al encontrar un bote unos cuantos metros más alejado de la orilla, al levantar mi mirada del suelo una joven hembra me observa atenta, sin mover ni una sola parte de su cuerpo. Supongo que la sensación que siento ahora mismo es parecida a la que ellos deben de sentir cuando los miran cientos y miles de visitantes desde la distancia. Son hermosos, pero al mismo tiempo imponentes a pesar de su tamaño. Unos silbidos fuertes sobresalen del resto de sonidos de la gente, casi parece una llamada desde la distancia. Me giro instintivamente y unos brazos saludan con efusividad desde el muelle. Presto atención, casi juraría que me hace señales a mí.

—¡Julie! —Al fin logro escuchar con cierta claridad.

Camino hacia allí intentando enfocar con el propósito de descubrir de quién se trata, pero un barullo de gente lo oculta varias veces. Descubro a Lucinda contemplando el muelle con la frente arrugada, curiosa como siempre, cada vez estoy más cerca de ella.

—Creo que ese te llama a ti. —También parece confusa.

—¡Julie! —Escucho mucho más claro y alto que la última vez.

Justo en ese instante el grupo de gente que tapaba al chico misterioso se mueve, quedando al descubierto ante mis ojos. Yuma, con una camiseta negra y unos vaqueros, se encuentra ahí, sin desistir en su intento por conseguir que lo vea y escuche. Una sonrisa se escapa de mis labios.

—¿Lo conoces? —Lucinda parece extrañada.

—Lo conozco —asiento.

No esperaba que viniera después de todo. Camino hacia el muelle con determinación y confianza, ahora tendré que cumplir mi promesa y llevarlo por una visita guiada. Una pareja joven

se echa hacia un lado y solo entonces aparece Kenan tras ellos, contemplando la playa. Lleva puesta una chaqueta de cuero negra a juego con unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca. Mi paso se ralentiza y, de repente, comienzo a ponerme nerviosa.

—Hola, preciosa. —Yuma inclina parte de su cuerpo hacia delante apoyándolo sobre la barandilla de madera que recorre el muelle.

—Hola, chicos —respondo con un hilo de voz tembloroso. ¿Qué es lo que me pasa?

—Venimos para esa visita guiada. —Sigue echado hacia delante, sonriendo—. ¿Puedes?

—Puedo. —Miro a ambos.

Sin pensarlo dos veces me sujeto a uno de los barrotes de madera para pasar entre ellos y subir al muelle, no es nada convencional, de hecho, es precisamente lo que siempre estamos intentando que la gente no haga, pero es el método más rápido para alcanzarlos. Todo parece ir bien hasta que mi torpeza natural hace acto de presencia y tropiezo a punto de caer de boca sobre los tablones de madera.

—Cuidado. —Noto unos brazos sosteniéndome con fuerza.

Subo la mirada y encuentro a Kenan sujetándome, con una sola ceja levantada y lo que parece ser una media sonrisa en su cara. Lo tengo lo suficientemente cerca como para apreciar detalles que ni siquiera había visto la primera vez. Su prominente mandíbula, sus gruesos labios rosados, un pelo negro rizado al extremo, aunque tan corto que no llama demasiado la atención, y esos ojos azules que resaltan sobre una piel oscura, aunque más bien tirando a chocolate con leche.

—¿Julie, estás bien? —Yuma ayuda a su amigo a levantarme.

Toda la gente nos mira mientras yo escondo la cabeza abochornada por la situación, por suerte ambos chicos son altos, con amplias espaldas que logran cubrirme al segundo sin percatarse de ello.

—Estoy bien. —Sacudo mis pantalones—. Estoy acostumbrada.

La gente comienza a moverse de nuevo, algunos cuchichean entre risitas, pero la mayoría se limita a continuar con su visita.

—¿Así que eres una chica con facilidad para caerte? —En la forma en que Kenan lo dice suena más a un comentario gracioso que a una burla.

Los dos chicos esperan junto a mí durante el tiempo que intento recuperar la compostura. Cuando tan solo era una niña, la mayoría de mis compañeros jamás me escogían en su equipo por miedo a que finalmente la cagara, aunque en su favor debo decir que era así casi siempre.

—Estoy lista para vuestra visita. —Alzo la cabeza con dignidad.

—Genial —responde Kenan aún con esa media sonrisa en su cara.

Me doy la vuelta dándoles la espalda a ellos, con la vista puesta en el mar. No es el mejor día para venir a ver pingüinos ya que muchos se han marchado en busca de comida y muchos otros incuban sus huevos.

—La colonia de Simon's Town cuenta con unos dos mil pingüinos africanos en peligro de extinción y por ello la Fundación se encarga de su protección en Sudáfrica. —Apoyo mis manos en la baranda de madera dejando caer parte de mi peso—. Existen un total de diecisiete especies de pingüinos, aunque el africano es el único que sobrevive en África y en sus islas más cercanas. En dos ocasiones el pingüino africano estuvo muy cerca de su extinción total y en ambos casos se debió al vertido de miles de toneladas de combustible que a causa de un accidente infestó la costa oeste de Sudáfrica.

—Mi madre me habló de ello —interrumpe Yuma—. Dice que fue una tragedia.

—Lo fue. —Giro mi rostro para poder verlo—. Llegaron a morir más de cinco mil pingüinos.

—Es increíble. —Kenan avanza hasta colocarse junto a mí—. Continúa.

—Estos pingüinos tienen alas más cortas en comparación con el pingüino antártico, ya que no tiene que soportar tanto frío. —Devuelvo mi vista a la playa.

—¿Viven mucho tiempo? —Yuma parece un niño curioso.

—Un promedio de diez u once años, aunque ha habido casos de pingüinos que han llegado a vivir veinticuatro años —respondo emocionada por el entusiasmo que muestran.

—Anda, mira Kenan, como los años que tú tienes —bromea Yuma—. Tú serías un pingüino con suerte.

—Qué suerte la mía —murmura sin que nadie más que yo pueda escucharlo.

—¿Y qué comen? —Escucho tras de mí.

Confusa, giro parte de mi cuerpo, sé que no ha sido ninguno de los dos chicos que me acompañan. Una mujer con sombrero espera impaciente mi respuesta, junto a ella un hombre con una cámara y alguna que otra persona más.

—Creo que te han salido admiradores. —Kenan se acerca a mi oído.

Tardo unos segundos en reaccionar, pero todos esperan. Me hago a un lado permitiendo la vista de los pingüinos en la playa y respiro profundamente.

—Se alimentan de peces pequeños, aquellos que nadan por la superficie de los océanos, por lo que comen anchoas, sardinas...

Todo, absolutamente todo lo que sé sobre pingüinos africanos y sobre esta especie de animal acuático y terrestre, lo voy contando a lo largo del muelle de madera que recorre la costa de Simon's Town. Algunos de los visitantes que íbamos encontrando a nuestro paso se paran a escuchar, otros se animaban a seguirnos manteniendo las distancias, aunque solo Yuma y Kenan han realizado el recorrido completo conmigo. De vez en cuando articulaban alguna pregunta curiosos, pero en general me permiten hablar todo el tiempo. Yuma saca tu teléfono móvil para hacer alguna fotografía con él, pero no debe de salirle muy bien si no hace más que repetirla.

—Ha sido realmente interesante —Kenan, a mi lado, contempla a su amigo desde donde estamos—. Nunca creí que un animal como ese pudiera ser tan interesante.

—Lo es —asiento—. ¿Nunca habías visto un pingüino antes?

—No, al menos no tan cerca. —Apoya su trasero en la barandilla.

—Yuma dijo que no eras de aquí. —Siento curiosidad por saber un poco más.

—Soy de Pretoria. —Deja de contemplar a su amigo para mirarme solamente a mí.

—¿Y cómo has acabado aquí? —También me apoyo en la barandilla de madera.

—Me han destinado aquí una temporada. —Levanta su brazo hasta alcanzar la nuca.

—¿Destinado? ¿Cómo? ¿Cómo un militar? —Frunzo el entrecejo.

—Exactamente. —También él parece confuso—. Creía que lo sabías, por Yuma. —Señala con su cabeza a su amigo.

—Así que sois militares. —Desvío mi vista hacia la playa—. No lo sabía.

—Yuma es de la Marina, aquí en Simon's, aunque lo han destinado a ejército terrestre —me explica.

—¿Y tú? —Cruzo mis brazos.

—Yo soy de la Fuerza Aérea Sudafricana en Pretoria. —Se aleja de la baranda moviéndose un poco hacia delante—. Pero al igual que a Yuma me destinaron al ejército terrestre y nos enviaron a Ciudad del Cabo.

Kenan se detiene frente a mí, tapando mi visión más allá de él, aunque no me importa demasiado.

—¿Y por qué os han destinado al ejército terrestre? —Levanto el trasero de la barandilla.

—Las cosas están complicadas últimamente —esquiva mi pregunta—. Es más necesario en tierra que en aire.

Me mantengo en silencio. Nunca hubiera imaginado que ambos eran militares, aunque ahora que lo sé no me extraña tanto, son chicos fuertes, de buen porte. Lo observo de arriba abajo.

—Tengo que traer a Gwen a ver esto —Yuma corta el silencio.

—Gwen es su novia —me aclara Kenan.

—Y ahora qué sé cosas para contarle, va a alucinar. —Sonríe picarón mientras guarda su teléfono en el bolsillo de su pantalón—. ¿De qué hablabais?

—No sabía que éramos militares. —Kenan se echa hacia un lado.

—Sí, lo somos —confirma él—. Creía que Abibi te habría dicho algo.

Niego con la cabeza. Abibi es el chico más despistado de la tierra, no sabría llegar a su casa si no fuera porque no vive lejos de Will, como para acordarse en decirme un detalle como ese.

—Bueno, yo tengo que regresar con el equipo. —Me muevo despacio—. Hoy nos iremos antes porque tenemos cena y fiesta esta noche.

—¿Fiesta? ¿Dónde? —Se ilumina el rostro de Yuma.

—En un sitio llamado Afrikáans.

Fue Lucinda la encargada de decírmelo esta mañana, nada más verme.

—Pues nosotros teníamos pensado salir esta noche, igual nos pasamos por allí. —Yuma echa una mirada cómplice a su amigo—. ¿Qué dices, Kenan?

—Ya sabes que no conozco ningún sitio por aquí, así que me da igual. —Sonríe.

—Pues quizá nos veamos. —Yuma golpea el hombro de Kenan un par de veces—. ¿Quieres que te acompañemos ahora a algún lado?

—No, no es necesario. —Niego con mis manos—. Dad marcha atrás y llegaréis al centro de visitantes, yo me quedo aquí.

—¿Segura? —pregunta Kenan.

Asiento con decisión. Los chicos se despiden de mí tras darme las gracias por la visita guiada por la colonia y los veo alejarse poco a poco por el muelle en dirección contraria. Me ha sorprendido descubrir que son militares y, aún más que, Kenan, es de la fuerza aérea. Una pequeña sonrisa se dibuja en mi rostro a medida que los veo marcharse.

Intento arreglarme un poco más de lo habitual y la culpa la tiene Bisa y su vocecilla en mi cabeza repitiéndome una y otra vez «¿no podías arreglarte un poco?», y, aunque no suelo hacerle caso casi nunca, aquí estoy poniéndome un vestido blanco de encaje que se termina antes de llegar a mis rodillas. Como complementos un fino cinturón marrón en mi cintura y un collar de perlas que mis padres me compraron una tarde mientras paseábamos por la playa. En mis pies unas sandalias marrones de piel y el cabello suelto. Estiro bien mis pestañas hasta que parecen infinitas. Cojo un bolso a juego con mis sandalias y una chaqueta vaquera por miedo a que refresque a mitad de la noche. Quedé con Lucinda en la puerta del Acuario y ya debería salir de casa si no quiero llegar tarde.

Camino veloz por el pasillo hacia el comedor donde mi padre espera sentado en el sofá listo para salir en cualquier momento. La televisión está encendida y a todo volumen. Me pongo los pendientes cuando ya freno del todo en el comedor sin apartar mi vista de papá, embobado con la tele.

—Papá, ya estoy —susurro.

—¿Ya? —Apaga el televisor mientras se levanta del sofá—. Avisa a tu madre que nos vamos ya.

—Vale, voy —asiento.

—Julie. —Detiene mi paso.

—¿Sí? —Freno en seco con su voz—. Qué guapa.

—Gracias, papá. —Pongo los ojos en blanco.

Salimos de casa subiendo al coche. Papá conduce callado por la calle hacia el Acuario, nuestra casa no se encuentra muy lejos de él y, por eso, voy todos los días a trabajar en bicicleta,

pero dado la hora que es, la oscuridad de la noche y que luego no sabría dónde dejar mi bici, papá, se ha ofrecido a llevarme. Lucinda no sabe dónde vivo. Junto a la puerta principal del Acuario un coche deportivo de color blanco se encuentra aparcado con las luces encendidas y, junto a él, la figura de una chica con un vestido azul que intuyo se tratará de Lucinda.

—¿Esa es? —Papá vuelve a achinar los ojos para poder verla mejor.

—Ajá —respondo entre dientes mientras me dispongo a salir del coche.

—Julie, ten cuidado —me pide.

—Sí —respondo automáticamente, sin pensarlo demasiado.

—¿Tengo que recogerte? —pregunta cuando ya estoy fuera.

—No, le diré a Lucinda que me lleve a casa. —Me agacho un poco para poder verlo.

Papá asiente. Camino hacia Lucinda mientras estiro el bajo de mi vestido que se ha subido más de lo apropiado después del trayecto. Mi compañera lleva puesto un vestido que estoy segura llamará la atención de más de uno en lo que queda de noche, con un escote muy pronunciado y un largo aún más corto que el mío.

—Hola. —Se aparta del coche un poco.

—Hola, Lucinda. —Detengo mi paso a unos metros de distancia de ella—. Gracias por llevarme contigo.

—No me gusta hacer viajes solas —se excusa entre sonrisas—. Vamos, aún nos queda al menos una hora de camino.

Conseguimos aparcar en la misma calle donde está el local en el que hemos quedado, aunque ni siquiera estoy del todo convencida de la asistencia de todos ellos. Puedo escuchar los tacones de Lucinda por la calle, a pesar de no estar en silencio, grupos de personas charlan y esperan en la puerta de algunos locales, otros cenan al aire libre. Aún con tacones, apenas me supera uno o dos dedos de altura, Lucinda es una chica bastante bajita.

En la puerta de Afrikáans puedo ver desde la distancia algunas caras conocidas, entre ellas a Silwa y a Marcel muy elegantemente vestidos, con un pantalón oscuro y una camisa blanca. Pronto Marcel se percata de nuestra presencia y termina la conversación con los chicos para prestar toda su atención a las dos chicas que avanzamos con paso firme hacia ellos. En su rostro se dibuja una sonrisa.

—¿Dónde irán estas chicas tan guapas? —Alza la voz Marcel al vernos.

—No digas bobadas —responde Lucinda con cierta ñoñería.

Y es Marcel el primero en acercarse para darnos un beso en la mejilla, aunque pronto otros lo siguen. Cuento las cabezas mientras saludo a todos, incluso a aquellos con los que nunca he llegado a hablar en toda la semana. Somos ocho.

—¿Viene más gente? —pregunto en voz alta.

—Falta Lorel —dice uno de los chicos completamente desconocido para mí.

Exceptuando a Lucinda y a mí, solo otra chica se encuentra entre nosotros. Me coloco junto a Silwa mientras esperamos unos minutos más. Observo las caras de todos y es increíble que sin el uniforme no sea capaz de reconocer ni a la mitad de ellos. Marcel mira de vez en cuando el reloj de su muñeca impaciente, hasta que se anima a decirle a uno de ellos algo y este se aleja un poco de nosotros con el teléfono en la mano.

—¿Tienes ganas de fiesta? —Silwa habla, aunque son varias las conversaciones en marcha.

—Sí, claro —asiento con una sonrisa, aunque no es del todo cierto.

—Yo tengo un hambre que podría comerme un león entero —susurra.

—Quizá puedan servirte uno ahí dentro. —Señalo con la cabeza el local.

Silwa se echa a reír contagiándome su sonrisa. Es un tipo bastante peculiar, una de esas personas diferentes, apenas he cruzado unas pocas palabras con él en todo el tiempo que hemos coincidido y, sin embargo, descubrí pronto que es una buena persona.

—Tú ya has acabado en Simon's, ¿verdad?

—Sí, el lunes regreso al Acuario. —No puedo ocultar la alegría que produce en mí ese hecho—. ¿Y tú?

—Yo estaré allí al menos unos dos meses más. —Echa un vistazo a su alrededor—. Me haré el dueño y señor del lugar.

Sonríó sutilmente. Me gusta Simon's Town y el trabajo que se realiza allí, pero yo quiero regresar a mi Acuario en Ciudad del Cabo, con mis pingüinos a los que extraño y la gente con la que he trabajado el mes que llevo allí. Me sorprende echar de menos incluso a Nancy.

—Chicos, vamos a entrar ya, Lorel tardará un poco, está de camino. —El chico que se había alejado con el teléfono regresa al grupo.

Todos entramos en el local, jamás había estado aquí antes y es por ello por lo que mi atención se centra por completo en su decoración étnica, dando la sensación de que acabamos de entrar en la chabola de un chamán de una tribu africana. Hay tanto por todas partes que no sé ni dónde mirar. Una chica nos conduce por la habitación hacia un arco de madera enorme que da paso a una terraza interior de tamaño considerable con mesas en una parte y un espacio amplio y diáfano en el otro lado, a modo de pista de baile. Puedo ver varios instrumentos agrupados en ese lado de la terraza.

Nos detenemos en una mesa alargada con la cubertería ya puesta en su sitio. Vamos ocupando los sitios a medida que vamos alcanzando las sillas. Dando vida en el centro de la mesa, dos jarrones con flores blancas y rojas. Ocupo el asiento que queda junto a Silwa y otro chico del que desconozco su nombre, frente a nosotros Lucinda y Marcel. Esperamos unos cuantos minutos más hasta que Lorel aparece al fin, para entonces la camarera ya ha servido las bebidas, pero reaparece de nuevo con una libreta entre sus manos habiéndose percatado de la presencia de otra persona, es el momento en que toma nota de la comida.

—Luego habrá que estrenar la pista de baile —murmura Silwa casi a mi oído, aunque no soy la única que presta atención a sus palabras, también Marcel parece atento.

—Estoy de acuerdo —responde él antes que yo.

—¿Tú sabes bailar? —Silwa me lanza una picarona sonrisa, burlón.

—Pues claro —responde Marcel de inmediato.

—Habrá que verlo —susurra para sí mismo Silwa sin creérselo del todo.

Se me escapa una sonrisita burlona intentando a toda costa ocultarla. Cojo la servilleta y la alejo de los cubiertos dejándola más a mano. Otra de las cosas que me caracteriza es, sin duda, mi habilidad asombrosa para mancharme siempre, con cualquier cosa, aunque siempre he creído que en realidad también eso estaba relacionado con mi torpeza natural y cómica, la misma que provocó mi casi caída esta mañana en el muelle, aunque gracias a ello, Kenan, me rodeó con sus fuertes brazos. Miro hacia mis lados, quizá Yuma cumpla su promesa y aparezca por Afrikáans en cualquier momento acompañado por su silencioso amigo de ojos azules, el mismo que no he podido apartar de mi mente desde esta mañana.

CAPÍTULO VIII

Amores que viven en lo más profundo.

Apoyo mi mano en la frente mientras intento pensar. ¿Cómo ha podido pasar todo esto? Abro los ojos y solamente veo mis pies mientras sigo aquí sentada barajando mis posibilidades, aunque lo cierto es que no tengo muchas. Giro mi cabeza hacia un lado y ahí está la causante de todo esto, pero ni siquiera me puedo enfadar con ella realmente porque la culpa es mía, solo mía. Yo confié en ella sin conocerla mucho. Yo permití también que cogiera el coche después de todo lo que habíamos bebido ambas y aquí estamos ahora y, lo que es peor, desconozco cuánto tiempo más tendremos que estar.

—Lo siento —murmura Lucinda medio tumbada en el banco de la celda donde nos encontramos.

Con sus manos cubre la cara, no tiene muy buena pinta, de hecho, me sorprende la energía que ha usado para enfrentarse a los dos policías que nos han parado a punto de entrar en Ciudad. Y así hemos acabado aquí un sábado por la noche. Jamás había estado antes en una celda y espero que no me abran ningún tipo de expediente ni nada parecido, solamente intenté controlarla, pero me salió mal la jugada.

—Chicas. —Una voz masculina se pronuncia desde el otro lado de los barrotes. Me alzo rápida y veloz del asiento agarrándome al frío metal que nos separa mientras, Lucinda, sigue cao sobre el banco—. Será mejor que llames a alguien para que te recoja.

—¿Y ella? —Echo un vistazo hacia atrás.

—Me temo que tu amiga tendrá que pasar la noche aquí. —Él también dirige su mirada hacia ella—. A no ser que pagues su fianza.

Asiento. No puedo dejarla aquí por muchas ganas que tenga de hacerlo. El policía abre la puerta dejándome salir y conduciéndome hacia la mesa que hay a unos metros de distancia de la celda, sobre ella, un viejo teléfono que me ofrece para llamar a quien yo quiera. Tardo unos segundos en marcar los primeros números, pero mis dedos van solos. Hay línea al otro lado.

Agarrando a Lucinda de la cintura salimos de la comisaría unos veinte minutos después sin más que un enorme susto y una hora encerradas en la celda. Lucinda parece encontrarse un poco mejor, aunque es evidente que necesita dormir bastantes horas para recuperarse del todo. Ya fuera, me aparta sutilmente de ella pidiéndome que la deje, que ella sola puede bajar los escalones de la comisaría y yo me limito a confiar en sus palabras. Aparto mis ojos de ella para mirar al frente y, ahí está, esperándome bajo las escaleras, junto a su coche y con una expresión de preocupación en su rostro.

—Hola, presidiaria —se burla de mí.

—¿Quién es? —Lucinda alcanza el último escalón.

—El que nos ha sacado de aquí —respondo intentando ayudarla de nuevo.

—Hola, chico que nos ha sacado de aquí, soy Lucinda. —Se lanza a su mejilla plantándole un beso sonoro.

—Un placer —responde él, confuso.

—¿Podemos acercarla a casa? —pregunto estando pendiente de ella.

—Claro, vamos, subid. —Abre la puerta de atrás antes de ayudar a Lucinda a entrar en el vehículo.

—Muchas gracias, Will —murmuro antes de entrar en el coche.

—Anda, sube —dice sonriendo.

Miro de vez en cuando por el retrovisor para comprobar el estado de Lucinda, pero parece que respira que ya es bastante dado el bajón que ha sufrido tras la hora en la celda. A los pocos minutos, justo después de decirnos dónde vive, se ha dormido en la parte trasera del coche y, ahora, comienza a roncar emitiendo, eso sí, un sonido más bien fino.

—Te devolveré la fianza que hayas pagado por ella. —Lo miro de reojo.

—No tienes que hacerlo. —Él, sin embargo, no aparta sus ojos de la carretera.

—No podía dejarla allí —le explico.

—Lo sé. —Me lanza una sonrisa—. Así eres tú.

—Siento haberte despertado a estas horas. —Miro el reloj digital del coche.

—No importa. —Se detiene en un stop—. Me alegra saber que aún cuentas conmigo.

—Siempre lo haré —susurro.

Volvemos a ponernos en marcha. Lucinda vive bastante alejada del centro, por suerte, Will siempre ha tenido una facilidad asombrosa para ir a los sitios. Es un mapa con piernas.

—¿Y cómo sucedió? —Arruga la frente sin darse cuenta, algo que siempre hace cuando se concentra demasiado en alguna cosa.

—Nos pararon. —Miro a mi compañera antes de continuar—. Lucinda se puso chula con el policía y la cosa se desmadró.

—Eso explica que la encerraran a ella, pero no a ti. —Me echa una mirada fugaz.

—Intenté detenerla, me empujó y acabé dándole un bofetón al policía sin querer —digo avergonzada.

Will se echa a reír sin miramiento alguno y yo me siento más avergonzada aún. Ni siquiera sé muy bien cómo sucedió, solo sé que estaba intentando calmarla y en una de esas sus brazos me empujaron y mi mano, por sí sola, golpeó al policía que no tardó mucho más en detenernos a ambas. No podía llamar a mis padres para decirles que vinieran a comisaría a por mí y Will fue mi siguiente opción habiendo descartado a Bisa que, ni siquiera tiene coche, aunque debo reconocer que me alegra que haya sido él.

—Creo que es aquí. —Will detiene el coche en una calle poco iluminada.

—Lucinda —la llamo despacio mientras muevo su pierna—. Lucinda, ¿vives aquí?

Al principio solo consigo que murmure sonidos sin sentido, pero a base de insistir logro que abra los ojos y asome la cabeza por la ventanilla y una sonrisa pequeña se dibuja en su rostro. Asiente en repetidas ocasiones. Entre los dos logramos bajarla del coche, aunque una vez ya en la calle, Lucinda, recupera parte de la compostura caminando hacia una de las casas amarillas que hay frente a nosotros.

—Muchas gracias —va diciendo a medida que se aleja—. Gracias Julie, gracias Bill.

—Will —corrige él—. Da igual.

—Buenas noches, Lucinda. —Alzo la voz.

Esperamos allí de pie hasta que Lucinda entra en su casa. Bisa no podrá creer nada de esto cuando mañana se lo cuente, aunque por suerte tengo testigos que pueden verificar la historia. Noto la mano de Will como se acerca a mi oreja.

—Bonita flor. —La toca con sus manos.

—No me acordaba de ella. —Miro hacia arriba intentando localizarla. Me la quito.

—Estás muy guapa. Te queda bien el pelo corto. —Su mano se estira en un pequeño intento de alcanzar mi melena castaña, pero se detiene mucho antes de, ni siquiera, estar lo suficientemente cerca.

—Gracias. —Aparto mis ojos de los suyos—. Debería ir a casa.

—Sí, te llevaré. —Sonríe dulcemente.

Will se da la vuelta regresando al coche mientras lo contemplo. Es el mejor chico que ha habido en mi vida, el que siempre ha cuidado de mí, el único que siempre ha estado ahí, y yo le rompí el corazón como la malvada de los cuentos. Quizá Bisa y Nat tengan razón y me precipitara con la ruptura, pero ya no siento lo mismo que sentía antes y forzarlo no nos haría bien a ninguno de los dos. Alzo la cabeza con los ojos cerrados inspirando aire puro. Todo sería mucho más sencillo si lo quisiera sin más. Si lo quisiera del mismo modo. Si lo quisiera como antes.

—¿Vamos o prefieres quedarte a ver las estrellas? —Se dibuja una media sonrisa en la comisura de sus labios mientras espera junto a la puerta del coche.

—Dudo mucho que pueda verse alguna desde aquí. —Camino hacia él contemplando el suelo.

Muerdo una manzana mientras no dejo de moverme por el comedor con los ojos grandes y oscuros de mi amiga Bisa siguiéndome por donde quiera que vaya, algo así como mi sombra crítica que observa y aguarda. Su frente lleva arrugada varios minutos y su rostro pensativo, espera.

—¿Qué te ocurre? —dice al fin.

—¿A mí? —respondo con la boca llena.

—Estás muy inquieta, casi nerviosa y eso solo pasa cuando tienes algo en tu cabecita dando vueltas. —Cruza la pierna y se echa hacia atrás sin dejar de mirarme.

—¿A, sí? —respondo sarcástica—. No tenía ni idea.

—O sea, que sí sucede algo. —Vuelve a echar su cuerpo hacia delante borrando la expresión de sospecha de su cara.

Miro a mi alrededor con cierto disimulo comprobando que ni mi madre ni mi padre se encuentran cerca de donde estamos, aunque no podría asegurarlo al cien por cien, así que me lo pienso unos segundos. Muevo los labios de un lado a otro dudosa hasta que decido acercarme a Bisa un poco e inclinar mi cuerpo muy despacio hacia ella.

—Luego te lo cuento —susurro.

La única reacción que consigo de mi cotilla, bromista y querida amiga es una carcajada que cambia por completo su actitud. Ella ya sabía que algo sucedía desde que abrí la puerta de casa y le pedí que esperara en el comedor, mientras intentaba convertirme en una persona de nuevo. Quitarme el pijama, lavarme la cara, peinarme y esas cosas que las personas normales hacen por las mañanas y que yo he hecho a las tres de la tarde.

—Julie, ¿sabes dónde dejé las gafas de lectura? —La voz de papá retumba por el comedor y me alegro de no haberme puesto a contarle a Bisa mi aventura en el calabozo.

Papá aparece por el pasillo con un *look* bastante informal, una camiseta con más años que matusalén y un pantalón corto que le llega hasta las rodillas, y esas viejas chancas que mamá no soporta y que tantas veces ha intentado hacer desaparecer sin suerte.

—Hola, señor Edison. —Bisa sonrío a modo de niña buena.

—Hola, Bisa, ¿qué tal todo? —Papá frena su paso antes de alcanzarnos.

—Muy bien, ahora vamos a la playa a una sesión fotográfica —dice orgullosa de haberlo conseguido.

—¿Tú también, Julie? —Papá me echa un vistazo de pies a cabeza con una sonrisita burlona dibujada en su cara, como si ese hecho fuera imposible.

—No, papá. —Pongo los ojos en blanco—. Por cierto —camino hacia él hasta chocarme de bruce—. Tus gafas están aquí.

Alargo mi brazo hasta que mi mano se hace con las gafas de papá sobre su cabeza, donde casi siempre suele perderlas. Es un desastre, nunca he conocido a nadie tan despistado como papá, pero por suerte eso no lo he heredado de él, o al menos no del todo.

—Un día perderé la cabeza —responde casi avergonzado.

—No se preocupe, a mí me pasa constantemente —Bisa lo consuela y papá le sonrío.

—Nos vamos. —Muerdo de nuevo mi manzana antes de entregársela a él—. No sé cuándo vendré.

—Tened cuidado. —Su expresión alegre cambia para convertirse en la expresión de un padre que habla muy en serio.

—Tranquilo, seguramente Abibi nos acompañe después. —Bisa se levanta del sofá estirando

de su minivestido floreado.

Está espectacular, de quitar el hipo. Es una chica alta, de piernas largas y cintura de avispa que siempre ha sabido sacarse provecho. Cuelga en su hombro el bolso.

—Que consuelo —murmura papá mientras se da la vuelta.

Llegamos a la playa en cosa de quince minutos después, un viaje que hubiera sido mucho más largo sin la brillante idea de coger el coche de la tía de Bisa, aunque ella, por supuesto, no tiene ni idea. Aparcamos frente al paseo marítimo, hace un día estupendo. Bisa parece un poco nerviosa y no deja de retocar su vestido a medida que avanzamos hacia la playa. En esta parte de la ciudad, en realidad, hay pocos espacios de arena donde poder relajarse un rato, la mayoría de la costa oeste de Ciudad del Cabo es simplemente un paseo marítimo por el que poder pasear mientras contemplas el mar y los barcos pasar. Cruzamos la carretera, veloces, y continuamos hacia las escaleras que conducen a la pequeña sección de arena y rocas. No hay mucha gente, aunque nunca suele haberla.

—¿Estás nerviosa? —Miro a mi amiga cuya sonrisa se ha borrado de la cara.

—Un poco —contempla la playa—. Después tienes que contarme lo que te ha pasado —cambia de tema radicalmente.

—Vale. —Sonríe—. Pero ahora concéntrate en las fotos.

Un pequeño grupo de personas esperan junto a las rocas de la orilla. Veo al menos dos chicas, una de ellas tan guapa y alta como Bisa, y la otra vestida de una forma bastante deportiva. Con ellas un hombre con una cámara que no deja de hablar hasta que al fin nos ve y mueve su brazo un par de veces llamando nuestra atención.

—Ahí están. —Bisa saca pecho y mete tripa como una modelo profesional.

—¡Bisa! —Alza la voz el hombre de la cámara.

Cuando los alcanzamos, el hombre se adelanta un poco para saludarnos extendiendo su mano, apretando primero la mano de Bisa y después la mía. Parece un tipo bastante peculiar. Lleva puesta una camisa color amarillo pastel y unos pantalones cortos, pero lo que más llama la atención son sus gafas de pasta multicolor que además resaltan aún más a causa de su tez oscura.

—Te estábamos esperando. —Su voz tiene cierto acento femenino—. Me llamo Andrea Glotthem, soy el fotógrafo —se presenta ante mí.

—Yo soy Julie —le digo aceptando la mano que me ofrece.

—¿También vienes a la sesión? —Me echa un vistazo rápido, dibujándose en su rostro la misma expresión de papá.

—No, solo acompaño a Bisa. —Suelto su mano sintiéndome un poco ofendida.

Es la segunda vez en menos de media hora que dos hombres se sorprenden y se extrañan de que pueda ser también una modelo. Es cierto que no tengo, ni de lejos, el cuerpo de Bisa, pero no me considero tampoco una especie distinta, me falta altura, sí, y quizá un poco más de pecho, sí, pero por lo demás podría perfectamente ponerme un bikini mono y participar en una sesión de este

tipo. Además, solamente me he puesto un pantalón vaquero corto y una camiseta de tirantes blanca porque no era yo la que tenía que venir guapa a la playa.

—Bien, pues será mejor que comencemos. —Andrea me lanza una sonrisa poco antes de ponerse en marcha.

Bisa hace un pequeño gesto de burla en cuanto el fotógrafo se aleja de nosotras. Se quita el vestido, luciendo un bonito bikini rojo ceñido y bastante pequeño, y se prepara para comenzar. Un par de personas que se encuentran en la playa dirigen rápidamente su mirada a mi amiga la modelo.

—Es un bikini de la marca, aunque para mi gusto demasiado pequeño —susurra mi amiga sintiéndose un poco incómoda.

—Hola. —La otra chica que esperaba junto a ellos se acerca a nosotras algo tímida—. Me llamo Sandy.

—Bisa —responde ella con una sonrisa—. Ella es Julie.

—Tenía ganas de que vinieras —responde ella, también algo incómoda.

—¿Es tu primera vez como modelo? —pregunto curiosa, sin duda debido a su estado retraído.

—Ajá —responde.

—¡Chicas, venid, vamos a empezar! —el fotógrafo las llama desde la distancia.

Bisa me entrega su vestido mientras se aleja junto a la despampanante rubia que se ha presentado como Sandy. Menuda combinación, juntas parecen el día y la noche. Al principio espero de pie sin apartar mi vista de las modelos sobre las rocas y en la arena, colocándose como el fotógrafo y su acompañante les van diciendo, aunque parece un tipo bastante indeciso. Gira la cabeza. No, mejor ponte de lado. Levanta un poco más la pierna. Finalmente, me dejo caer sobre la arena observando el mar. Escribo varios mensajes a Abibi que se prepara para venir a donde nos encontramos Bisa y yo. Mi amiga parece toda una profesional. Algunos de los viandantes que caminan por el paseo desvían su mirada hacia las dos chicas guapas que posan en la playa, al tiempo que las olas vienen y van.

—Son toda una atracción turística. —Escucho la voz de Abibi tras de mí.

Giro un poco mi cabeza para corroborar su presencia y ahí está él, a punto de alcanzarme. Debe ser el día de los pantalones cortos porque también Abibi ha decidido ponerse uno de esos. Levanto mis gafas de sol hasta colocarlas en mi cabeza.

—Van a provocar un accidente —sigo el juego de mi amigo.

—Tú también podrías. —Al fin me alcanza—. Hola, preciosa.

Estoy a punto de levantarme para saludarlo cuando Abibi me frena en seco, siendo él quien inclina su cuerpo hacia abajo para besar mi mejilla, justo después se deja caer a mi lado sin dejar de mirar a las dos modelos de traje de baño.

—Se te cae la baba. —Alargo mi mano hacia su barbilla bromeando.

Abibi sonríe apartando su cara muy sutilmente. No puede negar que le gusta Bisa, a pesar de lo mucho que se molesta en ocultarlo desde siempre, pero es esa forma de mirarla lo que lo delata, porque también Will me miraba así muchas veces.

—Es incre ible —murmura volviendo la vista a nuestra amiga—. No teme nada.

—Est  loca —resumo muy acertadamente su habitual comportamiento.

—Pues no fue a ella a quien detuvieron anoche por agredir a un policía. —Se echa a reír.

— Oh, venga, ya! —Golpeo su brazo—.  Will te lo ha contado?

—Vamos, Julie, es alucinante —vuelve a burlarse de m —. La buena de Julie Edison arrestada.

—No fue culpa mía. —Aparto mis ojos de él—. Y ni se te ocurra contarlo por ahí.

— Tampoco a mi primo y a su amigo? —Cambia rápidamente de conversación.

—No —respondo amenazadoramente.

—Les has caído muy bien —continúa.

— Has hablado con ellos? —No puedo fingir que siento curiosidad al saber que Yuma y Kenan hablan de mí con Abibi—.  Qu  te han dicho?

—Que eres muy lista y muy guapa —bromea de nuevo.

—Fueron muy simpáticos. —Miro a Bisa, que vuelve a poner esa pose *sexy* sobre las rocas.

—Es que si no lo hubieran sido tendría que haberme ocupado de ellos —dice seriamente—. Me han dicho que podríamos quedar algún día todos y tomar algo.

—Me parece una buena idea. —Le echo una mirada fugaz.

—Pues se lo dir . —Abibi contempla de nuevo a Bisa.  l y varios de los hombres que se encuentran en la playa.

También los contempla a todos ellos, aunque la expresión de su rostro cambia por completo. Se mantiene alerta y puedo notar en su cuerpo inquieto las ganas que tiene de dirigirse a cada uno de ellos, pero aguanta como un buen chico, entre varios motivos porque él no es así, de ese tipo de chicos posesivos ni celosos, pero también aguanta porque no es más que un amigo más de Bisa y eso también lo cabrea.

En algún momento de la tarde, Bisa aparta su concentración para fijarse únicamente en nosotros dos sentados en la arena y cuando lo hace alza su mano, dibuja una enorme sonrisa de felicidad en su rostro y nos saluda efusivamente. Nosotros respondemos de igual modo.

CAPÍTULO IX

Zuki ya estoy de vuelta,
pero no vuelvo sola.

Jamás en toda la historia, nadie ha sido tan feliz en su trabajo como yo esta mañana. Un martes cualquiera para cualquier humano de la Tierra, pero el mejor martes de la vida de Julie Edison. El martes que volvió con Zuki y sus compañeros alados del Acuario. Esta mañana he podido ver a Lucinda por el almacén, aunque he preferido no acercarme a ella, por el momento prefiero mantener las distancias dado lo sucedido la otra noche, no obstante, sé que no podré evitarla eternamente.

Paseo por el Acuario mientras controlo mi alrededor, no hay muchos visitantes, pero no deseo muchos más, ya tuve suficiente con los cientos de turistas que llegaban a la colonia cada día. Detrás de mí, Nancy, se aproxima sin prisa, con la tranquilidad que un trabajo como el suyo proporciona.

—Julie, creía que decidirías quedarte algunos días más en Simon's. —Parece un poco afónica.

—Aquí soy más necesaria. —Giro por completo mi cuerpo para poder verla.

—Aquí siempre serás imprescindible, ya lo sabes, pero dudo mucho que allí no hayas sido de utilidad. —Se detiene frente a mí.

—Éramos bastantes voluntarios. —Cruzo mis brazos a la altura del pecho.

—Por aquí se te ha echado de menos. —Nancy esquiva mi cuerpo para contemplar más allá de donde nos encontramos—. Pero si algún día te apetece ir, solo dímelo y no habrá ningún problema.

—Te lo agradezco, Nancy, pero...

—Julie —interrumpe Bethany—. Preguntan por ti.

—Será mejor que continúe, tengo que encargarme de unos papeles que la Fundación lleva pidiéndome desde hace meses. —Nancy coloca sutilmente su mano sobre mi hombro—. Bien hecho Julie, continúa así.

—Lo haré —murmuro.

Nancy se marcha dejándonos a Bethany y a mí a solas, mientras mi compañera de información espera alguna respuesta por mi parte. Quizá se trate de Bisa que ya me advirtió que en cuanto tuviera las fotografías vendría corriendo a enseñármelas.

—¿Qué hago, Julie? —Arruga la frente.

—Dile que estoy aquí. —Dejo caer mis brazos.

—De acuerdo. —Las arruguitas de su frente desaparecen casi con la misma rapidez que ella.

Me doy la vuelta para continuar observando. Observar es uno de los trabajos más aburridos, pero más instructivos también, aprender de ellos solo se aprende realmente cuando te limitas a

contemplarlos. Aprender sobre ellos, su comportamiento, sus gestos, sus reacciones...

—Eres la primera chica que conozco que he visto más veces rodeada de pingüinos que de personas. —Una voz suena tras de mí, pero no necesito darme la vuelta para confirmar lo evidente, no es Bisa.

—Yo... —Me doy la vuelta aturdida—. Kenan.

Mi cuerpo se paraliza y de mi rostro se borra cualquier tipo de expresión anterior. Kenan espera a unos cuantos pasos de distancia con las manos en los bolsillos y media sonrisa en su cara. Lleva puesta una camisa vaquera y un pantalón claro.

—Ya imaginaba que te sorprendería verme. —Carraspea la garganta mientras su cuerpo se relaja.

—No, bueno. —Recupero la compostura—. Es que no esperaba que fueras tú.

—Normal. —Vuelve a sonreír acercándose un poco más a mí—. Espero no molestarte es que...

Kenan se detiene. Está pensando lo que esté pensando no parece muy convencido. Finalmente, aparta sus ojos azules de los míos para observar lo que hay tras de mí. Pingüinos, como la historia de mi vida.

—Me parece bien que estés aquí. —Solo unos segundos después me doy cuenta de lo absurdo que suena la frase, aunque consigo que Kenan se relaje un poco más.

—No tenía tu número. —Se lanza a la piscina de cabeza.

—¿Y para qué quieres mi número? —Las pocas neuronas que me funcionan, fallan.

Kenan me mira como si me analizara. Quizá esté intentando aprender también de mi comportamiento, mis reacciones. Finalmente se mueve hacia mí y vuelve a sonreír.

—Para quedar contigo algún día. —No vacila ni un segundo—. Aunque ni siquiera sé si hay algún tío por ahí que... —Nuevamente calla de golpe, ahora soy yo la que sonrío.

—No lo hay —digo entre dientes.

—Bien. —Inspira profundamente—. ¿Eso es un sí?

—¿A quedar contigo o a darte mi número? —Bromeo.

—A ambas. —Ladea su cabeza levemente.

Aparto la mirada de él unos segundos. Nunca he negado que me pareciera un hombre realmente atractivo, pero la situación de cómo todo esto ha sucedido, sin duda, no era la que había imaginado en ningún momento.

—Sí —susurro.

Kenan saca de su bolsillo el teléfono móvil, comienza a teclear en él hasta que levanta la vista de la pantalla táctil y aguarda pacientemente. Le hago esperar unos breves segundos más antes de darle por fin mi número que anota veloz. Cuando ya lo tiene guardado en la agenda, lo bloquea y

de nuevo lo introduce en su bolsillo.

—Ahora, ya puedo llamarte —dice satisfecho.

—Y espero que lo hagas. —Sonrío yo.

Kenan asiente varias veces antes de alejarse lentamente de mí. Me quedo descolocada unos segundos.

—¡Kenan! —Intento detenerlo.

—¿Sí? —responde él frenando su paso.

—Eres consciente de que podrías haber conseguido mi número a través de Yuma, ¿verdad? —Frunzo el ceño, algo confusa.

—Por supuesto —responde firmemente—, pero entonces no habría tenido una excusa para venir a verte.

Consiguo sacarme una sonrisa junto a unos coloretos rojos en las mejillas. Kenan se despide. Una sensación extraña recorre por completo mi cuerpo y me siento como una estúpida niña de quince años a la que le acaban de lanzar un piropo. Mi día estaba siendo fantástico, pero, por increíble que parezca, ha mejorado bastante más.

Ir a pasear con Natalie y Amy siempre ha sido uno de mis mayores pasatiempos, por eso siempre que mis obligaciones no me lo impiden me uno a ellas. Green Point brilla con el sol de la tarde mientras las familias pasean tranquilamente por el parque. Amy ama los columpios más que cualquier otra cosa en el mundo y, precisamente por ese motivo, es ella la que tira de nosotras por el paseo de ladrillo hacia su sitio favorito en el mundo.

—¡Va! —Nos incita a aumentar la velocidad de nuestro paso, pero solamente consigue sacarnos una sonrisa a ambas.

La impaciencia debe de ser una de esa parte hereditaria de nuestra familia, tanto Nat como yo lo fuimos, unas niñas impacientes, aún hoy en día lo somos de vez en cuando, aunque sabemos disimularlo mucho mejor. Natalie lleva el carro, segura de que finalmente la pequeña Amy acabará tan cansada que lo pedirá. Amy acelera el paso al localizar los columpios a unos metros más hacia delante.

—¡Amy, no te alejes! —pide la precavida mamá.

—No creo que te oiga. —Vuelve a dibujarse en mi rostro una sonrisa.

—Ya lo sé —dice resignada—. ¿Qué tal en el trabajo hoy?

—Genial. —Mis ojos siguen a la pequeña niña rubia a punto de alcanzar su meta.

—Vaya, teniendo en cuenta que hoy regresabas a tu amado Acuario pensé que tendrías más cosas que contarme. —Nat parece confusa.

—En realidad, no es volver al Acuario lo más curioso que me ha pasado hoy.

—¿Y eso por qué? —Noto curiosidad en su voz.

—Hoy he recibido una visita inesperada. —Giro mi rostro hacia la izquierda con el objetivo de verle la cara.

Segundos después mi vista regresa al frente, ya veo el suelo pintado del parque infantil. Pájaros, flores y arañas dibujadas magníficamente en el suelo sobre el que se apoyan los grandes columpios de madera a los que siempre volvemos. Varias madres charlan entre ellas, mientras sus hijos corretean por el parque, algunos juegan con los columpios, pero muchos otros corren alrededor persiguiéndose entre ellos.

—¿Es que no piensas contármelo de una vez? —Interrumpe mis pensamientos—. Si estás esperando a que te atosigue con...

—Kenan ha venido a verme —la interrumpo yo.

—¿Y quién es Kenan? —Arruga su frente intrigada.

—Ya te lo dije, uno de los chicos que me recogieron en la carretera. —Pongo los ojos en blanco a punto de salir tras Amy con la clara intención de evitar más preguntas al respecto.

—Muy bonito, Julie, esconderte tras una niña —va diciéndome a medida que me alejo más y más de ella.

Natalie se detiene cerca de un grupo de madres, aunque no se une a ellas, yo corro hacia Amy hasta alcanzarla con mis brazos y rodear su cintura para levantarla del suelo de improviso, la pequeña emite un sonido de alegría.

—Habrá que esperar a que algunos de los niños bajen —le digo mientras la sostengo en brazos.

—¿Y eso es mucho rato? —Vuelve a aparecer la niña impaciente.

—Pues no lo sé. —Le hago cosquillas en la tripa sacándole una sonrisa rápidamente.

Apenas he terminado de hacerle cosquillas cuando una niña sale del columpio corriendo dejándolo libre. No tardo mucho en sentar a Amy en él y comenzar a empujar las cuerdas despacio consiguiendo que, poco a poco, mi sobrina querida se mueva de delante hacia atrás.

—¡Un poco más fuerte, Julie! —Me pide a voces.

—¿Más? —Empujo un poco más que antes.

Natalie se une a nosotras pocos minutos después sin apartar la vista del carro a unos pasos de nosotras. Le brillan los ojos cada vez que ve una sonrisa en el rostro de su hija.

—Quería mi número —le digo sin esperar a que ella retome nuestra conversación.

—¿En serio? —responde sorprendida—. ¿Ha habido algo entre...?

—No —interrumpo antes de que termine.

—Eso es que le has gustado mucho. —Alza las cejas sorprendida—. ¿Es guapo?

Aparto mi vista de ella regresando a Amy y su adorado columpio de madera. Todo el césped que cubre cada rincón del parque de Green Point brilla con una intensidad casi cegadora, a lo

lejos se puede ver Ciudad del Cabo y Table Mountain sobresaliendo sobre todas las cosas.

—Lo es —confirmo sus sospechas.

—Me alegro por ti. —Al menos suena sincera—. No que el chico sea guapo, que también, sino que seas feliz.

—Suenas como mi madre —me burlo de ella—. Y ella tiene bastantes más años que tú. —Me echo a reír.

—¡Oye! —Se queja Nat antes de reír conmigo—. Solamente digo que si estás dispuesta a intentar algo con otra persona es que de verdad tu historia con Will ha terminado.

—Te lo dije. —Borro la sonrisa de mi cara—. Will y yo solo somos amigos ahora.

—Sí, lo sé. —Pone los ojos en blanco—. Solo ten cuidado, los chicos guapos suelen tener un don para romper corazones y no quiero que dañen el tuyo.

—Tú estás casada con uno. —Frunzo el ceño.

—¿Tim? —responde sorprendida—. Tim no cuenta.

—¿A no?

—¡Más fuerte, Julie, más! —Se escucha de fondo la vocecilla de Amy absorta en su universo de flores, columpios y animales.

Dejo de prestar atención a mi prima para centrarme exclusivamente en la pequeña que mueve los pies al ritmo de su cuerpo. Y allí continuamos un buen rato más, entre gritos de niños, madres y juegos hasta que el sol va cayendo y la tarde se echa encima, solo entonces logramos convencer a Amy para volver a casa, pero es ella la que acaba ganando la partida realmente, consiguiendo que acepte la invitación para cenar con ellos.

Intento poner la mesa entre juego y juego con Amy y la charlatana de Natalie. Tim está a punto de llegar a casa y la cena está a punto de ser servida. Se escucha la puerta desde la cocina, una de las ventajas de una casa no demasiado grande, y Amy sale corriendo velozmente hacia allí. Yo solía hacer lo mismo cuando papá aparecía en casa después de trabajar.

—Huele genial, Nat. —Se oye incluso antes de que entre en la cocina—. Julie —dice sorprendido al verme.

—Se queda a cenar. —Nat continúa preparando la comida.

—Muy bien. —Tim aparece en la habitación con Amy entre sus brazos.

Ayudo a Natalie a sacar algunas cosas a la mesa, mientras Amy y Tim nos ayudan también a su manera. La pequeña se encarga de sacar su vaso de plástico con el dibujo de las princesas de la película *Frozen* rodeándolo por completo, y las reconozco porque insistió en que fuera con ellos a verla y finalmente la astuta niña consiguió que toda la familia fuera con ella.

—¿Qué tal hoy, chicas? —Tim llena nuestros vasos con agua antes de llenar el suyo.

—Hemos ido al parque —responde Amy antes que nadie.

—Eso es muy guay —le dice su padre.

—¿Y vosotras? —Se sienta en una de las sillas al tiempo que su mirada se alterna entre Nat y mi persona.

—He atendido algunos pedidos. —Natalie llena de verduras el plato de Amy—. La señora Zwkbke ha venido a por su vestido junto a su hija.

—Eso está muy bien. —Hace carantoñas a Amy—. Sobre todo, si ha pagado —bromea.

—Lo ha hecho —responde sonriente Nat.

—¿Y tú, Julie? —Todos me prestan atención, aunque es Tim quien espera sosteniendo su mirada en mí.

—Yo diría que le ha ido más que bien —responde Nat en mi lugar.

—Pues sí —me dirijo directamente a ella.

—No pienso preguntar qué os traéis entre manos. —Tim agacha sus ojos y empieza a comer.

Todos lo hacemos. Amy es la primera niña que veo capaz de comerse las verduras sin rechistar en ningún momento, hasta yo aparto las judías verdes de mi plato sabiendo que Nat ya se habrá percatado de ello. Tim nos cuenta algún que otro chiste que consigue sacarnos más de una carcajada mientras seguimos cenando. Siempre fue un chico muy bromista y con los años solamente ha potenciado ese don, fue sin duda uno de los principales motivos por el que tanto me gustó cuando Natalie finalmente me lo presentó al poco de estar saliendo con él.

Amy comienza a bostezar repetidamente mientras restriega su mano por los ojos, un gesto inconfundible de la pequeña Norton cuando está a punto de caer de sueño. Cuando yo era pequeña y tenía ganas de irme a dormir solía coger un mechón de pelo, casi siempre el mío propio, y darle vueltas sin parar hasta que simplemente me dormía.

—Será mejor que te lleve a la cama ya. —Nat es la primera en levantarse de la silla.

—No, tía Julie —pide Amy adormecida.

Nat me mira esperando mi respuesta, Tim comienza a recoger algunas cosas de la mesa.

—Claro —respondo encantada.

La agarro entre mis brazos desde la silla, Amy deja caer su cuerpo sobre mí. Coloco mi mano en su cabeza, sobre su cabello rubio como el sol.

—¿Segura que no quieres que te ayude? —Natalie baja la voz.

—Tranquila. —Niego con la cabeza.

No es la primera vez que acuesto a la pequeña, son muchas las veces que me ha tocado hacer de canguro mientras Nat y Tim disfrutaban de una noche a solas. Mi prima asiente poco antes de unirse a su marido. Yo abandono la cocina con Amy en brazos mientras me alejo de ellos por el pasillo que conduce hacia las habitaciones.

La casa de mi prima no es muy grande, de hecho, la tercera habitación de la que disponen es

realmente pequeña, motivo por el cual casi nunca la utilizan aunque, ahora se tendrá que convertir en la habitación del próximo bebé que venga. Se trata de un conjunto de casas idénticas que se repiten a lo largo de la calle, aunque con los años han ido cambiando de color cada una de ellas.

Abro la puerta de la habitación de Amy y enciendo la luz. Para poder hacerme con su pijama me veo obligada a dejarla sobre su cama aprovechando Amy para acurrucarse hasta quedar encogida sin intención de volver a abrir los ojos en lo que queda de noche. Me detengo frente la cómoda blanca para sacar un pantalón y una camiseta y, como humanamente puedo, teniendo en cuenta que Amy no colabora en absoluto, consigo finalmente, y al cabo de un rato, desvestirla y ponerle después el pijama. Solo entonces, vuelvo a dejarla sobre su cama descubierta para cubrir después su pequeño cuerpo con la sábana. Enciendo la pequeña lámpara que dibuja elefantes que quedan reflejados en las paredes rosas de la habitación, aún le da miedo la oscuridad. Intento no hacer mucho ruido mientras salgo del cuarto.

—Seguro que ya está dormida. —Tim coloca la mano en su nuca, signo de cansancio.

—No me ha dado tiempo a ponerle el pijama. —Bajo el tono de mi voz.

—Tiene una facilidad asombrosa para quedarse dormida —dice Natalie a modo de alago.

—Eso es bueno.

—Vamos, Julie, te acercaré a casa —dice Tim de repente.

—Tim no es necesario, aún es pronto, iré andando.

—¿Qué? —Suenas más bien a regañina de Nat.

—Ni hablar —se niega Tim—. Me cambio y te llevo. Ahora vengo.

Decido no añadir nada más al respecto. Tim desaparece de la cocina al instante, Nat camina hacia mí con el único objetivo de plantar un beso en mi mejilla.

—Gracias, Julie —susurra.

—Ya he acostado a Amy otras veces.

—No solo por eso... —Y Nat abandona también la cocina tras su esposo.

Aprovecho el tiempo de espera para mirar mi teléfono, en el interior de mi bolso, ya avisé a mis padres de que no iría a cenar, pero seguro que he recibido mensajes desde la última vez que lo vi. Una llamada aparece en la pantalla de mi teléfono, de un número que no tengo guardado ni soy capaz de identificar. Hace cosa de diez minutos que ha llamado. Marco sin pensármelo dos veces.

—¿Hola? —digo en cuanto dejo de escuchar la línea.

—Julie. —No soy capaz de identificar la voz.

—¿Quién eres?

—Kenan.

Me quedo sin habla unos segundos, también yo debería haberme guardado su número esta

mañana, aunque el asombro no me permitió hacer mucho más.

—Hola, Kenan. —Echo un vistazo hacia la puerta, asegurándome de que sigo sola—. Me has llamado.

—Sí, aunque quizá debería haber esperado un par de días. —Sueno arrepentido.

—¡No! —respondo rápidamente—. ¿Por qué?

—No cogías el teléfono así que creí que... —Se detiene—. No importa.

—Si quieres cuelgo y me vuelves a llamar, te prometo que esta vez lo cogeré. —Intento sonar graciosa.

—Menudo alivio —sigue mi juego—. Solo te llamaba para quedar.

—Sí. —Se escapa de mí sin control.

—Aún no te he dicho cuándo ni a dónde. —Sueno junto a una risita.

—Bueno, como tú has dicho, no importa. —Sonrío sabiendo que no puede verme.

Probablemente debería controlarme un poco más, no lo conozco en absoluto, de él solo sé a qué se dedica y que es de Pretoria; bueno, eso y que tiene unos ojos azules bastante llamativos, que es alto, guapo...

—¿El sábado?

—El sábado me parece bien. —Apoyo mi trasero en la encimera de la cocina.

—Mándame tu dirección en un mensaje y paso a recogerte. —Su voz suena aún más varonil por teléfono.

—Hecho —murmuro.

—Pues hasta el sábado, Julie —se despide de mí.

—Hasta el sábado...

—Julie, ¿vamos? —Tim aparece de improviso en la cocina interrumpiendo mi conversación.

—Adiós —digo rápidamente a Kenan y cuelgo.

Me quedo unos segundos paralizada con el teléfono móvil entre mis dedos mientras Tim espera a unos metros de mí.

—¿Interrumpo?

—En absoluto. —Recupero la compostura—. ¿Ya estás?

—Preparado para irme de fiesta. —Señala su cuerpo con sus manos—. ¿Qué tal voy? —Continúa con sus habituales bromas.

—Arrasarás —le sigo el juego a pesar de haberse puesto un chándal deportivo—. Voy a despedirme de Natalie y nos vamos.

Tim me guiña un ojo quedándose ahí plantado, seguramente preparado para otro comentario

gracioso al respecto, aunque no le doy tiempo a decirlo. Tim es sin duda un espécimen en extinción, de eso ya me di cuenta la misma tarde que lo conocí y no ha cambiado nada desde entonces. Salgo de la cocina en dirección hacia las habitaciones de nuevo, esperando encontrar a Nat en la suya, y así sucede.

CAPÍTULO X

Hermanus y una tarde perfecta.

Hacía mucho tiempo que no me ponía nerviosa salir con un chico, no es algo que haga todos los días, pero tampoco es del todo nuevo para mí, sin duda, es Kenan el causante de todo este estado emocional que arrastro desde hace un par de horas. Debe gustarme más de lo que creía. Salgo de mi habitación poco tiempo después, avanzando hacia la puerta principal sin llamar demasiado la atención a no ser que prefiera verme envuelta en el interrogatorio de mis padres. Consigo cruzar parte de la casa sin ser vista, ya solo queda el comedor que conduce directamente a la puerta principal.

—¿Ya te vas? —Mamá detiene mi huida.

Justo después de frenar mi paso, doy la vuelta dibujando una tranquilizadora sonrisa en mi cara con la esperanza de evitar más preguntas. Espero que funcione.

—Sí, me voy. —Es lo único que me limito a responder.

—¿Con quién has quedado? ¿Con Will? —Mamá me contempla fijamente desde el sofá sin mover ni una sola parte de su cuerpo.

—No, con Will no. —Borro de mi rostro la sonrisa tranquilizadora.

—¿Entonces con quién? ¿Con Bisa? —Su frente comienza a arrugarse lentamente, signo de sospecha.

—Con Bisa y otros —miento finalmente.

—¿Qué otros? —No la convenzo en absoluto.

—¡Mamá pues con otros! —respondo a modo de adolescente ofendida—. Me marcho.

Doy media vuelta para continuar mi camino, el camino que habría tomado de no haber interrumpido mamá con sus preguntas.

—Ten cuidado —murmura como cada día que salgo de casa sola—. ¿Vienes a cenar?

—Probablemente no —respondo a punto de salir de casa.

Nadie me espera fuera todavía, aunque es algo pronto. No sé dónde me lleva, ni siquiera sé cuánto tiempo estaré fuera, pero tampoco he pensado mucho en ello. Salgo de nuestra parcela cerrando tras de mí la puerta de hierro, moviéndome rápidamente hacia la casa de al lado, esquivando las posibles miradas de mamá por la ventana del comedor y la probabilidad de cruzarme con Bisa en cualquier momento, aún no le he dicho lo de la cita con Kenan, creo que antes necesito ver cómo evoluciona todo esto. Bisa va a matarme por ocultárselo.

Camino de un lado a otro dando varios pasos, ya no estoy tan nerviosa como antes, pero tampoco me he tranquilizado del todo. No sé muy bien qué es lo que tanto me atrae de un chico como Kenan, es guapo y eso, pero nada del otro mundo, solo un chico de piel más bien oscura y ojos azules. En algún momento, durante mi espera, acabo parando mi movimiento y mis ojos

terminan fijos en mis pies, y de mis pies van subiendo. Me he puesto un vestido negro bastante sencillo, de tirante fino y pegado a mi cuerpo, nada demasiado formal puesto que no sé dónde acabaré dentro de un rato.

Las luces de un coche captan mi atención de inmediato, pero solamente cuando alzo mi vista reconozco la camioneta de Yuma, la misma que vi en aquella carretera hace poco menos de una semana. Dentro, conduciéndola, Kenan. Frena a mi misma altura pocos segundos después y yo me inclino hacia delante para poder encontrar su rostro por la ventanilla. Se ha afeitado y en vez de la fina barba luce una corta perilla rodeando sus gruesos labios. Una media sonrisa se va dibujando en su rostro poco a poco.

—Espero no llegar tarde. —Sigue manteniendo sus manos en el volante.

—Llegas a la hora.

—Sube Julie. —Mueve su cuerpo dentro del vehículo hasta alcanzar la manivela de la puerta contraria, abriéndome desde dentro.

Hago exactamente lo que me pide. Echo un vistazo precavido a la camioneta y casi podría brillar de lo limpia que está, no es que la otra vez que subí no lo estuviera, pero no era la limpieza que capto ahora.

—¿Dónde vamos? —Clavo mis ojos en mi cita del sábado.

—Es una sorpresa. —Vuelve su mirada al frente preparado para arrancar.

—¿De verdad no vas a decirme nada? —Mi sonrisita me delata.

—Vamos a Hermanus. —No tarda mucho en decir.

—¿Y tú sabes ir a Hermanus? —Arrugo la frente sorprendida—. No eres de aquí.

—Pero se me dan muy bien los mapas —bromea mientras el vehículo comienza a moverse—. Yuma me explicó más o menos como ir, no es difícil.

—¿Más o menos? —Sueno sarcástica—. Eso no da mucha confianza.

—Pues vas a tener que confiar en mí, Julie —dice entre dientes sin dejar de sonreír.

—Sí, tendré que hacerlo. —Aparto mis ojos del chico guapo que conduce seguro para contemplar la carretera.

No parece tener demasiados problemas para tomar la dirección correcta, aunque no bajo la guardia en ningún momento. Se me da fatal eso de dirigir en un viaje, por suerte Will siempre fue mi GPS particular, siempre sabía cómo llegar a todas partes y por ese motivo precisamente jamás presté atención.

—¿Ya has estado en Hermanus alguna vez? —Kenan no pierde la concentración.

—Posiblemente —respondo nada convencida—. Seguramente.

—¿Es qué no lo recuerdas? —Se le escapa una sonrisita burlona.

—Soy bastante mala para recordar esas cosas —me excuso.

—Así que, aparte de una chica con facilidad para tropezarse con todo, resulta que no sabes orientarte muy bien —bromea sin ningún tipo de apuros.

—¡Oye! —Sueno ofendida—. Que yo sepa no me conoces tanto como para decir eso y menos en la primera cita. —Intento ocultar sin mucho éxito mi sonrisa.

—Me parecen unas cualidades encantadoras —continúa él.

Le echo un vistazo y sigue con la vista en el frente y la sonrisa en la cara. Lleva puesta una camisa de cuadros muy pequeños azules y blancos con el cuello algo abierto, ni siquiera me había fijado el cuello tan grande que tiene.

—¿Y tú? —pregunto un par de minutos después—. ¿Cuáles son tus mejores cualidades?

—No perderme nunca —bromea de nuevo.

Pongo los ojos en blanco apartando después mi mirada de él, guapo y algo engreído, a menos ahora sé un poco más de Kenan.

—Eso lo decís todos —murmuro, aunque sé que ha podido oírme sin problemas.

—Soy un buen bailarín —dice de repente.

—¿De verdad? Nunca lo hubiera imaginado. —Apoyo el codo en la puerta y mi cabeza sobre la mano.

—Aunque también hace tiempo que no salgo. —Su expresión se torna seria.

—¿Y eso por qué? Yuma tiene pinta de gustarle mucho la fiesta —bromeo consiguiendo sacarle una sonrisa a él también.

—Es complicado nuestro trabajo. —Me echa un vistazo rápido.

—¿Por qué os han mandado aquí? —pregunto ni corta ni perezosa.

—Ciudad del Cabo es muy turística. —Mira hacia un lado de la carretera—. Y ya se han producido altercados en Pretoria y Johannesburgo.

—¿Entonces estáis aquí por lo que sucedió hace semanas con aquel policía? —Contengo la respiración unos segundos, si están aquí por eso sin duda el Gobierno debe habérselo tomado con cautela el asunto—. ¿Mandan al ejército por un encontronazo?

—Como he dicho, es complicado —se limita a responder.

Pero yo no borro el acontecimiento de mi cabeza durante un buen rato del viaje, si han destinado a alguien como Kenan a Ciudad porque un policía blanco acabara con la vida de un chico de color, sin duda el asunto debe de ser más peliagudo de lo que todo el mundo cree. Mi tío Bob lo dijo, siempre lo ha dicho, pero nunca di demasiada credibilidad a sus palabras. Sudáfrica es un país multicultural en muchos sentidos y un enfrentamiento de ese tipo solo traería problemas serios al país y a su gente.

Seguimos la costa durante al menos dos horas, de vez en cuando charlamos sobre cosas sin mucha importancia, pero la mayor parte del tiempo nos limitamos a contemplar el paisaje y escuchar música. A cada segundo que pasa me siento más relaja en su compañía hasta que al fin

olvido que esto es en realidad nuestra primera cita, aunque espero que no sea la última.

—Ahí está el cartel. —Señalo con mi mano un viejo cartel que dejamos atrás y en el que puede leerse claramente HERMANUS—. Espera, ya recuerdo cuando estuve aquí.

—¿Sí? —Parece sorprendido.

—Estuve con Will viendo ballenas hace cosa de dos años. —Sigo con mi vista el pueblo que vamos pasando.

—¿Quién es Will?

Maldigo en silencio. No quería mencionar a Will y nuestra relación en la primera cita, pero mi boca me ha traicionado sin remedio. Medito unos segundos la respuesta. ¿Amigo o exnovio?

—Mi amigo exnovio. —Sale despedido de mi boca. Cierro los ojos con fuerza volviendo a maldecir mi boca.

—¿Tu amigo o tu exnovio? —Kenan me mira y me veo obligada a recuperar la compostura. Lo miro yo también.

—Ambas —respondo con sinceridad—. Estuvimos juntos, pero ya no.

—Pero seguís siendo amigos —continúa.

—Sí —murmuro.

—No todo el mundo es capaz de ser amigo de un ex. —Vuelve a la carretera—. Yo no conservo ninguna amiga de esas. —Se le escapa una sonrisa burlona.

Me relaja su actitud despreocupada. Conseguimos aparcar a la primera, en la misma calle que conduce a la playa, a la bahía de Hermanus, desde donde pueden verse las ballenas. Me parece increíble que no lo recordara hasta ahora, a pesar de haberme parecido todo un espectáculo digno de ver. Bajamos de la camioneta prácticamente al mismo tiempo y comenzamos a bajar calle abajo pasando, uno tras otro, los vehículos aparcados.

—Me has traído a ver ballenas. —Controlo mis pies temerosa de caer rodando calle abajo.

—¿Te parece bien? —Kenan se aproxima un poco más a mí hasta caminar a mi lado—. Yuma me habló de ello y pensé que estaría bien venir contigo, la amante de los animales marinos.

—Solo soy amante de los pingüinos —rectifico.

—¡Oh, perdón! Cómo he podido confundirme de ese modo. —Sueno sarcástico.

Aparto mis ojos de él para contemplar el mar ante nosotros. Cada rincón ocupado de gente esperando a poder ver alguna ballena salir del agua o saltando como en la mítica película *Liberad a Willy*. Llegamos al fin a la bahía donde la gente se apelotona impaciente con sus cámaras, la mayoría esperan junto al pequeño muro de piedra contemplando el horizonte, pero algunos otros han decidido ser más valientes cruzando hacia el otro lado, donde se encuentran las rocas en la orilla junto al final del acantilado. También sobre el acantilado hay gente observando.

—Es normal —digo en voz alta sin venir a cuento—. Es la época.

—¿De las ballenas? —pregunta Kenan confuso.

—No. —Echo a reír—. Las ballenas vienen a Hermanus entre los meses de invierno y primavera, de junio a diciembre, aunque entre octubre y noviembre es el mejor momento para venir a verlas.

—¿Y dices que solo sabes de pingüinos? —En su rostro una expresión de sorpresa—. Pues para no recordar que habías estado aquí viendo ballenas es increíble lo que sabes de ellas.

—Me pasa muy a menudo. —Aparto mi vista del mar para contemplarlo a él.

Kenan sonríe sin decir nada más, debo parecerle un bicho raro, aunque fue él el que apareció en mi trabajo de repente para pedirme el número de teléfono.

—Tú eliges. —Agarra mi mano.

—¿Elijo qué? —Instintivamente miro de reojo nuestras manos juntas antes de volver a él.

—¿Quieres quedarte aquí? ¿Quieres ir al muro? O eres una chica peligrosa y prefieres las rocas. —Espera con las cejas alzadas.

—Preferir, prefiero las rocas —respondo firmemente—, pero siendo realista, que alguien como yo suba a esas rocas es un suicidio.

—¿Incluso conmigo? —Acerca un poco su cuerpo al mío—. Y si te prometo que no voy a dejar que caigas al agua.

—Entonces creo que elijo las rocas —susurro.

Kenan comienza a colarse entre la gente, la mayoría no reaccionan, pero algunos nos persiguen con la mirada indignados, como si fuéramos a quitarles el sitio. Mis pies comienzan a pisar las resbaladizas rocas en la orilla, aunque Kenan sujeta con fuerza mi mano conduciéndonos a ambos hacia la zona seca, mientras mira hacia atrás repetidamente, asegurándose de que sigo ahí de una pieza. Extrañamente, me siento segura.

En las rocas el volumen de gente se reduce considerablemente y, aún es menor a medida que nos alejamos más y más de la orilla y nos aproximamos al final del acantilado, en algún momento del trayecto levanto la vista y solo veo el corte de la montaña y alguna persona asomada en el borde.

—¿Tienes miedo? —Kenan detiene su paso y en consecuencia el mío.

—No, aquí no, pero ahí arriba. —Vuelvo a levantar la mirada.

—¿Acaso tienes miedo a las alturas? —Se escapa una sonrisa de sus labios.

—Un poco. —Contengo la respiración.

—Sabes que soy piloto, ¿verdad? —También él mira hacia arriba.

—Ajá. —No puedo dejar de mirar a la gente en el borde del acantilado, un paso en falso y caerían sobre nosotros.

—Curiosa mezcla. —Kenan llama mi atención—. Una temerosa de las alturas y un piloto,

podrían contar una historia sobre esto.

El chico de mirada dulce logra sacarme una sonrisa, olvidando lo que hay unos metros más arriba de nosotros.

—Seguramente ya exista una. —Relajo mi cuerpo. Miro a mi alrededor, hacia cada lado—. ¿Nos quedamos aquí?

—No. —Kenan también contempla su alrededor durante unos minutos—. Vamos hacia esa parte, podremos sentarnos en las rocas mientras esperamos. —Y volvemos a ponernos en marcha.

La primera ballena que logramos ver apenas asoma el lomo de su enorme cuerpo, no obstante, basta para conseguir una enorme expectación entre la gente. La mayoría de ellos son turistas que llegan de otros países del mundo y que rara vez habrán visto una ballena en su vida, pero yo estoy acostumbrada, no tanto como a ver pingüinos, pero no es algo novedoso. De vez en cuando, contemplo infraganti el rostro de Kenan y, él, sí parece sorprendido, tanto o incluso más que los turistas extranjeros que gritan de vez en cuando «¡Mirad ahí!». Me parece tierno, en realidad todo él me resulta bastante dulce a pesar de su aspecto de chico grande y duro.

—Tenías que haberme dicho que ibas a traerme aquí. —Abrazo mis rodillas fuertemente evitando que al encontrarme sentada pueda llegar a verse algo a causa de mi corto vestido.

—¿Por qué? —Aparta su vista del mar—. Ni siquiera me distes tiempo cuando hablé por teléfono contigo.

—No vengo preparada para sentarme en rocas y ver ballenas. —Miro mi atuendo.

—No sabía que existía un vestuario concreto para eso —bromea Kenan—. Además, yo creo que estás preciosa. —Sostiene su mirada en la mía.

—Gracias —susurro.

—Después iremos a cenar.

La gente comienza a gritar, emocionados, interrumpiendo nuestra conversación y, de repente, la cabeza de una ballena sale del agua en un pequeño salto y todo el mundo se ruboriza, hasta Kenan se levanta de la roca asombrado como un niño al que llevan a un parque de atracciones. También yo me levanto despacio, contemplando la hermosa escena que la ballena protagoniza. Y sin que nadie pueda preverlo, sin previo aviso, una segunda ballena salta con fuerza fuera del agua a varios kilómetros de la orilla, lejos, aunque no lo suficiente como para evitar que el agua que salpica al caer llegue en forma de ola a la orilla. Muchos de los que se encuentran en primera fila corren despavoridos hacia atrás, otros ni siquiera se inmutan al mojarse la ropa; pero nosotros damos un par de pasos hacia atrás y es entonces cuando Kenan me rodea entre sus brazos apretándome contra su cuerpo, mientras se gira para colocarse él en la parte más próxima a la orilla, al agua. El agua moja su camisa y parte de su pantalón, mientras sigo agazapada y protegida entre sus brazos. Pasada la tormenta todo el mundo vuelve a la calma.

—Kenan, te has mojado. —Palpo su espalda con mis manos.

—Solo es agua. —Parece sereno. Me suelta del todo, pero debo reconocer que me he sentido a gusto pegada a él. Sigo mirándolo—. ¿Tú te has mojado? —Niego con la cabeza—. Estás

demasiado guapa como para mojar ese vestido. —Resta importancia mientras intenta comprobar cuanta de su ropa se ha empapado.

Poco a poco una sonrisa se va dibujando en mi cara hasta que se convierte en una carcajada sonora que no puedo controlar.

—Vamos a tener que esperar a que te seques para ir a cenar —digo al fin.

—Aún queda algo de sol. —Echa un vistazo al horizonte mientras el atardecer cae.

—Cenar, ¿dónde? —Mi mano se garra a su brazo precavida, todo mi cuerpo sabe que soy demasiado torpe.

—En un sitio del que me habló Yuma. —Sacude su pantalón muy despacio—. Sirven pescado local.

—Me gusta el pescado.

—Genial.

Las siguientes ballenas que se dejan ver, cada vez más cerca de la orilla, apenas asoman parte de su cuerpo o media aleta, pero aun así es hipnotizador y hermoso al mismo tiempo. Hemos vuelto a sentarnos, aunque más arriba, entre algunas rocas secas gracias a la marcha de mucha gente. Kenan no parece tener prisa y yo no quiero estar en ningún otro lugar ahora mismo. Nuestras manos siguen juntas entrelazando nuestros dedos, aunque es Kenan quien no deja de moverlos entre los míos mientras sus ojos azules observan el mar tranquilo.

—Cuéntame algo sobre ti, sobre tu familia —pido dulcemente.

—¿Sobre mí? —Deja de prestar atención a los mamíferos marinos para fijarse únicamente en mí.

—¿Cuál es tu apellido? —Siento curiosidad.

—Charpentier —susurra.

—No suena muy sudafricano —bromeo.

—Es francés. —Se moja los labios—. Mi padre era francés y mi madre de Zimbabue, de ahí mi color más bien mulato.

—Pero me dijiste que eras de Pretoria. —Arrugo la frente.

—Mi madre se trasladó a Pretoria cuando él la abandonó. —Vuelve su vista al mar.

Un hermoso atardecer. Un color cálido y brillante ilumina la playa mientras los últimos rayos de sol del día impactan contra las rocas mojadas, reflejando la luz de esta magnífica tarde de sábado.

—Siento lo de tu padre. —Mi otra mano cae sobre su rodilla.

—No lo conocí, él se marchó cuando supo que mi madre estaba embarazada. —No parece traumatizado, como si no fuera con él la historia.

—¿No has sabido nada de él? ¿Por qué llevas su apellido entonces?

La tranquilidad en sus palabras me permite continuar sin temor a que pueda dañarle mi curiosidad.

—¡Oh, no! Sé quién es, vive en Johannesburgo, está casado y tiene tres hijos. —Aclara su garganta—. Mi madre no quería que la gente pensara que no tenía padre y pensó en darme su apellido. Una tontería.

Comienza a sentirse incómodo y yo culpable por sacar un tema tan peliagudo. Suelo quejarme de mis padres todo el tiempo, pero están ahí después de todo.

—Kenan, lo siento, no debería haber sacado el tema. —Instintivamente mi mano sube a su mejilla hasta acariciarla, tiene una piel suave y tersa.

—No te preocupes. —Una media sonrisa se dibuja en su rostro—. Nunca ha supuesto un trauma en mi vida. Es un capullo, los capullos no saben hacer las cosas bien.

—Cierto. —Aparto mi mano de su cara lentamente hasta que él la intercepta en el aire para cogerla.

Nuestras miradas se sostienen unos minutos sin que ninguno de los dos diga nada. Después, mis ojos se desvían hacia sus gruesos labios rosados. Un teléfono suena rompiendo el momento.

—Lo siento, es el mío. —Kenan se levanta de la roca, veloz, para poder sacarlo de su bolsillo—. ¿Sí? —responde cambiando completamente el tono de voz—. ¿Cuándo? De acuerdo, sí. Allí estaré.

Cuando cuelga su expresión ha cambiado, ya no parece el chico relajado de hace un rato, ahora se mantiene erguido, serio.

—¿Ocurre algo? —Me levanto de la roca sacudiendo sutilmente mi trasero.

—No me odies —suplica—. Tengo que irme, tenemos que irnos.

—Claro. —No lo pienso dos veces—. ¿Por qué?

—Ha ocurrido algo y me reclama mi superior. —Suena como un soldado, aunque no debería sorprenderme, es un soldado.

—Vale, pues vamos.

Soy la primera en moverme y adelantarlo, aunque no tardo mucho en percatarme de la situación, volvemos a caminar por esa pedregosa superficie traicionera y ahora, además, mojada, así que desvío mi vista al suelo, pero mi valentía dura poco y Kenan, de nuevo, agarra mi mano adelantándose rápidamente, volviendo a controlar la situación. Su predisposición debe de tener la causa en su trabajo que, en realidad, determinará su forma de ser la mayor parte de tiempo. Me condujo por las rocas, alerta; antes reaccionó rápido cuando la ola bañó la orilla, anteponiéndose para protegerme y, ahora, vuelve a hacerlo. Poco después, salimos de la zona rocosa volviendo a caminar por la calle, esta vez cuesta arriba, en dirección al coche. Kenan parece otro tipo distinto, como si algo rondara por su cabeza, aunque no pregunto.

Conduce más rápido que antes, en silencio, como si algo perturbara su mente, sin embargo, nada me ha dicho al respecto ni parece que vaya hacerlo en el poco trayecto que queda para

alcanzar Ciudad del Cabo.

—Kenan, ¿estás bien? —Me contagia la seriedad de su rostro.

—No te preocupes, Julie. —Una media sonrisa, fugaz, aparece fugaz en su rostro, aunque sigue con la vista en la carretera.

Dejo de prestarle atención, fijando mi vista al paisaje que oscurece fuera del vehículo, la noche cae y mi estómago pide comida a voces.

—Pues tengo hambre. —Intento romper la incomodidad del momento.

—Siento que no podamos ir de cena. —Parece distraerse un poco—. Te prometo que la próxima comeremos todo lo que quieras.

—Eso es bueno. —Sonrío contenta.

—¿Es qué en tu casa no te dejan comer todo lo que quieres? —Bromea entre risitas, al menos consigo que vuelva a ser el Kenan de hace un rato.

—No lo digo por eso. —Clavo mis ojos en él—. Lo digo por eso de la próxima vez.

Él sonríe sin decir nada. Ya debe de haberse dado cuenta de que suelo fijarme en los pequeños detalles, la mayoría de veces absurdos o insignificantes. Froto mis manos despacio sobre mis piernas.

—¿Te gustaría repetir?

—¿A ti no? —Frunzo el ceño.

—Julie, si no fuera extremadamente necesario, no permitiría que este día acabase. —Y a pesar de sus palabras se mantiene firme, como si nada hubiera dicho.

Miro por la ventanilla con una estúpida sonrisa dibujada en mi cara mientras a lo lejos comienzo a vislumbrar Table Mountain, imponente, y Ciudad del Cabo rodeando la emblemática montaña que he visto cada día de mi vida como si formara parte de mí; de mi tierra, a la que añoraba volver cada segundo desde el primer día que puse un pie en Londres. Mi Sudáfrica querida.

CAPÍTULO XI

¿Qué diferencia hay?

Kenan baja de la camioneta para despedirse de mí casi al mismo tiempo que yo, de hecho, nada más darme la vuelta lo encuentro tras de mí plantado con las manos en los bolsillos, aunque inmediatamente las saca de ellos.

—Me lo he pasado genial —susurro.

—Y yo —murmura entre dientes.

Mi mirada baila, sube y baja inquieta, casi incómoda de repente.

—Será mejor que te vayas, el ejército te reclama. —Muerdo mi labio inferior muy sutilmente.

—Tienes razón. —Alarga su brazo hasta que su mano alcanza el mío y va acariciándolo despacio hasta chocar con mi mano a medida que baja—. Te llamaré.

—Hazlo —suplico.

Kenan sonrío antes de aproximar su rostro al mío para besar mi mejilla muy tiernamente, tan dulce y tan tierno que cierro los ojos los segundos que sus labios siguen pegados a esa parte de mí, mordiéndome de nuevo el labio inferior, en realidad me muero de ganas por besarlo. Kenan va despegándose lentamente de mí al tiempo que mi cara va girando despacio, mis labios buscan los suyos y los encuentran en el trayecto. Su perilla roza en mi barbilla haciéndome cosquillas. Todo mi cuerpo reacciona, aunque intento descubrir cómo, y su mano se posa en mi cara y ya no me importa que tenga que irse. Hasta que se aleja de mí lo suficiente como para separar nuestros labios, nuestras lenguas.

—Tengo que irme —murmura sin despegar su frente de la mía.

Asiento sin decir nada, lo comprendo, pero no quiero que suceda. Kenan me da un pico en los labios antes de moverse al fin de vuelta al coche dejándome allí de pie viéndolo marchar.

—¡Kenan! —Alzo la voz más de lo que tenía previsto, pero funciona para detenerlo en seco—. Ten cuidado.

Y por primera vez comprendo la sensación que mis padres deben de sentir cada vez que abro la puerta de casa para salir a un mundo en el que cualquier cosa puede suceder. La expresión *ten cuidado* de repente cobra sentido en mi cabeza. Kenan asiente guiñándome un ojo al mismo tiempo, después sube a la camioneta y se marcha. Espero unos segundos más fuera, pero pronto recapacito poniéndome en movimiento hacia casa.

La puerta se escurre entre mis dedos y un portazo me sigue. Aprieto los dientes por el error esperando que a mis padres no les haya parecido tan fuerte el sonido como a mí.

—¡Julie, por dios! ¿Dónde te habías metido? —Mamá se abalanza hacia mí rodeándome con sus brazos sin que yo reaccione.

—¿Qué ocurre? —La expresión de mi rostro ahora mismo debe ser de terror.

—Julie, te hemos estado llamando varias veces. —Papá apoya el peso de su cuerpo en la pared del recibidor en cuanto me ve.

—¿Pero sé puede saber qué os pasa? —Alejo a mamá de mi cuerpo con sutileza.

—¿Es que no te has enterado? —Mamá sigue alterada.

—Evidentemente no. —Sigo paralizada entre mamá y la puerta principal de casa.

—Han agredido a dos chicas en el parque de Green Point. —Papá parece mucho más calmado que ella.

—Dos chicas jóvenes dicen. —Mamá vuelve a abrazarme aunque, esta vez, solo dura así unos segundos—. Y no te localizábamos, ni a ti ni a Bisa.

—¿No habéis podido hablar con Bisa? —Ahora es a mí a la que invade la preocupación.

Busco rápidamente mi teléfono entre las cosas de mi bolso, Bisa siempre responde a los mensajes o llamadas y que no lo haya hecho me altera.

—Tranquila, Julie. —Mamá me detiene—. Han dicho que era dos chicas blancas.

Respiro, tranquila, aunque eso no explique que Bisa no haya contestado.

—Pero ¿cómo?

Ahora que los dos parecen más relajados y yo he descartado la posibilidad de que Bisa sea una de esas chicas quiero saber más.

—Anda, pasa que tu madre ha hecho *rooibos*.

Papá es el primero en moverse, pero mamá y yo lo seguimos muy de cerca. Mamá no deja de mirarme después de horas de incertidumbre. Puede que, haya ocurrido lo que haya ocurrido, esté relacionado con la repentina y urgente marcha de Kenan. Entramos en el comedor donde la televisión está puesta mientras las noticias retumban por toda la habitación, en el comedor solamente una lámpara de mesa y la luz del televisor iluminan todo. Sobre la mesita las tazas de *rooibos* y la tetera.

—Será mejor que llame a Rosie para decirles que ya has aparecido. —Mamá camina hacia el teléfono de casa sobre la cómoda del salón.

—¿Habéis llamado a tía Rosie? —Llevo la mano a mi cara asustada, mientras en mi cabeza las miles de posibilidades bailan.

—No aparecías —se excusa papá—. ¿Dónde estabas?

—He ido a Hermanus. —Dado lo sucedido no puedo ocultar ese tipo de detalles. Me siento en el sofá—. Bueno, ¿qué ha sucedido?

—No sé sabe mucho por ahora. —Papá se sienta a mi lado—. Dicen en las noticias que un grupo de chicos negros han violado a dos chicas, una está muy grave.

No cabe en mi asombro lo ocurrido. El mundo se ha vuelto loco y parece ser que ha decidido comenzar en Ciudad del Cabo, estallando la locura.

—¿Pero no se sabe quiénes o por qué? —Miro a papá.

—Ni siquiera han podido decir el nombre de ellas. —Papá pasa su mano por mi cabeza—. Qué susto, Julie.

—Lo siento —murmuro.

—Como sigamos así estallará una guerra racial. —Es la primera vez que escucho a papá decir una barbaridad de ese tipo, aunque me temo que no puede ir tan mal encaminado.

—¿Crees que esto es por aquel chico que mató el policía hace semanas? —pregunto, aunque temo la respuesta.

—No sé qué creer. —Coge su taza para beber—. Aunque las noticias...

—¿Han dicho eso en las noticias? —Abro los ojos asombrada.

—Lo han sugerido.

—Ya está. —Mamá reaparece en el comedor—. Tu tío estaba a punto de hablar con un viejo amigo de la policía.

Mamá se sienta en el otro sofá, parece cansada. Quitar el volumen del teléfono para que nada ni nadie interrumpieran mi cita perfecta con Kenan no ha sido tan buena idea después de todo. El teléfono de casa suena con fuerza; en esta ocasión es papá el que se levanta para cogerlo.

—Mamá lo siento. —Agacho la cabeza avergonzada.

—Julie, no vuelvas hacerlo —me suplica.

—Vale. —Acompaño con varios movimientos de cabeza de arriba abajo.

—Julie, Bisa te está llamando. —La voz de papá se escucha de fondo—. Dice que está en casa, que si vas o si viene ella.

—Que ven...

—¡Voy! —Interrumpo a mamá alzándome de golpe del sofá.

—¿Ahora vas a ir? —No suena nada a favor con mi decisión.

—Mamá, Bisa vive en la casa de al lado. —Pongo los ojos en blanco.

—Sí, ve, pero no vengas tarde. —Acaba cediendo.

—Gracias. —Me agacho para besarle la mejilla—. Te quiero mamá.

—Y yo a ti, cielo —murmura.

Salgo de casa con el bolso colgando aún de mi hombro, aunque todavía no me ha dado tiempo a mirar mi teléfono. Ya poco importa, después de la que he liado en un momento. Doy la vuelta hasta alcanzar la otra parte y adentrarme en el terreno que pertenece a la casa de Bisa, ellas no tienen valla como nosotros y su jardín de la entrada está bastante descuidado. Las luces de los porches delanteros de las casas, a cada lado de la calle, lo iluminan todo en una noche más oscura de lo normal.

—Julie. —Bisa se lanza a mis brazos después de abrir la puerta sin que me haya dado tiempo a llamar—. Menudo susto.

—Estoy bien —intento pronunciar con el poco aire que aún queda en mis pulmones a causa de la fuerza que Bisa ejerce estrujándome entre sus brazos.

—Anda pasa. —Se echa hacia un lado para dejarme paso.

Su casa se parece a la mía en cuanto a distribución, aunque es bastante más pequeña y algo más descuidada, pero muy acogedora. Meit y su tía Zeena miran el televisor atentas mientras hablan a voces entre ellas.

—Es increíble que... —Meit deja de hablar al verme entrar en su comedor—. Julie, hola niña, ¿qué tal?

—Hola. —Levanto mi mano—. Bien.

—Bisa estaba preocupada. —Permanece sentada en el sofá.

—Mucha gente estaba preocupada hoy —murmuro.

—Mamá, vamos a mi habitación —dice Bisa sin darme tiempo a despedirme, coge mi mano y tira de ella hacia su cuarto.

Cierra con ambas manos la puerta en cuanto entro en su habitación, muy similar a la mía en tamaño, aunque con una decoración bien distinta. Sobre el cabecero de su cama un cuadro muy llamativo con cierto aire étnico, su tía se lo regaló en su pasado cumpleaños, ahora dice que pintar es la mejor manera de expresar cómo se siente. Es una mujer muy cambiante.

—¿Se puede saber dónde estabas? —Cruza los brazos a la altura de su pecho mostrando su enfado.

—En Hermanus —susurro culpable por haberle ocultado la información.

—¿Y qué hacías allí?

Me rodea hasta sentarse en la cama. Sobre la mesita de noche un marco con una fotografía nuestra de hace cosa de dos años.

—Tenía una cita —vuelvo a susurrar.

—¿Cómo?

El enfado de mi amiga se convierte primero en asombro, después en una especie de necesidad por saber más.

—Kenan me llamó y dijo de quedar. —Intento restarle importancia.

Camino despacio hacia la cama para sentarme a su lado mientras ella me sigue con la mirada. Iba a contárselo todo, pero no tan pronto.

—¿Quién es Kenan? —Arruga la frente.

—Aquel chico que iba con Yuma cuando lo de la camioneta —resumo.

—¿El chico que me dijiste que te pareció bastante guapo? —Regresa la amiga que yo conozco, tal y como es ella la mayor parte del tiempo. Una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro—. ¿Y? ¿Qué tal?

—Genial. —Dejo caer mi cuerpo sobre la cama hasta quedarme tumbada sobre ella.

—Julie Edison, te brillan los ojos —advierte al tiempo que también ella se echa sobre su cama.

—Me ha llevado a ver ballenas. —Giro mi rostro para poder verla—. Y después íbamos a ir a cenar, pero lo han llamado y hemos tenido que volver. Creo que está relacionado con lo sucedido en Green Point.

—Puede. —Se borra la expresión alegre de su cara.

—¿Qué ocurre, Bisa? —Frunzo el ceño.

—Mamá y Zeena dicen que esto solo es el principio, que está empezando algo que estallará. —Deja de mirarme. Sus ojos oscuros y grandes se clavan en el techo sobre nosotras.

—Pero ¿qué dices Bisa? —Me echo hacia delante incorporándome en la cama—. Eso no va a pasar, aquí no.

—¿A no? —Suena ofendida—. Julie, no sería la primera que se dan casos así. —De un impulso se levanta del todo de la cama—. Siempre ha existido racismo, eso es así.

—Eso era antes, Bisa —lo digo tal cual lo creo, firmemente.

—Eres una ingenua, Julie —murmura.

—¿Eso piensas de mí? —Ahora soy yo la ofendida. Me levanto de la cama aproximándome a ella—. Este país... esta ciudad es tanto tuya como mía, aunque no tengamos el mismo color de piel.

—Y eso suena bien. —No reconozco a esta Bisa que habla—. Pero, Julie, tú fuiste a un colegio privado para señoritas y yo fui a un colegio muy distinto, con la mayoría de chicas como yo.

—¿Chicas como tú? —Sueno incrédula porque me siento aturdida, incapaz de comprender lo que pasa por la cabeza de Bisa.

—Negras —dice sin tapujos, fríamente.

—También tuve compañeras de color en el colegio. —Es tan absurda esta conversación.

—Niñitas con padres de dinero. —Se mantiene fría y distante—. Estoy segura de que esas eran las menos. ¿Cuántas había? ¿Dos? ¿Cuatro?

—Creo que será mejor que vuelva a casa. —Aparto la mirada de mi mejor amiga a la que no reconozco en este preciso momento. Camino hacia la puerta de su habitación—. Bisa, ese es el verdadero problema.

—¿Qué problema? —Se da la vuelta.

—Que aún existen personas que piensan así. —Una pena inunda mi cuerpo—. Y sabes que fui a ese colegio porque mi madre trabaja allí, nada más.

Salgo de allí con la sensación que siempre me invade cuando discuto con Bisa, aunque en esta ocasión ni siquiera se ha producido tal hecho. No hemos chillado. No nos hemos dicho cosas que no nos gustan de cada una. No ha terminado con un «no vuelvas a hablarme en la vida».

Camino por el pasillo de vuelta al salón, pero ya puedo escuchar el sonido del televisor encendido a todo volumen. La noche de hoy habrá alterado a mucha gente, algunos confusos y asustados creyendo, barajando quizá, la posibilidad de que alguna de esas dos chicas sea su hija, sus primas, sobrinas... otros solamente atentos ante la situación. Meit y Zeena siguen sentadas en el sofá con la vista puesta en las noticias de última hora.

—Esto no quedará solo en esto. —Zeena se levanta del sofá, momento en el que su mirada me encuentra detrás avanzando muy despacio.

No me dice nada, solamente me observa como si fuera una extraña. Nunca tuve ningún tipo de relación con la tía loca Zeena, pero jamás me había mirado del modo en que me mira ahora mismo. Meit no tarda en percatarse que algo capta la atención de su hermana, gira su cabeza hacia atrás y también ella me encuentra.

—¿Ya te marchas, Julie? —Al menos Meit me sonrío.

—Sí, es tarde y mi madre tendrá la cena lista. —Trago saliva sin poder dejar de mirar a Zeena.

—Claro. —Meit se alza del sofá—. ¿Tus padres bien?

—Todos bien. —Intento sacar una sonrisa, aunque me resulta más complicado de lo normal.

—Me alegro. —Echa un vistazo a su hermana—. Dales recuerdos.

—Lo haré. —Vuelvo a caminar hacia delante—. Buenas noches.

—Buenas noches, Julie —responde solo la madre de Bisa.

Cenamos sin decir mucho, al menos no les ha dado por interrogarme para lograr sonsacarme dónde he estado y por qué he desconectado mi teléfono. El ambiente sigue aún tenso. Soy yo la que se encarga de recoger la cocina al terminar, mamá parece agotada y pronto desaparece y, papá, después de ayudarme un poco, imita a mamá. Necesito pensar un poco y por ello recojo y lavo hasta el último y pequeño cacharro del fregadero, me ayuda a meditar un poco. A pensar en Kenan. A pensar en Bisa y su actitud. En Zeena. Y en mis padres también. Solo cuando está toda la cocina limpia abandono la habitación y me encierro en la mía a modo de refugio. Ni siquiera he mirado mi teléfono todavía, de hecho, sigue sobre el escritorio de mi cuarto con la lucecita azul parpadeando, avisando de montones de mensajes que aún no he leído y que ciertamente no tengo ganas de leer.

Mensajes de papá. Mensajes de mamá. Mensajes de Bisa, Nat, tía Rosie, del grupo que tenemos los cuatro. Mensajes de Will preocupado, aunque ni comparación con lo que mis padres o Bisa han montado nada más verme. Mientras leo uno a uno, un nuevo mensaje salta en mi pantalla. Kenan me escribe por primera vez.

«¿Puedo llamarte?».

«Sí», escribo.

Apenas espera unos minutos en llamar, mi teléfono está en silencio, pero vibra con fuerza entre mis manos. Descuelgo.

—Hola, Julie. —Me gusta oír su voz.

—¿Estás bien? —Me dejó algo preocupada su repentina marcha.

—Estoy perfectamente. —Noto cierto tono bromista en él—. ¿Y tú?

—Bien. —Me echo sobre mi cama, mucho más dura que la de Bisa—. Aunque en casa se han vuelto locos, creían que podría ser una de esas chicas. —Doy por hecho que él ya está enterado del asunto.

—¿Es qué no les avistaste dónde ibas?

—No les conté todo —miento.

Kenan no conoce a mis padres, si los conociera sabría que hay cosas que debo mantener ajenas a ellos hasta que estén controladas.

—Entiendo. —Baja la voz—. Solo llamaba para disculparme otra vez por haberte dejado tirada.

—No me has dejado tirada. —Me giro hacia un lado—. Solo hemos terminado antes de tiempo.

—Vale. —Parece reír—. Suena mejor.

—Ha sido una tarde estupenda. —Dibujó una sonrisa en mi cara.

—Para mí también —susurra—. Y quiero que se repita, aunque sin agua por medio. —Kenan se echa a reír.

—Me parece bien. —También yo río con él—. Elijo yo. La próxima yo te llevaré.

—Por mí perfecto. —Suena aliviado—. No conozco ningún otro sitio en Ciudad o cerca.

Sonríó. Vuelvo a moverme hasta quedar nuevamente boca arriba con la vista puesta en el techo de mi cuarto. Puedo ver la moldura que rodea toda la habitación y que separa el techo de la pared, Bisa no la tiene, aunque no la tiene porque fue papá quien insistió en ponerla en las habitaciones de la casa. Caprichos.

—Pues yo lo organizaré, ¿algo que deba saber? ¿Alguna alergia? ¿Alguna fobia inconfesable? —bromeo.

—Soy alérgico a los frutos secos. —Se queda en silencio unos segundos—. Y... —Vuelve a callar.

—¿Y? —pregunto intrigada.

—Y no me gusta demasiado la *pizza* —le cuesta confesar.

—Vale, pues ni frutos secos, ni *pizza* —digo a modo de anotación.

—Bien —dice satisfecho—. Será mejor que te deje dormir.

—Sí, aunque ya he descubierto que tienes cierta predilección en llamarme de noche —bromeo.

—Pues voy a tener que llamarte más y a varias horas —me sigue el juego—. Buenas noches, Julie.

—Buenas noches, Kenan.

CAPÍTULO XII

Tu amistad es lo más importante.

Todo el mundo habla de lo sucedido el sábado por la noche, aunque al fin se ha podido identificar a las dos chicas agredidas que siguen graves, ingresadas en el hospital. Las noticias han confirmado que se ha avisado a sus familiares, sin embargo, y muy acertadamente en mi opinión, al menos han mantenido en el anonimato a las dos jóvenes, hubiera sido demasiado morboso decir también sus nombres. Yo he decidido por mi parte continuar con mi trabajo en Acuario como cualquier día, sin involucrarme demasiado en las diversas interpretaciones que algunas de mis compañeras han desarrollado después de darle muchas vueltas al asunto.

Camino por el almacén recogiendo algunas de las cosas que voy a necesitar para ir a ver a mis amiguitos alados, en una mano sostengo un cubo azul agarrado del asa, mientras con la otra mano voy introduciendo dentro aquello que escojo entre algunas cosas de las estanterías del almacén. He quedado para comer con Will, que pasará a recogerme cuando salga de trabajar y necesito, ahora mismo más que a nadie, a mi mejor amigo ya que no he vuelto a saber de Bisa desde el sábado por la noche, a pesar de haberle escrito un mensaje de paz esta mañana antes de salir de casa. Pero nada.

—Pues una de las chicas es la prima de una amiga de mi hermana. —Escucho de fondo.

Con la mirada busco entre los trastos del almacén del Acuario hasta que doy con Cameron y Alissa a unos cuantos metros de donde me encuentro, las estanterías cumplen la función de capa invisible ocultándome de ellas.

—Pobrecitas —se limita a responder Cameron.

—Pues el padre de una de ellas es policía. —Alissa continúa con el cotilleo—. Dicen que era amigo del poli que mató al chico negro hace semanas.

—¿Qué dices? ¿De verdad? —En el rostro de Cameron se dibuja auténtico pavor.

—Esos chicos no saben lo que han hecho —murmura—. La policía los encontrará pronto.

—Eso espero —responde Cameron.

Las chicas salen del almacén poco después, yo permanezco allí un rato más sin hacer ruido, oculta tras las estanterías. Si eso es cierto, el temor que tenía y que Bisa creía firmemente es real. Ojo por ojo y diente por diente y esto solo es el comienzo. Echo dentro del cubo azul una esponja.

Will no deja de mirar su teléfono móvil esperando a que nos traigan la comida que hace ya un rato hemos pedido, lo cierto es que no tengo mucha hambre y creo que la culpa la tiene la conversación que he escuchado en el almacén a escondidas y que me ha revuelto el estómago.

—¿Una admiradora? —Intento romper el hielo.

—¿Cómo? —Will levanta la mirada de la pantalla del teléfono para después dejarlo sobre la mesa.

—Lo digo porque no dejas de hablar. —Dibujo una sonrisa en mi cara.

La camarera aparece con dos platos entre sus manos y yo aparto algunas cosas, entre ellas mis cubiertos que interfieren en la tarea de depositar mi plato sobre la mesa frente a mí. Will también aparta los suyos.

—Es mi hermano que quiere que pase esta tarde a ayudarlo. —Bebe de su vaso haciéndose el despistado.

—¿Ayudarlo con qué? —Miro las verduras de mi plato.

—Con el coche. —En su rostro aparece dibujada una expresión de desánimo—. Ha vuelto a conseguir un coche de Hurt y quiere arreglarlo.

—Bueno, así conseguiste el tuyo —le recuerdo.

—Ya lo sé. —Es evidente que no tiene ninguna gana de dedicar su tarde a algo así.

Comienzo con la carne, aunque alterno con la verdura al vapor, ya es hora de que empiece a cuidar un poco más la alimentación, a pesar de que nunca he sido una niña que pusiera muchas pegas con la comida, tampoco ahora.

—¿Y qué tal todo?

—Bien —dice sin mirarme—. ¿Y tú? Liarías una buena la otra noche. —Una media sonrisa se dibuja en su cara—. Por cierto, ¿dónde estabas?

—Salí. —Vuelvo a meter comida en mi boca.

No quiero mentirle porque es mi mejor amigo, pero decirle que tuve una cita con un soldado de Pretoria no creo que sea lo que Will quiere escuchar en este preciso momento, aunque quizá esté equivocada y no le importe tanto a él, no tanto como me importa a mí tener que decírselo.

—Nos diste un susto de muerte —bromea.

—Si vieras como estaba mi madre cuando llegué. —Intento no recordarlo.

—¿Y te extraña? No sabían nada de ti. —La excusa—. Yo también me preocupé.

Le echo una mirada silenciosa mientras Will sigue comiendo, pues si tan preocupado estaba no lo noté así en sus mensajes, de hecho, me pareció el más cabal de todos los que recibí aquella noche. Will sigue comiendo sin alzar su mirada castaña del plato. Me alegra haberlo recuperado, al menos tener de vuelta a mi amigo.

—¿Has hablado con Bisa? —Cambio de conversación.

—No, hoy no. —Clava su mirada en mí—. ¿Por?

—Creo que hemos discutido. —Alargo el brazo para alcanzar mi vaso de agua.

—¿Crees? —Parece hacerle gracia.

—Sí. —Suspiro—. Hablamos de lo sucedido con esas dos chicas, de lo que pasó con aquel policía y... —Dejo de hablar.

—¿Discutisteis por eso? ¿Y qué os llevó a discutir? —Will arruga la frente, confuso.

No respondo. En realidad, no debería permitir que el conflicto que ataca nuestras calles también consiga separarnos después de tantos años juntas, después de tantas cosas.

—Tonterías. —Pincho comida con mi cubierto.

Will no le da más importancia y sigue con su plato hasta vaciarlo. Con él siempre pude hablar de cualquier cosa, sin importar si era o no correcto mi comportamiento. Tiene la increíble habilidad de conseguir que yo sola vea el camino sin decir nada. Pronto tendré que hablarle de Kenan.

Salimos del bar unas dos horas después de haber entrado, el sol está en lo más alto del cielo y pega con fuerza para ser primavera. Will saca las gafas de sol de su bolsillo para ponérselas, después levanta su cabeza inspirando aire y una sonrisa pequeña se dibuja en su rostro.

—Te llevaré al Acuario —dice al fin.

—Esta tarde no trabajo. —Me aparto el pelo hacia atrás.

—Mejor. —Parece contento—. Pues vente conmigo.

—No tengo ni idea de coches. —Sonrío.

—¿Qué más da? —Intenta convencerme—. ¿Tienes algo más interesante que hacer?

Echo la vista hacia atrás contemplando el lugar del que hemos salido hace unos minutos. Mi extraña discusión con Bisa ha hecho que no tenga planes hasta que hable con ella y solucione el mal entendido.

—Lo cierto es que no. —Camino hacia su coche.

—Bien. —Will abre la puerta, satisfecho.

Miro a los hermanos Seathpool sentada en un viejo taburete de madera cerca de las estanterías con herramientas. Se parecen tanto físicamente que asombra, los dos son altos, de cabello castaño, espalda ancha y rostro angelical. Rostro dulce, como siempre me dijo mamá.

El aceite mancha las ropas de los hermanos, aunque la camiseta verde de Christopher disimula bastante la suciedad a diferencia de Will, cuya camiseta blanca se tiñe de negro y gris por varias partes. Christopher es quien lleva la voz cantante en la restauración del viejo coche de color rojo hecho pedazos. Me hago con una de las herramientas de la estantería, no tengo ni la remota idea de qué es ni para qué sirve.

—¿Segura de que no quieres unirse a nosotros? —Escucho la voz de Christopher mientras permanece bajo el coche con su hermano pequeño a su lado.

—Segura —respondo.

Will se ríe de mí, sabe tan bien como yo lo peligroso que puede ser dejarme a mí colaborar en algo como esto, especialmente manejando herramientas de este tipo.

—Christopher, ya te he dicho que Julie puede resultar un gran peligro —se burla sin ningún tipo de consideración.

Le lanzo una mirada furiosa, pero no digo nada porque razón no le falta. Me levanto del taburete acercándome a ellos intentando no tocar nada.

—¿Qué harás con él después? —Recorro con la mirada el coche.

—Seguramente lo venda. —Christopher saca parte de su cuerpo de debajo del vehículo—. Will pásame la llave.

Su hermano pequeño da media vuelta, obediente, poniendo rumbo a las estanterías del garaje en busca de la herramienta que su hermano acaba de pedirle. Puedo ver la pequeña cicatriz en la frente del hermano mayor de los Seathpool, resultado de un accidente de coche cuando tenía dieciocho años y del que salió prácticamente ileso, pero destrozó el coche de su padre. Will siempre me contó que fue a raíz de entonces cuando Christopher dedicó su tiempo libre a arreglar vehículos hasta que casi fue una profesión.

—Deberías conservar el color rojo. —Pongo mi mano sobre el capó.

—Si te gusta, lo dejaré. —Sonríe sin poner objeción alguna.

Will aparece con la herramienta que le ha pedido, Christopher la coge y vuelve bajo el coche de nuevo. Desconozco cuál es el trabajo que está realizando ahí abajo pero, aunque preguntara y obtuviera respuesta seguiría, probablemente, sin entenderlo.

—Recuerdas aquel día que nos fuimos con la moto. —Will se pega a mí.

Echo a reír al recordarlo. Claro que lo recuerdo, cómo no hacerlo. Su hermano había conseguido una moto que arregló en unos días y Will la cogió una tarde sin decirle nada, después pasó a recogerme y nos fuimos juntos. Will intentó enseñarme a conducirla y aprendí, aunque pronto me prohibió conducirla de nuevo cuando casi volcamos con ella. Abibi y Bisa se unieron después y allí estuvimos hasta que se hizo de noche.

—Tu hermano casi te mata —murmuro.

—Valió la pena. —El tizne negro mancha su nariz de forma muy graciosa. Alargo mi mano y froto mis dedos en ella para intentar limpiarla, aunque resulta más complicado de lo que creía, así que termino agarrando su cara con mi mano mientras con la otra sigo insistiendo—. Valió la pena, ¿verdad? —En sus ojos se dibuja cierta tristeza que no había vuelto a ver desde que rompí con él—. Todo lo que tuvimos valió la pena, ¿verdad?

—Will —murmuro—. Estoy viéndome con alguien.

Sale de mí sin control. No debería habérselo dicho y mucho menos en este momento, no es el lugar para hacerlo. Will se aleja un poco de mí recuperando la compostura de hace unos minutos, con su antebrazo se frota la nariz un poco, pero desiste rápidamente.

—Me alegro por ti. —Pero no me mira y lo conozco bien cómo para saber que no es eso lo que siente.

—Lo siento. —Me siento la peor amiga del mundo—. No iba a decírtelo aún.

—No importa, Julie. —Vuelve a mirarme—. Está bien que rehagas tu vida con otra persona.

Pero no me siento mejor escuchando lo que es cierto. Sé que hace tiempo que rompimos, que hemos vuelto a retomar la amistad que teníamos antes de ser más que amigos, pero siento como si lo estuviera traicionado.

—Siento interrumpir, chicos, pero... Will, puedes ir a por algo de beber. —Christopher interviene.

—Iré yo —me adelanto.

Will asiente y yo me doy media vuelta hacia la puerta que conduce a la casa de los hermanos Seathpool que aún viven con sus padres al sur de Ciudad del Cabo. Me conozco la casa sin problemas. Recorro el corto pasillo por el que entro hasta alcanzar el comedor, giro a mano derecha alcanzando la cocina. Abro la nevera cogiendo un par de botellines de cerveza de la parte baja.

—¡Oh, por Dios, Julie!

Pego un pequeño bote al tiempo que cierro la nevera. La señora Seathpool espera junto a la puerta de la cocina con una bolsa entre sus manos y la otra mano puesta a la altura de su corazón, aún asustada con mi presencia.

—Lo siento mucho, señora Seathpool. —Dejo los botellines sobre la mesa para ayudarla con la bolsa—. Los chicos están en el garaje.

—No te preocupes, Julie, es que me has asustado. —Avanza unos pasos—. No esperaba encontrarte aquí.

Debe hacer poco que ha teñido su cabello de rubio porque brilla con intensidad. Deposito la bolsa sobre la encimera con cautela de no romper nada.

—¿Quiere que le ayude? —Vuelvo hacia ella.

—No, Julie. —Acaricia mi mejilla—. Anda, ve con los chicos.

Agarro los botellines de cerveza de la mesa, están fríos, mojan mis manos, sin embargo, no me importa demasiado. Salgo de la cocina de vuelta al garaje, siguiendo el mismo trayecto que he hecho antes. Abro la puerta blanca, en cuanto la cruzo, me percató de que junto a los hermanos Seathpool, que siguen intentado que ese trasto funcione tarde o temprano, se encuentra mi amiga Bisa charlando con Christopher que ya no está en el suelo. Camino hacia ellos.

—Tomad. —Extiendo mis brazos con las cervezas.

—Gracias, Julie. —Christopher es el primero en cogerla, Will tarda un poco más.

—Hola, Bisa. —Me sorprende verla aquí.

—Hola. —Después de saludarme retorna a su conversación con Christopher.

—No te enfades —Will me susurra al oído—. He sido yo.

—¿Tú le has dicho que viniera? —También bajo la voz.

—Necesitáis hablar, sea lo que sea —vuelve a susurrar.

Planto un beso en su mejilla sin previo aviso. Nunca dejaré de sorprenderme, pase el tiempo que pase.

—Gracias —murmuro. Avanzo hacia Bisa y Christopher hasta alcanzarlos—. Bisa, podemos hablar.

Mi amiga me mira unos segundos sin decir nada, meditando su respuesta. Es tan cabezota.

—Mejor sí. —Christopher interviene—. Yo tengo que seguir trabajando.

Nos deja a solas, cara a cara, aunque Bisa no parece muy a gusto ahora mismo. Miro el exterior del garaje al encontrarse la puerta abierta del todo. También la casa de Will cuenta con un jardín, un poco más grande que el mío y sin vallas que lo separen de la calle. Ando hacia fuera lentamente, asegurándome de que Bisa me sigue, y así hace a pesar de todo, nos detenemos junto a una canasta de baloncesto al lado de la puerta del garaje, en el mismo lugar donde hemos terminado jugando un millón de veces cuando éramos solamente unos críos.

—Me alegra verte. —Doy el primer paso—. Iba a llamarte para hablar.

—¿De verdad? —Bisa relaja la expresión dura de su rostro.

—Lo siento mucho, Bisa. —Intento ser lo más sincera posible—. No me gusta estar enfadada contigo, eres mi mejor amiga.

Bisa se abalanza sobre mí, rodeándome con sus largos brazos como si hiciera años que no nos viéramos y, solamente, han pasado un par de días. Tardo un poco, pero rápidamente también yo la abrazo con fuerza.

—Te he echado de menos —dice en mi oído—. Además, tengo algo que contarte.

Bisa se echa hacia atrás, la dureza de su rostro es ahora pura alegría. Alivio diría yo. Sonrío feliz de recuperarla.

—¿El qué?

—Un publicista ha visto las fotografías de la playa y quiere que sea la nueva modelo para una marca de colonia y productos femeninos. —No puede ocultar la euforia que siente ahora mismo.

—Bisa eso es... alucinante. —Me siento contenta por ella.

—Sí, ¿verdad? —Está a punto de pegar pequeños saltitos, pero se aguanta—. Tenemos que ir a celebrarlo.

—Por supuesto —digo sin vacilaciones.

—Vamos, tengo que contárselo a Will. —Bisa agarra mi mano a punto de tirar de ella hacia dentro.

—Ve, en seguida voy —le pido.

Bisa me hace caso y me suelta. Todo lo que tiene de cabezota, lo tiene también de buena persona, igual que Will. No puedo creerme que haya hecho algo así por nosotras, reunirnos engañadas para solucionarlo todo. Entro de nuevo en el garaje en el momento justo en que Will abraza a Bisa felicitándola por su logro, también Christopher desde la distancia la felicita con su

botellín de cerveza entre sus manos. Bisa vuelve a repetir lo de la fiesta.

—Si os vais de fiesta me uno. —Alza el botellín en alto Christopher.

—Invitado estás —le da permiso ella.

—Genial —dice satisfecho por haberlo conseguido.

—¿Y cuándo tienes que ir? —Will se apoya en el coche.

—Me llamarán esta semana. —Bisa no puede borrar la emoción de su cara.

—Ahora podré decir que tengo una amiga modelo —presume Will.

—Tendrás que presentarnos a otras chicas modelos. —Christopher lanza una mirada de complicidad a su hermano que parece entenderlo a la primera.

Bisa pone los ojos en blanco, pasando del comentario del hermano mayor y regresando a mí, contenta. Jamás la había visto tan feliz y me alegra y asusta al mismo tiempo, tengo miedo de que este mundo de modelos pueda hacerle daño o cambiarla.

—¿Vendrás conmigo? —Envuelve mis manos con las suyas.

—Claro que sí. —Me siento alagada de que me lo pida.

—Gracias, Julie. —Vuelve abrazarme con fuerza.

Mi móvil vibra en el bolsillo. He recibido un mensaje. Bisa me suelta unos segundos después.

—¿Has hablado con Abibi? —Will bebe de su botellín.

—Aún no. —Camina hacia él quitándole la cerveza para beber de ella—. En realidad, quería decíroslo a los cuatro juntos, pero...

—Se mosqueará —dice Will entre dientes.

—Pues no tiene por qué, aún no lo he visto y además...

Dejo de prestar atención a la conversación aprovechando que ninguno de ellos se fija en mí, es en ese momento cuando saco el teléfono móvil del bolsillo de mi pantalón, esperando lo que al final resulta ser. Mensaje de Kenan. Echo un vistazo rápido a mi alrededor antes de darle para leerlo, los hermanos siguen hablando con Bisa.

«¿Cuándo vamos a volver a vernos?».

«¿El miércoles?», escribo.

Apenas me da tiempo a levantar la cabeza de la pantalla unos segundos cuando un nuevo mensaje salta en mi teléfono.

«Genial», recibo. Me pongo a escribir, pero me detengo al recibir otro mensaje más: «He pensado mucho en ti».

Borro lo que había escrito y que estaba a punto de enviar hasta que su último mensaje ha conseguido interrumpirme.

«Y yo».

CAPÍTULO XIII

En lo más alto.

Yo he dirigido durante todo el trayecto, aunque Kenan conducía. Yuma debe ser un buen amigo si le deja su camioneta siempre que Kenan se lo pide. Solo cuando estamos a punto de llegar, logra descubrir cuál ha sido mi elección para nuestra segunda cita y una sonrisa se dibuja en su rostro. Caminamos juntos por la enorme plaza de la estación, repleta de turistas y africanos que, al igual que nosotros, han creído buena idea subir en una tarde como esta a Table Mountain con el teleférico.

—Yuma me habló de esto. —Kenan coge mi mano disimuladamente, sin darle importancia.

—El teleférico es la manera más rápida para subir a la montaña. —Giro mi rostro para fijarme en la imponente montaña que preside Ciudad del Cabo, símbolo de Sudáfrica.

—Creía que te daban miedo las alturas. —Suenan a burla.

—No me da miedo las alturas —rechisto—. Solo fue la impresión del momento.

—Lo que tú digas —murmura.

Miro a mi alrededor, la gente va y viene por la plaza mientras avanzamos hacia lo que es el edificio principal. A lo lejos, logro ver el gigantesco marco de fotos amarillo donde todo el mundo se acerca para sacarse una fotografía.

—Espera. —Tiro de mi mano deteniendo a Kenan.

—¿Qué pasa, Julie? —Aparecen unas pequeñas arrugas en su frente.

—Ven. —Tiro de él despacio.

A medida que nos aproximamos más y más, nos percatamos de un grupo de gente preparándose para hacerse una foto tras el marco con Table Mountain de fondo a modo de maravilla. Nos detenemos cerca de ellos mientras esperamos a que terminen. Foto tras foto van cambiando de pose hasta que todo resulta cómico.

—¿Es que quieres que nos hagamos una foto aquí? —Kenan susurra en mi oído.

—Sí —respondo segura. Quiero poder enseñarle a Bisa una fotografía de Kenan cuando pregunte cómo es, cosa que ya ha hecho un millón de veces—. Vamos.

El grupo de gente se marcha, ni corta ni perezosa me acerco a un matrimonio que hablan cerca y les pido que nos saquen una fotografía con mi teléfono móvil. Ellos, muy amablemente, aceptan y nosotros nos colocamos juntos tras el marco. Kenan se siente bastante incómodo así que se mantiene erguido a mi lado, mientras apoyo mi cabeza en su hombro.

—¿Listos? —pregunta el hombre con mi teléfono en la mano.

—Sí —respondo alto y claro—. ¿Es qué no te gustan las fotos? —murmuro sin cambiar mi pose perfecta—. Sonríe un poco, Kenan.

El hombre hace la fotografía, pero sigue ahí parado, por lo que deduzco que va a repetirla por si sale mal.

—Es que así no estoy cómodo —murmura Kenan mientras se mueve.

—Pues ponte como mejor...

Kenan me rodea con sus brazos velozmente y, sus labios, se pegan a los míos deseoso. Olvido por un segundo que estamos en una plaza, que un completo desconocido nos está fotografiando, que estamos a punto de subir muchos metros de altura. Que en el fondo, sí estoy nerviosa por tener que subir tan alto. Nada importa mientras Kenan me besa. Hasta que se aleja poco a poco de mí y vuelvo a ser consciente de todo.

—Ya tienes tu foto, Julie Edison —susurra dibujándose una sonrisa en la comisura de sus labios.

—Y tú, tu beso —me cuesta responder.

—¡Perfecto! —Grita el hombre desde el otro lado.

Recupero mi teléfono antes de poner rumbo al teleférico. Ni siquiera compruebo las imágenes antes de guardar mi móvil en el bolso y continuar junto a Kenan. Una cola larguísima de gente espera para subir a uno de los dos teleféricos que colocaron acertadamente para poder coronar la cima llana de Table Mountain, una extensa montaña plana desde donde puede verse toda la ciudad, el mar y la playa no mucho más lejos.

Cada diez minutos el teleférico aparece con gente que baja de lo más alto de Ciudad del Cabo en grupos considerablemente grandes, por lo que no tardamos más de media hora en conseguir nuestro propio hueco en la cabina, para entonces quedan muchos menos turistas que quieran subir, seguramente por la hora que es o, quizá, por el hecho de que el último teleférico que sube a Table Mountain es a las siete.

Una cabina redonda de color azul con la palabra VISA escrita en ella y ventanas rodeándola para que puedas contemplar las vistas desde lo alto, mientras asciendes hacia la montaña. Hace varios años que no subía, la última vez creo que fue con Nat, Timothy y la pequeña Amy que disfrutó muchísimo, aunque Natalie casi vomita en el trayecto. Se mareó, o eso nos dijo. Yo me limité a sujetarme con fuerza mientras intentaba obviar lo evidente, que subíamos muy alto y muy rápido, y mientras tanto, Tim disfrutaba como un niño con Amy entre sus brazos observando el paisaje.

—¿Estás segura de esto? —Kenan agarra mi brazo mientras las puertas de la cabina se cierran.

—Mucho. —Me tiembla la voz.

Kenan ríe precavido, sus brazos rodean mi cintura pegándome a su fuerte cuerpo a modo de salvavidas.

—Oye, Julie, no te preocupes —susurra—. Soy piloto, ¿recuerdas? No dejaré que caigas.

—Que seas piloto no salvará nuestras vidas si esto se despeña. —Sueno pesimista, como

siempre que estoy muy nerviosa.

—Tranquila. —Besa mi mejilla después.

El teleférico comienza a subir, al principio despacio, pero pronto va ganando algo más de velocidad. La gente se apila en las ventanas, asombrados con las vistas que ofrece y que cada vez son más espectaculares. Kenan se mueve despacio empujándome con él, aunque pongo una fuerte resistencia, cada vez estamos más cerca de la ventana. El paisaje es realmente una auténtica maravilla. Puedo ver el pico del Diablo, la costa de Ciudad, la tranquilidad del mar que se extiende infinito, veo también la bahía y los edificios de Ciudad del Cabo que son, con cada segundo que pasa, más y más pequeños.

—Es hermoso. —Noto una calma recorriendo mi cuerpo que consigue borrar mi temor.

—Es precioso —me da la razón.

A nuestros pies, la montaña que asciende vertiginosamente, aunque aún no logro ver la cima de Table Mountain. La gente no deja de sacar fotografías de todo mientras alzan la voz emocionados.

—Es la primera vez que subo y no siento pavor. —Acercó más mi cara al cristal.

—Eso es que confías en mí. —Muestra una confianza en sí mismo que nunca había visto en nadie—. Lo que no entiendo es por qué elegiste esta opción si te aterra subir.

—Porque vale la pena —no dudo en contestar.

Kenan asiente despacio, sin decir nada, aunque no deja de mirarme con esos enormes ojos azules tan característico en él, tan llamativos en un chico de color. Tiene un atractivo innegable. Alcanzamos la cima en los siguientes minutos, deteniéndose la cabina en lo más alto de la montaña. Recupero a la Julie de siempre en cuanto mis pies pisan la tierra de la montaña.

Mucha gente aguarda a subir al teleférico para poder bajar. Nos hacemos a un lado mientras avanzamos por la superficie de Table Mountain acercándonos al borde, al menos hasta donde está permitido. Me quedo sin aliento en cuanto mis ojos comienzan a captar la vista que hay ante mí, no recordaba que fuera tan impresionante. Un hermoso atardecer en Table Mountain, con el sol en el horizonte tiñéndolo todo de un rojizo asombroso mientras se prepara para, en solo unas horas, desaparecer entre las olas del mar.

—La vista es increíble. —Kenan dibuja asombro en su rostro.

—No lo recordaba tan bonito. —Coloco mi mano sobre su hombro.

—¿Qué es aquello? —Señala con su mano más allá—. ¿Una isla?

Fijo mi vista en el horizonte encontrando aquello que los ojos de Kenan ven a cientos de metros de donde nos encontramos, creo saber a qué se refiere, pero me cuesta verlo, hasta que mis ojos castaños topan con él.

—Aquello es la isla de Robben.

Seguimos avanzando por la cima, uno junto al otro.

—¿Solo se puede subir en teleférico? —Kenan muestra un interés inusual, pero me parece

encantador.

—No, hay gente que sube escalando, hay una especie de sendero. —Intento calmar su curiosidad—. Yo lo hice hace muchos años.

—¿Tú? —Suena claramente a burla.

—Sí, yo. —Golpeo muy despacio su hombro—. No subí sola.

—Con ese tal Will —dice de repente.

—¿Cómo?

—Digo que si subiste con ese tal Will. —Deja de contemplar las vistas impresionantes de Sudáfrica.

—Sí, con él y otros amigos —aclaro.

—¿Aún tienes relación con él? —Intenta no sonar demasiado curioso, pero no puede evitarlo—. Quiero decir, si soléis quedar muy a menudo.

—A veces. —Me coloco frente a él—. ¿Por?

—Nada. —Aparta sus ojos de mí.

—¿Estás celoso? —pregunto confusa. No llevamos tanto como para que sienta celos de mi mejor amigo, aunque también dé la casualidad de ser mi exnovio.

—No. —Intenta dibujar una sonrisa en su cara restando importancia—. Solo era curiosidad.

Kenan se desplaza hacia un lado, esquivándome, mientras vuelvo a prestar atención a las vistas, a la gente que pasea cerca de nosotros. Camino hacia donde está hasta colocarme tras él, próxima a su espalda.

—Kenan, Will y yo somos muy amigos.

Necesito que eso quede claro desde el principio, para evitar mal entendidos.

—Y me parece bien. —Gira su cabeza hasta encontrarme. No tarda en darse la vuelta del todo y colocar sus manos en mis hombros—. Julie, está bien. —Deja caer sus brazos—. Y ahora cuéntame algo de la montaña.

Me coloco a su lado volviendo a Ciudad del Cabo.

—La montaña está dentro del parque natural que lleva su nombre. —Miro todo, cada detalle, cada rincón más allá—. Eso de ahí es el pico del Diablo. —Señalo hacia la otra dirección, donde se encuentra uno de los picos que flanquean Table Mountain—. Y ese otro... —Señalo con el otro brazo el lado contrario—. La Cabeza de León.

—Curiosos nombres. —Escucha atento.

—Hacia el este hay un montículo de piedras a modo de señalizador y que se usó durante mucho tiempo para investigaciones, aunque no me preguntes de qué, no sé si astronomía o qué. —Intento hacer memoria de las varias excursiones a Table Mountain a lo largo de mi vida—. En realidad, si sigues la montaña hacia allí, se convierte en una colina llamada los Doce Apóstoles y

que acaba en Cape Point.

—¿Cómo sabes todo esto? —Parece sorprendido.

—De excursiones, de mi padre... de muchas cosas —respondo sin darle mayor importancia.

—¿Tú padre? —pregunta intrigado.

—Sí, a mi padre le encanta leer sobre historia de Sudáfrica y, alguna vez, me ha contado cosas de Table Mountain.

—No me has hablado de tu familia. —Comienza a caminar despacio por la cumbre de la montaña y yo lo sigo de cerca.

—Vivo con mis padres. —Tampoco es algo tan interesante de contar a mi parecer—. No tengo hermanos, solo una prima dos años mayor que es casi mi hermana.

—¿Cómo se llaman tus padres?

—Richard y Betty Edison —respondo sin dar importancia.

—¿Y esa prima tuya? —Mete las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Natalie. —Siento como el tono de mi voz cambia al decir su nombre—. Está casada con Tim y tiene a la pequeña y adorable Amy.

—Los quieres mucho. —Dibuja una sonrisa en su rostro—. Lo noto en tu voz, en tu cara.

—Sí, quiero mucho a mi familia —susurro—, aunque creen que tomé la decisión incorrecta.

—¿En qué momento?

Seguimos caminando despacio.

—El último año estuve en Londres y volví. —Aparto mis ojos de él.

—Y creen que deberías haberte quedado. —La rapidez con la que su razón llega a conclusiones me asombra.

—Sí, dicen que allí tendría más futuro que aquí —repito las palabras de Nat.

—Y razón no les falta, pero... —Calla.

—¿Pero?

—Pero ¿dónde quieres estar tú? —Alza las cejas esperando una respuesta que evidentemente sabe.

—Aquí —susurro.

Nunca nadie me lo había preguntado, a pesar de intentar decirlo de un millón de formas distintas todo este tiempo. El problema no radicaba en si allí iba a estar bien, sino en que aquí soy feliz. Clavo mis ojos en él, asombrada por el descubrimiento.

—Pues entonces solo aquí serás feliz. —Saca una de sus manos del bolsillo para coger la mía—. De no ser así, tampoco te hubiera conocido.

—En realidad, no me hubieras conocido si no me hubiera quedado dormida aquella mañana —matizo.

Kenan detiene su paso colocándose cara a cara conmigo, moja sus labios, pensativo, y dice:

—Igual solamente tenía que suceder.

—Igual.

La bajada resulta más rápida y mucho menos espectacular a causa de la oscuridad que se echaba encima, pero aun así contemplar Ciudad del Cado desde lo más alto resulta algo casi mágico. Caminamos por Waterfront a la luz de las farolas y la iluminación externa de los locales mientras el vaivén de las olas choca con el muro del paseo moviendo las embarcaciones del puerto. Si echo la vista atrás, las casetas iluminadas decoran de forma hermosa el lugar.

—Te queda bien el pelo de esa forma. —Kenan alarga su mano tocando algunos de mis mechones castaños.

—Ahora que lo tengo tan corto no puedo hacer gran cosa. —Miro hacia arriba intentado ver los mechones que caen de mi extraño recogido.

—¿Antes lo llevabas largo? —Kenan sube las mangas de su chaqueta.

—Sí, bastante más largo. —Ahora soy yo la que pasa sus dedos por los mechones rebeldes y ondulados, concentrados en mi lado izquierdo.

—Estás muy guapa. —Agacha la vista observando los tablones de madera del muelle que forman el paseo marítimo—. ¿Te apetece un helado?

—¿Ahora? —Me sorprendo.

Kenan echa un vistazo hacia uno de los locales que dejamos atrás y yo, instintivamente, imito su gesto encontrando una heladería con varias mesas fuera.

—Vamos. —No espera a mi respuesta.

Damos la vuelta hacia la heladería, algunas mesas ocupadas se encuentran en la terraza, en el mismo muelle, pero también dentro puedo ver gente. Es un sitio bastante pequeño, aunque muy dulcemente decorado en tonos pasteles.

—Buenas noches, ¿qué queréis? —Una chica joven nos atiende.

Kenan mira con detenimiento la nevera llena de helados de varios sabores, parece indeciso, algo ausente. Al bajar de la montaña hemos decidido venir a esta zona de la ciudad a cenar y así hemos hecho finalmente.

—Creo que quiero el de sabor coco y chocolate negro. —Coloca su mano en la barbilla pensativo—. Sí, uno de esos.

—¿Y tú? —Me pregunta la dependienta.

—Fresa. —Suena simple, pero es mi sabor preferido en el mundo.

—¿Solo fresa? —pregunta Kenan decepcionado.

—Es mi sabor favorito —digo con la cabeza en alto—. ¿Coco y chocolate? —Se la devuelvo burlona.

Kenan se ríe agachando la cabeza. La dependienta nos da nuestros helados y ambos continuamos con el paseo. Alguna pareja se cruza con nosotros, pero nada que ver con la temporada de verano, cuando Ciudad se llena de turistas de todas partes que abarrotan los hoteles y apartamentos de esta zona más exclusiva de la ciudad.

—¿Quieres probarlo? —Kenan arrima su helado a mi cara.

—No, gracias. —Sonrío—. ¿Y tú? Aunque solo es fresa.

Kenan vuelve a sonreír sacando su cucharita verde del helado, para después introducirla en el mío y llenarla. Se lleva a la boca un buen pedazo.

—Fresa —dice como si acabara de descubrirlo.

—Ya te lo he dicho. —Lleno la mía y sigo comiendo.

Con cada cucharada el aire que recorre el paseo se vuelve más frío, más intenso. El chico guapo de ojos azules que camina junto a mí, mete la cuchara en su boca dejando una de sus manos libres para comenzar a quitarse la chaqueta negra de cuero, primero una manga, mientras con la otra sujeta el helado, después la otra.

—Anda, toma, que no quiero que mueras helada. —Kenan me coloca la chaqueta sobre los hombros.

—¿Cómo has sabido que tenía frío?

—Lo he notado en tu cara. —Vuelve a comer helado.

—Gracias. —Me hago con ella para ponérmela bien—. ¿Nos sentamos en el banco?

Mi vista capta uno de los bancos de madera con vistas al puerto, al agua, a los barcos que aguardan balanceándose de lado a lado con sutileza. Él no dice nada, se limita a tomar la iniciativa de ser el primero en aposentar su trasero en el asiento. Me siento a su lado sin dejar de comer el helado de fresa.

—¿Qué has hecho hoy? —Me mira de reojo sin perder de vista su extraña mezcla.

—Trabajar en el Acuario y mirar como arreglan un coche. —Paro de comer unos segundos—. ¿Y tú? —pregunto sabiendo que es posible que ni siquiera pueda darme una respuesta cien por cien sincera.

—Nos estamos coordinando —responde sin que yo entienda nada—. Julie es complicado... —Debe haber notado la confusión en mi cara.

—Sí, ya, no puedes decirme que hacéis. —Aparto mis ojos de él enojada, aunque debería comprenderlo—. Tiene que ver con lo que sucedió la otra noche, ¿verdad?

Deja de comer, mantiene la pose erguida y contempla el mar en silencio. Puede que esté debatiéndose qué contar o cómo hacerlo.

—Sí —responde unos minutos después.

—Te llamaron por lo que les sucedió a esas dos chicas —continúo.

—Más bien por lo que podría haber sucedido tras la agresión. —De nuevo esa expresión seria se dibuja en su rostro, como aquel día—. Julie, prométeme que tendrás cuidado.

En su mirada, fija en mí, noto que hay más de lo que cuenta en realidad, mucho más. Asiento, aunque ni siquiera sé por qué motivo acepto tal término cuando yo misma enfrenté a Bisa por un comentario muy parecido. No tengo miedo de vivir donde vivo y no creo realmente que pueda estallar todo esto como la gente tanto teme.

—Creo que la situación no es tan grave —dejo escapar de mi boca sin atreverme a sostener la mirada en él.

—¿Eso piensas? —contradice de algún modo—. Pues los familiares de la chica que no ha sobrevivido no dirán lo mismo.

Detengo todos mis movimientos. Mi mente deja de pensar. Mi mano deja de llevar helado a la boca. Simplemente me paralizó.

—¿Ha muerto? —pregunto, aunque la respuesta ya la ha dado antes incluso de preguntar.

—¿No lo has oído en las noticias? —También él parece asombrado por mi desconocimiento—. Ha salido en todos los medios, una de las chicas no lo ha conseguido y me temo que solo sirva de incentivo.

—¿Incentivo? —Reacciono—. Kenan, estás hablando de un asesinato, no me parece que la palabra incentivo sea la más apropiada.

Me afecta sobremanera su frialdad al tratar un tema tan doloroso como la muerte de una chica después de haber sido agredida violentamente. Kenan deja el helado sobre el banco consciente de mi estado.

—Tienes razón —murmura—. He sido muy duro, pero estoy acostumbrado a la muerte de personas, muertes injustas. —Sigue siendo un chico sincero, algo que me gusta bastante de él—. No digo que no me afecte, digo que ya nada me sorprende. Pero lo siento por esas chicas, se tomarán medidas.

—¿Cómo? ¿Se sabe quién lo hizo?

—No, nada. —Aunque nuevamente no sé si es cierto o solamente intenta cumplir su orden de no abrir la boca.

—Escuché que una de las chicas es hija de un policía, que tenía relación con lo sucedido hace semanas. —Cierro la chaqueta que me ha prestado juntando cada extremo.

—No debería estar hablando de esto contigo —dice al fin—. Sí, lo era.

—Por eso estáis aquí en Ciudad, ¿verdad? —Obvio el comentario anterior.

Kenan rodea sus manos con las mías, envolviéndolas con delicadeza, muy dulcemente, como un objeto frágil que puede dañarse si aprieta más de la cuenta. Sus manos son grandes, masculinas. Clava sus ojos en los míos.

—Julie, te prometo que te contaré todo lo que pueda contarte. —Sus ojos brillan a causa de las luces de fondo—. Pero no me pidas que...

—De acuerdo —interrumpo—. Solo voy a necesitar saber que sigues vivo, de una pieza, hagas lo que hagas.

—Eso puedo hacerlo. —Va apareciendo en su cara una pequeña sonrisa—. Yo te pido lo mismo.

Asiento. No me agrada la idea de no saber lo que ocurre, qué se trae entre manos, pero hasta cierto punto puedo entenderlo. Entiendo que no siempre podrá decirme que le han ordenado, dónde va o cuál es la misión encomendada, pero saber que sigue respirando será suficiente. Por ahora.

CAPÍTULO XIV

Mi color es negro.

Sigo contándole mi cita con Kenan mientras ella mira los estantes del supermercado en busca de todo lo que su madre apuntó en la lista. Muchas de las cosas son las mismas que compramos en casa, pero algunas otras no las he utilizado jamás para cocinar o, simplemente, no lo he comido antes en mi casa ni en ningún otro sitio, pero es parte de la pequeña fiesta que Bisa quiere dar en casa de Abibi. Aún no sé cómo ha logrado convencerlo para preparar algo así, por muy familiar que dice Bisa que va a ser, todos sabemos que, de lo que dice ella, solo la mitad será cierto.

—Tengo ganas de conocerlo. —No aparta sus ojos de un par de cajas sobre el estante—. Espero que venga a la fiesta. —Gira su cabeza hacia mí—. Porque va a venir, ¿verdad?

—No le he dicho nada. —Alargo mi mano y cojo lo primero que encuentro en mi camino.

—Pues díselo, porque quiero conocerlo. —La idea la entusiasma—. Y puede venir también el primo de Abibi.

—Se lo diré. —No sueno convencida porque no me convence demasiado la idea de Bisa, casi suena a encerrona con ella, Abibi y especialmente Will.

—Díselo —repite—. Que te conozco.

—Que sí. —Pongo los ojos en blanco sin que pueda verme.

Bisa encabeza la marcha hacia delante, mientras me limito a seguirla en silencio. Mi mejor amiga tiene la mala costumbre de conseguir siempre todo lo que quiere, hecho que a ella la beneficia todas las veces, pero que a mí, personalmente, me acaba fastidiando de una forma u otra. Se detiene a punto de alcanzar el final del pasillo prestando atención a varias de las cosas del estante superior, yo continúo ensimismada a sabiendas de que Bisa pronto retomará su camino.

—Yo no pienso pagarte eso.

Escucho a modo de regañina desde una de las cajas, la única donde se encuentra una empleada atendiendo, miro por encima de mi hombro con disimulo fingiendo prestar atención a lo que encuentro de pronto frente a mis narices. Productos de limpieza.

—Son ochenta y cuatro rands —dice en voz baja la dependienta.

—Y yo te he dicho que no voy a pagarte eso, negra —responde despectivamente.

Detengo mis movimientos al percatarme de que poco tiene que ver el enfado de ese chico con el precio de lo que ha comprado. Vuelvo a mirar hacia atrás, sin llamar la atención, clavando mis ojos en los dos individuos que esperan tras la caja. Uno de ellos, el que se niega a pagar, lleva una camiseta blanca de manga corta asomando de su brazo un tatuaje que se extiende hacia su codo; el otro chico, cubre su rostro con una gorra que no deja de manosear como si estuviera nervioso.

—Vámonos, Vincent —susurra el de la gorra.

—No pienso irme de aquí sin lo que he comprado —responde con agresividad a su propio

compañero.

—Pues entonces paga lo que es. —La cajera se mantiene firme, desafiante.

—Suma otra vez. —Se enciende el rubio del tatuaje en el brazo.

—Ya he sumado dos veces y son ochenta y cuatro rands. —No se mueve, ni pestaña.

—¡Yo no tengo la culpa de que no sepas sumar, negra! —Parece más alterado que antes.

De repente, los ojos de la chica se desvían de los dos chicos conflictivos para mirarme a mí y me estremezco. Creía que había pasado desapercibida.

—Marchaos —pide con calma ella—. Si no vais a pagar será mejor que os vayáis.

—¿Y si no quiero? —El del tatuaje mueve la cabeza, primero hacia un lado muy despacio, después hacia el otro, como si estuviera preparándose—. Gente como tú mataron a esa chica —ella no dice nada, pero él se aproxima peligrosamente—. Me dais asco —susurra.

—Ya está bien, voy a llamar a la policía si...

La chica se mueve al fin, intentando alcanzar el teléfono que hay junto a la caja registradora, pero el tatuado se adelanta veloz arrebatándoselo con brusquedad.

—Tú no vas a llamar a nadie, zorra. —Tira el teléfono contra el suelo, aumentando el nerviosismo de su amigo que no deja de mirar hacia todos lados encontrándome.

Bisa aparece de improviso desde el pasillo, en su rostro confusión y, sin duda, se debe al alboroto que se ha formado en un momento.

—Julie, ¿qué son esos gritos? —Se pega a mi lado.

—Llama a la policía —le pido antes de salir decidida hacia ellos introduciéndome en la penosa escena—. Deberíais calmaros.

Los tres me miran sorprendidos tras mi aparición, aunque en el rostro de la chica logro captar cierto alivio. Solo cuando quedan unos metros para chocar con los macarras con ganas de jaleo, freno mis pasos. Estoy aterrada, pero esto ha pasado de castaño a oscuro en unos segundos. No está bien, no está nada bien.

—¿Quién te ha dicho que te metas? —responde un poco más calmado el tatuado agresivo—. Lárgate.

Algo dentro de mí se enciende, una llama que arde y amenaza con salir en cualquier momento.

—He llamado a la policía —alzo la cabeza.

—¿Qué has hecho qué?

De repente, de ser una insignificante meto-me-en-todo me convierto en el centro de atención.

—Oye, Vincent, deberíamos irnos antes de que... —Su amigo lo coge del brazo, cada vez está más y más nervioso.

El tipo duro se suelta con un fuerte tirón de brazo, provocando la retirada del otro a modo de

sumisión y es entonces cuando comprendo que me acabo de meter en una situación peliaguda, pero el temor impide que pueda levantar los pies y salir corriendo. Avanza hacia mí lentamente, hasta tenerme cara a cara, es un chico alto, motivo por el cual se ve obligado a bajar la mirada. Sus ojos dejan de mirarme unos segundos perdiéndose tras mí.

—¿Es esa tu amiguita? —Señala atrás.

Miro por encima de mi hombro y solo encuentro a Bisa, aterrada, apretando con fuerza la cesta donde ha metido todo.

—Déjala en paz —ordenó.

—Una amiga de los negros —murmura entre risas—. Igual debería tratarte entonces como una negra.

Agarra mi brazo con fuerza apretando cada vez más y más, al tiempo que me alza un poco, puedo sentir sus dedos sobre mi piel y la presión de la sangre que no puede circular bien. Intento soltarme, pero me resulta imposible.

—¡Suéltala! —Bisa entra en acción.

—Vincent —interviene el otro—. Va a llegar la poli.

En esta ocasión el tatuado parece escuchar a su acompañante, aunque se niega a soltarme. Fija, inexpresivo, sus ojos en los míos a modo de desafío, esperando seguramente a que grite como una loca desesperada, aunque lo que él no sabe es que me he quedado sin voz. Nada sale de mi garganta. Bisa coloca su mano sobre el brazo del tipo intentando que me suelte y es entonces cuando todo sucede, tan deprisa que no puedo reaccionar, impedirlo. El tipo propina un bofetón a Bisa tirándola al suelo al momento, aunque yo solo capto a mi mejor amiga tirada como un trapo.

—¡Cabrón! —Comienzo a pegarle con el brazo que tengo libre.

—¡Cállate!

Me coge de ambos brazos con fuerza, arrastrándome hacia atrás hasta que mi espalda choca contra un grupo de estantes repletos de productos de limpieza.

Logro ver, a pesar de la confusión, como la cajera corre despavorida hacia fuera de la tienda, como el amigo de la gorra se mueve de lado a lado con ambas manos en la cabeza, como mi amiga sigue tirada en el suelo, aunque al menos se mueve. Aprisionada, son pocas las opciones que me quedan para salir de esta situación, lo primero que se me ocurre es mover las piernas propinándole patadas, sin embargo, no consigo gran cosa; lo segundo, es hacer fuerza con mi cuerpo entero y, aunque logro más fuerza de la que jamás he tenido, tampoco es suficiente. Dejo que mi instinto tome el control y un escupitajo sale de mi boca hacia su cara a gran velocidad acabando en el espacio que hay entre su ojo izquierdo y su nariz. Él me suelta al momento llevándose una de sus manos a la cara.

—Serás puta —murmura.

Yo corro hacia Bisa, aún en el suelo, con su mano cubre la mitad de la cara golpeada, parece aturdida. Me arrodillo a su lado intentando ponerla en pie lo antes posible para salir de allí.

—Bisa, tenemos que irnos. —Poco a poco logro levantarla del suelo.

—¿Dónde crees que vas? —Tira de mi pelo con fuerza arrastrándome hacia él, mientras veo a Bisa alejarse de mí—. No quieres defender a tus amigos los negros pues...

Ni siquiera termina la frase, pero no lo necesita para descubrir cuál es su siguiente movimiento. También a mí me golpea la cara con fuerza y un dolor agudo, punzante y perturbador recorre todo mi cuerpo. Pierdo el equilibrio y, durante unos segundos, la conciencia, pero no es suficiente para él. Intento abrir los ojos como puedo y logro ver al tatuado propinando una fuerte patada en el estómago de Bisa que se retuerce en el suelo; sin saber cómo, me levanto apresurándome hasta alcanzarlo, a pesar de mi estado y del dolor insoportable me lanzo a su espalda rodeando con mis brazos su cuello, consiguiendo llamar su atención. Se mueve dando vueltas intentando alcanzarme por un lado y por otro, pero mi corta estatura y mi tamaño pequeño le dificulta llegar a mí a pesar de encontrarme pegada a su espalda con los pies en aire, lejos del suelo.

—¡Cabrón! —Vuelvo a gritar con todas mis fuerzas.

Mis manos ascienden a su cara intentando arañarlo, puedo sentir como lo consigo satisfactoriamente y me siento enfurecida, enrabiada y capaz de pasarme horas haciéndole daño. No cesa en su intento de cogerme, pero le es imposible, por eso corre veloz marcha atrás hacia los estantes volcados, golpeándome de nuevo contra ellos y consiguiendo que mis fuerzas mengüen, aun así, no lo suelto del todo. Y repite la táctica. Una vez. Otra vez, hasta que noto el dolor en mi espalda, en mi cabeza y caigo rendida. Soy capaz de aguantar unos minutos en pie, pero pronto voy a caer, aunque no lo hago. De repente noto que me falta el aire, es una sensación extraña. Mis manos agarran sus muñecas mientras sigue estrangulándome. Quiero respirar, pero ni una sola bocanada de aire logra entrar de ningún modo, me parece increíble que lo último que vaya a ver en esta vida sea la cara arañada de este tipo.

Insiste en que me tumbe, que no es necesario que me marche a casa ya, que debería quedarme en observación, pero yo solo quiero irme a casa de una vez. Me duele todo, pero no quiero seguir más tiempo en el hospital. Mi madre aparece por la sala deteniéndose junto a la cortina echada que separa las camas, parece mucho más calmada que hace unas horas, cuando la policía la llamó para contarle lo sucedido. Con los brazos cruzados y la chaqueta vaquera apoyada en ellos me observa con ojos rojos a causa del sofoco con el que ha llegado al hospital.

—¿Seguro que puede irse a casa? —pregunta por enésima vez a la enfermera.

—Como poder puede, pero si quiere quedarse ya le he dicho que...

—Me voy a casa —interrumpo a la enfermera.

Casi no puedo hablar, las cuerdas vocales me duelen como si dos personas estuvieran estirando de ellas por cada uno de sus extremos, tensas, esperando obtener alguna de las dos la victoria. Y la garganta no puedo ni tocarla, aunque me aseguran que no es tanto, que en unos días, quizá una semana, la rojez desaparecerá. Mi madre cree que fue un milagro, pero en realidad más que un milagro fue la cajera quien me salvó la vida, a pesar de pensar que huía despavorida de la agresión, en realidad, se marchó a buscar ayuda y regresó con al menos dos o tres hombres que

consiguieron rápidamente que el tatuado soltara mi cuello. Me preocupa mucho más el estado de Bisa.

—Seguramente el ojo se ponga morado. —La enfermera presta su atención a mi ojo castaño malherido—. Y la garganta aún te dolerá varios días.

—Pero se recuperará, ¿verdad? —Mamá se pega a la cama.

—Sí, sí —dice con seguridad.

—Bien. —Pone su mano en mi pierna, aliviada.

—He hablado con la policía. —Papá aparece de repente—. Los he convencido para que os tomen declaración mañana, que necesitáis descansar.

—¿Mañana? No, díles que hablaré ahora —digo firmemente.

—Pero, Julie, cielo, necesitas descansar. —Mamá coloca su mano en mi hombro apartando sutilmente a la enfermera hacia un lado.

—Mamá, ahora lo tengo reciente, mañana puede que olvide algún detalle. —La miro fijamente—. ¿Cómo está Bisa?

Mamá mira a papá en busca de una mirada de complicidad, pero en su lugar recibe un movimiento de cabeza de él aceptando mi petición. Se da la vuelta marchándose por donde ha venido.

—Tu amiga se recuperará —responde la enfermera simpática—. Recibió varios golpes en el estómago, pero por suerte no hubo hemorragia.

—¿Sigue aquí?

—Sí, claro. —La enfermera echa una mirada a mi madre—. Pero ella tendrá que quedarse un par de días.

—¿Puedo verla? —Suplico.

—Julie deberías descansar —insiste, pero ignoro su sugerencia prestando toda mi atención a la enfermera a la espera de una respuesta.

—Claro, traeré una silla para llevarte a...

—Puedo caminar. —Me levanto de la cama.

—Julie, con cuidado. —Mamá agarra mi brazo como si fuera a caerme.

—Estoy bien, solo me duele la garganta. —Llevo mi mano al cuello, aunque duele tanto que ni siquiera puedo tocar con las yemas de los dedos la piel.

—Pero intenta no hablar mucho estos días, no fuerces la voz —pide la enfermera.

En vez de responder con un sí, muevo la cabeza de arriba abajo asintiendo. Mamá no parece nada convencida, pero necesito ver a mi amiga después de lo sucedido, la última vez que mis ojos la contemplaron yacía en el suelo herida.

—¿Dónde está?

—Te acompañaré.

Mi corazón se encoje viéndola en esa cama malherida. A su lado, sentada, su madre le coge la mano con ternura, tras ella, Zeena mantiene la compostura, aunque en su rostro solo capto tristeza y dolor.

—Julie —dice mi mejor amiga en el mundo desde la cama.

Corro hacia ella hasta rodearla entre mis brazos, algo dentro de mí se recupera al comprobar que sigue respirando. Al igual que yo, tiene la cara magullada, aunque, y al igual que yo, su voz es ahora un pequeño hilo que sale sin fuerza.

—Me alegra saber que estás bien —digo sin soltarla.

—Gracias —susurra.

—Te quiero Bisa. —Cierro los ojos unos segundos.

Me aparto de mi amiga despacio, muy lentamente. A pesar del ojo marcado y del aspecto cansado sigue siendo una chica guapa, yo aún ni me he visto en un espejo.

—Mamá ve a tomar algo, me quedo con Julie. —Mi amiga coge mi mano con dulzura.

—Está bien. —Utiliza el mismo tono compasivo de voz de mi madre—. Pero necesitas descansar. —Ahora parece mi madre.

Meit se aproxima a su hija para besar su frente, su tía Zeena se limita a acariciar su mejilla y dibujar una pequeña sonrisa en su rostro. Se marchan dejándonos a solas en la habitación.

—La policía quiere tomarnos declaración. —Relaja su cuerpo.

—Lo sé. —Me siento en el borde de la cama—. Mi padre quería que hablara con ellos otro día, pero he dicho que no.

—¿Sabes algo del tipo ese? —Bisa gira su rostro hacia el lado donde me encuentro sentada.

—Nada. —Suelto su mano.

—Tienes el cuello rojo. —Desvía sus ojos hacia mi garganta—. ¿Te duele?

—Un poco. —Intento de nuevo acercar la mano a él, pero el dolor se vuelve más intenso cuando mi cerebro capta que voy a tocarlo, me detengo—. ¿Y a ti el estómago? Te pegó varias patadas.

—Tengo una tripa dura. —Intenta reírse dolorida—. Hago muchos abdominales.

—Y por eso la tienes tan bonita. —Una voz masculina nos interrumpe.

Ambas dirigimos nuestra atención a la puerta abierta de la habitación, Bisa es la primera en descubrir de quién se trata, pero yo no tardo mucho más. Abibi avanza tímidamente hacia el interior sin dejar de mirar a mi amiga, postrada en la cama del hospital, en su rostro creo adivinar temor.

—Abibi —pronuncia su nombre en voz baja.

—Me habéis dado un susto de muerte. —Alterna su mirada, pero sé que es Bisa la que ocupa su mente en este momento.

—Estamos bien —respondo levantándome de la cama para dejarle paso.

Abibi choca primero conmigo y me abraza con cuidado, temeroso de poder romperme, su mano acaricia después la mejilla del lado de mi cara no magullado, aun así, siento dolor.

—Vais a tener que ir acompañadas a todas partes. —Intenta sonar gracioso.

—Eso díselo a Julie que le ha dado por ser una heroína —bromea mi amiga.

Abibi sonrío, pero no dice nada. No puede evitar no dejar de mirar a Bisa con esa ternura con la que la mayoría de las veces lo hace, aunque ella aún no se ha dado cuenta. Él rodea mi cuerpo hasta llegar a ella, es entonces cuando coge su mano despacio esperando una respuesta negativa por su parte, también yo espero algún comentario de Bisa, pero no sucede. Bisa se mantiene en silencio esperando a que sus manos se junten hasta que lo hacen.

—Voy a salir. —Mi instinto me dice que debo hacerlo—. La policía estará esperando a mi declaración.

—¿Aún no habéis hablado con ella? —Abibi permanece de pie junto a la cama con su mano sosteniendo la de Bisa.

—No. —Me aparto varios metros de ellos—. Bisa, luego vengo.

—Vale. —Sonríe.

Les doy la espalda, abandonando la habitación, mientras una sonrisa se dibuja en mi rostro, quizá una tragedia como esta empuje a Abibi a dar el gran paso. Conozco a Bisa y a los hombres que ha habido en su vida, la mayoría de ellos chicos malos que le daban mala vida o no hacían más que mentirle y engañarla; Abibi es todo lo contrario. Tiene sus más y sus menos, como todo el mundo, pero en el fondo es un buen chico. Bisa se merece al mejor de los chicos.

CAPÍTULO XV

Decisiones del corazón.

Al salir solo veo a gente y más gente de un lado a otro, algunos son enfermos porque llevan esas batas horribles, otras son enfermeras haciendo su trabajo, pero también hay gente normal y corriente. Respiro profundamente al tiempo que intento recordar lo sucedido en la tienda, todo fue tan rápido y dolió tanto que se líá en mi cabeza. Puedo recordar el dolor tras el bofetón en la cara, su mano estrellándose contra mi cara a gran velocidad, con gran fuerza. Estiro la espalda echando los hombros hacia atrás, ni recordaba los golpes repetidos contra los estantes de productos de limpieza, es una suerte que no me haya provocado una lesión grave de columna.

Giro mi cuerpo hacia un lado, dispuesta a marcharme de nuevo a la planta baja dónde mis padres esperan y donde la policía ya estará preparada para la declaración que no tengo ganas de hacer, pero sé que es esencial. Ni siquiera sé qué ha sido de ese tipo estúpido, recuerdo que lo apartaron de mí un grupo reducido de hombres, creo que unos tres, sé que luego llegó la policía y seguramente se lo llevó esposado. Levanto la vista del suelo sin dejar de caminar, a varios metros de distancia reconozco a una de las personas, con pantalón vaquero y camiseta clara, Will, mira a todas partes como si se hubiera perdido en un laberinto. Algo dentro de mí me hace sentir un poco mejor, no sé explicar el qué ni por qué, pero ver a Will me da fuerzas.

Avanzo hacia él despacio, sin apartar mis ojos del chico guapo y perdido que permanece en uno de los pasillos sin saber muy bien dónde ir o qué hacer, pero también su actitud cambia por completo cuando por fin sus ojos castaños me encuentran. Una sonrisa se dibuja en su rostro y yo no tardo en abalanzarme a sus brazos rodeando su cuello con mis brazos. Su olor me hace sentirme a salvo. Will abre sus brazos antes de encerrarme en ellos con una fuerza y ternura como nunca había utilizado.

—Julie —susurra mi nombre.

Cierro los ojos apretando fuertemente los párpados, olvidando todo. Con él todo es fácil, sencillo, seguro. Siempre ha sido así con él, antes de la ruptura, pero también después.

—Me alegra verte —murmuro aún entre sus brazos.

—También a mí —responde en voz baja.

Vamos soltándonos poco a poco, como si ninguno de los dos quisiera realmente hacerlo, pero lo hacemos hasta quedarnos cara a cara en silencio.

—Abibi está dentro, con Bisa —susurro. Comienza a dolerme la garganta un poco más.

—Lo sé, él fue el que me avisó de lo sucedido. —No deja de mirarme inquieto—. ¿De verdad estás bien?

—Solo son magulladuras. —Quiero restar importancia.

—Pues estás horrible. —Sonríe.

—Lo sé, bueno en realidad no me he visto aún, pero me duele, así que imagino que debe tener

mala pinta. —Agacho la cabeza.

—Sigues siendo preciosa. —Coloca su mano en mi barbilla.

Solo permanezco en silencio unos segundos, los segundos que tardó en darme cuenta de que debería desviar la conversación hacia otra parte.

—¿Quién llamó a Abibi? —Me alejo de él.

—¿Llamó? Nadie lo llamó. —Suena como si supiera algo que desconozco—. ¿No lo has visto?

—¿Ver el qué? —Arrugo la frente.

—Bisa y tú sois la noticia del día. —Borra la sonrisa de su cara—. Ha salido en la tele.

—¿Cómo? —Me muestro sorprendida—. ¿Cómo han sabido de esto? ¿Cómo saben nuestros nombres?

—Son periodistas, Julie, es su trabajo averiguar esas cosas —Will se lleva la mano a la nuca.

—¿Y qué pasa con el anonimato? ¿Y si yo no quiero que sepan quién soy? —La rabia me consume.

—Un poco tarde. —Por la expresión de su rostro debe haberse dado cuenta que hablo en serio—. Hay periodistas en la puerta del hospital.

—Eso no está bien —murmuro mientras paseo de un lado a otro.

Ahora todo el mundo que me conoce sabrá que fui atacada en una tienda por un chiflado. También a mi trabajo habrá llegado la noticia.

—No te preocupes la gente se olvidará de todo esto. —Suena más a consuelo que a verdad.

—Eso no me ayuda, Will. —No dejo de moverme—. Tengo que bajar, ¿me acompañas?

—Claro. —No duda.

Comenzamos a caminar por el pasillo hacia el ascensor, esquivando a la gente que se cruza en nuestro camino. Will saca un momento su teléfono y es entonces cuando caigo en la cuenta de que no sé dónde están mis cosas, si las recuperaré o han desaparecido con el altercado. Si ha salido en las noticias mi nombre no creo que Kenan tarde mucho tiempo en llamarme por teléfono y se preocupará si no lo cojo.

—Creo que en cuanto caiga en mi cama voy a dormir una semana entera. —El cansancio comienza a apoderarse de mí poco a poco.

—Es normal que estés cansada. —Will guarda su móvil en el bolsillo—. Has recibido una buena paliza.

—Si me detengo voy a caer rendida —confieso a pesar de habérselo negados en repetidas ocasiones a mamá mientras esperábamos abajo.

—Bueno, si vas a desmayarte avísame para cogerte —bromea.

Paramos frente al ascensor, junto a Will un hombre espera también, parece impaciente ya que no deja de mirar el número de la planta que el ascensor va pasando lentamente. Un suave pitido avisa antes de que la puerta se abra ante nosotros.

—Creo que he perdido mis cosas. —Entro tras Will deteniéndome a su lado—. Al menos no sé dónde está mi bolso.

—¿No lo has preguntado? —Will me mira fijamente.

—No había caído en ello. —Apoyo la espalda en el espejo del ascensor.

Nuevamente ese pitido y las puertas se abren en la planta baja. Con cierto desagrado, el hombre que nos ha acompañado, sale escopetado antes incluso de que podamos movernos, Will me echa una mirada cómplice pensando lo mismo que ocupa mi mente.

—Debe de tener prisa —bromea con una juguetona sonrisa en su cara.

Consigue que también yo sonría después de un nefasto día. Will siempre me hace sonreír de una manera u otra. La planta baja, sorprendentemente, se encuentra bastante más vacía que la superior, aunque la gente se mueve de un sitio a otro del mismo modo. No sé muy bien dónde debo ir, así que simplemente continúo hacia delante intentando encontrar la recepción o algo similar. Nunca me gustaron los hospitales, aunque por suerte no he tenido que pisarlos demasiado en mi vida, pero siempre que acabo en uno el motivo suele ser malo, preocupante; menos el día que Amy vino al mundo.

—Gracias por estar aquí. —Sale desde lo más profundo de mí—. No me gustan los hospitales.

—A mí tampoco —confiesa Will.

—Eres el mejor amigo que tengo —vuelvo a decir sin pensar.

—Siempre vas a tenerme. —Su mano se posa en mi hombro contrario.

Seguimos hacia delante hasta alcanzar un vestíbulo con sillas y una recepción con varias enfermeras tras ella. La mano de Will cae a medida que nos acercamos, algunas personas nos miran y no puedo evitar pensar que lo saben, que también ellos están al tanto del acontecimiento y lo que es peor, me han reconocido. Paranoias mías.

—Hola, soy Julie Edison. —Mi voz actual nada tiene que ver con la mía de siempre—. Tengo que tomar declaración y la policía debe estar...

—¡Oh! ¿Tú eres una de las chicas? —La enfermera deja todo lo que está haciendo para prestarme atención, al igual que ella, dos de sus compañeras que se encuentran muy cerca—. Llamaré a ver si pueden decirme algo, pero seguramente tendrás que ir a la entrada del Hospital siguiendo ese pasillo y cruzando la puerta grande.

—Entonces no hace falta que llame —responde Will—. Iremos a la entrada —se dirige a mí.

Nos marchamos sintiendo que miles de ojos me observan como si fuera la atracción de la feria, miro por encima de mi hombro y mi intuición no me engaña, algunas personas me contemplan mientras las enfermeras cuchichean entre ellas. Will agarra mi mano encabezando la marcha. El número de personas se triplica al cruzar las puertas de cristal y metal que dan paso a la

entrada del hospital, un vestíbulo enorme con sillas, máquinas y una recepción al fondo. A pesar de la gente, no me cuesta ver a los dos policías uniformados a lo lejos y, muy cerca de ellos, también identifico a mis padres y a Meit que esperan. Paseo mi mirada por las sillas y me alegra y sorprende encontrar a tía Rosie, a tío Bob, Nat, Tim y la pequeña Amy entre tanta gente desconocida.

—Toda mi familia está aquí. —Sigo quieta en el mismo sitio.

—No debería sorprenderte después de lo sucedido. —Will fija sus ojos en mí—. Todos te quieren mucho.

—Lo sé —susurro.

Amy logra verme la primera, a pesar de la distancia que nos separa, suelta la mano de su madre y corre veloz y torpe hacia mí; la espero con los brazos abiertos preparada para rodearla en cuanto me alcance.

—Julie —grita al encontrarme.

Me quedo agachada, con el cuerpo inclinado hacia delante, mientras mis brazos aprietan con fuerza a la pequeña niña rubia. Abro los ojos para ver el panorama ante mí, Natalie dibuja una sonrisa en su cara, la misma que aparece de pronto en los rostros de todos los miembros de mi familia. Solo Natalie avanza hacia nosotros a paso ligero. Dejo libre a Amy.

—Julie que susto. —Nat me abraza—. Las noticias decían que había sido mucho más.

—Las noticias exageran siempre —justifico—. Estoy bien, de verdad.

Me suelta despacio, con miedo. Amy sigue junto a mí con la cabeza en alto mirando hacia arriba, Natalie coloca su mano sobre el cabello de su hija.

—Hola Will —saluda mi prima.

—Hola Natalie. —Él sonríe amablemente—. Te dejo, Julie, ya estás en buena compañía—. Aproxima sus labios a mi mejilla sana.

Cierro los ojos instintivamente al sentir su beso en mi mejilla. Coloca su mano en la parte baja de mi espalda teniéndose que inclinar hacia delante para alcanzarme. Me ha hecho mucho bien verlo.

—¡Julie! —Escucho claro y alto.

Todos giramos nuestro rostro hacia la voz que pronuncia mi nombre con tanta fuerza, pero solamente yo reconozco de quién se trata. Avanza hacia mí con un terror en los ojos que nunca había visto en ellos antes, parece sofocado, respira fuerte y deprisa. Nat me lanza una mirada confusa, Will no deja de mirarlo.

—Kenan —murmuro.

Frena a pocos centímetros de mí, puedo ver la expresión de su rostro, sus ojos grandes y asustados, sus labios sellados.

—Sigues viva. —Sueno aliviado.

Asiento en silencio. Un nudo se forma en mi estómago, jamás imaginé que vendría al hospital a buscarme, a comprobar que respiro.

—Hola. —Nat rompe el silencio—. Soy Natalie, su prima.

—Kenan Charpentier. —Extiende su mano.

—Yo soy William Seathpool —saluda después—. ¿Quién eres tú?

—Él es... —Me callo sin saber cómo continuar.

—Un amigo —responde avispado.

Kenan me mira suplicando quedarnos a solas para poder hablar con mayor libertad, sin embargo, no soy la única que termina entendiendo sus gestos.

—Bueno, Amy, volvamos con los abuelos. —Nat coge en brazos a su pequeña—. Julie tiene que ir a hablar con los agentes.

—¿Van a llevarse los policías a Julie? —pregunta curiosa la pequeña niña.

—No creo —responde Nat con una sonrisa—. Solo se llevan a niñas cuando se portan mal. —Nat se aleja despacio de nosotros.

—Será mejor que también yo me retire. —La sonrisa que iluminaba su cara ha desaparecido de pronto, Will parece alerta—. Julie, llámame si necesitas cualquier cosa.

—Gracias —susurro.

—Adiós —se despide también de Kenan.

—Un placer —responde educadamente mi mulato de ojos claros.

Will se marcha en dirección contraria, regresando por donde hemos venido los dos juntos hace tan solo unos minutos. Mi familia sigue esperando, pero aún tendrán que esperar un poco más.

—No esperaba verte aquí. —Sostengo mi mirada en él.

—Lo vi en las noticias. —También él reduce el volumen de su voz—. Te estuve llamando, me asusté a no obtener respuesta.

—No sé dónde está mi teléfono. —Un cosquilleo asciende por mi cuerpo.

—No importa —susurra—. ¿Estás bien? ¿Qué ha sucedido?

Kenan levanta su brazo aproximando su mano a mi ojo malherido sin llegar a tocarlo, simplemente sostiene su mano en el aire muy cerca de mi cara.

—Es menos de lo que parece. —Aparto mis ojos de él—. Un tío nos agredió en la tienda.

—¿Por qué? —Aparta su mano de mí.

—Estaba insultando a la cajera por ser de color. —Cierro los ojos unos instantes recordando los golpes.

—No sabía que entre tus cualidades estaba también la de proteger a los desprotegidos. —Se dibuja una media sonrisa en su cara—. Podía haberte matado.

—No pensé en eso. —Echo un vistazo hacia un lado para volver a ver a mi familia y sé que tendré que dar más explicaciones de las que querría.

—¿Ya no recuerdas nuestro trato? —Avanza tímidamente hacia mí.

—¿Qué trato? —susurro.

—Yo me mantenía con vida si tú también. —Se detiene a pocos centímetros de mí, a punto de chocar—. A este paso no vas a poder cumplirlo.

Su mano coge la mía muy lentamente entrelazándose nuestros dedos. Él es el soldado y soy yo la que he resultado herida antes. Miro nuestras manos, inseparables.

—Si hubieras visto como le hablé —justifico mis actos.

—Lo sé, el mundo se está volviendo loco. —Sonríe—. Tengo que irme, solo quería asegurarme de que aún respiras.

—Pues lo hago, aunque me duele un poco. —Intento sonar graciosa—. La policía está esperando para tomarme declaración. —Miro por encima de mi hombro señalando a los dos hombres uniformados.

—Tú llámame cuando llegues a casa. —Moja sus labios. Asiento—. Y por favor, intenta no meterte en más peleas —bromea entre risitas.

—No prometo nada. —Miro hacia arriba.

—Y no vuelvas a darme un susto como este en tu vida. —Pega sus carnosos y abultados labios en mi mejilla buena.

En realidad, me gustaría que este beso puro y casto dejara de serlo, pero no creo que sea la mejor forma de que mi familia descubra mi nueva relación, porque sé que observan disimulados la escena, aunque luego finjan no haberlo hecho.

—Te lo prometo. —Cierro los ojos unos segundos.

Kenan se aparta de mí, suelta mi mano, me contempla unos segundos más y finalmente se da la vuelta dejándome allí de pie, viéndolo marchar. Ya es hora de denunciar la agresión y, de paso, averiguar algo sobre los dos tipos de la tienda, el que nos golpeó y el que se limitó a mirar. Todos tenían razón y una nueva guerra racial se avecinaba, aunque no había chocado con ella hasta el día de hoy, y temo que esto solo sea el principio de un conflicto mayor.

Sigo mi camino hacia delante mientras todas las personas que conozco y quiero me observan, Amy descansa en los brazos de su abuelo y papá sujeta a mamá por la cintura. No pensé en todos ellos cuando creí que ese tipo acabaría ahogándome con sus manos rodeada de productos de limpieza, me siento egoísta, pero nada de eso cabía en mi mente en ese momento en el que solamente pensaba en dos cosas: salvar la vida de Bisa y salir de aquello con vida.

CAPÍTULO XVI

Después de la tormenta...

He fingido que me dolía la garganta mucho más de lo que en realidad me duele evitando tener que contar más de la cuenta. Contar cómo peleé con todas mis fuerzas con el tipo tatuado, cómo pretendía salir viva de ahí y, sobre todo, quién era el chico de color que cogió mi mano en el hospital. Prefiero no tener que contar nada de eso.

—Julie, saca tú la cerveza —pide mamá mientras abandona la cocina con una bandeja entre sus manos.

Abro la nevera para sacarla y de paso sacar también el agua. Tal y como la enfermera predijo, mi ojo ha ido cambiando de color con el paso de los días y ahora ya luce una tonalidad azulada que lo rodea como si me hubieran pegado un puñetazo directo al ojo izquierdo, aunque sorprendentemente no duele tanto como parece. Solo han pasado dos días, pero dos días eternos encerrada en casa. Si pretendía fingir que mi dolor era mayor implicaba también obedecer a mis padres, no salir hasta recuperarme y por supuesto, tomarme todos los días que necesitara sin ir a trabajar. Nancy no puso ninguna pega; me considera una heroína después de lo que hice.

Salgo al jardín donde todos preparan la mesa, mamá decidió que era buena idea hacer una comida familiar en casa después de lo sucedido y, puesto que todos están aún sensibles no hubo objeciones algunas. Amy ayuda a mi tía Rosie a colocar los cubiertos en el sitio correspondiente mientras mamá coloca los platos y papá saca las sillas. Tío Bob vendrá un poco más tarde, al igual que Tim, ambos están trabajando. Me aproximo a la mesa para dejar las dos botellas.

—Aquí está la herida —bromea Nat. La fulmino con la mirada—. Sabes que ha sido por lo que te pasó por lo que se ha preparado la manifestación del sábado, ¿verdad? —Echa a reír—. Te llaman la protectora de los negros.

—¡Natalie! —grita su madre—. No hables así.

—Lo siento mamá, tienes razón. —Detiene su carcajada—. No era a modo de insulto, solo digo que se ha convertido en toda una heroína para algunos.

—Eso es cierto, Julie. —Rosie pasa un par de cucharas a la pequeña que sale corriendo con ellas hacia la otra punta de la mesa—. Deberías sentirte orgullosa de cómo defendiste a esa cajera y a tu amiga.

—Sí, pero no debería meterse en algo así —interrumpe mamá.

—No lo pensé —me defiendo.

—Con lo dada que eres tú a pensar —vuelve a bromear Nat.

Todas ignoran el comentario de Natalie, continuando con lo que estaban haciendo antes de aparecer yo, muy a mi pesar las bromas jamás terminarán y mi familia recordará el acontecimiento una y otra vez hasta el fin de nuestros días. Me coloco tras Amy supervisando su trabajo, aunque lo está haciendo perfectamente, ella levanta la cabeza hacia arriba para mirarme con una enorme

sonrisa en su cara.

—Buen trabajo —susurro.

—¿Vas a contarme quién era ese atractivo hombre del hospital? —Nat interrumpe de improviso. Niego con la cabeza—. ¡Oh, vamos, Julie!

—Se llama Kenan —digo antes de darme la vuelta rodeando la mesa, Nat me sigue de cerca.

—Ya sé que se llama Kenan, se presentó —continúa—, pero no es eso lo que te he preguntado. ¿Estás saliendo con él?

Detengo mi caminar, Natalie siempre ha sido mi confidente, mi hermana. Miro a lo lejos comprobando la distancia que hay entre nosotras y nuestras madres, no mucha, pero puede que suficiente.

—Sí —confirmo.

—Ahora entiendo porque no querías volver con Will. —Nat coloca sus manos en mis hombros.

—No tiene nada que ver —susurro—. A Kenan lo conocí después, él es...

Ni siquiera sé cómo describirlo. Lo llamé al llegar a casa del hospital, tal y como me pidió, y me mantuvo al teléfono al menos una hora hablando como nunca habíamos hablado por el móvil. Se preocupó por mí, me preguntó por mi familia a la que pudo ver allí, por Bisa y su estado... aunque no sacó el tema de Will, aun sabiendo que es el mismo Will del que ya le he hablado alguna vez. Y cada día me ha llamado antes de irme a dormir para asegurarse de que sigo bien, diciéndome que me extraña, que en el ejército están alerta, incluso me habló de su trabajo, ahora delicado por los acontecimientos sucedidos. Creo que empieza abrirse a mí cada vez más y cada vez me gusta más lo que descubro de él.

—Te brillan los ojos —murmura—. ¿Tus padres saben algo de él?

—No, no iban a saber nada hasta que avanzáramos un poco. —Miro tras mi prima contemplando a mamá con Amy.

—¿Iban? —Arruga la frente.

—Al igual que tú lo vieron en el hospital y han preguntado. —Me alejo un poco más, ella me sigue de cerca—. Es un chico estupendo, Nat.

—Lo parecía. —Sonríe—. Y también parecía preocupado por ti.

—Es piloto en el ejército —le cuento—. Vive alerta todas las horas del día. —Sonrío.

—¿En el ejército? Vaya, vaya, primita. —Parece sorprendida.

—¡Chicas, venid! —tía Rosie grita con fuerza.

—Será mejor que vayamos. —Comienzo a caminar despacio.

—Hoy vamos a decir lo de mi embarazo —suelta de repente.

Freno mi paso asombrada y emocionada al mismo tiempo. Es una noticia maravillosa después

del susto que yo les he dado hace tan solo unos días. Abrazo a mi prima con entusiasmo.

—Todos van a saltar de alegría —susurro a su oído.

—Lo sé. —Suelto a Nat y puedo ver una sonrisa en su rostro—. Y a ti te vendrá genial.

—¿Por qué? —Arrugo la frente confusa.

—Porque ya no serás tú y tu pelea el centro de atención. —Echa a reír.

—Muy graciosa, sí. —Pongo los ojos en blanco.

Mamá ha insistido en hacer una tetera después de la comida y ninguno nos hemos podido negar. Sirve uno a uno llenando las tazas de té con mimo, muy despacio, mientras los demás nos limitamos a observar ensimismados el proceso. Mamá siempre ha sido una mujer muy detallista en todos los aspectos de su vida, siempre fijándose en los detalles que jamás nadie veía, algo que heredé de ella, y siempre mostrando interés por cosas pequeñas, que pasan desapercibidas.

—Espero que te encuentres mejor, Julie. —Tim rompe el silencio.

—Me sigue doliendo el cuello y tengo molestia en el ojo, pero estoy bien. —No solo pretendo calmar su interés, sino también la preocupación de mis padres y mis tíos, esa misma preocupación que no pueden borrar de su rostro.

—Me alegro un montón. —Sonríe—. Me parece increíble que alguien pudiera atacarnos como lo hizo.

—Por suerte pagará por ello —papá interviene en la conversación.

—¿Cómo quedó? —Tío Bob se enciende un cigarrillo mientras mamá aún sigue llenando las últimas tazas de té—. ¿Lo han encarcelado?

—Con la declaración de Julie, de Bisa y esa cajera de la tienda han tenido más que suficiente para acusarlo y estará seis meses encarcelado, además, al parecer no era la primera vez que se le acusaba de agresión. —Papá es el primero en alcanzar el azucarero.

—Sí, parecía un tipo agresivo —verifico parte de la información—. Su amigo le tenía miedo.

—¿Qué amigo? —Tía Rosie frunce el ceño, sorprendida.

—El tipo con la gorra que se movía nervioso y que intentó calmarlo un par de veces.

—Sin mucho éxito al parecer —añade Tim.

—Es un peligro. —Nat parece asustada.

Entre sus brazos, Natalie, acuna a la pequeña Amy que ha caído rendida nada más terminar de comer. Amy se acurruca entre los brazos de su madre sin que ningún ruido pueda molestarla, el cansancio pesa más.

—Hay agresiones así todos los días. —Intenta calmar el ambiente mamá, aunque es difícil de creer.

—Ajá —apoyo.

Uno a uno, van echándose las cucharadas de azúcar deseadas en su té, después de papá Tim que, además, se encarga de endulzar también el té de Nat, y así va rodando el azucarero hasta llegar a mí. Con dos cucharadas tendré más que suficiente.

—Bueno, ahora que estamos todos reunidos, en realidad nos gustaría contaros algo —dice de bote pronto Timothy.

Dejo la cucharilla dentro de la taza y, esta, sobre la mesa, yo sé la noticia y me entusiasma que al fin toda la familia pueda saberla también. Contemplo las caras de mis tíos, de mis padres a la espera de descubrir en ellas sus reacciones, aunque apuesto a que solo encontraré sorpresa, emoción, entusiasmo y mucha alegría a partes iguales.

—Por Dios, Tim, no nos digas que ha ocurrido algo malo. —Mamá se lleva la mano a la frente.

—Nada de eso tía —responde sonriente Nat—. Lo que Timothy quiere deciros es que...

Natalie deja de hablar sin apartar los ojos de su marido que, parece más impaciente y emocionado que la propia Nat. La complicidad que se respira entre ellos es mágica, siempre me pareció mágica. Tim y Natalie son mi ejemplo a seguir, a pesar de su juventud, de los baches por los que pasaron siendo demasiado jóvenes, a pesar de todo, aún se miran de esa manera única y especial.

—Natalie está embarazada —dice finalmente el padre de la criatura.

—¡Oh, Dios mío! —Tía Rosie se levanta de la silla con los brazos en alto, pero no es la única.

—¿De verdad? —pregunta mamá incrédula.

—De verdad, tía Betty. —La futura mamá no puede ocultar la emoción en su cara.

—Esto hay que celebrarlo. —Tío Bob se une a la emoción colectiva—. Richard, ¿tienes algo por ahí para sacar?

—Por supuesto, tengo ron, *whisky*... —Papá se alza de su silla.

—Saca lo que prefieras —anima tío Bob.

Rosie abraza a su hija con fuerza, intentando no aplastar a la pequeña Amy que sigue durmiendo como un lirón; al mismo tiempo mamá felicita al futuro padre entre besos y abrazos. En cuestión de unos minutos todos nos encontramos de pie rodeando a la feliz pareja que en unos cuantos meses darán la bienvenida a otro pequeño Norton a la familia. Tim coge a Amy entre sus brazos quitándole el peso a su esposa.

—Felicidades futura mamá por segunda vez —bromeo.

—Gracias, Julie. —Me abraza—. Te quiero.

—Y yo a ti, primita —susurro en su oreja.

Papá saca un poco de todo y unas copas, una hora después seguimos celebrándolo con una alegría que antes no había a causa de mi percance, pero me gusta verlos así a todos ellos,

disfrutando de estar juntos, alegrándonos por la felicidad de ellos.

CAPÍTULO XVII

Yo velaré por ti.

Tumbada en el sofá miro la televisión, pero no emiten nada interesante. Papá sostiene un libro entre sus manos, y es en él donde pone toda su atención mientras yo cambio de canal una y otra vez, indecisa, mamá, por su parte, se ha quedado en la cocina.

—Julie, deja algún canal —dice sin levantar su vista de las páginas.

—¿Qué novela lees? —Hago caso, pongo un canal cualquiera y dejo el mando a mi lado.

—Luego se te caerá. —Levanta una ceja al tiempo que sus ojos señalan el mando sobre el sofá. Espera. Cojo nuevamente el mando para dejarlo sobre la mesa—. No es una novela de ficción. Es un libro reflexivo, sobre la vida y las oportunidades.

—¿Y por qué lees algo así? —Suenan a burla.

—Porque no voy a...

—Volvamos a la noticia que os dimos hace unos días sobre la agresión a dos chicas en... — Las noticias interrumpen nuestra conversación.

Ambos dejamos de mirarnos, ahora, es la mujer de pelo oscuro del televisor la que ha conseguido llamar nuestra atención. Relata la noticia de lo sucedido, de lo que a mí me sucedió hace unos días, aunque de una forma tan exagerada y violenta que me sorprende seguir viva.

—Creía que ya se había acabado —murmura papá con desagrado—. No se cansarán de hacer esto siempre, si al menos se informaran más.

—Según la última hora, Vincent Mansout, el agresor, ha sido llevado a prisión esta mañana condenado a cinco años. —La presentadora del canal alterna su mirada entre la cámara y los papeles que tiene sobre la mesa.

—¿Cinco años de prisión? —Me incorporo del sofá rápidamente—. Pero si solo iban a encerrarlo durante seis meses.

—Me alegro —se le escapa a papá—. Un tipo como ese estará mejor en prisión.

—Sí, pero...

Hay algo en todo esto que no me cuadra. Me alegra saber que no volveré a encontrarme con él en ningún rincón de Ciudad, pero según los policías que nos tomaron declaración en el hospital no conseguirían encarcelarlo más de seis meses, a lo sumo un año. Sigo prestando atención a las noticias, en algunas de las imágenes que se cuelan aparece él arrestado por la policía, mientras lo suben al coche que lo llevará a prisión, también yo rodeada de mi familia saliendo del hospital hace un par de días aparezco fugazmente entre las imágenes. Tengo una pinta horrible. Minutos después la noticia cambia, aunque no del todo, hablan de la manifestación del sábado, la manifestación que la comunidad negra ha preparado en contra de lo sucedido.

—Mañana llamaré al policía que se encargaba de vuestro caso a ver que me cuenta —dice

papá poco antes de volver a su libro.

La pantalla de mi móvil se enciende captando mi atención. Alargo mi brazo para hacerme con él sin dejar de mirar la televisión, estoy casi segura de que es Bisa alucinando por la noticia que seguro que ha visto. Aparto mis ojos del televisor y desbloqueo el móvil.

«Julie, sal fuera», es Kenan.

Arrugo la frente sorprendida, pero no me lo pienso dos veces. De un movimiento me levanto del sofá sin vacilar.

—Papá, ahora vengo. —Meto el móvil en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Vale —responde nuevamente ensimismado en el libro.

Aprovecho su despiste para caminar veloz hacia la puerta principal de casa, me hago con las llaves y abro despacio sin hacer mucho ruido. Si Kenan me ha enviado un mensaje como ese se debe, sin duda, a que me espera fuera. Cruzo la parte delantera hasta llegar a la puerta de rejas negras, cuya llave ya está preparada en mi mano antes incluso de alcanzarla. Salgo fuera, a la calle donde Kenan espera apoyado en el capó de la camioneta de Yuma con un hermoso ramo de flores rojas; en cuanto me ve salir se coloca erguido y dibuja una sonrisa en su cara.

—Buenas noches, Julie. —Sigue de pie sin moverse del sitio—. Esto es para ti.

Extiende su brazo entregándome el ramo de rosas rojas, ya puedo percibir el olor a pesar de la distancia que aún nos separa.

—¿Y esto? —Avanzo hacia él y su ramo muy despacio.

—Me apetecía —responde sin dar muchas más explicaciones—. Te gustan las flores, ¿verdad?

Mi nariz choca con ellas, aún en su mano, el olor es intenso, fresco. Las cojo con delicadeza, mi torpeza puede provocar algo horrible en un momento tan bonito como este. Kenan las suelta cuando al fin yo las tengo entre mis manos.

—En realidad, lo que me gusta es que tú me regales flores. —Sonrío. Él también.

—¿Cómo te encuentras hoy? —Lleva puesta la chaqueta negra de cuero que le queda como un guante.

—Mejor. —Clavo mis ojos en las flores.

Kenan me arrebató de entre mis manos el ramo de flores para dejarlo sobre el capó del vehículo, después me rodea la cintura con su brazo arrastrándome hacia él irremediadamente, hasta que estamos tan cerca que el aire que expulsa su nariz roza mi cara dulcemente.

—Voy a besarte —anuncia—. Porque hace muchos días que no lo hago y me muero de ganas por hacerlo.

Me besa, tal y como me advierte. Subo mis brazos hasta su cuello, uno de ellos lo rodea, pero el otro se detiene antes, y mi mano, se pierde en su rizado cabello oscuro. Su lengua baila dentro de mi boca con unos movimientos realmente placenteros. No sabía que extrañaba sus besos. Cuando se aparta de mí vuelvo a encontrar esos extraños ojos azules.

—No ha estado mal. —Intento ser graciosa.

—Seguro que son los mejores besos que te han dado en tu vida. —Sonríe.

—Engreído. —Coloco mis manos en su pecho.

—Me alegra saber que la Julie de siempre sigue estando. —Baja el tono de voz.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Frunzo el ceño.

—Por lo que te ha sucedido. —Su expresión se vuelve seria, distante.

—Solo fueron unos golpes. —Quiero que deje de estar preocupado, aunque por más veces que se lo diga no creo que pueda evitarlo.

—Julie, este tipo casi te ahoga. —Parece enfadado—. No debiste meterte.

—Eso ya no importa. —Me alejo unos centímetros de él hasta que sus manos dejan de rodear mi cintura—. Lo van a meter en prisión cinco años, acaba de salir en las noticias.

—Lo sé. —No parece sorprendido.

—¿Lo has visto en las noticias? —Camino hacia el muro exterior que rodea la parcela donde está mi casa—. También han salido imágenes mías saliendo del hospital.

—No lo he visto en las noticias. —Vuelve a apoyarse en el capó—. Algunos me debían favores.

—¿Favores? —digo sorprendida—. ¿Cómo que favores? ¿Has tenido algo que ver?

No responde, pero su expresión lo dice todo. Dice la verdad de lo que ha hecho. No sé muy bien cómo sentirme, qué pensar.

—¿Estás enfadada? —Cruza los brazos a la altura de su pecho.

—No lo sé —respondo con sinceridad.

—Julie, ese tío se lo merecía. —Sale veloz hacia delante hasta chocar conmigo—. Tú no lo sabes, pero no era la primera vez que agredía a alguien, tiene un historial muy largo.

Asiento mientras escucho sus palabras. No puedo negarle que no me alegre saber que va a estar pagando por lo que hizo mucho tiempo, pero que él haya tenido que ver en el asunto, la manera de mover los hilos a mis espaldas, los secretos que siempre calla.

—Debiste decírmelo —susurro.

—Te lo estoy contando ahora. —Apoya su mano en la pared a la altura de mi cabeza. Kenan espera alguna respuesta, pero no tengo mucho más que decirle sobre el asunto, lo hecho, hecho está—. Pero no he venido por esto.

—Bueno, has venido a verme. —Alzo la mirada para encontrarlo.

—No solo. —Dibuja una media sonrisa.

—¿Y qué otra cosa te ha traído a mi casa a estas horas de la noche? —Mi cabeza se apoya en la pared.

—Quiero que te vengas de viaje conmigo. —En su rostro una expresión de niño travieso.

—¿De viaje a dónde? ¿Cuándo? —Arrugo la frente.

—Me han hablado de la Ruta de los Jardines. —Quita su mano para moverse y apoyar su espalda en la pared justo a mi lado—. Dicen que es un viaje increíble y me gustaría hacerlo contigo.

—Kenan, no me puedo irme, así como así. —Sonrío.

—Tú misma me dijiste que te habían dicho que te tomaras el tiempo que necesitaras para recuperarte y yo puedo cogerte unos días. —Parece que haya pensado en todo.

—¿Unos días? ¿Cuánto es eso exactamente? —Giro mi rostro para poder verlo.

—Una semana.

—¿Quieres que nos vayamos una semana entera de viaje? —Muevo los labios de un lado a otro meditando—. Me han dejado tomarme unos días en el Acuario para recuperarme no para irme de viaje.

—Quiero alejarte de aquí un tiempo. —La sonrisa desaparece—. Quiero estar solo contigo.

Dejo de apoyar el peso de mi cuerpo sobre la pared, colocándome frente a él, cara a cara, su instinto como soldado le hace prevenir de antemano y sus sentimientos hacia mí le hacen querer mantenerme a salvo. Mis manos se colocan en su fuerte y musculoso pecho.

—¿Esto lo haces porque quieres que estemos juntos una semana o porque no quieres que esté aquí el día de la manifestación? —Busco su sinceridad.

—Ambos. —La obtengo—. ¿Pensabas ir?

—Bisa quiere ir. —Respiro profundamente.

—No debería. —Suenan tajante—. Y tú tampoco.

Lo contemplo unos segundos apreciando cada línea de expresión, aprendiendo a saber qué piensa y cómo lo expresa.

—Bueno, si estoy de viaje no creo que pueda ir —digo lo que él quiere escuchar.

—¿Eso es un sí? —La sonrisa vuelve a su cara de pronto.

—Eso es un sí —repito en voz baja.

Kenan acerca su rostro al mío y vuelve a besarme. No tenía intención de ir a la manifestación del sábado, nunca entró en mis planes involucrarme en todo este asunto, pero Bisa me suplicó desde la cama y no pude negar la evidencia, todo ese asunto ya nos había introducido de pronto en él. A base de golpes e insultos. Tenía que ir, aunque ahora tendré que contarle a Bisa sobre el repentino viaje y solo espero que no se lo tome demasiado mal. Kenan sigue besándome, abrazándome, acariciándome como si hiciera una eternidad que no estamos juntos.

CAPÍTULO XVIII

Mi nombre al descubierto.

Miro el techo de su habitación desde hace un rato, no he tardado en echarme sobre los pies de su cama con mis piernas colgando, al igual que parte de mi cabeza. Bisa me mira reclinada en su cama donde lleva confinada desde hace varios días tras su regreso del hospital. Vuelve a parecer ella, la Bisa de siempre, aunque algo magullada y bastante más débil a pesar de sus intentos por mantenerse de una pieza. El entorno que rodea su ojo también se ha oscurecido, en realidad, es casi morado, aunque su color de piel impide que se marque tanto como en la mía que ha dejado de oscurecerse para ir regresando a su color natural.

—Debes estar aburridísima. —Echo un poco más mi cabeza hacia atrás hasta que mi pelo corto está a punto de rozar el suelo.

—Un poco —confiesa mi amiga—, aunque para suerte la mía que no me despego a mi madre y mi tía de encima. —En su tono de voz reconozco la ironía de Bisa.

—¿Con que te viene tu tía ahora? —Sonrío burlona.

—Zeena es bipolar —dice algo que yo ya advertí cuando comenzó a contarme algunas cosas de ella mucho antes de que se mudara a Ciudad—. Un día está súper simpática, quiere ayudarme y no quiere dejarme sola y, al otro, ni siquiera me dirige la palabra.

—Siempre ha sido una mujer muy peculiar. —Giro mi cabeza colgando para intentar ver a mi amiga en la cama y ahí está, con la espalda apoyada en la almohada y en el cabezal.

—Ya debería estar acostumbrada —murmura—. Por cierto, ¿qué tal la comida familiar?

—¿Cómo sabes que tuve comida familiar? —Me incorporo hacia delante hasta quedarme sentada con las piernas cruzadas frente a mi amiga.

—Mi madre —responde—. Dijo que había oído movimiento en tu casa y vio salir a tu familia más tarde.

—Sí, estuvieron todos. —Con mis dedos pellizco la colcha, distraída—. Estaban todos muy preocupados por mí y mamá creyó que era buena idea hacer una comida.

—¿Y? —pregunta curiosa.

—Y —continúo— dejé de preocuparles tanto cuando mi prima Nat dio la gran noticia. —Dibujó una sonrisa de alegría en mi cara contemplando cómo Bisa espera impaciente a que también a ella se lo haga saber—. Está embarazada.

—¿Qué dices? —Sorprendida se echa un poco hacia delante.

—Pues sí. —El cosquilleo vuelve a recorrer mi cuerpo—. Es increíble que vaya a ser madre otra vez.

—Es muy bonito —dice la parte maternal de Bisa—. Me alegro por ellos, por tu familia.

—Al menos también hay noticias buenas —digo con cierto sarcasmo.

—Sí —murmura—. Yo también tengo que contarte algo.

Su expresión cambia, un poco más seria, pero no del todo, es más bien la expresión que Bisa pone en sus momentos más tímidos, aunque sean los menos. Mi mejor amiga en el mundo agacha la mirada fijándola en la colcha con motivos geométricos, algo se trae entre manos, la conozco.

—¿Vas a contármelo de una vez? —Sueno impaciente.

—Abibi vino ayer a verme. —Sigue sin levantar la vista.

—¿Y qué tiene de raro eso? —Arrugo la frente—. Es tu amigo, así que es normal que venga a visitarte.

—Es que todo es distinto. —Aún puedo percibir su timidez.

—¿Distinto con él? —Empiezo a entender por dónde van los tiros.

—Me ha estado llamando todos los días desde que salí del hospital. —Una tímida sonrisa comienza aparecer en su rostro—. Hablábamos y... ayer se presentó aquí.

—Bisa, te gusta mucho, ¿verdad? —Intento ocultar la emoción que me produce, al fin se han encontrado.

—Julie, nunca me había fijado en Abibi de ese modo. —Levanta la mirada y puedo percibir temor en sus ojos—. Pero se ha portado tan bien conmigo, ayer me dijo que casi le da un infarto cuando supo lo que nos había pasado, que temió perderme.

La voz de Kenan retumbaba en mi cabeza. Solo alguien que siente algo de algún modo por ti es capaz de decir ese tipo de palabras con la agonía y temor que implica el hecho de poder perderte. Kenan lo hizo, y Abibi lo ha hecho por ella.

—Eso es bueno. —Intento calmarla—. Debes significar mucho para él.

—Pero es Abibi, Julie. —Sueno como si fuera la cosa más imposible del mundo.

—¿Y? —La miro sin pestañear en absoluto.

—¿Cómo va a funcionar algo? Somos muy distintos. —Se inclina hacia delante.

—Pues yo creo que os parecéis muchísimo —le llevo la contraria—. Bisa, nadie dice que vaya a ser el amor de tu vida, pero si no lo intentas...

—Así que, tú apoyas la idea. —Relaja su cuerpo—. Me dijo de quedar cuando esté recuperada.

—¡Fantástico! —Con un par de movimientos logro ponerme a su lado—. Quedad y ya se verá dónde lleva todo.

—Gracias por ser mi amiga, Julie. —Una sonrisa aparece en su bonita y delicada cara—. Siento mucho lo que te dije aquella vez, estaba claro que me equivocaba.

—¿De cuándo me estás hablando?

—Cuando te dije en pocas palabras que, por ser blanca, tú no lo entenderías nunca. —Mira hacia arriba unos segundos—. Lo que hiciste en la tienda fue muy valiente.

—Pues la mayoría cree que fue muy estúpido. —Vuelvo mi vista a la colcha.

—La gente se equivoca. —Coloca su mano sobre la mía—. Defendiste a aquella chica y después me ayudaste a mí.

—También tú saliste en mi defensa. —Coloco mi otra mano sobre la suya que aún sigue agarrándome débilmente la otra.

—Nos podría haber hecho mucho más daño. —Suena preocupada, como mamá.

—A mí me dolió bastante —bromeo.

—Yo me alegré muchísimo cuando anunciaron que lo encarcelaría cinco años. —Aparta su mano de la mía.

—Respecto a eso...

—¿Qué? ¿No irás a decirme que te da pena? —Ahora bromea ella.

—Fue Kenan —murmuro—. Kenan movió hilos para que la condena fuera mayor.

—¿Kenan? ¿El chico con el que te estás viendo? ¿En serio? ¿Cómo? —El asombro se dibuja en su cara.

—Es militar, ¿recuerdas? —La miro tímidamente sin saber si le parecerá bien descubrir la verdad—. Él pidió favores o le debían favores, no estoy muy segura, y el tipo ese tenía un expediente largo así que...

—Así que decidieron alargar su condena —termina por mí.

—¿Crees que está mal? —Espero su opinión al respecto.

—Julie, ese chico ha hecho todo eso por ti. —Alza las cejas asombrada—. Y ese cabrón se lo merece.

—Sí, pero...

—Pero nada —interrumpe—. Julie. —Coge mi rostro con sus manos—. Él agredió a dos mujeres en una tienda, a ti casi te estrangula, y antes montó una gorda insultando a otra por su color de piel, gente así no hace ningún bien. Tiene su merecido.

—Lo sé —asiento.

—Y que Kenan haya hecho todo eso por ti solo demuestra lo mucho que le gustas. —Una picarona sonrisa aparece en su cara.

—A mí también me gusta mucho —confieso a mi mejor amiga—. De hecho, tengo que hablar contigo de este sábado.

—Dime. —Suelta mi cara.

—No podré ir a la manifestación —suelto de golpe, sin anestesia, sé que con Bisa es la mejor forma.

—Pero ¿por qué? —Más que enfadada parece confundida.

—Kenan me lleva de viaje. —Pongo mi expresión de niña buena.

—¿A dónde? —Parece obviar el hecho de que no voy a ir con ella.

—La Ruta de los Jardines. —Me muerdo el labio inferior—. Dice que después de lo que ha pasado quiere alejarme unos días de Ciudad.

—Qué romántico —se escapa de sus labios—. Cada vez me gusta más ese chico.

—Es bastante protector y un poco reservado pero... —Aparece de nuevo la estúpida sonrisa en mi cara—. Cuando estoy con él todo es emocionante.

—Quiero conocerlo. —Cruza los brazos.

—Bueno, ibas a hacerlo en la fiesta de este viernes, ¿recuerdas? —Echo la espalda hacia atrás hasta chocar con el cabezal—. Hasta que se suspendió.

—No se ha suspendido —corrige—. Se ha atrasado.

—¿A, sí? —Me río—. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que dejemos de tener las dos el ojo morado. —Palpa con las yemas de sus dedos la zona que rodea su ojo—. Y hasta que mi tripa se recupere. ¿Cuándo te vas de viaje y cuánto tiempo?

—Salimos el viernes por la mañana y estaremos una semana —respondo.

—¿Una semana entera? —Abre los ojos alucinada—. ¿Pero este chico quiere que te despejes o secuestrarte?

Echo a reír. También yo me pregunté algo parecido cuando me lo propuso, pero cómo negarse a Kenan y sus encantos. Mi amiga se recoloca en la cama hasta haber girado todo su cuerpo lo suficiente como para tenerme en su punto de mira.

—Puedes hacer tu fiesta cuando vuelva. —Me inclino hacia delante.

—Y eso haremos. —Vuelve a aparecer la Bisa de siempre—. Tú estarás de vuelta el viernes que viene, ¿verdad?

—Verdad —asiento.

—Pues la haremos el sábado —dice satisfecha por su planificación.

—Pero no tendrías que hablarlo primero con Abibi que es el que pone la casa. —Sonrío tímidamente.

—Eso no es problema. —Pone los ojos en blanco—. Y tú te traerás a tu nuevo y guapo y romántico novio para que lo conozcamos, y yo te perdonaré de esta forma que no vengas este sábado a la manifestación conmigo.

—Lo que ordenes. —Estiro mi espalda haciendo el saludo militar con mi mano.

—Así también podrás contarme lo increíble que es... —Comienza a sonar picarona, juguetona—. ¿Te has acostado con él ya?

—¡Bisa! —Aparto mi mirada de ella levantándome de la cama.

—¡Venga, Julie! —No parece darse por enterada—. Nos lo contamos todo, o no recuerdas aquella vez que me lie con aquel chico en los baños de...

—No sigas —le pido—. No, aún no nos hemos acostado, ¿contenta?

Bisa deja escapar una pequeña risita traviesa y es entonces cuando me doy cuenta de que ya me prometí hace tiempo no contarle este tipo de cosas. A pesar de habernos criado juntas, de tener la misma edad y de haber conocido siempre a todos los chicos estando en el mismo grupo de amigos, Bisa, ha llevado una carrera meteórica muy alejada de la mía. Antes de salir oficialmente con Will, tuve un par de líos sin importancia, pero fue con Will mi primera vez, la primera vez que lo hice, la primera vez que me enamoré. En Londres me solté un poco más la melena, a pesar de cortármela, y me enrollé con tres tíos, pero ahí quedó la cosa. Mi reducida lista empequeñece al lado de la larguísima lista de ella, una atractiva modelo capaz de conquistar a cualquiera, así durante los años que estuve con Will fueron varios los chicos que pasaron por su vida y su cama. Nunca la he juzgado, ni voy a hacerlo, es mi mejor amiga y la quiero, algún día simplemente conocerá a esa persona y su historial encontrarán un fin. Quizá lo haga con Abibi.

—Vais en serio, ¿verdad? —De repente mi amiga formal regresa.

—Creo que sí. —Camino por su habitación.

—Si te hace daño dímelo, yo me encargaré de él. —Se pone seria.

—Suena a amenaza. —Echo la vista hacia atrás.

—Es que es una amenaza —confirma.

—De acuerdo, pero a cambio tienes que prometerme una cosa. —Me detengo frente a la cama—. Prométeme que no vas a salir corriendo si ves que lo tuyo con Abibi avanza.

—¿Por qué iba a salir corriendo? —Aparta su mirada de mí.

—Porque te conozco mejor que nadie, Bisa, y sé que te asusta este tipo de cosas —digo sin pelos en la lengua—. Abibi es un tipo estupendo, quiero que lo recuerdes. ¿Prometido?

—Prometido. —Parece decir la verdad.

—Bien, pues ahora tengo que irme. —Rodeo la cama hasta colocarme en el lateral—. Ya se ha hecho tarde y tendré que ir a cenar.

Bisa asiente tristonamente sin poder salir de esa cama en al menos uno o dos días más, tal y como le ordenó el médico, pero para alguien tan inquieto como Bisa es una tortura lenta y dolorosa que debe hacerle más daño incluso que sus heridas.

—Llámame cuando lleguéis al primer destino. —Coge mis manos.

—Vale —asiento—. Y tú obedece que ya no te queda mucho para recuperarte del todo. Y por favor, ten mucho cuidado el sábado.

—Vale. —Parece de acuerdo con mi petición.

—Adiós, amiga. —La rodeo con mis brazos.

—Adiós y buen viaje el viernes. —Ella también me abraza.

No me cruzo con su tía al salir de su casa y casi lo prefiero teniendo en cuenta cómo me miraba la última vez que choqué con ella en su casa. Cruzo su porche y su jardín descuidado saliendo de su terreno, solo tengo que girar para llegar a la puerta de rejas que da paso a mi casa. Cuando éramos pequeñas, nos pasábamos el día cruzando de una casa a otra, a la edad de siete años se nos ocurrió la grandísima idea de acortar el recorrido y la brillante idea fraguada por ambas no fue otra que cavar un túnel desde nuestros jardines traseros. Por supuesto, no se lo dijimos a nadie y, cuando mis padres o su madre nos preguntaban que hacíamos en el jardín tantas horas, solo se nos ocurría decirles que jugar a las casitas. Mentira, claro. Día tras días cavamos, por supuesto, no habíamos calculado cosas como la distancia, profundidad, ni nada parecido, solamente cogí dos palas del trastero de casa y nos pusimos a cavar. Cuando mis padres descubrieron el agujero, no muy profundo, se llevaron las manos a la cabeza y nos cayó una bronca monumental, aunque con los años se convirtió en una gran anécdota que contar; solamente cuando fui mayor me enteré que nuestros agujeros estaban a varios metros de distancia el uno del otro por lo que, aunque hubiéramos conseguido tal locura, un túnel recto no hubiera conducido a ningún lugar estando el mío muy a la derecha del suyo. Y aquí terminó nuestra experiencia como excavadoras, aunque no fue ni de lejos la única locura que Bisa y yo cometimos.

Giro con la mirada puesta en el suelo mientras recuerdo aquellos días de tierra y palas pasando de largo el muro exterior que rodea la parcela de mi casa, hasta chocarme de bruces con la puerta de rejas. Saco las llaves del bolsito que cuelga de mi hombro y empiezo a intentar abrir sin mucho éxito, hasta que mis ojos captan algo que no estaba antes, que jamás había estado. Escrito con espray rojo sobre el muro puede leerse:

Julie, la puta amiga de los negros.

Me quedo sin aliento. Eso no estaba cuando salí de casa hace cosa de dos horas, nada ponía en ese muro cuando he pasado antes. Me paraliza asustada, lo primero que hago es mirar a mi alrededor por si hubiera alguien cerca observándome, lo siguiente es acercarme despacio al grafiti rojo y tocarlo con el dedo para comprobar lo que ya sabía, es reciente, muy reciente. Me quedo allí plantada como una estatua contemplando horrorizada la frase escrita en el muro de mi casa. ¿En eso nos hemos convertido ahora? ¿En pleno siglo XXI? En una *puta amiga de los negros*. Llevo la mano a mi boca para cubrirla sin poder en mi asombro. El mundo se ha vuelto loco, completamente loco.

CAPÍTULO XIX

La Ruta de los Jardines.

Arrastro la maleta con ruedas por el pasillo de casa impaciente por marcharme, después de la horrible experiencia de encontrarme escrita aquella inapropiada frase la idea de Kenan de dejar Ciudad del Cabo durante una semana me emociona y, por lo visto, a mis padres también. No me ha quedado de otra que hablarles de Kenan, de nuestra relación que acaba de empezar y a qué se dedica. Primero no supieron que decir, después comenzaron a decir que les parecía bien, que se alegraban por haber sido sincera con ellos y, finalmente, que se lo contase todo y no sé qué cosas más.

Suelto el asa de mi maleta cuando al fin entro en el comedor, mis padres no deberían estar en casa, pero, sin embargo, están, han decidido que preferían llegar tarde al trabajo a cambio de conocer al chico que me va a tener una semana entera recorriendo el sudeste de Sudáfrica. Los dos esperan de pie sin apartar sus ojos de mí.

—¿Ya estás? —pregunta papá con los brazos cruzados y esa expresión de estar guardándose algo para sí.

—Sí, ya está. —Respiro profundamente.

—Le dijiste que llamara a casa, ¿verdad? —Mamá aparta la silla para sentarse—. Quiero conocerlo.

—Que sí, mamá. —Pongo los ojos en blanco.

—¿Y una semana no es mucho tiempo? —Papá apoya sus manos en el respaldo de la silla de mamá.

—Sí, Julie, tu padre tiene razón, apenas lo conoces. —Mamá mira hacia arriba buscando la complicidad de su marido.

—No empecéis —suplico—. Ya os he dicho que es un buen chico.

—Si yo no digo que no lo sea, pero después de lo que te ha pasado yo... —Mamá no continúa.

—Nada tiene que ver una cosa con la otra. —Coloco la pequeña mochila que voy a llevarme aparte de la maleta.

—Lo que tu madre está intentando decirte es que quizá vayas muy rápido. —Papá se aproxima a mí.

—Os recuerdo que tardasteis un mes en casaros después de conoceros —lanzo irónica.

—Pero todo era más sencillo que ahora —contrarresta mamá.

—Eso no es verdad. —Sueno burlona.

—Julie, tu llama todos los días. —Corta la conversación papá.

Estoy a punto de contestar de nuevo con tono sarcástico cuando el sonido del timbre retumba

por toda la casa y los nervios regresan a mí, impaciente de que esto pase cuanto antes y poder irme una semana de vacaciones con Kenan.

—Voy yo. —Me adelanto.

Dejo a mi familia en el comedor dirigiéndome hacia la puerta principal, por norma general la puerta exterior suele quedarse abierta, aunque después del grafiti hemos decidido cerrar con llave por temor a que alguien pueda colarse. Paseo por el jardín delantero, pero ya puedo ver el porte de Kenan tras las rejas. Saco las llaves preparada para abrir en cuanto lo alcance.

—Hola. —Intenta mirarme a través de los huecos que deja las rejas de metal.

—Hola. —Doy un par de vueltas a la llave hasta que consigo abrir.

Apenas le dejo pasa cuando Kenan coloca su mano en mi mejilla buena, plantándome un beso en los labios. No me da tiempo a reaccionar.

—¿Tus padres están dentro? —me suelta.

—Están, pero no parecen muy convencidos de este viaje —murmuro echando la vista hacia atrás.

—Tranquila, de eso me ocupo yo —dice con seguridad ciega.

Kenan esquivo mi cuerpo y comienza a caminar hacia la puerta de casa entreabierta, solo cuando lleva un par de pasos se detiene, echa la vista hacia atrás y espera una reacción por mi parte. Rápidamente me pongo en movimiento hasta alcanzarlo. Soy yo la primera en entrar en casa dándole paso a él.

—Será rápido —susurro.

Kenan sonrío tranquilo. Es él el que avanza hacia delante primero, como si conociera la casa de antemano, hasta llegar al comedor donde mis padres esperan en la misma posición y lugar en la que los he dejado hace unos minutos, mamá se levanta veloz.

—Buenos días. —Kenan coge la postura de un soldado, la espalda recta y manos en la espalda —. Soy Kenan Charpentier —se presenta antes de camina hacia ellos, con decisión, extendiendo su mano—. Es un placer, señores Edison.

—Vaya, Julie, nos había dicho que eras un encanto, pero no imaginaba que tanto. —Mamá es la primera en saludarlo.

—Mamá —murmuro avergonzada.

—Muchas gracias, señora Edison —responde sonriente.

—Richard Edison —se presenta papá cuando acepta su apretón de manos.

—Encantado de conocerlo, señor. —Su disciplina es innegable.

—Por favor, Kenan, olvida las formalidades —pide mamá mucho más contenta que hace un rato—. Yo soy Betty y él es Richard.

—Como prefieran —responde educadamente.

—¿Y ya lo tienes todo preparado? —Papá mantiene las distancias, mientras lo analiza de pies a cabeza.

—Así es. —Mira por encima de su hombro encontrándome—. Va a ser un viaje increíble.

—Sí —respondo acercándome a él—. Nunca he hecho la ruta.

—Tu padre y yo la hicimos de recién casados. —Mamá coloca su mano en el hombro de papá, cariñosamente—. ¿Lo recuerdas, Richard?

—Claro que lo recuerdo. —Le sonrío él.

—Pero la ruta es bastante larga para hacerla en una semana. —Mamá clava sus ojos en Kenan.

—He seleccionado los mejores lugares para que nos dé tiempo. —Kenan me lanza una mirada.

—Parece que lo tienes todo muy bien organizado. —No sé muy bien si se trata de un cumplido por parte de papá.

—Me gusta tenerlo todo organizado. —Vuelve a sonar como un soldado disciplinado.

—A Julie también le gusta tener todo muy bien organizado, a veces demasiado —se le escapa a mamá—. Más de una vez le he dicho que debería dejar un poco para la improvisación.

—Sí, mamá, lo has dicho muchas veces. —Borro la sonrisa de mi cara.

—Yo diría que saltar al rescate de una chica en una tienda es bastante improvisado. —Intenta defenderme de alguna manera el atractivo chico de ojos azules que se encuentra a mi lado.

—Eso fue insensato —responde papá.

—Sí, estoy de acuerdo —le da la razón Kenan.

—Bueno, ya está bien —salto a la defensiva—. Nos tenemos que ir.

—No te enfades, Julie —murmura Kenan en voz baja.

—No me enfado, pero tenemos que irnos, ¿recuerdas? —contesto también yo bajando el tono de voz.

—Prometerme que tendréis cuidado. —Mamá se acerca a mí, rodeándome con sus brazos en un fugaz abrazo poco antes de darme un beso en la mejilla.

—Le prometo que volverá de una pieza —bromea Kenan.

—Te tomo la palabra. —Se hace a un lado dejando paso a papá que también me planta un abrazo.

—Julie, llama —susurra en mi oreja—. Y si ocurre algo, avísame.

—Sí —me limito a responder complaciendo a mi padre.

Kenan coge el asa de mi maleta preparado para marcharnos. Coloco mi mochila a la espalda despidiéndome por última vez de mis padres que, al menos, parecen más calmados que antes de que el súper Kenan apareciera en casa.

—Buen viaje —dice mamá.

—Gracias —responde Kenan.

Salimos de casa sabiendo que mis padres nos siguen hasta la puerta, quedándose en el porche delantero, viéndonos marchar. Cuando paso junto al muro exterior un escalofrío recorre mi cuerpo, aunque ya no queda nada de esa horrible frase puede verse un manchurrón rojo muy difuminado y esparcido por el muro que advierte que algo hubo escrito antes. Por suerte, Kenan, anda tan distraído que ni se percata de ello, continuando hacia delante hasta detenerse frente a un coche negro que no había visto en mi vida.

—¿Y esto? —Lo miro al detalle.

—No podía llevarme la camioneta de Yuma una semana entera. —Abre el maletero para meter mi maleta.

—¿De dónde lo has sacado? —Deslizo mi mano sobre él hasta alcanzar la puerta delantera—. ¿Alquilado?

—No, me lo han prestado. —Cierra de golpe el maletero.

—¿Quién?

—Siempre haces un montón de preguntas. —Kenan camina hacia mí, parando justo en frente, besando mi frente—. Un compañero de pelotón. Sube.

—A sus órdenes, mi sargento —bromeo entre risas.

Primera parada del viaje, Franschoek, un viaje que dura poco más de una hora en coche y que según Kenan es el mejor lugar para comenzar la semana. Nos adentramos por el pueblo, siguiendo el GPS que muy acertadamente ha preparado Kenan antes de venir a recogerme a casa y que, por suerte, tiene este coche bastante más nuevo, moderno y cómodo que la camioneta de Yuma. Unos diez minutos y llegamos al hotel que Kenan ha reservado, mamá tenía razón y es un chico extremadamente organizado.

—El sitio te va a encantar. —Sigue pendiente de la carretera.

—¿Tienes todo reservado ya? —Estoy sorprendida.

—Sí, ¿te parece mal?

—No —respondo de inmediato—, pero te habrá costado tiempo y dinero organizarlo todo, te daré la mitad de lo que cueste el viaje.

Hasta ahora no habíamos hablado de ello, Kenan, ha llevado casi en secreto todo, por lo que no tengo ni idea de cómo será este viaje. Intenté sonsacarle cosas ayer cuando hablé por teléfono con él, pero nada saqué en claro, así que, busqué por internet y pude hacerme una vaga idea, pero ni, aun así. Lo que sí es evidente, y Kenan no podrá negarme, es que todo esto debe haberlo preparado hace un tiempo porque es imposible que en dos escasos días haya podido hacerlo.

—No pienses en eso —me pide.

—Pero Kenan es mucho...

—Julie —interrumpe—. Yo propuse el viaje, yo lo he organizado y yo lo pago.

—Eres muy testarudo —murmuro.

—Sí, lo soy. —Sonríe—. Así que desiste.

—No lo haré. —Levanto la barbilla orgullosa—. Yo también lo soy.

—Pues no llegaremos a ninguna parte así. —Sueno más a un juego para él que a una conversación seria.

—Kenan no me parece justo que cargues tú con todo —insisto.

—De acuerdo, vamos a llegar a un trato. —Miro por encima de su hombro—. Voy a dejar que pagues algunas cosas, ¿de acuerdo?

—Aun así, tú habrás pagado mucho más. —Frunzo el ceño.

—Julie, no pienso decirte cuanto me ha costado todo, así que, confórmate. —Vuelve a lanzarme una mirada.

—De acuerdo —acepto—. Por ahora —susurro sin que pueda oírme.

Miro por la ventanilla nada conforme. Que me pareciera bien un viaje con él no significa que aceptará sin más que él se encargara de pagar todo, una cosa no implica la otra.

—Ha llegado a su destino. —rompe el silencio la voz femenina del GPS.

Cuando giro la cabeza hacia el otro lado logro ver, aunque con dificultad, un pequeño murete blanco de pocos centímetros de altura, árboles y plantas escondiendo lo que es sin duda una fachada blanca de una pequeña casa con los marcos de las ventanas y la puerta principal de reducido tamaño en color verde. Sin duda, pasa desapercibida, aunque tiene un encanto innegable.

—¿Es aquí? —Sigo contemplando el lugar.

—Sí —responde con firmeza.

Kenan es el primero en bajar del coche, aunque yo no tardo mucho más en hacerlo. Nos encontramos en una larga y solitaria calle, frente a la casita blanca, otra casa de dos pisos y muy descuidada está oculta por el hermoso paisaje que rodea Franschhoek y del que hemos disfrutado hace unos minutos.

—Es muy acogedora. —Rodeo el coche con el fin de alcanzar la acera y los tres bajos escalones que conducen a una especie de porche exterior al descubierto.

—Ponía que era uno de los alojamientos con encanto de Franschhoek. —Kenan camina en dirección contraria, hacia el maletero—. Si quieres puedes entrar, sacaré las maletas.

—No, te ayudo. —Aparto mi vista del lugar antes de unirme a él.

Juntos, arrastrando nuestro equipaje, llegamos hasta la puerta de madera en color verde, muy acorde con el entorno, levanto la vista y veo lo que parece un altillo que se alinea perfectamente con la puerta principal. Kenan está a punto de tocar cuando pongo la mano sobre el pomo y la puerta se abre prácticamente sola. Encabezo la marcha con Kenan muy cerca, entrando en una sala preciosa, con los detalles cuidados y ese encanto rústico y antiguo por todas partes.

—Buenos días. —Un chico poco mayor que nosotros nos saluda tras el mostrador de recepción, una bonita barra de madera que se redondea en uno de sus extremos.

—Buenas —respondo admirando la habitación.

—Hola. —Kenan me adelanta hasta alcanzar la recepción.

La pared es de un color crema a juego con los muebles de madera y el peculiar techo de tablones de madera blanca, el marco de las puertas en un negro intenso que resalta sobre la claridad del espacio.

—Por favor, acompáñeme. —El chico da la vuelta hasta salir tras el mostrador, parece un tipo simpático.

De las varias puertas que hay en la habitación, el hombre nos conduce por la puerta de cristal y madera de la izquierda que, al igual que su gemela de la derecha, se encuentra abierta de par en par. Cruzamos hacia la otra sala descubriendo en ella un precioso comedor con un sofá bastante cómodo a un lado y otro en forma de banco de madera en la pared opuesta. Dos puertas francesas dejan ver el exterior, el hermoso jardín verde que hay más allá. Tras el sofá, una escalera estrecha sube a un segundo piso por donde nos conduce el recepcionista a paso lento. Antes de que pueda darme cuenta, Kenan, sujeta una maleta en cada mano mientras sube la escalera.

—Puedo yo. —Intento arrebatársela.

—Tú solo concéntrate en no caerte escaleras abajo —bromea.

—Espero que no fuera muy grave —interviene el recepcionista.

—¿Perdón? —Kenan va tras él subiendo despacio los altos escalones.

—Lo del ojo. —Echa su vista hacia atrás encontrándome al final.

Ya había contado con ello, a pesar de no ser el ojo morado de hace unos días, sigue estando marcado y sigue siendo visiblemente llamativo.

—Me golpeé con una puerta —contesto sin pensarlo mucho, solo después caigo en la cuenta de que puede que ya sepa lo sucedido por las noticias.

—Eso debe de doler —responde amablemente.

Kenan me echa una mirada aliviado, al menos aquí estaremos tranquilos, tal y como así queríamos. Al llegar al piso superior encontramos una sala diáfana con la extraña decoración de una antigua bañera blanca de patas en la esquina, muy cerca de un mueble de madera y un taburete tapizado. La luz que entra en este lugar es magnífica, no hay rincón en la casa en la que la luz del día no llegue y lo ilumine todo.

—Es muy bonito —susurro.

—Y pequeño —añade el recepcionista—. Contamos con muy pocas habitaciones, aquí mismo está la vuestra —de su bolsillo saca una llave, gira hacia la derecha abriendo una de las tres puertas—. Hace una semana estaba completamente lleno, esta semana solo estáis vosotros y otra pareja que llegó ayer y, hasta el miércoles, no vendrá la próxima.

—Más tranquilidad —dice Kenan conforme.

—Bueno, este sitio es bastante tranquilo con gente o sin ella. —El chico abre la puerta del todo—. Por favor, acomodaros, la comida estará en un rato. El comedor está en la última sala de abajo y si necesitáis cualquier cosa mi nombre es Wayne y estoy a vuestro servicio.

—Muchas gracias. —Lanzo una sonrisa.

—Espero que disfruten de sus vacaciones. —Tal y como nos ha acompañado desaparece por el mismo camino.

En el rostro de Kenan va dibujándose una media sonrisa contagiándomela rápidamente. Vuelve a hacerse con el asa de su maleta azul haciéndose camino hacia el interior de nuestra habitación, yo espero allí fuera contemplando el lugar, después de que él haya entrado, sostengo mi maleta por el asa y arrastro las ruedas hacia delante, cruzando el marco de la puerta.

CAPÍTULO XX

Franschhoek, la *esquina francesa* de Sudáfrica.

La habitación es simplemente increíble, especialmente las vistas que se pueden apreciar desde las dos ventanas. Puedo ver parte del jardín trasero del hotel, grandes árboles que ascienden superando el segundo piso. Escucho los pájaros piando nada más abrir la ventana un poco. Presidiendo la habitación, una cama de colchón alto, grueso, aunque más bien cuadrado, sobre ella un cuadro pintado representando una mujer rubia desnuda sobre un diván con una ventana a su espalda, por la que se puede ver un paisaje tan bonito como el que yo ya he visto desde una de las ventanas de la habitación. Kenan cotillea cada rincón, a pesar de no ser muy grande, junto a un lateral de la cama un arco abierto que conduce al baño. Cerca, en el centro justo de la habitación, una mesa de madera roja y un sofá negro de cuero.

—Todo parece perfecto. —Escucho la voz de Kenan desde el baño.

—Cierto —murmuro sin poder apartar la vista de la impresionante cama, las palabras de Bisa bailan en mi cabeza y comienzo a ponerme nerviosa.

Kenan sale despacio del servicio, aunque no llega a cruzar el arco, en su lugar se queda apoyado en él mientras sus ojos azules me contemplan en silencio. Desvío mi atención desde la cama que compartiremos hasta el chico guapo que permanece callado a pocos metros de mí.

—¿Tienes hambre? —Sonríe curioso.

—Un poco —respondo moviéndome hacia las maletas para hacerme con la mía.

La subo a la cama y abro la cremallera, hay algunas cosas que debo sacar si no quiero que se arruguen, aunque prefiero mantener todas mis cosas dentro de la maleta. Kenan sigue observándome en silencio.

—Van a creer que te maltrato. —Avanza hacia la cama—. Con ese ojo tuyo. —Me alcanza, su mano acaricia mi mejilla con delicadeza—. ¿Te sigue doliendo?

—No, solo queda el morado. —Cierro la maleta.

—¿Y cómo llevas tu garganta? —Su mano baja hacia mi cuello tan sutilmente, tan despacio, tan sensual que consigue estremecerme.

—Está bien —murmuro.

Kenan, con su mano en mi cuello, acerca lentamente su rostro al mío mientras moja sus labios. Sus besos son indescriptibles, nada parecido a algo que pueda recordar. Cuando Kenan me besa, mi cuerpo se activa y un placer incontrolable recorre todo, de pies a cabeza. Contengo la respiración segundos después a su beso, él también.

—Será mejor que bajemos a comer algo —susurra muy próximo a mí.

—Será mejor —respondo como un eco.

El comedor es pequeño, pero muy acogedor. Toda la casa está decorada con el mismo estilo

rústico, conservando muchas de las cosas originales, como las ollas de cobre reluciente que cuelgan del techo muy próximas a las cocineras que preparan algunas de las cosas; antiguos platos de cerámica exquisitamente pintada y que decora una de las paredes del comedor.

Cuando al fin bajamos al comedor, la otra pareja de la que nos ha hablado el recepcionista ocupa una de las mesas más cercanas a la puerta que conduce al jardín. Nos saludan amablemente y nosotros respondemos de igual modo. No tarda mucho en atendernos una de las dos simpáticas camareras. La comida está buena, aunque ayuda el hambre que hemos hecho después de varias horas de viaje.

—Podemos hablar luego con el de recepción para ver si nos puede decir qué ver por aquí, ¿qué te parece? —Kenan no deja de comer mientras habla.

—Es una buena idea pero... —Cojo mi copa de vino—. ¿No se suponía que lo tenías todo organizado? —Intento sonar sarcástica con cierta burla graciosa.

—Creo que es bueno dejar algo a la improvisación —responde él seriamente—. Tu madre dijo que también tú debías dejar de tenerlo todo bajo control.

—¿Y eso lo dices tú? —Bebo vino.

—Bueno, aunque no lo creas, creo en el destino. —Deja los cubiertos sobre el plato—. Que las cosas suceden por algún motivo.

—¿Crees en el destino? —Sueno incrédula.

—¿Tú no? —Él, sin embargo, suena tan convencido y sereno—. El destino hizo que te durmieras aquel día, que cogieras un bus que no llegaba a Simon's y puso la camioneta de Yuma en la carretera.

—No fue el destino. —Solo pretendo llevarle la contraria—. Fue la resaca.

—Lo que tú digas. —Sonríe antes de continuar comiendo.

Lo contemplo unos segundos, reflexionando en su idea, no es algo que haya meditado tanto como él, ni sobre el destino en sí ni sobre qué nos llevó aquel día a sentarnos en el mismo vehículo, pero me alegro de que algo así sucediera. Papá siempre dice que las cosas suceden por una razón y quizá tenga razón y así sea, o quizá no. Quizá si no hubiera aceptado ir a Londres no habría roto con Will y Kenan no estaría en mi vida. Quizá si no se hubiera producido aquel altercado entre los policías y el chico de color, a él no lo habrían destinado a Ciudad del Cabo o quizá, simplemente, somos el resultado de una consecutiva cadena que nos ha conducido a este momento exacto. No lo sé.

—¿Cuáles son las próximas paradas? —Termino de comer.

—Hoy estamos aquí, mañana estaremos en otro lugar —se limita a responder.

—¿Esa es la respuesta que vas a darme? —Utilizo un tono de voz nada conforme.

—Pues la verdad es que...

—Hola, sentimos interrumpir. —La pareja que comía en la otra mesa se detiene junto a

nosotros—. Hemos visto que ya habíais terminado, pero quizá estemos equivocados...

—No, ya hemos acabado de comer —respondo amablemente a la mujer.

Se trata de una mujer rubia, de piel muy blanca y con algunas graciosas pecas en las mejillas, acompañada por un hombre de cabello claro, bastante más alto que ella, que no deja de sonreír mientras rodea con su brazo la cintura de su mujer.

—Es que hemos hablado con recepción y hemos contratado a un guía que nos va a llevar por Franschoek esta tarde y pensamos que quizá queráis uniros a nosotros. —La mujer no deja de sonreír.

—El destino —me susurra Kenan satisfecho—. Será genial —responde a la pareja simpática.

—Sí, claro —asiento—. En realidad, íbamos precisamente a preguntar en recepción después de comer.

—Entonces perfecto. —El hombre parece entusiasmado.

—Por cierto, soy Ellen y él es mi marido Calvin Graham. —Es ella la encargada en presentar a ambos.

—Yo soy Kenan y ella Julie —responde mi acompañante.

—Bien, Kenan y Julie, os dejaremos que terminéis tranquilamente. —Ellen agarra la mano de su pareja—. Vamos a coger unas cosas de la habitación y os esperamos en la entrada.

—Claro —dice confuso mi chico de ojos azules—. ¿Pero ya?

—Hemos quedado en... —el hombre mira su reloj de muñeca—. En una media hora.

—Nos vemos en la entrada entonces. —Junto mis manos sobre la mesa.

—Muy bien. —Parece alegrarse Ellen—. Nos vemos ahora.

Los vemos marcharse del comedor sin decir nada al respecto, solo cuando nos quedamos solos, Kenan sonrío con cierta burla, sé lo que está pensando porque es lo mismo que he pensado yo hace unos minutos.

—Curiosa pareja —dice al fin.

—Al menos ya tenemos guía. —Coloco los cubiertos sobre el plato dando por finalizada la comida, Kenan, imita mi gesto.

Mi mulato de ojos claros pide a la camarera que anote la comida a la habitación y la mujer así lo hace. También nosotros subimos a coger nuestras cosas antes de volver a bajar para acudir al encuentro, pero cuando lo hacemos, Ellen y Calvin, esperan junto al mostrador de recepción al tiempo que siguen charlando. La voz de ella es bastante aguda, aunque muy fina. En cuanto nos ven levantan la mano ambos saludándonos, Kenan coge la mía antes de caminar hacia ellos.

—Hola pareja. —Él no deja de sonreír ni un momento—. ¿Preparados?

—Claro. —Kenan se contagia de su entusiasmo.

—No tardará en venir —el chico de recepción interviene—. Lo he llamado para asegurarme y

ya estaba en camino.

—Estupendo. —Calvin vuelve a rodear con su brazo la cintura de ella—. Podemos salir a esperarlo fuera, ¿qué os parece?

Kenan y yo asentimos al mismo tiempo, gesto que la parejita feliz interpreta rápidamente y comienza a caminar hacia el exterior del hotel, mientras los seguimos de cerca. Nos detenemos junto a los árboles de la entrada, los mismos que nos protegen agradecidamente del sol que pega con fuerza a estas horas de la tarde, motivo por el cual, mi pantalón largo lo he cambiado por uno corto y la camiseta por una de tirantes, también Kenan ha decidido deshacerse de algo de ropa por el calor, mientras yo contemplaba embobada su torso desnudo deseando que no se pusiera la camiseta, aunque mis deseos no se han cumplido.

—¿Tendremos que coger nuestro coche? —Kenan, tras de mí, coloca sus manos en mis hombros.

—No lo sé. —Miro hacia atrás.

—Lo cierto es que eso no nos lo ha dicho. —Calvin borra su sonrisa—. Ellen, ¿crees que tendremos que coger el coche? Porque si es así tengo que subir a por las llaves.

Miro a Kenan con la intención de preguntarle algo parecido, si necesitamos el vehículo va a tener que ir a por las llaves a la habitación.

—Las he cogido —responde antes de que haya abierto la boca.

—No sé, si quieres subir a por ellas por si acaso. —Ellen aconseja a su pareja.

Pero antes de que Calvin pueda siquiera dar un par de pasos, una furgoneta no muy grande se detiene frente al hotel, de ella baja un hombre de mediana edad poco después.

—¿Señores Graham? —El hombre de color rodea el vehículo.

—Nosotros —responde la pareja feliz a la vez—. No sé si le han avisado que otra...

—No se preocupen, ya me han informado. —El hombre sube ágilmente los escalones que conducen al porche—. Buenas tardes, soy Zozo Madolo, aunque todos me llaman Lulamy.

Lo contemplo unos segundos, parece un tipo peculiar, su piel es oscura, mucho, pero sobre su cabeza una gorra blanca resalta inevitablemente. Una camisa y unos pantalones anchos junto a unas sandalias completan su vestuario.

—Nosotros somos Calvin y Ellen Graham. —Ofrece su mano al guía.

—Encantado. —Acepta Zozo—. Y vosotros debéis ser la otra pareja.

—Kenan y Julie —dice mi acompañante.

—Bien, pues ahora que ya nos hemos presentado podemos irnos. —Parece un tipo muy activo.

—¿Necesitamos coche? —pregunta Kenan todavía tras de mí.

—Tengo la furgoneta. —Señala hacia atrás—. Hay asientos para ocho personas, pero si prefieren coger sus vehículos son libres de hacerlo.

—Nosotros iremos con usted —Calvin es el primero en pronunciarse.

Kenan me mira esperando que sea yo la que decida qué hacer.

—Nosotros también —respondo.

—Pues en marcha. —Zozo baja los escalones a la misma velocidad con la que los ha subido.

Cuando alcanza su coche abre la puerta trasera deslizándola hacia atrás, dejando al descubierto una vieja furgoneta, aunque asombrosamente limpia y arreglada. Zozo espera junto a ella los segundos que tardamos en ponernos en marcha los cuatro, suben ellos primero.

—¿Y dónde vamos a ir? —Ellen parece entusiasmada—. Veremos viñedos, ¿verdad señor Zozo?

Kenan cierra con fuerza la puerta de la furgoneta cuando ya estamos todos dentro. Zozo se coloca en el asiento del conductor preparándose para comenzar el viaje.

—El cinturón —me susurra Kenan a modo de orden.

—Por favor, llamadme Lulamy. —Mueve un poco el retrovisor—. Por supuesto, Ellen, veremos viñas y probaremos el vino local.

La otra pareja parece satisfecha con la respuesta de Lulamy. Arranca el vehículo poniéndonos en marcha rápidamente, a mi lado izquierdo tengo sentada a Ellen, a mi lado derecho a Kenan, quien no tarda en dejar caer su mano sobre mi pierna sin apartar su vista de la carretera, nuevamente alerta. Su expresión, sus ojos, todo él cambia por completo cuando su modo alerta se activa, parece un chico distinto cuando lo hace, mucho más ajeno, más serio, más duro.

—¿No te fías? —Me pego a su oreja esperando que ninguna otra persona de la furgoneta pueda oírme.

—¿Por qué dices eso? —Arruga la frente.

—Porque acabas de activar tu modo alerta —bromeo.

—¿Tengo un modo alerta? —Parece sorprendido.

—Lo tienes —confirmo sus sospechas.

—¿Y cómo lo notas? —murmura.

—Por tu expresión en el rostro, tu comportamiento —explico—. Te conviertes en un tipo duro de repente.

—No me había dado cuenta. —Dibuja una media sonrisa—. Nadie me lo había dicho antes.

—Pues es algo que no puedes ocultar.

—Quizá solo me pase contigo. —Sonríe sutilmente.

—No sé si me gusta saber que activo esa parte de ti —vuelvo a susurrar.

—Si la activas solo es porque me preocupa tu seguridad. —Desliza suavemente su mano sobre mi pierna.

—No tengo una vida tan interesante —excuso bromista.

—Tu ojo morado no diría eso. —Su vista azul se clava en mi ojo, todavía algo morado.

—Eso solo es un hecho puntual. —Aparto mi mirada de él.

—Eso espero —murmura.

Trago saliva sabiendo que en parte le estoy mintiendo, aún no le he contado lo del grafiti en el muro exterior de casa la noche anterior, pero sin duda sería motivo de preocupación para una persona como Kenan, capaz de ver el peligro en cualquier cosa, incluso en un corto viaje en coche en manos de un tipo llamado Zozo.

Contemplamos el monumento junto a montones de turistas, el tiempo acompaña. Desde donde estoy puedo ver los árboles redondeados que conducen hacia el impresionante monumento construido en medio de la naturaleza verde de Franschhoek, veo la estatua de una mujer sobre una bola del mundo y, tras ella, tres altísimos arcos de piedra, frente a la mujer un estanque lleno de agua rodeado de flores amarillas que brillan y se lucen en la mejor época del año para hacerlo. Veo las montañas detrás, imponentes, mágicas. Calvin no deja de fotografiarlo todo con una cámara de esas que parecen de profesional.

—Luego hace un álbum con las fotos del viaje y los guardamos de recuerdo —me dice Ellen al percatarse de que miro a su chico.

—Bueno, esto es el monumento levantado en honor a los hugonotes y, sin duda, uno de los sitios más turísticos de Franschhoek —Lulamy comienza a hablar, intentando hacerse oír por encima del ruido de los visitantes y las cámaras.

—¿Por qué levantaron un monumento en su honor? —La curiosidad me hace preguntar.

—Buena pregunta, Julie. —Lulamy se acerca al estanque subiéndose sobre el murete que lo rodea y consiguiendo que, no solo nosotros le prestemos atención, sino que muchas de las personas que visitan el lugar dirijan sus miradas a él—. El área que ocupa actualmente Franschhoek fue ocupada en un primer momento por ciento setenta y seis hugonotes que vieron en este lugar un sitio donde refugiarse. Llegaron en 1688 ocupando un territorio que previamente el gobierno neerlandés les ofreció, llamado Olifantshoek que puede traducirse por «esquina de los elefantes» debido a la gran cantidad de elefantes que pasaban por aquí. —A sus palabras le acompañan sus manos a modo de atracción turística consiguiendo que, aún más gente se acerque a escuchar—. Debido a que eran franceses, rápidamente se cambió el nombre del lugar por le Coin Français...

—La esquina francesa —susurra Kenan interrumpiendo mi atención.

—O la esquina francesa, pero no sería ni mucho menos el nombre definitivo de este lugar —continúa Lulamy.

—Franschhoek —responde Ellen alzando la voz.

—Así es —asiente nuestro guía—. Franschhoek sería el último nombre que se otorgaría a este sitio y que en realidad viene a significar lo mismo, esquina francesa, pero en neerlandés.

—Qué interesante —murmura Ellen.

Y lo es, aunque no puedo evitar dejar de prestar atención para mirar al chico de piel café y ojos azules que escucha atento junto a mí. Deduzco, por la rapidez con la que ha sabido traducirlo, que debe saber francés, a no ser que ya conociera la historia de Franschhoek de antes algo que se me antoja improbable. Todos se mueven hacia la estatua de la mujer, Kenan, coge mi mano y juntos nos movemos tras ellos. Ellen se pega a Lulamy rápidamente en cuanto comenzamos la marcha, solo puedo ver que hablan, aunque no escucho nada desde donde estamos. Miro a mi chico, pensativa, y él me responde devolviéndome la mirada junto a una sonrisa. En realidad, no sé si llegó a estudiar algo o qué lo llevó a ingresar en el ejército del aire. Convertirse en piloto. Rodeamos el estanque, el olor a flores fresca inunda mi nariz, aunque provoca un par de estornudos en Calvin.

CAPÍTULO XXI

Con una buena copa de vino.

Paseamos por la alameda que nos aleja del monumento, no he soltado la mano de Kenan desde que me la ha cogido hace bastante, incluso sigo agarrada a ella a pesar de que ha comenzado a hablar con nuestro guía. Y entonces, él me suelta, distraído, y poco a poco se aleja unos pasos de mí conversando con Lulamy.

—¿Habíais estado antes aquí? —Ellen, que caminaba muy cerca, acelera el ritmo hasta alcanzarme.

Echo la vista atrás buscando a su acompañante, pero ha quedado rezagado a causa de su afán por fotografiarlo todo al detalle.

—Nunca antes había estado en Franschhoek. —Cruzo los brazos.

—Pero ¿de dónde sois? —Ellen debe ser una mujer curiosa.

—De aquí. —Deslizo mi vista a Kenan—. Yo soy de Ciudad del Cabo, Kenan de Pretoria.

—Vaya no creía que fuerais sudafricanos. —Parece sorprendida—. Creía que estabais de viaje de luna de miel.

—¿Qué va! —Niego de inmediato—. ¿Vosotros sí?

—No —responde sonriente—. Nos casamos hace seis años, estamos de viaje sin más, Calvin siempre quiso venir a Sudáfrica. —Mira hacia atrás en busca de su marido—. Nosotros somos estadounidenses, de Ohio.

—Debe haber sido un viaje largo. —Dejo caer mis brazos.

—Estamos acostumbrados a viajes de este tipo. —Ellen saca una pequeña botella de agua de su bolso—. ¿Quieres?

—No, gracias. —Niego con la cabeza al mismo tiempo.

Ellen bebe un poco, después vuelve a cerrarla y meterla en su bolso. No me la imagino haciendo este tipo de viajes por todo el mundo, no parecen la típica pareja aventurera, aunque supongo que las apariencias engañan.

—El año pasado estuvimos en Rusia —echa su cabello hacia atrás—. Pasé tanto frío que insistí a Calvin para que este año visitáramos un sitio cálido.

—En invierno aquí también hace frío. —Giro mi rostro para poder verle la cara.

—Sí, eso también nos lo dijeron. —Vuelve a mirar a su marido—. Julie, puedo hacerte una pregunta un tanto... personal.

—Claro.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —Señala mi ojo morado.

—Me golpeé con la puerta, iba despistada y soy bastante desastre —respondo sin darle más importancia.

—Que mala pata. —Frunce el ceño—. Te dolerá.

—No tanto. —Desvío mi vista de ella hacia delante.

—¡Vamos al cementerio! —La potente voz de Lulamy llama nuestra atención.

—Fascinante —dice de repente Calvin que se cuela veloz entre nosotras.

—¿Sé puede saber qué hacías? —Le echa en cara su mujer.

Acelero el ritmo intentando separarme de ellos, dándoles más intimidad. Kenan ha dejado de charlar con Lulamy y me espera delante sin dejar de mirarme, lo alcanzo segundos después.

—Espero que fuera interesante lo que te contaba.

Los dos nos ponemos nuevamente en marcha.

—Mucho —responde él con retintín.

—¿A ti también te gusta la historia, Julie? —Lulamy se cuela en la conversación a varios metros de distancia de nosotros.

—Lo cierto que no tanto como a él. —Alzo mi voz.

Lulamy reduce su paso para acercarse un poco más a nosotros que seguimos avanzando. Se quita su gorra blanca y comienza a apretar la visera con fuerza, pero con cuidado.

—Es curioso que digas eso —añade.

—¿Curioso? —Frunzo el ceño, confusa.

—La historia de este país es muy rica. —Sonríe—. Y dolorosa también.

—¿A dónde quieres llegar? —Interviene Kenan tan confundido como yo.

—Hace sesenta años ni siquiera podríamos estar hablando con tanta libertad en un sitio tan turístico, de hecho, en ningún lugar. —Parece estar a punto de empezar un discurso sin saber por dónde irá—. Es más, ya os habrían apresado a ambos por ir de la mano en plena calle.

—Esa Sudáfrica ya no existe —respondo cuando descubro hacia dónde van los tiros.

—Realmente te creo. —Camina a nuestra altura, aunque no sé en qué momento nos hemos encontrado—. Sé que lo crees de verdad y lo sé porque no todo el mundo hubiera hecho lo que tú hiciste.

—¿Y qué hizo? —Kenan activa su modo alerta borrando cualquier ápice de simpatía de su rostro.

—Ayudar a aquellas chicas en la tienda —no duda en contestar. La expresión de mi rostro cambia por completo volviendo a sentirme la Julie observada por todos—. Te vi en la televisión y no he tardado en reconocerte en el hotel.

—Pensé que más allá de Ciudad no habría...

Dejo de hablar. No me siento cómoda teniendo que volver a lo sucedido otra vez, teniendo que escuchar esa absurda idea de que fue valiente, que otra no lo hubiera hecho y miles de tonterías más. Claro que más de una persona hubiera reaccionado así, siendo aquella cajera y Bisa de un color u otro, fue una agresión, sin más.

—Espero que no digas nada. —Kenan se mantiene serio, sonando tajante.

—Tranquilos. —Asiente sonriente antes de volver a colocarse la gorra en la cabeza—. Solo seréis otros turistas más.

—Gracias —susurro.

Miro por encima de mi hombro intentando ver más allá de nosotros. Mis ojos encuentran a la pareja americana a nuestra espalda, no demasiado lejos; a bastante gente paseando hacia el monumento o volviendo de él; a los árboles redondeados; a la estatua femenina que queda bien lejos, pero más allá, las montañas que rodean este precioso valle donde se encuentra Franschoek, un valle que debe ser precioso de ver al atardecer desde lo alto, a las afueras. Escucho la respiración sonora de Kenan segundos antes de decidir volver mi vista al frente. Salimos a la calle.

Cruzando la calle, después de habernos detenido en alguna que otra tienda de suvenires, encontramos al fin una pequeña construcción frente a algunos locales del pueblo, todo su exterior es blanco, un radiante blanco que los rayos del sol iluminan con mayor intensidad. Cruzamos la carretera que nos separa, la gran mayoría de edificios de este lugar se encuentran en medio de la nada, rodeados por un verde espectacular como es el caso de esta edificación.

—¿Aquí que vamos a ver? —Ellen es la primera en preguntar lo que todos estamos pensando.

—Aquí se encuentran enterrados, en el cementerio, algunos de los colonos que llegaron por primera vez a este valle. —Lulamy queda rezagado.

Las ventanas, alargadas, acaban en un artístico arco apuntado, mientras que el edificio tiene forma de T. Se trata de una pequeña iglesia original que se conserva maravillosamente. La rodeamos despacio, pudiendo contemplar cada pequeño detalle de cerca, instintivamente mis ojos se desvían a Calvin y ahí está con su cámara de fotos immortalizando cada detalle. El sol impacta contra las blancas paredes dándole un cierto aspecto mágico al lugar, que aún es más curioso cuando lo rodeamos y nos detenemos junto a las antiguas tumbas coloniales, todas con nombres franceses, aunque también logro encontrar algún nombre neerlandés. Kenan contempla las tumbas con un silencio asombroso, como si de alguna forma les debiera algo o simplemente se hubieran ganado de forma extraña su respeto.

Al finalizar nuestra visita, Lulamy, nos conduce hacia un lugar apartado, para ello regresamos a la furgoneta de nuevo y ponemos rumbo fuera de Franschoek mientras nos explica por encima cuál va a ser nuestra próxima parada, la antigua vía férrea que según nuestro guía se encuentra a poco menos de media hora entre Paarl y Franschoek y que sin duda merece la pena desviarse un poco para verla.

—Está siendo realmente interesante. —En este trayecto es Calvin quien se sienta a mi lado.

—Sí —sonrío.

—Dice Ellen que sois de aquí, de Sudáfrica. —Sobre sus rodillas lleva la cámara bien sujeta por sus dos manos—. Debe de ser increíble vivir en un sitio así.

—No hay nada igual en ningún otro lugar —respondo segura de mis palabras.

—Es un país hermoso —murmura.

Nos detenemos en plena naturaleza, con viñedos al fondo cubriendo una amplia extensión de terreno, montañas detrás y más montañas a lo lejos con picos tan peligrosos como fascinantes; y todo de un color verde y dorado. A varios metros de nosotros, unas vías y un único vagón de color verde muy clásico.

—El pronto desarrollo del entorno llevó en 1904 a la construcción del ferrocarril con una distancia de unos veintisiete kilómetros y que conectaba Paarl con Franschhoek. —Lulamy deja atrás su vehículo mientras se acerca hacia el vagón inmovilizado en una parte de las vías—. Al principio solo fue un medio de transporte que se utilizaba para que los pobres granjeros de la zona pudieran transportar sus productos más lejos y mejor.

Caminamos tras el guía escuchando atentos sus palabras, a unos metros del vagón verde un poste blanco anuncia y publicita un salón donde celebrar eventos y bodas. Seguimos caminando hasta adentrarnos entre las viñas, cada uno de nosotros, por una calle distinta. Nunca he estado en Francia, pero sin duda me la imagino un poco así, ahora entiendo perfectamente lo de esquina francesa.

—¿Hay muchas bodegas aquí? —Calvin alza la voz desde una de las calles por la que avanza entre viñas.

—En Franschhoek existen dieciséis grandes productores de vino, pero la zona entera está llena de viñedos, bodegas, restaurantes... —Alza la voz mientras mira a su espalda.

Miro a Kenan en la calle contigua a la mía mientras camina hacia delante. De repente, la cabeza de una persona sale de entre las viñas, camuflada, provocando que todos nos detengamos casi de inmediato. Por su parte, el agricultor no parece sorprendido ni molesto.

—*Goeiemiddag!* —saluda Lulamy al señor.

Lulamy sale hacia la calle principal que cruza el campo desde un extremo a otro, una calle tres veces más amplia, abierta, también rodeada por viñas, y nosotros lo seguimos colándonos entre los huecos intentando estropear lo mínimo posible.

—*Goeiemiddag!* —responde el hombre con buena cara.

—¿Qué ha dicho? —le pregunta Ellen a su marido.

—Le da las buenas tardes —le explico al escuchar.

Una vez juntos los cinco seguimos el camino hacia delante sin que Lulamy deje de contarnos cosas, como una enciclopedia andante, cualquier cosa que los americanos preguntan, él sabe la respuesta.

—Una vez instalados los franceses en este lugar, levantaron sus propias bodegas y decidieron que, qué mejor modo de recordar y traer su país a este lugar perdido que dándole a su nuevo hogar los nombres de sus granjas en Francia. —Se quita la gorra blanca para limpiar el sudor de su frente con el brazo—. Y por eso La Motte, Champagne Estates, La Cotte, Cabrière, Provence, Chamonix, Dieu Donné o La Dauphine que, además, fueron las primeras granjas que se instalaron en el lugar y las más visitadas hoy en día. Ahora, llegaremos a una de las bodegas donde sirven algunas de las variedades de uva más conocidas por aquí.

—¿Cuáles son esas variedades? —pregunta Kenan.

—La sauvignon blanc, la merlot, la chardonnay entre otras, aunque la más conocida en Sudáfrica es, sin duda, pinotage que fue introducida en 1925 al cruzar la uva pinot noir con la cinsault. —Vuelve a saber de todo y quedo sorprendida.

—Fascinante —escucho murmurar a Ellen.

Recorremos varios metros más de campo y uvas mientras el sol va cayendo tras las montañas hasta que, finalmente, salimos del viñedo para continuar por un bonito camino verde a campo abierto con una impresionante casa a lo lejos, escondida entre árboles. Alguna gente pasea por sus alrededores, pero el jaleo proviene de su terraza al aire libre. Vuelvo a coger la mano de Kenan después de demasiado tiempo sin hacerlo.

—No sabía que te interesaba el mundo del vino. —Subo mi mano por su antebrazo hasta cogerlo con mis dos manos.

—No tengo ni idea de vinos —susurra entre risas.

—Así que no tienes ni idea de lo que Lulamy te ha dicho, ¿verdad? —también yo susurro.

—Verdad —responde sonriente—. Aunque no voy a negar que me apetece probar una de esas variedades que tan bien ha pronunciado.

—Yo también. —Aparto mis ojos de él.

La terraza está llena de gente bebiendo vino en copas y picoteando algo de comida, por ello, la camarera que nos atiende nos dirige hacia dentro para darnos un pequeño espacio en la misma barra también ocupada, aunque bastante menos.

—Bienvenidos, ¿qué desean tomar? —Un camarero tras la barra nos atiende.

—Ponga una copa de pinotage para los cinco —pide Lulamy por nosotros.

Kenan me ofrece uno de los taburetes vacíos que hay junto a la barra, colocándose detrás de mí, apoyando sus manos en mi cintura.

—Ahí hay otro, Kenan. —Señalo el otro taburete algo distanciado.

—No te preocupes. —Me planta un beso en la mejilla.

—Que tierno —susurra Ellen, quien ocupa el taburete de madera y piel que hay junto al mío—. ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—No —responde Kenan.

—Es bastante evidente —bromea Lulamy.

El camarero sirve las cinco copas de vino, un vino oscuro como otro cualquiera; junto a las copas saca también un plato de ostras, abiertas por la mitad, que deja frente a Ellen. Lulamy es el primero en alargar su brazo para hacerse con una de las mitades del plato, todo esperamos su reacción. Kenan es el siguiente en hacerse con la ostra.

—Espectacular —dice Lulamy segundos después de habérsela comido.

Ellen y yo cogemos la nuestra al mismo tiempo, no soy muy fanática de las ostras, siempre me han parecido demasiado gelatinosas, con una textura extraña, pero no voy a hacer el feo de no probarla. Bebo de mi copa de vino, el sabor no es nuevo para mí, mis padres lo han comprado alguna vez, pero hacía mucho tiempo que no bebía, su sabor permanece en mi paladar con un gusto agradable.

—Está muy bueno —opina Kenan—. Yo ya lo había probado antes, pero no sabía que fuera el vino característico de Sudáfrica.

—Nos tendremos que llevar un par de botellas de estas a casa —le dice Ellen a Calvin que asiente más que conforme.

—Pues os aconsejo que lo compréis aquí, es uno de los mejores. —Lulamy se hace con la última ostra de la bandeja.

CAPÍTULO XXII

Hazme latir.

Después de convencer a Kenan para encargarme de pagar a Lulamy junto a la pareja americana, el amable guía que nos ha conducido por todo Franschhoek se despide de nosotros frente al hotel antes de volver a marcharse con su furgoneta. Lo cierto es que no ha salido tan caro teniendo en cuenta todo lo que hemos visto y nuestra copa final en los viñedos. Calvin lleva a cuestas una caja con seis botellas de vino que ha comprado en la bodega, aunque no ha sido el único, yo misma he cogido dos botellas para llevar a casa y Kenan ha insistido en comprar también, dice que le dará un par a Yuma, pero que al menos una de ellas es para nosotros y para este viaje.

—Bueno, va siendo hora de retirarnos. —Ellen es la primera en pronunciarse—. Igual cenamos algo aquí.

—Gracias por invitarnos a ir con vosotros a la excursión —me adelanto a decir antes de que se vayan.

—No hay de qué. —Calvin hace un gran esfuerzo por sostener la caja de vinos, es demasiado delgado para que no le pese después de tanto tiempo cargando con ella—. Buenas noches.

—¿Cómo se dice en africano? —Ellen arruga su frente.

—*Goeienaand* —responde Kenan antes de que pueda decirlo yo.

—*Goenang* —repite erróneamente ella.

La pareja americana entra en el hotel mientras nosotros seguimos en el porche bajo los árboles que impiden poder contemplar el cielo, la bonita y tranquila noche que hace. Miro a Kenan que carga con las botellas de vino, aunque lo lleva mil veces mejor que Calvin, sosteniendo la caja con una sola mano apoyada en su cadera.

—¿Tienes hambre? —murmura.

—Un poco —respondo dulcemente.

—¿Nos vamos a cenar fuera? —Avanza hacia mí, desafiante.

Asiento sin decir nada. No lo sabe, pero es más que probable que fuera a cualquier lugar del mundo si él me lleva. Me muerdo el labio inferior mientras lo contemplo en la noche, con ese atractivo natural que tiene y que ya me impactó la primera vez que lo vi.

—Tendremos que subir a dejar las botellas. —Echo un vistazo a la caja que sujeta—. Y creo que quiero cambiarme de ropa.

—Vale, sí. —Sonríe—. Ha hecho calor, también yo quiero cambiarme de ropa.

Bajamos del coche después de encontrar La Motte a la primera gracias a la magia del GPS. Kenan rodea el coche por la parte delantera hasta alcanzarme, momento en el cual extiende su mano ofreciéndomela y, momento en el que yo, la acepto sin vacilar. El chico atractivo de ojos

azules se ha puesto un elegante traje de color beige de pantalón y chaqueta con una camisa de cuadros blanca y azul que le da un toque informal al conjunto.

—Me alegra que aceptaras hacer este viaje. —Una pequeña sonrisa se dibuja en su cara.

—Me lo estoy pasando genial. —Lo miro de pies a cabeza sintiéndome afortunada por ir acompañada por Kenan.

—Yo también —murmura justo antes de cruzar la puerta del restaurante.

Varios grupos comen y hablan al mismo tiempo, pero puedo ver alguna que otra mesa vacía por el local. Nos colocamos en la cola que conduce directamente al jefe de sala, quien atiende y organiza las mesas, solo dos parejas más esperan delante de nosotros.

—Estás muy guapo. —Agarro su chaqueta colocándola perfecta mientras Kenan sigue con sus ojos los movimientos de mis manos.

—Tú sí que estás preciosa. —Pero no mira mi vestido blanco radiante, no, su mirada se detiene en mis ojos durante varios segundos.

Nos movemos sin darnos cuenta, hasta que por fin llega nuestro turno y el hombre de chaqué negro alza la mano llamando a uno de sus camareros que se planta frente a nosotros de inmediato.

—Llévalos a la terraza. —Parece un tipo estirado, recto.

El camarero asiente, conforme con la orden, después nos señala con su brazo el camino y comienza a caminar entre las mesas, algunas ocupadas, otras vacías haciéndonos cruzar los enormes ventanales abiertos y adentrándonos en uno de los lugares más maravillosos que he visto hasta ahora en este viaje. La terraza, con suelo de ladrillo, se abre a un jardín iluminado por pequeñas farolas clavadas en el suelo, puedo oír la naturaleza viva desde donde me encuentro y también el pequeño riachuelo que pasa junto a la terraza. El camarero nos lleva hasta una de las mesas pequeñas ofreciéndonos asiento. Aparta la silla esperando a que me siente en ella.

—En seguida les traigo la carta. —Desaparece rápidamente de nuestra vista.

—Parece un sitio caro —murmuro acercando mi cara a la suya sobre la mesa.

—Un poco. —Sonríe él. —Aunque es muy bonito y Lulamy me lo recomendó.

—Un tipo peculiar —susurro.

—Muy cierto. —Coge la servilleta sobre la mesa y se la coloca en sus piernas.

—Aquí tienen la carta. —El camarero regresa—. Tenemos cinco menús preparados que consisten en uno o dos platos que aparecen en la carta y otros tres platos sorpresa del chef. —Nos entrega las cartas, una a cada uno—. Y pueden acompañar la cena con vino o sin él.

—Bien, gracias, le echaremos un vistazo —dice muy educadamente mi acompañante.

—Por supuesto. —El camarero asiente poco antes de volver a marcharse.

Abro la carta, lo primero que me encuentro son los cinco menús de los que ya ha hablado el camarero, en la primera hoja en inglés, en la siguiente en alemán y por tercero en afrikáans. Cualquiera de ellos soy capaz de entenderlo, aunque el alemán siempre se me he resistido, en la

escuela no era mi asignatura favorita. El primer menú es vegetariano así que lo descarto de inmediato. Me gusta la verdura y amo los animales, pero no podría quitar de mi alimentación ni la carne ni el pescado, aunque admiro a la gente cuyas convicciones son tan fuertes que lo consiguen. Sigo leyendo, el siguiente es carne, más concretamente carne de buey al horno acompañado por cebolla y alcaparras junto a La Motte Chardonnay, una especialidad de vino. Pescado en vinagre es la tercera opción de la carta, acompañado de ostras y pan de leche tostado, las ostras no me van demasiado así que lo descarto también.

El penúltimo menú tiene como plato principal una ensalada de alubias con pan y huevos de codorniz escalfados, así como una salsa de albaricoque. Me llama la atención, pero no sé si lo suficiente. Llego, al fin, al último menú de la carta, *Geroosterde Hoenderpilaf* o lo que es lo mismo pilaf con pollo asado como principal junto a una ensalada de arroz, hierbas del jardín, cacahuetes tostados y salsa verde.

—El último menú lo descartarás —me dirijo a Kenan sin alzar la vista de la carta.

—Sí, así es —responde—. Has recordado que soy alérgico a los frutos secos.

—Por supuesto. —Miro por encima de la carta y ahí están sus ojos mirándome fijamente—. ¿Qué vas a pedir?

—Iba a preguntarte lo mismo. —Alza las cejas, expectante.

—Las ostras no me van mucho y no soy vegetariana, así que...

—Así que o la ensalada de alubias, la carne de buey o el pilaf —enumera mis opciones—. También hay platos sueltos si lo prefieres.

—¿Qué vas a pedir? —pregunto indecisa.

—Yo he preguntado antes —bromea él—. La carne de buey.

—Creo que yo prefiero el pilaf. —Muevo los labios intentado decidir—. Sí, el pilaf. —Cierro la carta rápidamente dejándola sobre la mesa en un hueco vacío que queda a mi lado izquierdo.

—Bien. —Kenan también cierra la suya, aunque con mayor delicadeza que yo. Levanta la mano en busca del camarero—. Por favor.

No tarda ni unos segundos en aparecer como una bala tras de mí, entre sus manos una lujosa librería de cuero negra y un bolígrafo a punto de utilizar.

—¿Ya saben que van a pedir? —Ladea su cabeza esperando.

—Para ella el pilaf con pollo asado y para mí el buey. —Kenan coge ambas cartas para entregárselas en cuanto deja de anotar.

—¿Y de beber quieren los vinos recomendados para cada menú? —El camarero acepta las cartas gustosamente.

—Prefiero vino blanco —añado antes de que se tome una decisión.

—¿Cuál tenéis? —Kenan disimula a la perfección su ignorancia sobre vinos, si no lo supiera creería que a continuación va a pedir el vino perfecto.

—Si la señorita quiere blanco les recomiendo *La Motte Pierneef Sauvignon Blanc* — responde el camarero creyendo realmente que Kenan apreciará su elección.

—Perfecto —contesta manteniendo la seguridad que siempre le acompaña—. ¡Oh! Por favor, en los platos que vaya a poner el chef que no lleven frutos secos.

—Por supuesto. —Anota con bolígrafo el camarero—. En seguida les sirvo el vino.

—Pareces un entendido en vinos. —Espero a que el camarero se marche.

—Creo que en estos sitios tienes que parecerlo, aunque no lo seas. —Sonríe.

El camarero no se limita a traer y dejar la botella de vino blanco en nuestra mesa, sino que, además, llena nuestras copas con la medida exacta en ambas, totalmente calculado y ensayado. Una vez servido vuelve a dejarnos solos a la espera de la comida.

—¿Mañana seguiremos aquí? —Cojo la copa para dar el primer sorbo. Está realmente bueno.

—Mañana lo sabrás. —Intenta sonar misterioso—. ¿Has hablado con tu familia?

—¿En serio? —Cruzo los brazos sobre la mesa—. ¿De verdad vas a cambiar de tema preguntando por mis padres?

Pero no dice nada, se limita a beber un poco de su copa, volver a dejarla sobre la mesa y mojar sus labios saboreando el vino blanco. Espera pacientemente mi respuesta.

—Sí, los he llamado mientras te cambiabas. —Una sonrisa se dibuja en mi rostro—. Se han alegrado de saber que sigo viva.

—Ya se lo dije. —Intenta sonar gracioso.

—También he hablado con Bisa —aporto más información de la que pide.

—¿Y cómo está?

—Bien, aunque no sé para que la llamo si no ha dejado de enviarme mensajes en todo el día. —Miro a ambos lados—. Quiere conocerte.

—¿A sí? —Primero apoya su barbilla en la mano, después su mano se desplaza hacia atrás deslizándose por su nuca.

—Iba a conocerte hoy, en su fiesta hasta que se anuló. —Mi diálogo se ve interrumpido con la aparición del camarero y una hermosa y gran ensalada repleta de cosas.

—¿Hoy? No sabía que iba a ir a una fiesta hoy. —Arruga la frente confuso.

—Porque no te había dicho nada. —Cojo el tenedor para pinchar la lechuga—. Y luego pasó el altercado de la tienda y se canceló, pero va a hacerse el sábado próximo.

—¿Y a esa sí vas a invitarme? —Suena sarcástico.

—¿Quieres venir? —Pruebo la ensalada y mastico despacio, con la boca cerrada.

—Me encantaría ir. —Una media sonrisa aparece infraganti en la comisura de sus labios.

Sigo masticando. Me abruma tener a Kenan con ellos, pero tengo muchas ganas de que mi

mejor amiga lo conozca y pueda darme su parecer, aunque es demasiado atractivo como para que a Bisa acabe no gustándole para mí. La conozco bien. Trago.

—Si hubieras dicho que no, Bisa hubiera ido a buscarte directamente a tu casa. —Vuelvo a hacerme con mi copa.

—En realidad a la casa de Yuma. —Pincha con su tenedor.

—¿Vives con Yuma?

Me parece increíble que nunca me lo haya preguntado, que nunca se me haya ocurrido preguntarle algo así.

—Es temporal, como solo vamos a estar un tiempo aquí cogimos una casa entre los dos. —Come sin darse cuenta de mi asombro—. En realidad, no es una casa entera, una conocida de la madre de Yuma alquilaba la plata superior de la casa donde vive y nos instalamos allí.

—No me lo habías dicho. —Lo miro fijamente.

—No era un dato importante, creo. —Frunce el entrecejo extrañado—. ¿Lo es?

—No —respondo de inmediato—. Tampoco yo te lo había preguntado.

—¿Y por qué celebra una fiesta tu amiga? —Regresa a la conversación anterior.

—Es modelo y le han dado un trabajo para representar una marca de ropa y perfumes o algo así.

—¿Tu amiga es modelo? —Se dibuja sorpresa en su rostro.

—Lo es. —Vuelvo a coger un poco más de ensalada—. Es muy guapa, alta, con una piel oscura que brilla como nunca he visto, casi dorada.

—Vaya. —Aparta sus ojos de mí.

—Oye, a ver si me arrepiento de invitarte a la fiesta —digo con cierta preocupación, algo celosa.

—¿Estás celosa? —Echa hacia delante la parte superior de su cuerpo, con la espalda erguida—. Pareces celosa.

—¿De mi mejor amiga? —Vuelvo a cruzar los brazos—. ¡Estás loco!

—No creo que exista ninguna chica, ni modelo, más guapa que tú. —Mantiene su vista en mí, sin vacilar, sin dudar ni un segundo.

Instintivamente, sin pensarlo dos veces, hago lo que mi cuerpo entero me pide hacer. Me levanto de la silla arrastrándola unos centímetros, dejo la servilleta sobre la mesa y camino hacia mi acompañante decidida, mientras Kenan me contempla confuso intentando averiguar mis movimientos, hasta que lo alcanzo y cojo su cara con mis manos inmovilizándola. Es entonces cuando beso sus labios inclinándome hacia delante. Solo cuando dejo de besarlo soy consciente de que algunas personas de las mesas cercanas nos miran curiosas, pero poco me importa. Kenan me mira sin decir nada.

—Sabes a vino —se me escapa.

—¿Y esto? —pregunta aún sorprendido.

—Te lo has ganado —susurro.

Kenan coge mi brazo con delicadeza tirando de él hasta que todo mi cuerpo acompaña su movimiento y acabo, inexplicablemente, sentada sobre sus piernas. La gente sigue mirando, de hecho, aún más personas se suman después del numerito de Kenan arrastrándome hacia él. Estoy sentada de lado sobre su regazo y, aunque en otra parte me preocuparía lo que la gente pudiera estar pensando, aquí, ahora, poco me importa.

—Julie Edison —murmura—. Me estás volviendo loco.

—¿Y eso es bueno o malo? —Traviesa, una sonrisa se dibuja en mi cara.

—Aún no lo sé —responde con sinceridad.

Un carraspeo de garganta consigue que dejemos de mirarnos, el camarero espera junto a nuestra mesa con dos platos en sus manos, parece confuso, sin saber muy bien qué hacer mientras espera de pie.

—Sus platos —dice al fin intentado mostrar normalidad.

—Gracias, puedes dejarlos en la mesa —dice Kenan negándose a soltarme y dejarme ir.

—Qué aproveche. —El camarero se da la vuelta muy despacio alejándose de nosotros.

—Vas a tener que dejar que me levante —susurro volviendo a él—. Creo que hemos montado una escenita, todos nos miran y los platos se enfrían.

—Qué miren. —Echa un vistazo a ambos lados para comprobar cuánta gente nos mira curiosa.

Sigue sujetándome con sus grandes manos, aunque comienza a dejar de ejercer fuerza y cada vez me siento más liberada hasta que me suelta del todo. Beso la comisura de sus labios sin que él se mueva ni un solo centímetro, después me levanto de sus rodillas, bajo la falda de mi vestido y regreso sobre mis pasos.

El camarero regresa dos veces más con más comida que va dejando sobre la mesa, hace rato que hemos dejado de ser el centro de todas las miradas y la gente continúa con su cena. Todo está buenísimo, aunque de pocas cantidades, la presentación de la comida en los platos es detallista y concentrada en una versión moderna de comida africana. En una de las veces que el camarero regresa con dos platos más, aprovecha para rellenar nuestras copas de vino blanco, nunca me ha ido mucho beber vino pero nada tiene que ver con el vino que Abibi o mis padres compran en casa, así, con la excusa relleno mi copa más veces de lo que estoy acostumbrada hacerlo. Noto las mejillas sonrosadas y un calor que recorre mi cuerpo después de varias copas de vino, aunque mantengo la compostura.

—¿Sabes francés? —Dejo los cubiertos sobre la mesa habiéndome comido el último bocado.

—Sí, me enseñaron en la escuela. —Kenan relaja su cuerpo echándose hacia atrás—. Luego seguí por mi cuenta. ¿Tú sabes?

—No, francés no. —También yo dejo caer mi cuerpo hacia atrás apoyando mi espalda en la silla—. En mi escuela nos enseñaban alemán.

—¿Sabes alemán? —Se hace con la botella de vino vaciándola en nuestras copas—. ¿A qué clase de escuela fuiste?

—A Rustenburg.

Aunque no debería, agarro mi copa para beber de ella.

—No sé qué es, aunque imagino que está en Ciudad del Cabo. —Él también bebe.

—Es un colegio para niñas bastante elitista. —Lamo el vino que ha quedado en mis labios—. Mi madre trabaja allí como maestra y por eso me admitieron. ¿Y tú?

—Me temo que solo fui a una escuela como otra cualquiera de Pretoria —intenta burlarse con cierta gracia.

—¿Y después? Imagino que quisiste ser piloto en el ejército por algún motivo. —Aparto un poco la silla de la mesa.

—Supongo que no hubo un motivo concreto. —Mueve los hombros—. Siempre me fascinó la idea de volar, de pequeño solía quedarme contemplando el cielo como un bobo y cuando crecí supe que era lo que quería hacer.

—¿Solo por eso? —insisto.

—Eres muy lista, Julie. —Sonríe unos segundos—. Vivía en un barrio de Pretoria bastante conflictivo. ¿Has ido alguna vez?

—No, nunca he ido tan al norte de Sudáfrica.

Siento que se aproxima a mí despacio, con cierto temor a confesarme demasiado, a pesar de parecer un tipo seguro de sí mismo, de sus decisiones.

—Pensé que era también una forma de ayudar a la gente —confiesa con cierta inseguridad—. Crees que es una tontería, ¿verdad?

—No —digo de inmediato—. Creo que dice mucho de ti.

—¿Y qué dice de mí? —Se echa hacia delante.

—Que eres un buen tipo. —Coloco mi cabello detrás de la oreja—. ¿Y sobre tu madre? Cuéntame algo.

—Es una madre normal —bromea—. Se llama Tatenda y vino de Zimbabue con quince años. Se fue a vivir con una tía suya que había venido a Sudáfrica años antes, se puso a trabajar en una cafetería unos años, en varias tiendas después...

—Tuvo que ser muy difícil para ella venirse sola y tan joven. —Cruzo los brazos apoyándome en la mesa.

—Sí, y así conoció a mi padre. —Desliza sus ojos por la terraza—. Ella era solo una cría, acababa de cumplir los diecisiete cuando él apareció y el resto ya lo sabes.

—¿Has intentado contactar con él? —No sé si hablo yo o la parte inconsciente que ha bebido demasiado vino blanco.

—Lo busqué poco antes de ingresar en el ejército y descubrí que estaba casado y tenía hijos, así que lo asimilé y no quise volver a saber de él jamás. —Su expresión se vuelve seria—. Mi madre es la única familia que tengo.

—Me gustaría conocerla algún día. —Mis dedos juegan con el cuchillo sobre la mesa.

—Le gustarás. —Sonríe de nuevo—. Aunque tengo que advertirte que está un poco loca.

—Me cae bien la gente algo loca. —Sonrío yo también.

—La última vez que conoció a... —Se muerde el labio—. A una de las chicas con las que he salido debe de ser... hace unos dos o tres años.

—¿Chicas? —Alzo las cejas asombrada—. ¿Se puede saber cuántas novias has tenido?

—¿De verdad quieres saberlo? —Cruza los brazos inclinándose hacia delante.

—Eso es que son muchas —murmuro—. Solo dime cuántas de ellas dejaron huella en ti.

—Tres —responde velozmente—. Hilary, Sequoia y... tú.

—¿Cómo puedo haber dejado huella en ti si apenas nos conocemos? —Clavo los ojos en mis dedos moviendo el reluciente cuchillo de plata.

—Aún estoy averiguándolo —murmura.

Intentamos subir las escaleras del hotel haciendo el menor ruido posible, aunque resulta complicado a causa de mis altos tacones y las copas de vino de la noche. Kenan se queda tras de mí sujetando mi cintura mientras bromea con la idea de que voy a caerme rodando con esos peligrosos zapatos y, aunque me siento un poco ofendida, la sensación de sus manos cogiéndome pesa mucho más que cualquier cosa. Todos duermen plácidamente, de hecho, apuesto a que llevan durmiendo más de tres horas, aunque algunas pocas luces siguen iluminando el recibidor, las escaleras y la segunda planta.

Es Kenan el encargado de sacar la llave de nuestra habitación de mi pequeño bolso de mano después de varios intentos fallidos por mi parte a causa de la escasez de luz. Tarda uno poco, pero acaba resultando bastante más efectivo en la búsqueda.

—Seguro que en un sitio como este se escucha todo —susurro controlando la risita.

Kenan abre la puerta a la primera dejándome paso a mí. Nada más andar un par de pasos mi tobillo falla, tambaleándome hasta chocar con la pared de la habitación. Evitando mi caída, Kenan, me sostiene, sin embargo, llega tarde, mi hombro ya ha recibido el golpe.

—Eres la chica más torpe que he conocido en mi vida. —Y aunque yo me río, en su cara solo encuentro una especie de expresión similar al enfado.

—Pero sigo viva —pongo la guinda.

—Y es un milagro —murmura.

Avanzo por la habitación unos pasos hasta detenerme no muy lejos de la enorme cama doble que preside el cuarto, necesito más que cualquier otra cosa deshacerme de los zapatos. Me quito primero el derecho, después el izquierdo. Aunque me encargué de cerrar la ventana antes de irnos dejé las cortinas abiertas con toda la intención de poder contemplar la noche cuando volviéramos.

Comienzo a ponerme nerviosa de un modo que nunca había experimentado hasta ahora durante el tiempo que he pasado con él, pero es un nerviosismo extraño. Él y yo y esta habitación iluminada por la luna. Dejo que mi mirada se fije en el exterior de la ventana intentando controlar lo que sea que recorre mi cuerpo en este momento.

Primero noto los dedos de Kenan entre los míos, moviéndose muy despacio, casi acariciándolos lentamente, entrelazándose. Después, sube despacio su mano por mi brazo sintiendo la suavidad de sus yemas como un susurro. Pasa el codo, recorriéndolo, sube por mi brazo hasta alcanzar el hombro y es entonces cuando cierro los ojos controlando las emociones. Su mano acaricia mi cuello con tanta delicadeza que mi cuerpo se estremece por completo, anhelándolo. Coge mi barbilla y la mueve hacia el otro lado hasta que mis ojos encuentran los suyos muy cerca de mí, puedo sentir como me desnudan sensualmente sin que nada salga de la boca de Kenan, que permanece a mi espalda.

Agarra el tirante de mi vestido con dos dedos consiguiendo que toda su atención y la mía terminen en ese punto exacto, es entonces cuando va bajándolo despacio mientras ambos seguimos su trayectoria. Me voy dando la vuelta muy despacio hasta quedar cara a cara, sin nada interponiéndose entre los dos. Solo él. Solo yo. Cojo el cuello de su chaqueta con ambas manos dejándola caer hacia atrás, para después ir desabrochando los botones de su camisa muy despacio, con cuidado, con sensualidad, mientras él no deja de mirarme a la espera. Un millón de emociones se encuentran en mí, pero no podría explicar ninguna de ellas. Todo lo que me hace sentir Kenan con una sola mirada explota al sentir sus manos en mí, todo él en mí.

Le quito la camisa muy despacio dejando al descubierto su torso desnudo, su pecho, fuerte, oscuro, sus abdominales sutilmente marcados. No puedo apartar la mirada de él por más que lo intento. Y llega el turno de Kenan que ataca primero al otro tirante de mi vestido, al bajarlo también mi vestido cae irremediabilmente al suelo. Me mira unos segundos sin hacer nada, hasta que sus gruesos labios besan mi frente, besan mi nariz, besan mi mejilla, besan mis labios...

CAPÍTULO XXIII

Contigo en un mundo salvaje.

Desayuno sin poder borrar esta estúpida sonrisa de mi cara, aunque no soy la única, también Kenan parece un chico distinto esta mañana. Abrir los ojos y encontrarme a su lado ha sido la mejor forma de despertar en este repentino viaje. Unto la tostada con mermelada desviando, de vez en cuando, mis ojos hacia el hombre que anoche aceleró mi corazón y mis sentidos. El mismo que besó, acarició y jugó con mi cuerpo.

—Buenos días, pareja. —Ellen interrumpe el silencio de la mesa.

—Buenos días —responde Kenan por los dos—. ¿Ya habéis desayunado?

—¡Oh sí! —Ellen echa la vista hacia atrás, yo también y veo a lo lejos, cerca de la mesa de la comida, a su marido hablando con una de las cocineras—. Vamos al pueblo, ¿queréis uniros?

—Lo cierto es que nosotros nos vamos cuando acabemos de desayunar. —Kenan deja su tostada sobre el plato.

—Pues sí que ha sido corta vuestra estancia. —Ellen parece sorprendida.

Clavo mi mirada en Kenan esperando que cuente más, a mí se negó decirme algo esta mañana en la cama, aunque lo intercambié por unas dulces caricias que consiguieron el objetivo final, que dejara de preguntar.

—Nos vamos a otro lugar —se limita a decir.

—Pues espero que tengáis buen viaje. —Vuelve a mirar por encima de su hombro comprobando que Calvin continúa donde lo ha dejado—. Un placer conoceros.

—Igualmente, Ellen —respondo.

Ellen se da la vuelta alejándose de nuestra mesa, sobre ella café, zumo de naranja, un racimo de uvas y las tostadas. Kenan se ha levantado con hambre y casi arrasa con mitad de la comida.

—Muy majos —murmura antes de llevarse la tostada a la boca.

—¿Dónde vamos? —Reinicio el interrogatorio consiguiendo únicamente una sonrisa traviesa en él—. ¡Venga, Kenan, algo tendrás que decirme!

Mastica despacio ignorando mi curiosidad, de hecho, parece producirle cierta gracia mi comportamiento. Lo contemplo unos minutos más poniendo morritos sin que nada diga, paso al plan B, seguir comiendo y esperar que sea él el que hable.

—No te enfades. —Deja la tostada sobre el plato y alcanza el zumo de naranja—. Voy a decirte que es un viaje muy largo, pero que pasaremos tres días allí.

—¿Cómo de largo? —Arrugo la frente.

—Al menos unas siete horas de viaje. —Aparta sus ojos azules de mí.

—¿Qué? —Alzo la voz más de lo que debiera—. ¿Pero a dónde piensas llevarme? ¿A China?

Provoco la risa tonta en Kenan. Miro a mi alrededor y las cocineras nos miran curiosas. Sigo esperando un poco más de información por su parte.

—Sí, es un viaje largo, pero valdrá la pena —se justifica.

Cuando terminamos de desayunar volvemos a subir a la habitación a por nuestras maletas, que siguen estando en el mismo sitio donde las dejamos al llegar. Insisto en hacerme cargo de la mía convenciendo a Kenan de que no voy a matarme por las escaleras y así lo cumplo. Kenan se encarga de meter el equipaje en el maletero del coche antes de ir a recepción para saldar la cuenta. Yo espero junto al vehículo después de la advertencia de Kenan, no te muevas, yo me encargo de esto y, aunque no estoy a favor, su expresión seria ha conseguido convencerme a la primera.

Al salir sigo apoyada en el coche a su espera, lo veo acercarse a mí haciéndome recordar la magnífica noche de ayer. Mira el reloj de su muñeca mientras baja los escalones del porche delantero. Es un chico realmente guapo, atractivo, desprende algo extraño que te hace mirarlo sin poder resistirse. Me muerdo el labio inferior.

—¿Ya está?

—Sí. —Sigue hacia delante hasta que me encuentra frente a él, alza los brazos acorralándome entre el coche y su cuerpo—. ¿Preparada para continuar?

—¿Hacia dónde? —Intento de nuevo.

—Eres muy pesada —dice entre risitas.

Agacho la cabeza pasando bajo su brazo, escapando de la prisión en la que me ha encerrado. Agarro la manivela de la puerta del coche.

—Y tú muy misterioso —contraataco—. Vamos.

Abro la puerta, pero algo impide que pueda abrirla más y entrar dentro, miro hacia un lado y la mano de Kenan ejerce fuerza.

—Anoche fue una gran noche —susurra muy próximo a mi cara—. ¿Verdad?

—Eso no va a conseguir que no siga preguntando —murmuro yo también.

A Kenan se le escapa una carcajada antes de apartar su mano de la puerta permitiendo que la abra del todo y pueda entrar, aunque sigue ahí de pie. Espero sentada a que aparte su cuerpo para poder cerrar, pero en vez de eso, Kenan se inclina hacia delante volviendo a pegar su rostro al mío.

—Addo —pronuncia despacio, casi letra por letra—. Vamos a Addo, ¿contenta?

—¿Qué hay en Addo? —Mi curiosidad no parece estarlo.

Kenan sonrío moviendo la cabeza sutilmente hacia los lados.

—Confórmate, princesa. —Mueve las cejas misterioso, después cierra la puerta de un portazo.

Da la vuelta al coche por la parte delantera mientras yo lo sigo con la mirada. Es la primera vez que me llama princesa, pero me gusta como suena en sus labios.

Las primeras horas solamente hablamos un poco, pero pronto la música de la radio hace ese mismo papel. El paisaje varía a medida que avanzamos hacia Addo, de un verde brillante e intenso a un paraje semidesértico, aunque sigue habiendo algo de vegetación. Las montañas son interminables, como si hubieran empezado en la misma Ciudad del Cabo y continuaran ininterrumpidamente hasta el final. Vamos pasando pueblos a lo lejos, pero en general el vacío que vamos encontrando produce cierta idea de soledad.

Kenan parece a gusto conduciendo, como si estuviera acostumbrado a viajes largos. Al cabo de un rato baja la ventanilla y apoya su brazo en ella mientras la otra mano sigue en el volante. Echo un vistazo a mi teléfono móvil y un par de mensajes de Nat y Bisa saltan de repente cuando parece haber cobertura. Nat pregunta cómo va el viaje, Bisa es un poco más explícita, muy en su línea, y pregunta por mi primera noche con Kenan. Contesto sin reparo a mi prima tranquilizándola, pero en cuanto a Bisa me limito a escribirle «Ya te contaré a la vuelta» aunque por supuesto no pienso explicar en detalles, pero los pedirá.

—¿Tu familia? —pregunta aun creyéndolo ausente.

—Mi prima Nat —respondo bloqueando el teléfono.

—La chica del hospital, ¿verdad? —Echa un vistazo rápido hacia mi asiento.

—Sí, nos hemos criado casi como hermanas. —Subo una pierna al asiento, puedo sentir la mirada alerta de Kenan al hacerlo, pero la ignoro—. ¿Y tú? No tienes hermanos, pero primos o algo. ¿Qué es de tus amigos?

—Solo tengo a mi madre —repite como ya me dijo anoche—. Y mis amigos son todos del ejército.

—¿Y Yuma? ¿Cómo lo conociste? —Apoyo el codo en la puerta y mi cabeza en mi mano.

—En el ejército. —Sonríe—. Hace unos... cuatro años.

—Creía que os conoceríais de antes. —Aparto mi pelo echándolo todo hacia el otro lado.

—No, nos conocimos en una misión. —Pero, como de costumbre, no explica de qué misión se trató—. Es un buen tipo, a veces algo teatrero, pero haría cualquier cosa por ayudar.

—¿Y el dueño de este coche también es amigo tuyo? —Deslizo mi mirada por la guantera.

—Claro. —Vuelve a mirarme fugazmente—. Se llama Jaap Liffman, es de la Marina.

—Creía que los de la fuerza del aire iba con los del aire, los de tierra con los de tierra y los marines con... —No creo necesario terminar la frase.

—No —responde con cierta burla—. Siempre acabamos relacionándonos de una forma u otra, al menos así pasa en Sudáfrica.

—Pues me gustaría conocer a tus amigos. —Vuelvo mi vista al paisaje a través de la ventanilla.

—Ya los conocerás cuando volvamos. —Escucho.

—Bien, así le daré las gracias a Jaap Liffman por el coche. —Giro mi rostro hacia él.

—Vale, pero háblale al oído izquierdo —explica entre risitas.

—¿Por qué? —Arrugo la frente.

—Porque se quedó sordo del derecho en unas maniobras. —Sigue riendo.

—Pobrecillo.

—Siempre le pasa todo a él, es un milagro que siga vivo. —Controla la risa—. Es un poco como tú.

—Yo sigo de una pieza —digo orgullosa por ello.

—Eso es cierto —me da la razón.

—No sueles hablarme de ellos ni del ejército. —Aprovecho ahora que parece relajado con la conversación.

—No suelo mezclar ambas vidas. —Sigo con los ojos puestos en la carretera.

—¿Ambas vidas, Kenan? —Sueno sorprendida—. Solo tienes una vida, no puedes separar sin más.

—Siento que si lo hago mantengo a salvo a la gente más cercana —se sincera conmigo—. No es algo que haga conscientemente.

—Pero alguna vez necesitarás hablar de tu trabajo con alguien en que confíes, ¿no? —Subo la otra pierna.

Kenan no responde, durante unos segundos mantiene su vista al frente, reflexivo, después clava sus ojos en mí con esa expresión pensante. Entiendo que quiera mantener a salvo a la gente que quiere, pero esa actitud solo lo hace inalcanzable en cierto sentido, hasta que subes un poco y la altura ya no parece tanta.

—Tienes razón —murmura—. Quizá deba.

—A mí puedes contarme lo que sea. —Quiero que confíe en mí.

Sonríe antes de volver a la carretera. Yo vuelvo al paisaje de fuera, no sé qué habrá en Addo, lo que me espera allí, aunque en el fondo nunca me ha importado demasiado.

Bajamos del coche en Oudtshoorn a la hora de la comida, paramos en una calle desértica, solo un par de casas con distancias abismales entre ellas y un restaurante ocupa el espacio. El restaurante hace esquina, ha sido el primero que hemos encontrado al entrar en la ciudad de Oudtshoorn. En la calle, en un poste enunciativo puede leerse el nombre «Jemima's Restaurante» y un muro de no más de metro de altura de un rojo llamativo da paso a la terraza y el local. Dos pequeñas palmeras en la entrada y unas cuantas mesas en su terraza. De un sitio a otro, un hombre con camisa blanca se mueve entre las mesas ocupadas hasta que nos ve venir y cambia de rumbo.

—*Wamkelekile* —dice en un perfecto xhosa.

—*Enkosi* —responde Kenan—. *Uyakwazi ukuthetha isiNgesi?*

—*Ewe* —dibuja una enorme sonrisa en su cara—. Ustedes bienvenidos. —Cambia de

inmediato al inglés—. ¿Solo dos?

Kenan asiente y el hombre de boca grande nos dirige hacia el interior del restaurante. Nada tiene que ver su fachada con su interior, mucho más cuidado, mucho más limpio y organizado. El hombre nos sienta en una de las mesas próximas a la pared y el ventanal, hace un buen día, aunque el sol no pega con tanta fuerza como ayer.

—¿Ustedes querer el menú de día? —Es evidente el enorme esfuerzo que hace para hablar en inglés, tal y como Kenan le ha pedido.

—Sí —dice Kenan sin vacilar—. ¿Sí? —Me pregunta.

—*Ewe* —respondo en xhosa.

—Ok —responde con entusiasmo antes de marcharse.

—No sabía que supieras hablar xhosa. —Mueve los cubiertos de sitio.

—Soy sudafricana —digo altiva—. Claro que sé hablar xhosa.

—Eres una caja de sorpresas, Julie —dice burlón—. Sabes alemán, afrikáans y xhosa, ¿qué más cosas tienes que contarme?

—Soy adicta al chocolate —respondo entre risas.

—Mira, pues eso no me lo esperaba. —Suena irónico.

El camarero reaparece con una botella de vino que abre allí mismo con una práctica asombrosa. Llena primero mi copa, después la de Kenan. El hombre se marcha y yo aprovecho para hacerme con la botella y leer su etiqueta *Backsberg Pinotage 2015 South Africa*, vuelvo a dejarla en la mesa. Primero traen una ensalada que acabamos pidiendo que la cambien debido a las pipas que hay en ella y que podrían provocar en Kenan una reacción alérgica; después traen dos pequeñas cazuelas con carne, patatas y verdura. Todo muy casero. De postre me pido una gigantesca copa de helado de vainilla coronada por una bola de chocolate, Kenan prefiere no pedirse nada.

—¿De verdad no quieres? —Me hago con la cucharita de postre preparada para atacar mi helado.

—No puedo más. —Cubre la boca con su mano sin dejar de contemplar mi copa.

—Más para mí —digo relamiéndome.

Comienzo con la bola de chocolate antes de que se derrita más y se pierda entre la vainilla.

—Creía que tu sabor favorito era la fresa —murmura.

—Y el chocolate. —Cojo la primera cucharada—. ¿Queda mucho para llegar a Addo?

—Unas cuatro horas a lo sumo. —Inspira profundamente.

—Eres consciente de que luego serán muchas más horas para volver, ¿verdad? —Sigo comiendo mi helado saboreando cada bocado.

—Addo es lo más lejos que vamos a ir. —Cruza los brazos por encima de la mesa.

—Creía que allí solo estaríamos tres días. —Arrugo la frente.

—Sí, pero luego iremos a Port Elizabeth —dice sin caer la cuenta de haberme confesado el siguiente destino.

—En Port Elizabeth estuve siendo una cría. —Lleno la cuchara hasta arriba de helado—. En un viaje con mis padres, aunque no me acuerdo mucho.

—Yo también he estado. —Coge el vaso con agua para beber.

—¿A sí? ¿Cuándo? —Dejo de comer unos minutos.

—Hace unos dos años. —Vuelve a dejar el vaso en la mesa—. A este paso no saldremos de aquí en varias horas. Come.

—Ya como. —Frunzo el ceño.

—*Uxolo!* —Kenan alza el brazo llamando la atención de uno de los camareros, el mismo que nos ha atendido y que termina acercándose a nuestra mesa—. ¿Puede traer la cuenta?

—Ahora mismo —responde sonriente.

—Pago yo. —Sueno tajante, no estoy dispuesta a recibir un no.

—Está bien —responde segundos después—. Sé que no voy a poder convencerte de lo contrario, así que vale.

Levanto la cabeza orgullosa de mi primera victoria contra Kenan, bastante ha hecho en organizarlo y pagar todos los alojamientos como para que yo no colabore de ninguna forma. Y tal y como hemos acordado, soy yo la que deja el dinero sobre la mesa sin que Kenan ponga resistencia, aunque es evidente por la seriedad de su rostro que no está conforme, pero no le queda de otra que callar.

Salimos del restaurante una hora y media después de haber entrado y siento que podría salir rodando después de acabarme el helado, pero no se lo digo a Kenan que acabaría diciendo un «te lo dije». Subimos al coche, Kenan enciende de nuevo el GPS y nuestro viaje a Addo continúa donde lo hemos dejado, en una calle vacía que se extiende kilómetros en línea recta con apenas un par de casas descuidadas a ambos lados y más vacío que antes. Apoyo la cabeza en el reposacabezas del asiento, esta vez con la ventanilla cerrada, la música en un volumen menor y Kenan completamente callado hasta que mis párpados pesan. Pesan demasiado como para mantenerlos abiertos mucho tiempo más.

Cuando vuelvo a abrir los ojos solo veo campo abierto que se extiende kilómetros hacia donde quiera que mire, froto mis ojos despacio intentando no correr el rímel de mis pestañas. Giro mi rostro muy despacio hacia el conductor y, a pesar de que todo esto me resulta extraño y aterrador, Kenan parece estar tan tranquilo como antes, incluso más.

—Es que vas a abandonarme en medio de la nada. —Intento sonar graciosa.

—No voy a abandonarte en ninguna parte —responde entre risitas.

—¿Kenan dónde estamos? —Me recoloco en el asiento después de varias horas en la misma

posición.

—En Addo. —No aparta su mirada de la carretera, que se ha convertido en un simple camino de tierra polvorienta.

De nuevo, vuelvo a mirar hacia ambos lados y sigo sin entender nada. Miro hacia el cielo y un par de nubes lo cubre en su mayor parte, el día se ha nublado mientras dormía.

—Kenan aquí no hay nada —insisto.

—No puede quedar mucho, espera. —Me mira rápidamente.

—Pero si está desértico, —Comienzo a preocuparme, consiguiendo únicamente la risa burlona de Kenan.

—Ahí. —Señala con su cabeza hacia delante.

Afino mi visión más allá de la luna delantera, pero solo acabo visualizando un punto lejano que intuyo que es a lo que Kenan se refiere. A medida que nos acercamos más y más logro ver una casa alargada primero y un par de casas que más bien parecen cabañas un poco más lejos.

—¿Es eso? —Compruebo que estamos en medio de la nada.

—Julie, bienvenida al Parque Nacional de los Elefantes de Addo. —Una sonrisita traviesa se dibuja en su rostro.

—¿Elefantes? ¿De verdad? —Me siento emocionada.

—Eso he dicho. —Me echa un vistazo.

—¿Y nos alojaremos ahí? —Señalo la casa cada vez más próxima.

—En el campamento de elefantes de Gorah —explica—. Un lujoso complejo de cabañas en pleno parque.

—Kenan —murmuro sin que ninguna otra palabra salga de mi boca.

Tardo unos minutos en reaccionar, pero cuando al fin mi mente asimila la sorpresa me lanzo sobre él plantando un beso en su mejilla con más efusividad y entusiasmo que nunca. Solo Kenan sabe sorprenderme de maneras insospechadas. Él sonríe sabiendo que su decisión ha sido la más acertada.

Miro a mi alrededor esperando ver algún animal salvaje, pero nada se muestra ante nosotros, solamente un infinito campo verde y marrón, una pequeña charca a varios metros de la casa alargada donde ahora ya puedo ver con un poco más de detalle. Veo palmeras, árboles y un porche inmenso delimitado por columnas, puedo ver una de las cabañas detrás,alzada del suelo, sobre una superficie de madera. Veo a una persona con un sombrero blanco en el porche, junto a una de las columnas amarillentas y, por un segundo, me parece viajar a la Sudáfrica del siglo xx.

—¿Ha valido la pena? —pregunta conociendo bien la respuesta.

CAPÍTULO XXIV

Gorah. Entre elefantes.

Nos aconsejaron esperar a mañana dado el repentino cambio de tiempo y lo rápido que oscurece en un lugar como este, donde no disponen de electricidad, y menos mal que decidimos hacerles casos. Veo la lluvia caer sentada desde el cómodo sillón del porche delantero de la casa principal del campamento Gorah, sobre la pequeña mesa de madera unas velas encendidas que dan calidez al lugar y, en el suelo, otro farolillo encendido que ayuda a iluminar un poco más este sitio.

Escucho el sonido de los pájaros, seguramente a salvo entre los árboles, pero aparte de eso nada, solo silencio. La noche lo cubre todo, la inmensa explanada, las montañas a lo lejos, el mundo salvaje. Junto a mi sillón ese cariñoso perro que ha salido a recibirnos nada más bajar del coche, permanece tumbado mientras duerme plácidamente. Se llama Sipho que viene a significar regalo en xhosa y se lo pusieron después de encontrarlo vagando por el Parque hace cosa de cuatro años. Un indefenso cachorro que sobrevivía entre leones y elefantes, Roman, el encargado de este lugar, lo acogió porque un animal fuerte siempre merece una oportunidad, o eso nos ha contado esta tarde mientras tomábamos el té de la tarde junto a otros clientes.

—Ya es mala suerte que nos llueva, según me ha dicho Roman aquí no suele llover mucho a lo largo del año. —Kenan se encuentra en el otro sillón del porche con los pies sobre un pequeño taburete tapizado a juego con la decoración del lugar.

—A mí me parece hermoso. —Contemplo la lluvia caer desde la seguridad del porche cubierto—. ¿Cómo encontraste este sitio?

—Sabía que había cabañas para safaris y en Parque, solo tuve que investigar la zona. ¿Te gusta? —Echa la cabeza hacia atrás.

—Me encanta —murmuro.

Me deshago de las zapatillas blancas rápidamente, subo ambos pies al sillón arrimando las rodillas a mi cuerpo en busca de calor, aunque la sudadera de Kenan cumple bien esa función. Insensata, decidí no meter ropa de abrigo en mi maleta y la sorpresa me la he llevado mientras anochece en este lugar y las primeras gotas comenzaban a caer. Una helada brisa ha conseguido bajar la temperatura y es entonces cuando me he puesto a tiritar. Kenan, previsor, ha sacado una de sus sudaderas para dejármela y ahora me acurruco con ella agradecidamente. El olor a Kenan sigue impregnado en ella y por eso arrimo la nariz disimulada varias veces.

—Mañana nos llevarán a hacer el safari por el Parque. —Kenan parece relajado, a gusto—. Dice que, a pesar de las posibles lluvias de estos meses, es una de las mejores épocas del año para ver animales.

Sipho se levanta de golpe, con las orejas hacia arriba, atento, aunque permanece junto a mi sillón su vista se fija en el campo abierto, en la oscuridad de la noche. Kenan tarda un poco más que yo en percatarse del repentino cambio de Sipho, pero los dos acabamos observándolo con

cierta curiosidad y temor, no podemos olvidar que estamos en medio de un hábitat natural con animales salvajes que viajan libremente.

—Seguramente ha escuchado algo allí fuera. —Roman aparece por detrás, coloca su mano sobre la cabeza del lustroso boerboel sin apartar, tampoco él, su vista de la nada que tenemos delante—. Originalmente se encargaban de la protección de las granjas. Tranquilo Sipho.

El perro obedece a su amo de inmediato sentando su trasero en el suelo y levantando la cabeza en alto buscando las caricias de Roman, quien lo entiende a la perfección.

—Parece un buen perro. —Kenan echa la cabeza hacia delante después de un buen rato mirando el techo.

—Sipho es muy cariñoso. —Se le escapa una pequeña sonrisa—. Estos perros pueden ser muy agresivos con los desconocidos, pero Sipho se adaptó bien al lugar.

—¿Vives aquí todo el año? —pregunto curiosa.

Roman rodea a su perro hasta alcanzar una de las dos sillas de madera que se encuentran frente a mí y que dan la espalda al paisaje, la coge por el respaldo y la mueve hacia el otro lado con la intención, intuyo, de colocarse junto a mi sillón y poder tener el Parque entero frente a él.

—Antes vivía en Addo casi todo el año, solo subía al Parque cuando era temporada alta y se llenaba de turistas, pero luego me di cuenta de que pasaba más tiempo aquí que allí y que amaba este lugar. —Espera, con la mano a media altura, que Sipho acuda a él cuando al fin se ha sentado en la silla, su fiel perro así lo hace—. Es un buen lugar para vivir.

—¿Y su familia? —Me tomo la libertad de continuar dado su actitud cercana desde el primer momento en que lo hemos conocido.

—No estoy casado, Julie, si es eso lo que preguntas. —Vuelve a acariciar a Sipho—. Y tampoco tengo hijos, mis hermanos están todos casados y con familia y viven en Addo y Port Elizabeth. Voy a verlos siempre que puedo y ellos vienen aquí cuando pueden.

—Así que vives entre elefantes —murmuro sonriendo.

—Así es, vivo entre elefantes. —Sonríe él también.

El señor Roman es un hombre fuerte, grande, aunque no corpulento, de mirada serena y rostro serio. Va vestido como los viejos exploradores del siglo pasado que se dejaban caer por África en busca de tierras y minerales, aunque el color de su piel es negro. Es el mismo hombre que esperaba en el porche esta tarde con un sombrero blanco y que pude ver de inmediato desde el coche a medida que nos aproximábamos a la casa principal. Parece un hombre muy reservado, poco cariñoso, aunque de una fuerza asombrosa, imagino que si vives en un lugar como este debes tenerla. Eso y acostumbrarse a la soledad.

Lo miro de reojo sin que se percate de ello y puedo ver una enorme cicatriz en su antebrazo, una cicatriz que debió ser una complicada herida en algún momento y que ha quedado grabada en él a modo de recordatorio. Me gusta la naturaleza salvaje de Sudáfrica y amo los animales, pero no creo que fuera capaz de tomar una decisión como esa. Dejarlo todo, dejar a todos y venir a vivir a un sitio como este para siempre. El silencio, el temor que no puedes obviar por muy

preparado que estés, la soledad de una vida así.

Nuestro silencio se ve truncado de repente por una suave música africana que comienza a sonar de fondo. Una música relajante, muy espiritual, con muchos matices étnicos y que consigue, entre otras cosas, que el lugar sea si cabe un poco más increíble que hace un rato. Al sonido de las gotas cayendo a la tierra, al barro, se suma la música, los instrumentos, las voces. Y todos callamos de repente, disfrutando del momento, disfrutando del lugar.

Cuando abro los ojos una sensación de libertad me invade por completo, el sol de la mañana entra por las ventanas que rodean nuestra cabaña, la fina mosquitera que cubre nuestra cama está echada, pero puedo ver a través de ella. Veo los sifones, la mesa, el escritorio, veo a Kenan sentado en uno de ellos mientras la mosquitera se mueve muy sutilmente a causa de la brisa de la mañana. Estiro mis brazos a cada lado ocupando toda la cama, puedo sentir las suaves sábanas blancas cubriendo mi cuerpo desnudo, puedo percibir el aroma de Kenan que ha quedado impregnado en la almohada mientras dormía. Puedo oler también el frescor de Sudáfrica. Por un segundo retrocedo en el tiempo y el espacio con la absoluta convicción de encontrar una tribu cuando salga de esta tienda lujosa, aunque sé que no será así. El rostro de Kenan se gira hacia donde estoy, atisbando una sonrisa en él.

—Buenos días, preciosa. —Escucho su voz bailando por todas partes—. Va siendo hora de que te levantes, desayunaremos primero, pero nos espera una apasionante excursión.

Lo escucho, pero no respondo, me limito a quedar sobre la cama boca arriba contemplando el techo de nuestra alucinante cabaña de lujo. Podría quedarme aquí tirada todo el día sin que el mundo de allí fuera, ni siquiera mi atractivo chico de ojos azules, pudieran convencerme de lo contrario. Kenan corre la mosquitera por uno de los laterales metiendo la cabeza dentro de este pequeño mundo donde me encuentro. Está vestido, de hecho, parece más que listo.

—Buenos días —susurro.

—¿Estás esperando a que sea yo quien te saque de esta cama? —Se sienta en el borde sin borrar su sonrisa del rostro—. Porque como me acerque un poco más no voy a poder evitar meterme en ella contigo.

—Pues hazlo —murmuro cubriendo parte de mi rostro con uno de los cojines blancos y blanditos.

Mi chico mulato se inclina hacia delante sin vacilar, apartando el cojín que nos separa, sus besos comienzan en mis labios, pero acaban bajando por mi cuello en búsqueda de mi cuerpo desnudo. Cuando quiero darme cuenta, Kenan, se encuentra sobre mí acariciándome, besándome, provocando un estallido de sensaciones en mi interior.

—Pídeme que pare —suplica— o no podré hacerlo.

Sujeto su rostro con mis manos intentando cumplir su deseo y, solo entonces, deja de besarme. Ambos sabemos que el siguiente paso habría sido quitarle la ropa y dejarnos llevar de nuevo, como anoche bajo las luces de las velas, como la noche anterior.

—Vayamos a desayunar. —Complazco su petición.

El sol brilla con fuerza en lo alto del cielo, no queda ni rastro de las nubes que anoche se desprendieron del agua y emborronaron la tierra, por eso me he puesto un vaquero corto y unas zapatillas de deporte, aunque aconsejaban unas botas que por supuesto no he traído, pero Kenan tampoco.

Desayunamos al aire libre, bajo un árbol de tronco grueso que nos cobija del incesante sol de la mañana. Un par de camareras sirven la comida en las mesas de madera donde todos los clientes dormilones desayunamos. Hay fruta, hay carne, té, café y un sinfín de alimentos que parecen tener un color y un sabor distinto en un lugar como este. Las vistas son increíbles, eso nadie puede negarlo, vemos la charca a varios metros de nosotros y en ella un par de búfalos bebiendo.

—Que tranquilidad se respira. —Inspira profundamente.

—Es verdad. —Bebo un sorbo de mi café.

—Buenos días. —Roman aparece entre las mesas con un ánimo distinto al de ayer, más enérgico, más entusiasta—. Espero que estéis listos para el safari de hoy.

—Lo estamos —responde Kenan.

—Perfecto. —Dibuja una pequeña sonrisa en su rostro—. Saldremos en una hora. —Su mirada se desvía hacia la charca y los animales—. Nos acompañaran también tres clientes más en la excursión, espero que no les importe.

—En absoluto —asiente Kenan.

—Bien, pues os dejo desayunar tranquilos. —Coloca su mano derecha sobre el sombrero blanco, el mismo de ayer, y lo levanta a modo de despedida—. Os espero junto al porche delantero de la casa principal en una hora.

Roman se da la vuelta para volver a perderse entre las mesas de los demás clientes. Es un hombre bastante misterioso, estoy segura de que sus historias se cuentan por miles. Observando su marcha topo con las cabañas de Gorah, las habitaciones construidas sobre un soporte de madera que las separa del suelo, tiendas independientes con techados hechos con hojas de lo que creo que son palmeras. De cada una de ellas un paseo de tablones de madera se va uniendo hasta formar un único camino hacia la casa principal.

Un *jeep* verde militar al descubierto se detiene frente al pequeño grupo de cinco personas que esperamos frente al porche delantero de la casa principal, tal y como Roman nos ha pedido durante el desayuno. Junto a nosotros tres personas más se han unido, una chica de pelo alborotado de color casi rojizo y dos hombres más que la acompañan, uno con unas gafas bastantes grandes y un chaleco verde y otro con un sombrero y una vestimenta a lo aventurero. Nada más venir se han presentado, ella es Rachael, el de gafas Jean y el otro Vernice. El que parece un aventurero, Vernice, lleva consigo una enorme cámara de fotos que debe haberle costado una fortuna.

—¡Me gusta la gente puntual! —grita Roman desde el vehículo.

En el lateral puede leerse GORAH en letras mayúsculas de color blanco. Conduciendo, un joven chico de color que viste con el uniforme del campamento.

—Hola —saluda el de gafas.

—Hola —responde amablemente Roman—. Espero que ya se hayan presentado. —Nos ve a todos asentir—. Perfecto, Julie y Kenan vienen de Ciudad del Cabo y ellos tres de Estados Unidos, trabajan para el *National Geographic* y han venido a tomar unas fotos de los animales del Parque Nacional de los Elefantes de Addo, así como del campamento.

Tanto Kenan como yo giramos nuestros rostros hacia ellos asombrados, jamás hubiera imaginado que se trataban de reporteros y fotógrafos del *National Geographic*, pensaba que esa gente era de otra manera, más... bueno, menos... en fin, diferentes.

—Increíble —murmura Kenan sabiendo que solamente yo puedo escucharlo.

—Bien, subid al vehículo. —Roman baja de él—. Os contaré normas de seguridad primero y lo que vais a ver exactamente.

—¿Cree que tendremos suerte hoy? —pregunta el de la cámara.

—Eso espero —responde Roman sin querer arriesgarse demasiado—. Por cierto, él es Menelik trabaja en el campamento y será nuestro conductor. —Echa un vistazo al chico pequeño y callado que sigue sentado delante con las manos agarrando el volante—. Saluda Menelik.

—*Molweni*. —Obedece a Roman.

—*Molo* —respondo.

Los primeros en subir y en coger asiento en la parte trasera del *jeep* son los tres reporteros, pero no importa demasiado el asiento que ocupes ya que al tratarse de un vehículo al descubierto puedes contemplarlo todo sin problemas. Tras el conductor y copiloto, tres filas con dos asientos en alto se repiten hacia atrás. Kenan y yo nos sentamos en la parte trasera en busca de intimidad. Me pregunto qué pensará mi familia de esta excursión salvaje, las veces que han hablado de algo así solo era para quejarse de los imprudentes turistas que lo hacen y acaban devorados por leones, aunque ninguno de esos turistas contaba con Kenan como acompañante. Cojo su mano.

—¿Tienes miedo? —Susurra mientras los americanos suben al vehículo.

—Solo de que un león me devore —bromeo, aunque en el fondo sé que no es tan gracioso como suena.

—Ningún león va a devorarte. —Es evidente que se burla de mi temor. Sonríe.

—Ya, ahora vas a decirme que se las tendría que ver contigo. —Utilizo mi tono más sarcástico.

Kenan acerca sus labios a mi oído a modo de confesión, aunque dudo que ninguno de los que nos acompaña pudiera oírlo aun diciéndolo en voz alta, están demasiado ocupados recolocándose en sus asientos.

—Más bien se las vería con mi navaja —murmura.

—¿Llevas una navaja? —No quepo en mi asombro.

—Shhh. —Pone su dedo en los labios—. Soy militar, claro que llevo una navaja — confirma con un tono de voz más normal.

—No sé si sentirme más segura o no. —Arrugo la frente confusa.

—No voy a utilizarla contigo, Julie —dice a modo de obviedad.

—Aun así —susurro.

—¡De acuerdo! —Roman se pone en pie sobre el *jeep*—. Permaneced en el *jeep* a no ser que os diga que podéis bajar, en tal caso sois libres para explorar la zona donde nos encontremos. No repito las cosas dos veces, ¿entendido?

—Seguro que ha sido soldado —murmura Kenan creyendo que nadie más lo escucha.

—¿Pero es peligroso? —pregunta el hombre con gafas.

—No os preocupéis. —Su confianza y seguridad reconforta—. Si cumplís mis órdenes todo irá de maravilla y podréis sacar todas las fotografías que queráis.

—Claro. —Se recoloca las gafas.

—Bien, arranca Menelik. —Ocupa su asiento al mismo tiempo que el conductor pone en marcha el *jeep*—. El Parque se estableció en 1931 como un intento de preservar el reducido número de elefantes que quedaban en la zona y, sin duda, fue todo un éxito pues de los once elefantes que vivían aquí se les sumaron más de cuatrocientos cincuenta elefantes con los que contamos hoy en día, aparte, claro está, de la gran cantidad de animales de otras especies que con suerte podréis ver a lo largo del recorrido.

Desvío mi mirada por el entorno que nos rodea y solo veo una explanada infinita mire a donde mire, y de vez en cuando algún pequeño grupo de árboles y la charca donde los búfalos bebían esta mañana.

—Cuando el Parque se creó, solamente cubría una superficie total de doce mil hectáreas que ha ido en aumento a partir del año 2000, gracias a ayudas del Gobierno y donaciones que llegaron de todo el mundo con el fin de mantener en pie este santuario de elefantes. —Roman echa la vista hacia atrás—. En este Parque contamos con los llamados cinco grandes. —Levanta la mano enumerando—. El elefante, por supuesto, el león, el rinoceronte negro, búfalos y los temibles, pero hermosos, leopardos.

—¿Alguna vez se ha producido una tragedia? —pregunta la mujer del *National Geographic*.

—Algún susto sí. —Suelta una carcajada—. Pero no hay que olvidar que esta es su tierra y nosotros estamos en ella.

Mientras todos prestan atención al guía del safari, un pequeño grupo de animales capta la mía por completo, están bastante lejos de nuestra trayectoria, pero sin duda son vistosos.

—¿Qué es eso de ahí? —Señalo hacia el grupo.

Todos siguen la trayectoria de mi mano hasta que sus miradas se topan con lo mismo que veo yo, aunque no identifico dada la distancia.

—*Menelik sisondele* —le pide Roman a su conductor que obedece sin rechistar.

Todos seguimos observando en total silencio, ciertamente no puedo negar el temor que recorre

mi cuerpo en este preciso momento, me aterra que sea un grupo de leones o leopardos a campo abierto, pero al igual que el resto, mantengo la compostura.

A medida que nos acercamos descarto la posibilidad de que así sea, en su lugar y, cuanto más cerca estamos voy reconociendo su característico pelaje, cebras. Menelik reduce considerablemente la velocidad evitando espantarlas hasta que detiene el vehículo del todo, el fotógrafo de la expedición coloca su cámara rápidamente, inmortalizando este momento.

Un grupo de cinco cebras comen sin, al parecer, importarles lo más mínimo nuestra presencia en su territorio. Son muy hermosas, de hecho, no puedo apartar mi vista de ellas a pesar de no estar haciendo nada en especial. Roman baja del vehículo sin vacilar y, es entonces cuando camina hacia ellas a paso lento, silencioso. Solo una de ellas alza la cabeza, pero segundos después vuelve a agacharla para seguir comiendo. Roman alza su brazo pidiendo que nos acerquemos sin miedo, miro a Kenan indecisa, pero en su rostro solo capto impaciencia. Baja del coche ofreciéndome la mano para poder bajar tras él. Los reporteros del *National* bajan también y los cinco avanzamos hacia Roman en silencio, solo Menelik permanece en el *jeep*.

Jamás había estado tan cerca de una cebra, si sigo caminando unos pasos más podré acariciar su lomo. Kenan coge mi mano de nuevo mientras con la otra saca un par de fotografías con su teléfono móvil. Sus rayas se extienden desde el lomo hasta las patas con una perfección y simetría increíble. Al color negro de las franjas más gruesas se le suman las líneas estrechas de un color casi marrón y el blanco sucio de su pelaje. No son muy altas, aunque lo suficiente como para impresionar. Roman esquiva a los reporteros de la revista hasta colocarse a mi lado contrario.

—Son bellísimas —susurro.

—Son uno de los animales más bonitos de ver —también él susurra sus palabras—. Esta es la cebra común propia de las llanuras y las sabanas. —Acercas sus labios a mi oreja—. Se alimentan de hierba, de hierba corta si son cebras de las llanuras. Existía un tipo de cebra sudafricana llamada *quagga* que se extinguió a causa de su caza, era una belleza, sus rayas se borraban a medida que descendían hacia sus patas.

—¿Cuándo se extinguió? —Giro mi rostro hacia él.

—Hace más de un siglo, aunque tengo entendido que están intentado recuperarla —murmura, solo yo puedo oírlo—. La naturaleza es asombrosa.

Continuamos minutos después con un ánimo distinto, un concepto nuevo del mundo, al menos yo. Ya lejos de Gorah, el grupo de árboles se multiplica. Roman se muestra positivo con la idea de poder encontrar un gran número de animales más y así sucede. Pocos kilómetros después de habernos cruzado con las hermosas cebras, un avestruz aparece corriendo tras el vehículo, no persiguiéndolo, sino más bien corriendo en libertad. Poco después un pequeño grupo de avestruces se suman al valiente animal y la llanura se llena de avestruces corriendo a gran velocidad hacia la misma dirección que nosotros. Son enormes, un par de ellas pasan próximas al *jeep* y su altura lo supera con creces. Roman se levanta de su asiento de un bote.

—*Baleka!* —Mueve sus brazos al aire.

Parece el hombre más feliz de la tierra en el lugar más salvaje. El fotógrafo dispara con su

cámara sin cesar mientras todos seguimos los movimientos de los avestruces por la llanura verde.

Tras unos arbustos y un par de árboles, Roman pide silencio, aunque ninguno de los que estamos en el vehículo comprendemos el motivo. Nada puede verse más allá ni a un lado ni al otro. Nuestro guía murmura algo en la oreja de Menelik que rápidamente baja del *jeep* y se cuelga la escopeta de seguridad en su hombro. Roman lo sigue pidiéndonos con gestos que permanezcamos en el vehículo. Se alejan despacio de nosotros hasta que, sin más, frenan en seco. Menelik se coloca la escopeta apuntando a algo mientras se camufla entre los arbustos, en ese momento, Roman gira su cuerpo entero y nos pide que nos acerquemos, tanto Rachael como yo dudamos, pero finalmente nos dejamos arrastrar por el resto de hombres del grupo.

Kenan camina delante de mí sin soltar mi mano que aprieta con fuerza. Solo cuando alcanzamos a Roman logramos ver, sobre la hierba, echado, junto a un pequeño y seco árbol, un león descansando a varios metros de distancia de nosotros. Instintivamente pego mi cuerpo a la espalda de Kenan que, rápidamente me echa una mirada por encima de su hombro. El león es impresionante, su cuerpo de un color beige y su larga cabellera cae brillante al sol, de al menos dos o tres colores. Duerme tan plácidamente como Siphon dormía anoche junto al sillón del porche, no parece uno de los animales más temidos de la tierra.

Kenan intenta sacar alguna buena imagen con su teléfono mientras el fotógrafo del *National Geographic* se coloca entre los arbustos en busca de la mejor imagen posible. Echo un vistazo hacia un lado y Menelik sigue ahí quieto sosteniendo el arma a modo de precaución, sin embargo, no hace que me sienta más segura. A pesar de vivir en Ciudad del Cabo nunca había visto leones o cebras, ni siquiera elefantes, a mi familia siempre les pareció un poco loco participar en este tipo de aventuras. Les aterraba demasiado la idea y a mí, a pesar de saber que quería dedicarme a vivir con animales y cuidarlos, los pingüinos eran los únicos que realmente me interesaban.

Roman camina marcha atrás sin apartar la vista del feroz animal dormido y el resto nos limitamos, simplemente, a obedecerlo imitando sus pasos. En casa van a alucinar cuando les cuente todo esto. Kenan mantiene el silencio sin soltarme en ningún momento.

Dos horas después y, bastante contentos por todo lo que hemos podido ver, ponemos rumbo de vuelta al campamento para poder ir a comer. Volvemos a pasar por la mayoría de lugares de antes, aunque parecen distintos. Al principio seguimos el camino de tierra que los vehículos han creado, pero pronto regresamos a la llanura abierta. Pueden verse las cabañas a lo lejos, la casa principal entre un par de árboles y...

—¡Elefantes! —grita Menelik emocionado.

Es la primera vez que lo escucho hablar inglés, pero el conductor tiene razón, un grupo enorme de elefantes se reúnen junto a la charca más próxima al campamento. Son un montón, de varios tamaños, algunas crías incluso. Roman pide de inmediato que detenga el *jeep* y nos permite a todos bajar del vehículo y continuar caminado hacia el campamento mientras Menelik se marcha con el coche.

—Se llama Parque Nacional de los Elefantes por algo —bromea Roman.

Madre mía son animales gigantescos. Beben de la charca con su larga trompa mientras un par

de crías se bañan en ella, parecen más humanos que animales. Nos detenemos un par de metros antes de llegar a ellos, por precaución nos dice Roman. No son peligrosos y la mayoría están acostumbrados a las personas, pero es un grupo demasiado numeroso y hay varias crías, así que pueden sentirlo como una amenaza. No importa, estamos extremadamente cerca y podemos verlos perfectamente. Su piel está arrugada, sus patas son gruesas y su cuerpo simplemente enorme.

—Una de las cosas que siempre me han fascinado de estos animales es el hecho de que sean las hembras más adultas las que se encarguen de la protección de las crías —comienza Roman—. Los elefantes adultos duermen de pie mientras que las crías se recuestan. Una cría de elefante puede llegar a pesar unos ciento quince kilos al nacer, así que os podéis imaginar lo mucho que deben pesar de adultos —bromea entre risas.

—¿Puedo acercarme un poco más? —Pide el fotógrafo del grupo.

—Pero no mucho más —responde Roman—. Se abanicen con sus propias orejas y suelen bañarse de lado.

Un par de ellos se ponen en marcha; una lenta marcha hacia el otro lado de la llanura pasando de largo el campamento que aún queda un poco lejos. El movimiento de los dos primeros elefantes provoca una marcha en cadena.

—Vernice coge a esas dos crías. —Rachael señala a las pequeñas que parecen estar jugando muy cerca del agua.

—¿Veis las arrugas de su cuerpo? —pregunta Roman señalando al elefante más próximo a nosotros—. Son como nuestras huellas dactilares, únicas e irrepetibles.

—¿Dónde se encuentra el mayor número de elefantes? —pregunta Kenan que parece asombrado con la escena.

—En el Parque Nacional de Kruger, allí debe haber en torno a unos 13.000 elefantes. —Es evidente por su respuesta que no es la primera vez que la escucha—. Continuemos.

Roman se pone en marcha hacia el campamento mientras, también los enormes mamíferos se alejan de la charca en manada, aunque a paso lento. Giro mi rostro hacia un lado para poder ver la charca cuando al fin la sobrepasamos, cuando los elefantes que caracterizan y dan nombre a este lugar se encuentran bastante lejos.

CAPÍTULO XXV

Un viaje a las entrañas.

Espero en el porche delantero de la casa principal mientras mi teléfono sigue emitiendo señal, me ha costado un buen rato conseguirlo a pesar de las tranquilizadoras palabras de Roman asegurándome que había cobertura sin problemas. Paseo de un lado a otro esperando escuchar su voz al otro lado del teléfono, aunque ya me aseguró que estaba bien, que la manifestación fue tranquila, necesito oír su voz para creerlo. Nuevamente el porche se ilumina con las velas y, de nuevo, la llanura queda oscura y lejana. No hace tanto frío como ayer, pero aun así refresca.

—Hola, Julie. —Escucho al fin.

—Bisa, te he llamado un par de veces —le reclamo—. ¿Qué estabas haciendo?

—Ayudar a mi madre. —Su voz suena serena—. ¿Qué tal el viaje?

—De maravilla. —Me dejo caer sutilmente sobre el sofá del porche—. Kenan lo tenía todo planeado y los sitios son increíbles.

—¿Dónde estáis ahora? —Se entrecorta la voz.

—En Addo. —Mis ojos se pierden en la llanura oscura—. En el Parque Nacional de los Elefantes, en un sitio precioso.

—¡Oh vaya! —Suena emocionada—. ¿Y qué tal con él?

—Kenan es... —Echo la vista hacia atrás, aunque de nuevo compruebo que estoy sola, todos se reúnen en el salón junto a la chimenea—. Es un chico increíble.

—Te estás enamorando de él —dice quien bien me conoce.

—Eso creo —murmuro sabiendo que no podré engañarla—, pero ¿qué tal tú? ¿Qué tal todo por allí?

—Todo sigue tal cual lo dejaste —bromea—. Incluso mejor.

—Serás tonta. —Sonrío—. ¿Qué tal Abibi y Will?

—También siguen aquí. —Vuelve a entrecortarse su voz—. Julie, no te escucho muy bien.

—Sí, lo sé, es que no hay mucha cobertura por aquí. —Me levanto del sofá intentado mejorar la situación—. ¿Y qué tal *tú* con Abibi?

Remarco la palabra «tú» por encima de las demás.

—Quedamos a tomar algo —dice entre dientes.

—¿Y?

Me muero de la curiosidad por saber más.

—Y se portó bien —murmura.

—¿Y eso qué significa exactamente? —Frunzo el ceño.

—Significa que vamos a volver a quedar, pero todo es muy raro. —Calla—. Ya sabes, es como siempre, pero con ese matiz de una relación de otro tipo.

—Es normal, Bisa. —Pongo los ojos en blanco—. Tú no le des tantas vueltas y déjate llevar.

—Qué lo digas tú precisamente suena hasta gracioso. —Sarcástica contraataca.

—¿Y eso por qué? —No sé si sentirme ofendida, enfadada o confusa.

—Porque es la primera vez que te dejas llevar —dice bien alto y claro.

—Eso no es cierto —digo entre dientes, medítandolo.

—Bueno, no importa. —Da por perdida la conversación—. ¿Dónde está Kenan ahora?

—En el salón con algunos de los clientes del campamento. —Vuelvo a mirar hacia atrás por si viera algo, pero nada—. Roman los ha reunido junto a la chimenea para contarles historias o algo así.

—¿Quién es Roman? —pregunta extrañada.

—El que coordina todo esto. —Intento resumirle.

—Pues deberías unirte a ellos. —Suena más a una orden que a una sugerencia.

—Encima que me alejo para poder hablar contigo —la regaño.

—Bien, vale. —Me la puedo imaginar echada sobre su cama, mirando el techo, con las piernas en alto como si fuera una niña—. ¿Qué has hecho hoy?

—Un safari por el Parque —respondo rápidamente.

—¿Un safari? ¿De verdad? Decías que no te gustaban esas cosas. —Puedo escuchar una risita.

—Yo nunca he dicho que no me gustase, lo único es que me daba un poco de miedo —aclaro—. Mi familia nunca quiso ir a uno y me contagiaron el temor.

—Pero mírate, ahora mismo estás durmiendo en uno —dice nuevamente sarcástica.

—Y es espectacular. —Me apoyo en una de las columnas del porche—. Hemos visto cebras, avestruces, elefantes... hasta un león.

—¿En serio, un león? ¿No te has cagado en los pantalones? —La palabra pantalones me llega a trompicones.

—Un poco. —Río—. Pero Kenan me agarraba con fuerza así que...

—Así que cómo ibas a tener miedo... —termina ella—. Con tu héroe protegiéndote. —Se burla.

—Voy a dejar de contarte las cosas. —Sueno enfadada.

—¡Venga, Julie! Solo es una broma. —Intenta apaciguarme—. En realidad, me tranquiliza saber que Kenan está ahí contigo, porque tú eres capaz de tropezarte y caer dentro de la boca del león.

—¡Oh cállate! —Alzo la voz—. Me hacéis más torpe de lo que soy. Kenan está obsesionado

con mi seguridad.

—Es militar, ¿qué esperabas? —No parece sorprendida.

—Sabes, él también justifica muchas cosas porque dice ser militar, pero estoy segura de que sería igual, aunque fuera fontanero. —Rodeo la columna hasta colocarme delante de ella, apoyando la espalda.

—Sea como sea, es así —responde Bisa—. Tampoco es malo ser así.

—No digo que sea malo, digo que no es muy normal. —Bajo la voz.

—Seguro que tiene más cosas buenas que cubren eso. —Percibo una voz picarona—. Ya os habéis acostado, ¿verdad?

—Otra vez Bisa. —Echo un vistazo hacia atrás.

—¡Oh, vamos, Julie! ¡Cómo me digas que no te mato! —Alza la voz a modo de regañina.

—Sí —susurro sonrojada.

—Lo sabía —dice emocionada—. ¿Y cómo es? ¿Está como un tren a qué sí?

—Es muy dulce. —Noto mis mejillas sonrosadas—. Y sí, está muy bueno. —Olvido la vergüenza por un segundo.

—Bien hecho. —Suena satisfecha—. Ahora solamente disfruta de los días que os quedan por allí. ¿Seguiréis mañana en el Parque?

—No, mañana después del desayuno vamos a Port Elizabeth. —Vuelvo a moverme por el porche—. Estaremos en la ciudad.

—Port Elizabeth es bonito de ver. —Recupera su tono normal de voz—. Ya me mandas algún mensaje y alguna foto cuando estés.

—Claro. —Me detengo tras el sillón inclinándome hacia delante, apoyando mis codos en él—. Y tú mantenme informada de todo.

—¿Qué podría pasar de interesante por aquí que implique contártelo? —irónica responde con una pregunta.

—Bueno, lo que sea —le pido—. Te dejo Bisa.

—Sí anda, ve y únete a tu guapo novio —bromea entre risas.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer. —Me echo hacia atrás—. ¿Todo bien en la manifestación del sábado? —pregunto antes de colgar.

—Ya te dije que sí, muy tranquilo. —No parece mentir—. Un par de idiotas intentaron montar follón, pero se quedó en nada. ¿Sigues teniendo el ojo morado? ¿Y tu cuello?

—No, ya no —murmuro—. Lo cubro con maquillaje y no se nota, el cuello aún se me curó antes. ¿Y tú?

—Soy de nuevo el bellezón de siempre —bromea.

—Bien. —Pongo los ojos en blanco—. Tendrás que estar decente para tu fiesta del sábado.

—Tendremos —corrige—. Ya lo estoy organizando todo, y los chicos me están ayudando.

—Yo puedo ayudarte cuando vuelva —me ofrezco como siempre.

—Olvidalo. —Alza la voz—. Tú solo preocúpate de traer a ese militar tuyo.

—Hecho —acepto—. Él tiene ganas de conoceros.

—Ya me cae bien —bromea—. Bueno, Julie, cuélgala de una vez.

—Buenas noches, amiga —me despido.

—Buenas noches —responde tiernamente.

Antes de regresar al salón hago un alto en el camino deteniéndome en el baño. El baño de la casa principal es pequeño, con una decoración bonita y rústica como el resto de este lugar, pero no cuenta con ducha ni nada parecido. Cada una de las once cabañas tiene su propio baño en la parte trasera de la habitación, al menos así es en la nuestra. La primera noche me desperté de madrugada para ir y entre la oscuridad y mi poco equilibrio me golpeé el dedo del pie con el lavabo quedándome maldiciéndolo durante un rato, hasta que el dolor se calmó. Kenan no lo sabe, no quise contárselo.

Entro en el salón, una habitación no muy grande, con una chimenea elaborada que capta toda la atención de la sala; sobre ella unos cuernos de cabra que se retuercen y, a cada lado, una baja estantería repleta de libros. Los clientes que no se han ido a las cabañas a dormir se reúnen en la habitación ocupando los sillones, un par de sillas del comedor y, finalmente, los últimos en llegar se encuentran sentados en el suelo, sobre la alargada alfombra roja. En el suelo se encuentra Kenan, con una pierna estirada y la otra recogida sin apartar la vista de Roman que parece relatar algo desde el sillón más claro y más próximo a la chimenea cuyo fuego arde dentro. Siphon, a su lado, parece escuchar junto al resto. Unas lámparas de pie con farolillos colgando y otros más sobre la mesa baja del salón iluminándolo todo.

—Así que tuve que hacerlo —continúa Roman—. No tenía muchas más opciones si quería permanecer con ellos el tiempo que mi herida sanaba y recuperaba las fuerzas para volver a la civilización.

Mis ojos se desvían a su antebrazo, apoyado en el sillón, recordando la larga cicatriz que ya vi hace dos noches, debe estar refiriéndose a ella. Kenan gira su rostro, las sombras del fuego se proyectan en el suelo y en la gente sentada más cerca de la chimenea, como es el caso de mi chico de ojos claros, que apoya su espalda en el lateral del otro sillón de la sala. Levanta el brazo y mueve la mano llamándome, no quiero interrumpir, pero anhelo estar con él de nuevo. Voy cruzando el salón esquivando los obstáculos, entre ellos algunas piernas de clientes sentados en el suelo.

—Los dos primeros días los pasé entre delirios, alucinaciones y un dolor tan intenso que más de una vez pensé en arrancarme el brazo yo mismo para detenerlo. —Coloca la mano contraria sobre la cicatriz. Alcanzo a Kenan que me ofrece la mano pidiendo que me siente con él. Lo hago y Kenan me permite colocarme entre sus piernas apoyando mi espalda sobre su pecho. Su brazo

me rodea y mi mano lo agarra dulcemente—. Los ungüentos comenzaron a hacer efecto días más tardes y comencé a recuperar la conciencia, la realidad. Los Bosquimanos cuidaron de mí durante todo ese tiempo y siguieron haciéndolo.

Kenan besa mi mejilla sin dejar de prestar atención. Después mantengo mi rostro girado mirándolo bien de cerca, observando cada detalle. Se ha afeitado esta mañana, pero puedo ver su fina barba alrededor de sus carnosos labios, tiene una nariz gruesa, aunque no demasiado y sus ojos son grandes y vistosos. Su barbilla sobresale un poco acabando su rostro en una graciosa barbilla redondeada, sus cejas pobladas, aunque definidas, de un negro tan intenso como su rizado cabello. Siento como respira, como su pecho se mueve sutilmente y yo con él.

—¿Entendías su idioma? —pregunta uno de los hombres de las sillas.

—No tenía ni la menor idea de lo que me decían. —Sonríe recordando su aventura—. Me limité a comunicarme con gestos y palabras que fui aprendiendo rápidamente, al igual que ellos. Era como perderse en el tiempo, cazar, recolectar mientras los niños danzaban junto al fuego con montones de colgantes de colores alrededor de su cuello y, sus casas, fabricadas con cosas que la tierra les daba.

—Qué vida más tranquila —susurra Kenan sacándome una sonrisa.

—Tú te atarías un taparrabos e irías cazando bichos —murmuro para que nadie pueda oírme.

—Seguramente. —Ríe.

—Sé sabe lo que realmente importa cuando estás en un sitio como ese durante un tiempo —Roman gira su rostro contemplando a Siphó que ha caído rendido.

—¿Cómo salió de allí? —La mujer de más edad interviene desde el sofá de en frente.

—Un día sin más me fui —responde Roman con una expresión confusa en su rostro—. Mi herida había sanado, podía continuar mi viaje de vuelta y los bosquimanos lo sabían. La noche anterior a mi marcha hicieron danzas, con música que no entendí e instrumentos de sonidos peculiares... y aquel mejunje que preparaban que te dejaba KO a la segunda copa. —Se echa a reír a carcajadas, algunos de la sala lo acompañan—. A la mañana siguiente, antes incluso de haber salido el sol me despertaron y me llevaron ante el chamán de la tribu, me sentaron frente a él y me quedé allí sin decir nada durante mucho tiempo, solos aquel anciano esquelético y yo.

—¿Y qué pasó? —pregunta uno de todos con lo que sin duda ocupa la mente del resto—. ¿Qué ocurrió en aquella tienda?

—Nada —responde Roman serenamente. Inspira antes de levantarse del sillón y caminar hacia la estantería que tiene detrás, mueve un par de libros y saca algo de entre ellos, algo envuelto en una especie de tela sucia—. Aquel anciano dijo algo que no entendí, después me entregó esto.

Expectantes, aguardamos impacientes que desenvuelva aquello que sujeta entre sus manos y cuyo tamaño es evidentemente muy reducido. Echo hacia delante mi cuerpo intrigada, pero no soy la única, agarra con sus dedos y lo muestra con cuidado.

—¿Qué es? —pregunta uno de los que se encuentra más alejado.

—Madera —contesta él—. Una simple y pequeña astilla de madera.

—¿Y qué significa? —La mujer sentada en el sillón donde nos apoyamos interviene por primera vez.

—No lo sé. —Mueve la cabeza de un lado a otro desconcertado—. Estuve preguntado, algunos amigos le echaron un vistazo, pero solo pude determinar que era una pequeña astilla de *Adansonia digitata* también llamado baobabs, un árbol que crece en África.

—¿Pero qué sentido tiene? —Uno de los que está más cerca de Roman se levanta para poder contemplar el preciado tesoro de cerca.

—Quizá algún día lo descubra —añade sin darle mayor importancia—. Y ahora señores, damas, me retiro a dormir, creo haberles entretenido esta noche.

Al tiempo muchos comienzan a moverse de los asientos o huecos que han ocupado mientras escuchaban embelesados la historia del peculiar señor Roman. Quizá ni siquiera haya sucedido realmente, quizá esa herida se la hiciera un día arreglando uno de los tejados de las once cabañas y, todo sea un simple cuento con el que entretener a los clientes que viene en busca de aventuras y leyendas. Kenan me observa sin moverse demasiado, tampoco yo.

—Buenas noches, señor Roman. —El mismo cuya curiosidad ha incitado aproximarse a la peculiar astilla, se despide con un apretón de manos.

—Buenas noches —responde amablemente él.

Todos se van marchando, aunque Roman resiste junto al fuego. Sipho, que seguiría a su fiel amo hasta el fin del mundo, también aguarda sentado junto a él a la espera de una orden o una indicación. Kenan y yo permanecemos sentados en el suelo contemplando el fuego.

—Menuda aventura —murmura Kenan.

—Sí, tuvo que serlo —respondo sin querer truncar las ilusiones de Kenan por creer dicha historia.

—Me enseñó mucho —dice Roman, creyendo yo que no nos escucha, me sorprende uniéndose a la conversación—. El valor de las cosas.

—¿De verdad le dieron eso? —Aprovecho la marcha de todo el mundo para confirmar mis sospechas.

—¿No crees la historia? —Gira su cuerpo con el fin de tenerme cara a cara—. Es tan cierto como que me llamo Roman.

—Julie no pretendía...

—No te preocupes, Kenan —interrumpe—. Os contaré algo. —Se inclina hacia delante, no sin antes comprobar que la gente se ha marchado de la sala, que solo nosotros tres y su perro permanecemos en ella—. Se iluminó.

—¿Cómo? —pregunto incrédula.

—Como oyes, Julie. Esta pequeña astilla se iluminó una noche y estuvo así durante varios

minutos, después volvió a ser un trozo de madera más. —Una media sonrisa se dibuja en su rostro—. Desconozco que encadenó algo así, ni cómo un trozo de madera puede emitir una azulada luz intensa, pero lo hizo.

Muerdo mi lengua sin saber que añadir a una confesión como esta, por su rostro no parece que esté mintiendo, de hecho, ya no quedan clientes a los que embaucar, nada gana con ello.

—¿Ha vuelto a suceder? —Kenan, totalmente convencido, pretende indagar aún más.

—No, solo aquella vez. —Vuelve hacia atrás—. Y sí, es posible que exista alguna explicación química o física, o cómo sea, pero para esa tribu no la hay, es algo más.

—La magia que hay en todas las cosas —murmura Kenan.

—Así es hermano, la magia que hay en todas las cosas —asiente.

Roman silba y Siphon reacciona de inmediato siguiendo a su dueño de cerca mientras ambos abandonan la sala. El fuego sigue iluminando, en parte, aunque con menor intensidad, y de pronto la habitación que me había parecido la más enana de esta casa se multiplica en espacio al quedar vacía.

—¿De verdad crees en esas cosas mágicas? —Echo mi vista hacia atrás encontrando a Kenan.

—¿Por qué no? —dice tranquilamente—. No sé si existen o si no, pero aceptarlo o negarlo no cambiará mi vida, así que elijo la primera opción. —Suena muy convincente, después de todo—. No puedes negarme que es más bonito creer en esas cosas que no.

Consigue sacarme una sonrisa, razón no le falta, es mucho más bonito creer en la posibilidad que negarse rotundamente a ello. No sé si aquella astilla brilló realmente, pero que lo hiciera o no, no podrá cambiar el hecho de que estemos aquí ahora, que pueda sentir las manos de Kenan rodeándome y que mi cuerpo se estremezca por ello.

CAPÍTULO XXVI

Port Elizabeth.

Port Elizabeth es tan distinto a Gorah, sin animales, sin Roman y sus leyendas mágicas y sus aventuras en mundos salvajes. Solamente es otro lugar más, muy similar a Ciudad del Cabo, aunque un poco más abandonado, más viejo. Paseamos por una calle larga y ancha con tiendas, locales y edificios a ambos lados de la acera. Parece una zona muy tranquila a pesar de encontrarnos en el centro de la ciudad.

Caminamos cogidos de la mano mientras contemplamos todo, es el segundo día en Port Elizabeth y ya siento que lo hemos visto todo, o al menos lo más importante. El primer día lo pasamos en el puerto donde comimos y recorrimos el paseo y, aunque nuestro hotel no está lejos de allí, la zona más turística de Port Elizabeth, hoy hemos preferido adentrarnos en la ciudad para conocer un poco más. Visitando algún parque, algún museo y zonas más emblemáticas, pero aquí hemos terminado después de comer. Ni siquiera sé cómo se llama la calle.

—¿Vas a llevarle algo a tu familia? —Gira su rostro hacia mí.

—Compré unas pulseras en Gorah, hechas de madera del Parque. —Instintivamente mis ojos se desvían a mi muñeca para ver la pulsera que también yo me compré—. ¿Y tú? ¿Vas a llevarle algo a Yuma?

—Supongo —dice resignado—. O me lo echará en cara. —Se echa a reír.

—Cómprale algo aquí. —Noto el pelo recogido de mi coleta rozar mi nuca cada vez que nuevo la cabeza—. Seguro que hay alguna tienda de suvenires por aquí cerca.

Miro hacia todas partes de la calle fijándome en los locales abiertos, pero no veo ninguna tienda para turistas, solamente veo tiendas de alimentación, algún cajero y una tienda de Kodak.

—No te preocupes, puedo cogerle algo de la pequeña tiendecita del hotel. —Tira sutilmente de mi brazo queriendo convertirse en mi único punto de atención.

—Será mucho más caro. —Clavo mis ojos en él.

Hoy no se ha peinado y, a pesar de tener el pelo tan corto y rizado, puedo notarlo porque ya me conozco cada detalle de él. Conozco las arruguitas que aparecen en la comisura de sus labios cuando sonrío, del mismo modo que soy capaz de reconocer esa expresión suya cuando una de sus cejas se alza un poco más que la otra o cuando juntas las manos y las frota.

—Me saldrá mucho más caro no llevarle nada —bromea.

Al final de la calle encontramos una destartalada tienda con camisetas, figuritas, imanes y un sinfín de objetos de recuerdo para turistas. En la misma puerta de la tienda, fuera, de un perchero de metal cuelgan algunas cuantas camisetas con el dibujo de un ancla y PORT ELIZABETH ocupando el espacio de la parte delantera. Kenan es el primero en cruzar hacia adentro, cotilleando todo lo que encuentra a su paso hasta que, un grupo de tazas decoradas se interpone en su camino y me las muestra. Sonrío. Prefiero desviarme hacia la parte de las camisetas, dentro de la tienda, en busca

de alguna bonita que poder llevarle a Amy, pero la mayoría de ellas son demasiado oscuras, así que decido darme la vuelta dirigiéndome hacia el dependiente del local.

—Disculpa tenéis...

—¡Cabrones! —Le dice en afrikáans a otro hombre que se encuentra a su lado.

—Jamás dejará de existir el racismo —responde el otro, colocado de espaldas a donde me encuentro.

—Y dicen que el *apartheid* acabó. —Noto un tono sarcástico en su voz—. ¿Qué quieres? —Al fin me hace caso.

—Yo... —digo descolocada—. ¿Solo tenéis esos modelos de camisetas?

No me gusta nada la forma en qué me mira, como si no le cayera nada bien a pesar de no conocerme. Echo la vista atrás localizando a Kenan que se encuentra en uno de los pasillos mirando todo, él no me ve, pero me tranquiliza tenerlo cerca. Por algún motivo la sensación de terror que sentí durante la agresión de aquel tipo vuelve a controlar mi cuerpo.

—Iré a mirar atrás —responde el otro hombre, el que me daba la espalda hasta hace unos minutos.

—Gracias —sonrío.

Se marcha por el pasillo dejándonos al dependiente y a mí allí solos sin que él aparte sus ojos acusatorios de mí. Deslizo mi vista por el mostrador a causa de lo incómodo de la situación, pero pronto me doy la vuelta acercándome a Kenan, quien sigue absorto en sus propios pensamientos.

—Julie vas a tener que ayudarme a elegir algo —me dice al verme llegar.

—Claro. —Trago saliva.

—¿Ocurre algo? Estás pálida. —Toma mi cara con su mano.

—No, es que... —Decido no seguir.

—¿Es que qué? —pregunta nada conforme con mi silencio.

—¿Puede que haya ocurrido algo? —Miro por encima de mi hombro con disimulo y el hombre del mostrador sigue solo.

—¿Algo de qué? —Se dibujan esas arrugas en su frente.

—No sé exactamente. —Bajo la voz—. Esos estaban hablando del *apartheid*.

—¿Te han dicho algo? —Tensa la mandíbula.

—No. —Freno cualquier acción por su parte colocando mis manos sobre sus hombros—. Pero ¿sabes si ha ocurrido algo en Ciudad en nuestra ausencia?

—Nadie me ha avisado de nada. —Saca medio teléfono de su bolsillo—. Julie, creo que no te estoy entendiendo.

—Olvidalo. —Intento tranquilizarme—. Creo que la agresión me ha dejado secuelas. —

Sonríó intentando tranquilizarlo a él también.

—¿Es eso lo que te preocupa? —Siguen las arrugas de preocupación en su frente—. No tienes que preocuparte de eso.

—Lo sé. —Trago saliva—. Al menos estando contigo.

—Exacto. —Una media sonrisa sustituye la expresión preocupada de su rostro.

—¡Chica! —Sé que me llaman a mí. Me doy la vuelta y, el que se había marchado a la trastienda se encuentra de vuelta—. Tengo estos dos modelos más si quieres echarles un vistazo.

—¿Camisetas? —Alza la ceja.

—Es para Amy —justifico.

El hombre me muestra los dos diseños, una es una camiseta blanca con dibujos marineros y el nombre de la ciudad sobre ellos, la otra es roja con un timón de barco en blanco y Port Elizabeth escrito en afrikáans.

—Creo que me quedo con la blanca. —Señalo con el dedo—. ¿La tenéis en una talla más pequeña?

—¿Cómo de pequeña? —Sonríe amablemente.

—Para una niña de unos cinco años. —Calculo en silencio, nunca se me dio demasiado bien recordar esas cosas, tengo memoria de pez.

—Creo que sí. —El hombre mira al del mostrador con cara de pocos amigos—. Lo miro en seguida.

—Gracias.

Vuelve a irse y, de nuevo, el otro me observa en silencio con esa expresión dura en su rostro, aunque en esta ocasión, Kenan se encuentra muy próximo a mí. La mirada del otro tipo se intensifica y cada vez me siento un poco más incómoda.

—¿Ocurre algo? —pregunta Kenan de repente.

—Kenan, ¿qué haces? —Me doy la vuelta para intentar controlarlo.

—No me gusta nada como te mira. —Su rostro se vuelve serio—. ¿Hay algún problema? —De nuevo vuelve a dirigirse a él.

—Nada, hermano —responde serenamente, pero durante unos segundos los dos se quedan mirándose mutuamente en silencio mientras me siento en medio de una tensión evidente.

—Aquí la tienes. —Con una camiseta mucho más pequeña regresa el hombre—. ¿Es para un regalo?

—Lo es —respondo sin apartar la mirada de los dos hombres enfrentados.

—Bien, Safiq, encárgate —le pide a su compañero.

Este coge la camiseta entre sus manos, aparta la vista de Kenan y obedece a su amigo. Solo

entonces, Kenan relaja sus hombros y deja de mirarlo.

—Deberías llevarle un imán. —Me doy la vuelta captando toda la atención de mi acompañante—. ¿Qué te parece?

—Sí, es buena idea. —Vuelve a sonreírme.

—Vamos a elegir entonces uno. —Agarro su brazo arrastrando de él hacia donde están los imanes pegados.

Salimos de la tienda con más regalos de los previstos, al final también yo he comprado un par de imanes y una bonita caja con conchas para Bisa, aparte de la camiseta para Amy. Kenan carga con las bolsas en nuestro camino de vuelta al hotel. Nos alojamos en un humilde, pero acogedor hotel cerca del Parque de San Jorge, una bonita zona llena de verde en plena ciudad.

Al llegar al hotel mucha gente se reúne en el vestíbulo, algunos llevan maletas, pero la mayoría solo parece estar esperando algo, de hecho, el ambiente parece revolucionado, miro a Kenan y también él parece haberse dado cuenta.

—Creo que tenías razón y ha ocurrido algo. —Contempla su alrededor—. Espera aquí, voy a llamar a Yuma.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza.

Kenan se aleja del ruido que hace la gente hacia lo que es una pequeña terraza interior, mientras yo comienzo a moverme entre las personas que ocupan el lugar con la intención de acercarme a la recepción y preguntar. Puedo escuchar a la gente hablando, pero el jaleo y la diversidad de idiomas complican mi entendimiento de la situación, solamente capto palabras sueltas que no me gustan nada. Unos minutos después llego al mostrador logrando hacerme con un hueco entre la gente, miro hacia un lado primero y luego al otro, algunas personas intentan hablar con los trabajadores del hotel, pero muchos de ellos solo hablan entre sí.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarla en algo? —Una de las recepcionistas del hotel se coloca frente a mí.

—Hola. —Alzo la voz—. ¿Es qué ha ocurrido algo? ¿Por qué todo este escándalo?

—¿No se ha enterado de lo sucedido? —Sin dejar de sonreír intenta responder mis preguntas.

—No. —Vuelvo a mirar a mí alrededor.

—Han matado a tiros a un joven de color en plena calle y la gente ha salido de sus casas a protestar. —También ella echa un vistazo al montón de gente reunida.

—¿Cuándo ha sucedido eso? ¿Aquí en Port Elizabeth? —Apoyo mis manos sobre el mostrador inclinando mi cuerpo hacia delante.

—Ehh... —murmura confusa—. Hace un par de horas como mucho, pero no ha sido aquí, ha sucedido en Ciudad del Cabo.

Aterrada, echo mi cuerpo hacia atrás de un movimiento, sabía que algo había provocado aquel comentario del hombre de la tienda, al igual que su actitud hacia mí y no estaba equivocada.

Incrédula, confusa y asustada, como la mayoría de la gente que se reúne en la entrada del hotel, doy marcha atrás colándome entre las personas que habla sin cesar, aunque a diferencia de antes, ahora sí entiendo lo que oigo y es aterrador.

—¡Julie! —Logro ver a Kenan entre la gente, tiene la mano en alto y no deja de llamarme.

Los dos seguimos hacia delante como podemos hasta encontrarnos, debe de estar al tanto ya si ha logrado hablar con Yuma, y al igual que yo debe de encontrarse en *shock*. Coloca sus manos en mis brazos cuando al fin nos juntamos.

—Es horrible, Kenan. —Dejo escapar de entre mis labios.

—¿El qué es horrible? —Frunce el ceño.

—¿No has hablado con Yuma? —Noto que mi respiración se acelera.

—No me lo ha cogido, le he dejado un mensaje.

—Han matado a un chico en Ciudad y han salido a la calle a protestar —resumo.

—¿Cómo? —Sorprendido, intenta averiguar más.

—No sé cómo, ni cuándo, ni nada. —alzo la voz—. Kenan tenemos que volver.

—Sí, tenemos que volver —repito mis palabras.

Nos cruzamos varias veces en la habitación, no hemos vuelto a decir nada más desde que hemos abandonado el vestíbulo del hotel, yo al menos no sé qué decir. Aún tengo que asimilar la poca información que tenemos. Nadie me ha llamado para contarme lo sucedido, pero tampoco yo he llamado a mi familia, ni a Bisa, para averiguar más, al menos nos quedan siete horas de viaje para ocuparme de ese tipo de cosas. Sé que estarán bien, en casa, incluso me tranquiliza el hecho de que Abibi se esté encargando de la seguridad de Bisa que puede ser un poco cabra loca en momentos así.

Meto la ropa en la maleta abierta sobre la cama, mientras Kenan va y viene del baño para guardar sus cosas. Puedo notar la preocupación en su cara, en sus gestos, incluso en su silencio y no es para menos, es una situación complicada. A mí, de hecho, me parece absurda. Después de todo lo que se ha luchado en Sudáfrica por una igualdad, poder vivir en paz sin importar el color de tu piel, parece que volvamos atrás incontrolablemente. No lo comprendí cuando ya comenzó a gestarse algo con la muerte de aquel joven negro, ni con la violación a las dos chicas y mucho menos con mi propia agresión, prefería pensar que eran hechos aislados que quedarían en eso, aunque debí intuir que me equivocaba cuando encontré aquella frase escrita en el muro de casa.

Desvío mi mirada hacia el armario donde Kenan permanece inmóvil contemplando algunas de sus cosas colgadas, no reacciona, parece ausente. Dejo todo, avanzo hacia él en silencio hasta que mis manos rodean su cintura desde atrás, noto como su cuerpo se relaja echando un vistazo por encima de su hombro.

—Te preocupa la situación, ¿verdad?

—Sí —responde sin vacilar—. Puede empeorar mucho.

Kenan se va dando la vuelta despacio, levantando sus brazos sobre mi cabeza hasta que finalmente nos encontramos cara a cara. No me equivocaba, en su expresión se dibuja ese sentimiento que lo invade desde que hemos subido a la habitación.

—¿Cómo puede empeorar más? —Trago saliva sin pensar en las opciones, en las posibilidades.

Kenan sube sus manos hacia mi cara, primero las coloca en las mejillas, pero van moviéndose hacia atrás hasta encontrarse con mi pelo, con mi nuca donde se detienen.

—Prométeme que tendrás cuidado. —Casi parece sonar a una orden suya—. Te conocen, te han puesto cara y nombre.

—Lo sé —susurro. Sé que debería contárselo, aunque lo haya evitado todo este tiempo—. Kenan rallaron el muro de mi casa la noche anterior al viaje.

—¿Rallaron? —Unas arruguitas se dibujan en su frente.

—Escribieron algo muy feo —le explico sin tener que decir él qué.

—¿Una amenaza? —Se activa su estado de alerta—. ¿Lo denunciaste?

—No era una amenaza, sino más bien un insulto o eso pretendían. —La sensación de impotencia y miedo que sentí vuelve a recorrer mi cuerpo—. No lo hice.

—¿Por qué? Deberías haber ido a...

—¡Kenan! —interrumpo—. Solo pretendían asustarme, no quería seguir el juego. Denunciar, nuevamente las noticias y más motivos para alterar a la gente.

—Eso no sirve de excusa. —Aparta sus manos de mí, dejando un espacio entre ambos—. Tienes la mala costumbre de no darle importancia a estas cosas, no lo hiciste cuando sucedieron los altercados, ni cuando te agredieron a ti, pero solo consigues engañarte.

—¿Ahora vas a decirme que soy una ingenua? —Echo hacia atrás mi cuerpo unos centímetros.

—Yo no he dicho eso. —Su voz es fuerte, grave—. Julie, solo digo que la gente no es tan buena como tú piensas.

—Ni tan mala —respondo altiva.

Me doy la vuelta regresando a mi maleta casi lista, no puedo creerme que piense eso de mí, que piense algo así del mundo. No es malo creer que la parte buena de las personas vencerá sobre lo malvado, ni me parece ingenuo, ni me parece absurdo. El teléfono de Kenan comienza a sonar con fuerza desde la mesita de noche, Kenan solamente tarda unos segundos en reaccionar, dirigirse hacia él y descolgar.

—Yuma te he dejado un mensaje de voz ¿lo has oído? ¿Qué cojones está pasando? —Se aleja de la cama, se aleja de mí con el teléfono en su oreja.

CAPÍTULO XXVII

Todo bajo control.

Me deja en la puerta de casa sin decir nada, ha sido el viaje más largo de toda mi vida, además de incómodo. Es posible que esté a punto de salir el sol, aunque ni siquiera sé en qué hora vivo exactamente. Kenan espera junto al coche hasta que me ve entrar en casa, a salvo. En ese momento se da la vuelta y vuelve dentro mientras lo contemplo de reojo desde el porche delantero de casa como se marcha. Saco las llaves y entro intentando hacer el menor ruido posible, nadie estará despierto todavía y nadie espera mi regreso dos días antes. Arrastro muy despacio mi maleta hasta que cruzo la puerta cerrándola tras ella. Odio que se haya marchado de esas formas, que no haya borrado esa maldita expresión suya de la cara y, sin embargo, a pesar de ello, que haya permanecido junto al coche hasta que he entrado en casa.

Saco el asa de la maleta para cogerla y seguir avanzando hacia mi habitación sin tener que escuchar el ruidito molesto de las pequeñas ruedas sobre el suelo, es posible que el susto le provoque un infarto a mi padre. La puerta de la habitación de mis padres se encuentra entreabierta, asomo la cabeza con sigilo comprobando que duermen plácidamente y así es. Papá ronca como de costumbre. Marcha atrás, continúo con mi camino hasta alcanzar mi cuarto donde rápidamente me encierro. Una mezcla extraña de cansancio e hiperactividad recorre mi cuerpo y sé que es Kenan el causante de ambos estados físicos. Aún ha agravado más su frialdad después de hablar con Yuma por teléfono y, aunque nada me ha contado, he pegado mi oreja a la conversación captando varias cosas. En primer lugar, que tenía que volver, cosa que estaba a punto de hacer; en segundo lugar, que iban a enviarlos a vigilar las calles o algo así, lo que me hace pensar que el follón ha sido gordo. Y, por último, algo sobre el viaje o sobre nosotros, aunque esa parte me ha resultado mucho más confusa de entender. Kenan se ha despedido de su fiel amigo y ha vuelto a la habitación de Port Elizabeth conmigo, al menos en cuerpo, ya no tanto en mente.

Vací mi maleta intentando calmar esa parte de mí que no me deja tirarme sobre la cama y dormir, a pesar de las altas horas de la madrugada. Recojo todo colocándolo en su sitio y, solo cuando ya no queda nada a la vista, tengo la extraña sensación de no haberme marchado nunca. Que Lulamy y la pareja americana solamente ha sido producto de mi imaginación, que la noche mágica con Kenan solo fue un sueño, que Roman, los animales, la cabaña, sus historias con aquella tribu, todo... todo ha sido mentira. No real. Me cambio de ropa antes de tumbarme sobre mi blandita cama, miro mi teléfono móvil unos segundos con la absurda esperanza de encontrar algún mensaje del Kenan enfurruñado, aunque no sucede; y miro finalmente el techo.

Pasamos justo por debajo del gran cartel de madera, levanto la vista para leerlo, algo que siempre acabo haciendo cuando venimos. En letras negras con un pequeño relieve hacia fuera se entiende perfectamente NEIGHBOUR GOODS MARKET. Bisa no deja de comer los alfajores que ha comprado hace tan solo unos minutos, mientras yo me deleito con mi delicioso y calentito café. El café nunca me gustó demasiado, su aroma sí, pero no tanto su sabor hasta que simplemente crecí. No obstante, la culpa la tiene, en su mayoría, los exámenes de la carrera y aquellas largas e interminables noches sin dormir.

—Creo que ya lo tenemos todo. —Bisa interrumpe mis pensamientos.

Echo un vistazo al par de bolsas que sostiene, recordando cada uno de los puestos en los que nos hemos detenido, probándolo todo gracias a su soltura y su simpatía natural. Tampoco puedo evitar mirar por encima de mi hombro desviando mi vista hacia atrás, Abibi sigue rezagado, a varios metros de distancia de nosotras mientras habla con uno de los chicos del puesto de quesos, el último en el que hemos estado. Es un chico muy sociable por lo que no me extraña en absoluto que conozca a cada una de las personas que va encontrándose en el mercado.

—Tú sabrás, eres tú la que tiene la lista. —Vuelvo al frente.

Mi mejor amiga se detiene de bote pronto y yo con ella, saca de su bolsillo un trozo de papel amarillento y comienza a revisar cada uno de los puntos anotados. Esta fiesta le ha venido como anillo al dedo después de la agresión, los días encerrada en casa y los altercados en las calles, aunque reconozco que también a mí me ha venido bien algo con lo que distraerme después de mi vuelta de viaje y la regañina con Kenan, al que por cierto, no he visto ni he hablado con él desde que volvimos. Estamos a sábado.

—Faltan solo las cervezas, pero me ha dicho Abibi que él se encarga de comprarlas después. —Sigue con su oscura mirada fija en el papel unos segundos más antes de doblarlo por la mitad y volver a guardarlo—. ¿Tienes ya qué ponerte? La última vez que hablé contigo me dijiste que no... y fue ayer.

—Pues... —Dibujo una media sonrisa en mi cara.

—Julie no me digas que no. —Cruza los brazos indignada.

—Pensaba ir ahora, o esta tarde —me excuso.

—¿Me tomas el pelo? —Alza las cejas, incrédula.

—Bueno, Bisa no he tenido tiempo. —Dejo de contemplarla para seguir caminando.

—Ya te dije de ir ayer. —Sube el tono de su voz alcanzándome—. Y me dijiste que no era necesario.

—Ya, bueno, pues...

En realidad, no le quiero decir la verdad, no he tenido tiempo, cierto, pero tampoco he tenido ganas. Kenan ha acaparado toda mi atención, al menos en mi cabeza y, cuando al fin lograba sacarlo de ella, Zuki y los demás pingüinos del Acuario se asentaban en ella. A Bisa no le he dicho que discutimos antes de volver, ni que no he sabido de él desde entonces. De hecho, sigue creyendo, ilusa, que se presentará esta noche en casa de Abibi. No podría estar más equivocada.

—Está bien —dice con resignación—. Anda vamos. —Coge mi muñeca arrastrando de ella—. Tienes suerte de tenerme como tu mejor amiga.

—Eso ya lo sé —musito.

Dejo de ver a Abibi en algún momento del trayecto hacia dónde Bisa quiere llevarme, hasta que frena en seco junto a un puesto lleno de ropa colgada en perchas de metales. Contemplo y también veo bisutería y adornos sobre una mesa de madera. Bisa extiende su mano mostrándomelo

todo, esperando que reaccione y acabe eligiendo algunas de las vestimentas, aunque la mayoría son chaquetas o camisas estafalarias.

—Vamos a encontrar algo decente —dice sin ningún tipo de reparo a pesar de encontrarse junto a la dependienta—. Tú, solo busca.

—Vale —pongo los ojos en blanco aprovechando que no puede verme.

Paso un género tras otro, una camisa, un par de faldas, una chaqueta anticuada. Bisa hace lo mismo en el segundo perchero, aunque su ritmo es más lento. Ella se detiene en cada una de las prendas que va pasando. No me aburre ir de compras, me gusta ir de compras, pero soy una de esas personas que se quedan con lo primero que llama su atención. Nada de pasarme horas y horas dando vueltas. Bisa no. Bisa necesita tomarse un tiempo en cada lugar, mirar y mirar y volver sobre nuestros pasos después.

—¿A qué adivino por qué estáis aquí? —murmura Abibi en mi oído izquierdo—. No tienes que ponerte esta noche, ¿verdad?

—No sabía que ahora eras también adivino —bromeo.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Julie Edison.

Mi amigo hace un amago de apoyar el lateral de su cuerpo en el perchero donde yo sigo mirando. Levanto los pies un poco hasta quedarme de puntillas para poder ver por encima de la ropa y descubrir a Bisa, despistada, concentrada en su búsqueda.

—Pues cuéntamelas. —Bajo la voz—. Quizá necesites desahogarte sobre alguna cosa en especial —insinúa picarona.

—Ya. —Entiende al segundo por dónde voy—. ¿No será que te mueres de ganas por saber más sobre la cita con Bisa? ¿Qué te ha contado ella?

—Eso no voy a decírtelo. —Borro mi sonrisa—. Del mismo modo que no voy a decirle a Bisa lo que tengas que contarme.

Espera vacilante durante unos minutos, en su rostro puedo ver dibujada la indecisión. Contármelo o no contármelo.

—Me gusta mucho —confiesa seriamente—. Y fue... fue algo que estaba deseando desde hace mucho tiempo.

—Eso también lo sé. —No puedo controlar la sonrisa que está a punto de dibujarse en mi cara—. ¿Y ahora qué?

—Esa sí es una buena pregunta. —Abibi se mueve hasta colocarse a mi lado, comienza a pasar la ropa sin ver realmente nada.

—Sabes cómo es Bisa, es que todo esto es nuevo para ella —la excuso.

—No creo que salir con un chico sea algo nuevo para Bisa. —Arruga la frente—. De hecho, los dos podemos dar fe de ello.

—Pero no es lo mismo —digo convencida.

—¿Y qué tiene de distinto?

Detiene sus manos sobre un chaleco de flecos horrendo que termina llamando mi atención. Se siente confundido y asustado, le aterra la parte impredecible de mi mejor amiga.

—Que eres tú —confieso con el fin de tranquilizarlo—. Dale tiempo, pero no demasiado.

—¿Tú crees que puede funcionar? —Espera como si yo tuviera la respuesta a todo.

—Creo que podrías hacerle muy feliz. —Coloco mi mano sobre su hombro—. Siempre creí que se merecía mucho más que aquellos tíos.

—Eres una buena amiga. —Coloca la mano contraria sobre la mía.

Intento recordar el día que conocimos a Abibi, no se parecía a nadie que hubiera conocido antes, siempre seguro de sí mismo, bromista hasta un punto que a veces resultaba abrumador, pero siempre dispuesto cuando realmente se le necesitaba. Por aquel entonces, el único chico que conocía de verdad se llamaba Will y era tímido, un poco inseguro y bastante asustadizo, al menos hasta que cumplió los dieciséis y dejé de verlo así.

—¡Julie ven aquí! —grita Bisa desde el otro lado—. Creo que ya lo tengo.

Las dos nos miramos reflejadas en el mismo espejo del baño. Bisa termina de ponerse los coloretes sobre los pómulos, primero el derecho luego el izquierdo, entre tanto yo alargo la línea negra del párpado consiguiendo que mis ojos parezcan más grandes, un poco más largos.

—Tenemos que ir pronto —murmura Bisa mientras sigue maquillándose.

—Sí, ya casi. —La escucho, pero estoy distraída terminando de arreglarme.

Bisa sale del servicio entrando en su habitación, insistió tanto en que me quedara a comer en su casa y que nos arregláramos juntas que no pude negarme. No pude negarme a comprar aquel vestido rojo, a pesar de que yo no lo hubiera elegido por mí misma. No pude negarme a la petición de Meit por comer con ellas cuando volvimos del mercado, del mismo modo que no pude decirle que no a vestirnos juntas.

—Abibi me ha escrito. —La escucho, aunque no la veo—. Dice que ya está preparando cosas.

—Bien. —Alzo la voz.

Cuando entro en su habitación Bisa ya está vestida, un largo y vaporoso vestido azul con un escote de escándalo y una apertura en el lateral de la falda que deja al descubierto sus largas y delgadas piernas. Se pone los zancos de madera sentada en los pies de la cama.

—¿Has cogido los zapatos? —No alza su rostro, con la mirada fija en los broches de sus zapatos.

—Sí, claro. —Avanzo hacia el baúl que tiene junto al armario y donde he dejado mi bolsa con las cosas que necesitaba traerme—. Pero antes creo que tendría que ponerme el vestido.

—¡Ay sí, sí! —Se alza entusiasmada de la cama, agarra el vestido que cuelga de la puerta de su armario abierta y me lo entrega—. Vístete.

Me hago con el vestido para ponérmelo. Un vestido rojo, corto, con escote en barco y un fino

volante que va desde un extremo a otro de mi hombro cubriendo mi pecho. Plancho con mis manos los pliegues de la falda de vuelo al tiempo que Bisa coloca la parte superior en su sitio, más abajo de mis hombros. Luego, suelta la pinza que sujeta mi pelo y este cae libremente.

—¿Cuál es tú opinión? —Arrugo la frente impaciente.

—Preciosa.

—Tú sí que estás guapa.

—Sí, pero Kenan solo va a tener ojos para ti con este vestido *sexy*. —Coloca algunos mechones de mi cabello hacia delante.

—Sí —susurro sintiéndome culpable—. Bisa, yo debería...

—Anda, ponte los zapatos que tenemos que irnos ya —interrumpe mi confesión.

Asiento. Tras ponerme las cuñas y coger el bolso, las dos salimos de casa como un rayo, no sin que Meit y Zeena nos detengan en el comedor para decir lo guapas que estamos. Después de eso nos piden que tengamos cuidado, que avisemos si pasa algo y que le pidamos a los chicos que nos acompañen al terminar la fiesta. Miro a Bisa de reojo sabiendo que su fiesta no acabará en casa.

Conozco lo suficientemente a mi amiga como para reconocer cuándo simplemente complace a su madre con un sí y una sonrisa, tal y como acaba de hacer antes de salir las dos de casa. Zeena, que hoy estaba asombrosamente simpática, casi nos obliga a coger su coche, a lo que no ponemos ningún reparo.

Abibi vive cerca de Bo Kaap, el antiguo barrio malayo que hoy en día se llena de turistas. Se trata de uno de los barrios más famosos gracias a sus casas coloridas que resaltan a lo largo de la calle. Bo kaap en realidad significa «sobre el cielo» o «sobre la Ciudad del Cabo», nombre que seguramente se le dio a causa de hallarse a las faldas de la colina de la señal, en una calle en cuesta, aunque poca gente lo sabe. Yo lo supe después de que mi padre me contara un poco sobre la historia de Ciudad del Cabo durante aquella época en que le dio por leer libros para documentarse. Él llenó la casa de libros, y yo tuve que escuchar algunas de las historias que iba aprendiendo.

Bisa aparca frente al bloque donde vive Abibi, un pequeño aparcamiento que casi siempre está vacío. Abibi consiguió hacerse con el apartamento del último piso del edificio, el único piso del bloque con una gran terraza que estrenamos aquella misma semana de mudanzas.

La casa está impecable, todo recogido y limpio, aunque Abibi siempre fue un chico muy ordenado, algo que sin duda le vendrá de maravilla a Bisa y su desastre natural para las cosas.

—Pasad, pasad. —Nos conduce por el comedor hacia la gran terraza—. No sé si era esto lo que querías, Bisa.

Las dos nos quedamos sin habla en cuanto cruzamos el ventanal, una mesa larga de madera improvisada permanece en un lateral, sobre ella, un par de velas grandes de colores, aunque la gran parte de la iluminación del lugar se debe a las bonitas luces que Abibi ha colocado, casi por todas partes, y que le da un toque acogedor, cálido y hasta con cierto toque romántico.

—Abibi esto es fantástico —halago embobada.

—Tenías que haberte esperado a que llegáramos, te habríamos ayudado. —Bisa contempla todo tan asombrada como yo.

—Asumí que llegaríais tarde. —Ríe.

—Pues asumiste mal —respondo burlona.

—Además, no lo he hecho solo. —Abibi se aleja de nosotros hacia el centro de la terraza.

—¿Y quién te ha ayudado? ¿Un fantasma? —Bisa camina hacia él con la falda de su vestido moviéndose como si estuviera en un desfile de modelos.

—Que yo sepa todavía soy de carne y hueso. —Will aparece tras de mí con media sonrisa en la cara y las manos en los bolsillos.

Me doy la vuelta para besar su mejilla sintiendo la fina barba en mis labios. Está muy guapo a pesar de llevar puesta una camiseta blanca y un vaquero oscuro, aunque la chaqueta es nueva, de poliéster, de un color marrón claro.

—Gracias, Will.

Bisa se coloca junto a Abibi inconscientemente.

—No hay de qué. —Dibuja una de sus tiernas sonrisas.

—Ahora hay que ir preparando los canapés y la bebida, eso os lo hemos dejado a vosotras que sois más habilidosas. —Abibi lanza una mirada cómplice a Will.

—Sí, será mejor que preparemos todo. —Bisa toma el control de la situación—. Abibi ¿dónde están las cosas?

Los dos esquivan mi cuerpo, para después rodear a Will en su camino hacia el interior de la casa, hace una noche magnífica. Respiro profundamente.

—¿Qué tal el viaje? —Will permanece inmóvil observándome.

—Muy bien —resumo incómoda—. ¿Qué tal todo por aquí?

Por supuesto, solamente pretendo cambiar de conversación, aún no me siento nada cómoda hablando de Kenan con Will, por mucho que insista que todo está bien. También me resultaría extraño escuchar a Will hablar de otras. Saca las manos de los bolsillos de su pantalón.

—Aquí la cosa se ha liado bastante. —Mira hacia el cielo aunque, como yo, solo podrá ver oscuridad—. Bisa te habrá contado.

—Algo me ha dicho, sí. —Coloco los mechones que cubren mi rostro tras la oreja.

—Estás muy guapa. —Me echa un vistazo rápido—. Siempre creí que el rojo era tu color.

—Tú también estás muy guapo. —Pongo mi mano sobre su pecho palpando la chaqueta nueva—. Es nueva, ¿verdad?

—Siempre al tanto de todo. —Sonríe—. Sí, lo es, y apuesto que ese vestido lo eligió Bisa.

—Siempre me conociste bien —murmuro.

—Te calé pronto. —Pone su mano sobre la mía y provoca un sentimiento extraño.

—Has tenido toda mi vida para hacerlo —bromeo con una sonrisa en el rostro.

No recuerdo ni un solo momento en el que Will no haya estado y supongo que eso no se olvida de pronto.

—Y espero seguir estando en ella mucho tiempo —susurra, apartando la mirada de la mía.

—Y yo —musito sin ser consciente de todo lo que significan esas dos palabras—. Será mejor que vayamos a echar una mano en la cocina.

Alejo mi mano de su pecho y en consecuencia también la suya se aleja de la mía. Él es el primero en ponerse en marcha, pero yo lo sigo muy de cerca, tanto que puedo percibir el rastro de colonia que va dejando tras de sí y que yo recojo con mi buen olfato. Me encanta esa colonia, siempre que mi nariz la percibía mi corazón se aceleraba sabiendo que Will había llegado, que estaba muy cerca.

CAPÍTULO XXVIII

Disculpas que saben a fresa y chocolate.

La gente no tarda en llegar, aunque todo está en su sitio en cuanto entra la primera persona. No sé en qué momento se ha llenado la terraza iluminada de Abibi, pero todos parecen encantados con la comida, la bebida y la música que suena de fondo. Bisa habla con unos y otros, a la mayoría los conoce; Abibi también, y a quien no conoce simplemente se presenta sin ningún reparo. De Will no he vuelto a saber nada en cuanto han llegado los primeros invitados a la fiesta. Como uno de los canapés con paté mientras sujeto en la otra mano un vaso con Coca-Cola, sé que hasta que no llene mi estómago con algo de comida beber alcohol solo conseguirá ponerme mala. La gente se divierte, y yo no puedo dejar de pensar en Kenan... ¿dónde estará? ¿Estará bien?

—Hola. —Se acerca a mí un chico de cabello claro—. Qué sola estás.

—Como. —Levanto mi canapé.

—Soy Cory —se presenta amablemente.

—Julie.

—¿Y qué haces aquí tan apartada, Julie? —Se coloca frente a mí.

También Cory lleva entre sus manos un vaso, aunque parece cerveza desde mi perspectiva. En su pómulo, bajo el ojo izquierdo, un lunar de gran tamaño capta toda mi atención por más que intento no mirarlo.

—En realidad no hago nada.

—¿Quieres bailar un rato? —Me ofrece con picardía.

Con la mano que sujeta el vaso señala el centro de la terraza ocupada por mucha gente, algunos se mueven y bailan, otros solo hablan.

—Pues...

—Frena, Cory. —Bisa se va aproximando a nosotros—. Está cogida.

Mi amiga coloca su mano sobre el hombro del chico que parece decepcionado con la noticia. A la intervención de Bisa le siguen unos incómodos segundos de silencio, así, aprovecha Cory para beber con ansia de su vaso. Finalmente se despide de ambas, da media vuelta y regresa hacia el barullo de gente en el centro de la terraza.

—Has sido muy brusca. —Sonrío a mi amiga.

—Es verdad. —Le resta importancia—. Por cierto, ¿dónde está el militar?

—En su casa, creo. —Bajo el tono de mi voz.

—¿Qué pasa aquí?

Me contempla con la frente arrugada intentado averiguar lo que evidentemente oculto y muy mal, por cierto.

—Discutimos —suelto de pronto—. Tampoco fue una discusión, pero...

—Pero ¿qué? —La alegría de su rostro desaparece.

—No he vuelto a saber de él desde que volvimos —confieso.

En realidad, es algo que necesitaba contar a alguien y quien mejor que Bisa, mi mejor amiga en el mundo.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Qué ha ocurrido?

—No sé, Bisa —comienzo—. A veces resulta tan... tan soldado.

—¿Y eso qué significa? —Espera atenta a que continúe, aunque no parece haberme entendido.

—Tiene esa parte suya que activa en situaciones de alerta que lo cambia por completo. —Miro a mi alrededor—. Se convierte en un tipo serio, frío, distante... obsesionándose por mi seguridad.

—¿Pero es violento o algo así? —Arrima su cara a la mía.

—¡No, no, qué va! —Niego con la cabeza.

—Julie, es soldado —dice de forma obvia—. Es normal que no reaccione como el resto de personas en situaciones complicadas. Y perdona, pero si el problema es que quiere cuidar de ti... no veo qué está mal.

—No lo sé, Bisa. —Cubro mi cara con una mano—. Ni siquiera es eso. —Resoplo—. Me llamó ingenua, bueno no utilizó esa palabra, pero evidentemente se refería a ella.

—Julie, te quiero. —Coloca su mano en mi hombro—. Pero un poco ingenua sí que eres.

—Genial —digo sarcástica—. Esto sí que no me lo esperaba.

—Julie, escúchame. —Coloca también la otra mano en mi otro hombro—. Sé que es absurdo que lo diga yo, pero creo que deberías dejar de asustarte y estar con él. Es evidente que solo buscas excusas, ¿te gusta o no?

—Claro que me gusta —respondo sin vacilar.

—Pues llámalo. —Suena segura.

—Que lo llame —murmuro—. ¿Igual que tú te atreves a lanzarte a Abibi?

—Eso no es lo mismo. —Aparta sus ojos de los míos.

—Oh, vamos, Bisa, me das consejos sobre no tener miedo y tú...

—Y yo —interrumpe—. Confundo a Abibi, lo sé.

—¿Por qué? —Me alivia cambiar de conversación—. Creía que habíamos quedado en que te gustaba mucho.

—Y así es. —Bisa busca a Abibi entre la gente—. Oye, Julie, si lo tuyo con Kenan no sale bien cada uno seguirá su camino sin más, pero yo tendré que ver a Abibi cada día, cada vez que nos juntemos.

—¿Algo así como me sucede con Will? —Utilizo la más sutil ironía.

—Pero tú dejaste de querer a Will. —Alza la voz.

—Yo quiero a Will —la corrijo—. No del mismo modo, pero lo quiero. Es mi mejor amigo.

—Pero no es lo mismo —repite de nuevo.

—Pero, a ver, ¿por qué das por hecho que saldrá mal? —Cruzo los brazos a la altura de mi pecho.

—No sé —responde rápida—. Yo no sé...

Bisa deja de hablar. Sé que es lo que la preocupa, la idea de una relación estable con un buen chico que pueda romperle el corazón en cualquier momento. Lo sé porque también a mí me aterra la idea. Hace un par de días que no sé nada de Kenan y me niego a pensar que puede simplemente haber pasado de mí sin más mientras sigo enfurruñada con él y conmigo misma por cegarme. A Bisa le asusta lo mismo que a mí, pero no puedo decirle que se olvide, que lo más probable es que le haga daño tarde o temprano porque solamente hablaría la parte de mí dañada, la que está enfadada con Kenan.

—Bisa, hagamos un trato —llamo toda su atención—. Yo llamo a Kenan y tú le pides otra cita de verdad a Abibi, ¿qué dices?

—De acuerdo. —Sonríe—. Pues vamos a por algo de beber para cerrar el trato. —Mira de reojo mi vaso casi vacío—. Pero nada de coca cola ni refrescos.

—Ya veremos —intento picarla.

—No, ya veremos no, estás en mi fiesta y en mi fiesta solo se bebe...

Dejo de escucharla en cuanto estoy a punto de chocarme de bruces con alguien que cruza el ventanal, alguien que tardo solo unos segundos en reconocer, su porte primero, su rostro después.

—Kenan —dejo escapar de mis labios.

—Pues ya no hará falta que lo llames —susurra Bisa.

—Buenas noches —se dirige a ambas.

—Menudo sitio. —Se escucha tras él descubriéndose segundos después a Yuma agarrado de la mano de una chica de piel morena—. Julie.

—Hola, Yuma —digo confusa al tropezar con ellos.

—Qué guapa. —Esquiva el cuerpo de Kenan, inmóvil, para alcanzarme y poder saludarme—. Esta es Gwen, mi novia.

—Hola, un placer. —Parece tímida.

—Ella es Bisa, la organizadora de la fiesta —presento a mi amiga.

—Bonita fiesta. —Yuma parece eufórico.

—Gracias —dice ella orgullosa—. ¿Tú eres el primo de Abibi?

—Así es. —Rodea con su mano la cintura de su novia—. ¿Por dónde anda?

—Vamos, os ayudaré a buscarlo. —Bisa señala el camino con su mano.

—Ahora nos vemos, Julie —dice Yuma antes de seguir los pasos de mi amiga, cuya única intención es dejarme a solas con Kenan.

La expresión de su rostro no cambia, ni siquiera cuando nos quedamos los dos solos cara a cara junto al ventanal. Se ha arreglado un poco, además de afeitarse y cortarse un poco más el pelo, pero aparte de eso, es el mismo Kenan que me dejó en la puerta de mi casa después de más de siete horas de viaje.

—Lo siento. —Es el primero en hablar—. Necesitaba pensar.

—Yo también. —Contengo mis emociones—. Pensé que no vendrías.

—No iba a venir —confiesa—, pero te echaba de menos, quería verte.

—¿Qué llevas ahí?

Con mi cabeza señalo lo que sujeta entre sus manos y que no logro ver con claridad, parece un bote.

—Pensé que te sería más fácil perdonarme con un helado de fresa. —Me entrega el bote con una tímida sonrisa en su cara.

Lo acepto sin decir nada, aunque sí pareciéndome la forma más original que nadie ha utilizado para disculparse.

—No tenías que haberte molestado. —Miro la tarrina—. No ha sido cosa tuya solam...

—Y antes de que me digas que también el chocolate es tu sabor favorito —interrumpe sacando algo más de su chaqueta—. También te he traído chocolate.

Kenan me entrega una barra de chocolate logrando sacarme una sonrisa. Permanezco allí de pie sosteniendo ambos dulces, puedo sentir el frío en mis manos por el helado.

—Anda, ven, voy a llevarlo a la nevera.

Esquivo su cuerpo para así poder entrar en el apartamento, mientras él se pone en marcha poco después, siguiendo mis pasos.

En la cocina no hay nadie, tal y como debería ser, meto en el congelador de Abibi el helado de fresa y el chocolate en la nevera, Kenan aguarda en silencio junto a la encimera. Sigue mis movimientos con sus ojos al tiempo que logro verlo de reojo.

—Luego tendré que presentarme como es debido a tu amiga, debe de creer que soy un maleducado. —Coloca las manos a su espalda apoyándolas en la encimera.

—No te preocupes. —Cierro la puerta de la nevera permitiendo que mi espalda choque con ella, dejando caer mi peso. Desvío mi mirada hacia la puerta de la cocina—. Ahora te presentaré al resto, Abibi es el...

De repente, cuando mi vista vuelve al frente, el rostro de Kenan se encuentra tan próximo al

mío que corta mi aliento. Su cuerpo me acorrala y sus ojos azules me contemplan en silencio.

—De verdad que siento lo que te dije —musita sin dejar de contemplarme.

—Yo también.

Me abrumba tenerlo tan cerca, puedo recordar nuestra primera noche juntos y solo consigo que mi bello se erice al recordarlo.

—Estaba asustado —continúa en voz baja.

—Creía que los soldados nunca os asustabais —intento bromear.

—Eso es un mito. —Sonríe—. Nos asustamos como cualquier persona, solo que no perdemos el control, mantenemos la calma.

—No puedes estar pendiente de mí las veinticuatro horas del día —intento explicarle—. Ni pretender que deje de hacer lo correcto porque garantice mi seguridad.

—Lo sé —responde consciente de que tengo razón, aunque no le gusta demasiado la idea—. Pero no me ocultes nada. —Su expresión se vuelve seria—. Si te amenazan o te escriben mensajes en el muro de tu casa o te llaman o lo que sea... me lo dirás.

—Lo haré —asiento—. Pero también tú tienes que contarme lo que sucede cuando no estás conmigo.

—Julie sabes que...

—Kenan es un trato —interrumpo al chico de ojos claros y piel café con leche.

—No sabía que estuviéramos haciendo un trato. —Se dibuja una media sonrisa en la comisura de sus labios.

—Pues lo es. —Me mantengo firme.

—De acuerdo. —Alza las cejas—. ¿Esto significa que nos hemos perdonado?

Rodeo su rostro con ambas manos y beso sus labios que tanto he extrañado.

—Eso creo. —Sello el pacto.

Estoy más que dispuesta a salir de esa cocina junto a él, cuando su cuerpo me lo impide. Todo él permanece inmóvil, impenetrable, impidiéndome el paso. Estoy a punto de pedirle alguna explicación cuando una picarona y sensual sonrisa se dibuja en su rostro, una de esas que ya he visto antes. Avanza hacia mí sin vacilación hasta acorralarme contra la nevera.

Primero besa mis labios muy despacio, con sensualidad y calidez. Después aparta el cabello que le molesta para continuar por mi cuello y, solo entonces, entorna mis ojos dejándome llevar por el placer. Debería preocuparme lo expuestos que nos encontramos en una cocina que no es la mía ni la suya, pero a él no parece importarle lo más mínimo, y a mí cada vez me preocupa menos.

Rodeo su cuello, ansiosa por besarlo yo también, pero su mano agarra mis dos muñecas y las pega a la puerta de la nevera impidiendo que pueda moverlas. Juguetón, deja que su otra mano acaricie mi pierna, ascendiendo peligrosamente hacia mi muslo. Siento el tacto de sus dedos

acariciando mi piel, consiguiendo que me estremezca de placer. Y, por fin, su áspera mano se pierde por debajo de mi vestido hasta alcanzar mis braguitas. Está dispuesto a seguir y mi cuerpo pide a gritos que lo haga. Sus labios se pegan a los míos abruptamente al tiempo que su mano logra hacer camino entre mis piernas. La posibilidad de que alguien pueda encontrarnos allí, solo anima a Kenan a continuar.

—¡Vaya, perdón!

Escucho de pronto. Aparto con decisión a Kenan de mí, recolocándome el vestido y arreglando mi cabello mientras él intenta hacer lo mismo.

—Nosotros... —comienza Kenan.

—Julie. —Reconozco esa forma de decir mi nombre.

—Will. —Hago lo mismo, decir su nombre en voz alta.

—Tú eres Will. —Desliza su mano hacia la nuca—. Cierto, nos conocimos en el hospital. —Mi chico de ojos azules avanza hacia él ofreciéndole la mano—. No sé si te acuerdas de mí, soy Kenan.

—Sé quién eres. —Will mantiene su vista en mí unos segundos más antes de desviarla hacia el tipo que le ofrece la mano que acepta—. Venía a por un par de cervezas más.

—Te ayudaremos a llevarlas. —Me aparto de la nevera con el fin de abrirla y sacar de ella unas cuantas.

He perdido el control de la situación, claramente. No puedo creerme que Will me haya pillado enrollándome con Kenan en la cocina de Abibi, estoy avergonzada. Reparto unas cervezas a Kenan primero, a Will después, cogiendo también entre mis manos algunas tantas. Caminamos hacia la terraza después de un incómodo momento que espero no vuelva a repetirse jamás, al menos no públicamente.

—No sabía que ibas a venir. —Will se coloca junto a Kenan mientras los tres seguimos avanzando por la casa.

—Lo decidí a última hora. —Me echa un vistazo rápido.

—Claro —se limita a responder Will.

Al llegar a la terraza muchos nos vitorean antes de hacerse con una de las cervezas, el volumen de la música está más alto y la gente más borracha, es entonces cuando me pregunto cuánto tiempo hemos estado Kenan y yo en esa cocina.

—¿Quedan más en la nevera? —Abibi me coge una.

—Alguna —respondo.

—Genial. —La abre con sus dedos para seguir bebiendo—. ¿Y tú, quién eres?

—Abibi, él es Kenan —le presento.

—¡Oh, Kenan! —Le ofrece un apretón de manos—. El Kenan de Julie, encantado.

—Sí, el Kenan de Julie —responde sonriente.

—Habrás venido con mi primo, ¿no? —Vuelve a beber.

—Sí, está por ahí. —Echa un vistazo entre la gente, al igual que yo, pero no logramos verlo.

—Espero que la trates bien. —Suena a amenaza, aunque no deja de sonreír.

—Abibi, no es necesario... —Vuelvo a sentirme violenta con la situación.

—Tranquila, Julie. —Kenan no deja de sonreír—. Me gusta que tengas amigos que cuidan de ti.

Pongo los ojos en blanco siendo consciente de que no puede evitarlo, que es casi parte de su naturaleza como soldado, pero también como el Kenan civil.

—Bueno, ¿y qué tal el viaje? —Abibi nos habla, pero su mirada se desliza entre la gente y la fiesta.

—Estupendo —murmura Kenan al tiempo que noto como sus dedos se entrelazan con los míos, sensualmente, tiernamente—. Vimos elefantes.

—¿Elefantes? —Will y Abibi preguntan al mismo tiempo, con esa cara de asombro que no pueden borrar.

—Creía que no te gustaban los safaris. —Will parece más sorprendido aún que antes.

—Yo nunca he dicho que no me gustaran los safaris —digo alto y firme—. A mi familia no le gustan y por eso no iba.

Cojo la cerveza que Kenan sostiene en la otra mano y que se ha quedado para sí, bebo un buen trago. Will sigue mirándome, aunque no dura mucho tiempo más así, pronto desvía sus ojos hacia la gente, hacia una mujer que camina con seguridad frente a nosotros, Bisa.

—Así que estabais aquí. ¿Qué hacéis reunidos? —Se coloca junto a Abibi apoyando su mano en el hombro de él—. Tú eres Kenan, ¿verdad?

—Así es —responde él amablemente—. Debería haberme presentado antes, lo siento.

—No te preocupes. —Bisa se acerca a él para besar su mejilla—. Yo soy Bisa.

—La amiga modelo de Julie —murmura.

—La misma. —Bisa me lanza una mirada sorprendida—. Y dime, soldado, ¿cómo están las cosas?

Todos clavan sus ojos en Kenan, incluso yo, que muero de curiosidad por saber qué va a contestar. Cumplirá su parte de no ocultar nada también ahora.

—La gente se ha revolucionado —responde muy en su línea, sin decir más de lo debido.

—Ni qué lo digas —le da la razón Abibi—. Y no tiene pinta de acabar pronto.

—Es una vergüenza. —Bisa levanta la cabeza, orgullosa, aunque ni siquiera se da cuenta—. Habrá otra protesta, y otra, y nuevamente agresiones.

—Eso es lo que estamos intentado evitar —contrarresta Kenan.

—Pues no lo estáis haciendo muy bien —murmura Will llamando nuestra atención.

—No es sencillo cuando no sabes dónde y cuándo va a ocurrir, cuando no cuentas con lo necesario para evitarlo —Kenan responde sin mucha suavidad—. Si un tío mata a otro porque sí en un local, no podemos simplemente acabar con ello, no sin un patrón. Y no lo hay.

—Ese no es el problema —intervengo—. No entiendo cómo después de lo que Sudáfrica ha vivido se repita la historia.

—Las personas somos así de idiotas —responde Bisa sarcástica.

—Bueno, Julie, siempre va a haber asesinatos. —Yuma, que avanza hacia nosotros, interviene en la conversación de repente—. En Lavender Hill hay muertes día sí, día también.

—Pero esto que está surgiendo es...

No continúo, pero ninguno lo hace tampoco. Yuma saluda al grupo presentándose con su característica simpatía natural, después presenta a su silenciosa novia Gwen que se limita a sonreír y beber sin decir nada. Todos sabemos que Lavender Hill es un barrio peligroso aquí en Ciudad, que hay que evitarlo, que las drogas y los capos controlan el lugar. Siempre existirán sitios así, pero cuando todo estalla involucrando su alrededor el poco control se pierde. La convivencia, la coexistencia. Mi tío Bob me ha hablado un millón de veces de Nelson Mandela, de aquellos conflictivos años, del enfrentamiento, la desigualdad, el miedo. Volver a ello no puede traer nada bueno. Nada.

CAPÍTULO XXIX

Bo Kaap.

Las casas de colores alegran la calle como ningún otro lugar de Ciudad. Algunos siguen la fiesta en el apartamento de Abibi, pero nosotros paseamos bajo las estrellas. Dada la situación actual, lo más responsable habría sido quedarse en el piso y evitar las calles en unos días como estos, pero caminar junto a Kenan me da una seguridad extraña. Sé que nada podría ocurrirme a su lado. Paseamos cogidos de la mano por el antiguo barrio malayo, algunos coches aparcados en el lado derecho de la carretera estrechan la calle considerablemente. Pasamos una casa de color naranja con las ventanas en blanco, después una azul mar y tras ella una de color violeta. Dejo de agarrar la mano de Kenan para sujetarme a su brazo en busca de más proximidad, él, rápidamente, reacciona acercando su cuerpo al mío y dibujando una sonrisa en su cara.

—¿Tienes frío? —pregunta sin dejar de mirarme.

—No. —Alzo la vista al cielo oscuro—. Hace una noche estupenda.

—Sí. ¿Sabes que estás muy *sexy* con ese vestido, Julie Edison?

Kenan me echa un vistazo, recorriendo con sus ojos mi cuerpo sin pasar por alto ningún pequeño detalle. Bien sé lo *sexy* que le parece mi vestido después de haber intentado quitármelo velozmente hace unas horas.

—Bisa me convenció para comprármelo. —Coloco mi mano sobre su barbilla levantando su cabeza y con ella su mirada perdida por mis curvas.

Kenan sonríe entendiendo al instante lo incómoda que me hace sentir mirándome de ese modo en plena calle, por muy vacía que esté. Besa mi cabello con dulzura.

—Ha sido una buena fiesta. —Cambia rápido de tema—. Tus amigos son muy simpáticos.

—Sí. —Asiento moviendo la cabeza—. Creo que les has caído bien.

—Puede. —Se hace el interesante—. Aunque es posible que a tu amigo Will aún tenga que ganármelo.

Kenan deja escapar una carcajada maliciosa sabiendo que, nuestro momento pillada en la cocina de Abibi más que gracioso me ha resultado vergonzoso. Empujo su cuerpo hacia un lado alejándolo de mí a modo de venganza.

—Eso no ha estado bien.

—Julie, tampoco ha sido para tanto. —Sigue riendo.

—Kenan, que vergüenza —susurro recordando la escena.

—Pues cualquiera lo diría después de ver la expresión de tu rostro en ese momento. Estoy seguro de que lo siguiente que habrías hecho era quitarme la ropa —continúa bromeando.

—¡Cállate!

Intento nuevamente empujarlo, pero él se aleja avisado y veloz antes de que pueda hacerlo.

—Venga preciosa, piensa que será una gran anécdota para contar a nuestros nietos. —Sigue riendo sin percatarse en el hecho de que ha dicho nuestros y no tus nietos.

—No quiero volver a hablar de eso. —Pongo los ojos en blanco.

—Me lo pones muy difícil, Julie —sigue—. Pero lo haré. Sabes que haría cualquier cosa que me pidieras.

Lo que comienza como una broma deja de serlo. Clavo mis ojos en él, que sigue sonriendo sin darle más importancia a su confesión, como si no significara gran cosa. Sin embargo, provoca algo en mi interior. Algo se enciende de pronto. Sin detenernos, avanzo hacia él despacio, Kenan frunce el ceño intentando averiguar cuál es mi siguiente paso y, solo entonces, lo adelanto hasta colocarme cara a cara mientras camino de espaldas, lentamente, sin que él deje de avanzar hacia delante.

—Cualquier cosa que te pidiera —repito minutos después de haberlo escuchado de sus labios.

—Cualquier cosa —susurra contemplando mis labios. Kenan alarga sus brazos hasta rodear mi cintura, sin detenernos, me acerca a él despacio—. Será mejor que te sujete.

—¿Y eso por qué? —Arrugo la frente.

—Porque no querrás caerte mientras caminas de espaldas. —Vuelve a burlarse de mi torpeza.

—¿Es qué nunca hablas en serio? —Miro hacia arriba, resignada.

—Te quiero, Julie —sale de sus carnosos labios—. ¿Te parece lo suficientemente serio?

No sé qué decir, así que simplemente no digo nada. Acercó mi rostro al suyo en busca de un inevitable beso que llevo deseando desde nuestro encuentro en la cocina. Están húmedos. Después del beso aleja su cara de la mía frenando nuestro avance.

—¿Qué ocurre? —susurro.

—¿Quieres venirte conmigo esta noche? —dice seriamente.

Sonríó relajando mi cuerpo al completo, esperaba alguna gran tragedia dada su seriedad. Muevo la cabeza de arriba a abajo aceptando su proposición segundos después de habérmela hecho.

—Por supuesto.

Amy entruja con fuerza su nueva libreta contra su pecho como si se tratase de un tesoro. Me gusta hacerle regalos siempre que puedo, es una niña tan encantadora que no resulta complicado complacerla. Un año le dio por pedir bolígrafos de colores y no quería ninguna otra cosa, así que le regalé a la pequeña de la casa cientos de bolis de colores. En cuanto ha visto la libreta con el dibujo de una bailarina en la tapa ha comenzado a revolotear alrededor de ella con su peculiar forma de pedirla. Nat no quería comprársela porque dice que tiene montones de ellas en casa, pero yo, su tía favorita, no he podido negárselo. No habría podido decir nada mi prima para convencerme de no hacerlo, y me alegro porque es tan feliz con su libreta nueva.

—Entre mis padres y tú la vais a malcriar—refunfuña Nat.

—Para esto están los abuelos y las tías. —Sonríó sin apartar la vista de mi pequeña Amy—. ¿Qué tal todo? ¿Qué tal Tim?

—Todo va bien —termina pronto.

—¿Y qué tal el nuevo miembro de la familia? —Con la mano libre que me queda acaricio su panza.

—Está bien. —Ríe Nat—. ¿Y tú? Te veo muy feliz para todo lo que está pasando.

—¿Qué está pasando? —Arrugo la frente.

—Pues lo de la agresión, lo del muro y las manifestaciones —responde alzando la voz—. ¿Se puede saber dónde has estado viviendo estas semanas?

—Ah, sí. Claro. —Esquivo su mirada.

Ambas llevamos bolsas colgando de nuestras manos. Hemos quedado a tomar algo, pero también a mirar un par de tiendas. Nat llevaba un tiempo pidiéndome un poco de mi tiempo libre a modo de mujer desesperada, y yo me moría de ganas de ver a Amy después de tanto tiempo. Hoy, su padre, le ha hecho esa trenza tan mona y que suele mover de lado a lado con efusividad cada vez que la lleva.

—Julie, ¿qué me ocultas? —Su mirada indaga en mí, averiguando.

—Pues para tu información. —Alzo la cabeza—. Solamente te diré que estoy enamorada.

No vacilo en reconocer mi nuevo estado de ánimo desde el día en que Kenan me confesó que me quería. Natalie frena en seco llevándose las manos a la cabeza mientras Amy sigue distraída con el mundo que la rodea.

—¿Cómo? —Levanta la voz—. Ese militar y...

—Sí, Kenan —interrumpo.

—Amy no te alejes. —Ordena a la pequeña que pronto se detiene a unos pasos de nosotras.

Echo un vistazo a la calle, sin darme cuenta de ello, hemos llegado al Centro Cívico, un edificio gigantesco de varias plantas. Es aquí donde se hallan las oficinas administrativas de la ciudad. Miro hacia mi izquierda, Amy sube y baja los escalones que conducen a la amplia plaza abierta frente al edificio. Agarrada a la barandilla metálica sube pegando saltitos sin apartar su vista del suelo, de sus pequeños pies. Lugo baja de nuevo y así varias veces.

—Me ha dicho que me quiere. —No puedo detener la sonrisa que está a punto de aparecer en mi cara de tonta enamorada.

—¿En serio? —También en Nat aparece rápidamente—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Discutimos y apareció después en la fiesta de Bisa y...

Voy enumerando los acontecimientos. No solo no he podido ver a Natalie antes, sino que, además, tampoco he podido hablar con ella así que son muchas cosas las que desconoce desde la

última vez que salió el tema. Una mujer nos esquivo al habernos detenido en plena calle.

—Vaya —se limita a responder.

—¿Vaya es todo lo que vas a decirme? —Frunzo el ceño, confusa.

—Bueno, Julie, es que...

Nat deja de hablar cuando un ruido fuerte se cuela en la conversación. Las dos, de inmediato, buscamos a Amy con la mirada, pero ella sigue jugando en los escalones sin haber percibido nada. El sonido es cada vez más fuerte, intento prestar atención averiguando qué es exactamente hasta que, por el otro lado de la plaza, se avecina una avalancha de gente que murmura algo que no logro entender. Tardamos unos segundos en reaccionar. Lo primero es encargarse de Amy, a la que colocamos tras nuestros cuerpos a modo de protección. Después, al igual que la gente que paseaba hasta hace unos minutos por la plaza y la calle, nos quedamos paralizadas contemplando la escena.

Un grupo de gente avanza hacia el edificio del Centro Cívico al son de una especie de eslogan que no entiendo a causa de la descoordinación de sus voces. Logo captar la palabra igualdad en algún momento y solución también.

—¿Qué es esto? —murmuro.

—Mami, ¿qué pasa? —pregunta Amy intentado ver algo entre nuestros cuerpos.

Nat se da la vuelta para cogerla en brazos, asustada por la situación. Acerca el cuerpecito de Amy al suyo.

—No pasa nada, Amy —responde Nat nada convincente.

La gente avanza hacia la plaza hasta ocuparla lentamente, al menos no parece nada violento, ni peligroso. Lo único que nos mantiene en alerta es la gran cantidad de personas reunidas.

—Voy a ir a ver. —Echo un vistazo rápido a mi prima.

Natalie detiene mi marcha agarrando mi brazo antes de que pueda dar, ni siquiera el primer paso. Mis ojos las miran.

—No, Julie —suplica.

—Natalie, no pasa nada —intento tranquilizarla.

El movimiento de la gente que hasta hace unos segundos se limitaba a contemplar la escena nos advierte que algo ha cambiado la situación. Aparto mi atención de Nat y Amy y lo primero que veo es a un grupo de policías uniformados saliendo del edificio, ocupando la entrada a modo de barrera infranqueable.

—Será mejor que nos marchemos —murmuro a pesar de que hace tan solo unos minutos estaba a punto de acercarme a la marabunta.

—Sí —susurra.

Apenas nos damos la vuelta cuando la situación se descontrola. Los primeros manifestantes de las primeras filas del grupo de gente comienzan a mostrarse reacios a la presencia policial con gritos e insultos que suben de tono por minutos. Nat y yo caminamos en dirección contraria

manteniendo la calma, aunque el temor controla por completo nuestras emociones. Aquel día en la tienda vuelve a mi mente en una consecutiva proyección de imágenes. La subida de tono a la cajera, mi intervención, las amenazadoras palabras de aquel hombre agresivo, los golpes, el ruido de las cosas cayendo de la estantería. Sus manos en mi cuello.

Los manifestantes comienzan a lanzar cosas contra las autoridades provocando que todo se vaya de las manos. Echo la vista atrás atraída por los ruidos y la gente, pero seguimos hacia delante a paso ligero hasta que la escena queda lejos como para identificar lo que está pasando. Hemos cruzado el *parking* que se encuentra en uno de los lados de la plaza, Natalie me adelanta unos pasos, los suficientes como para convertirse en la guía de nuestra huida. Es entonces cuando gira la siguiente esquina y dejamos atrás la plaza, aunque no los ruidos violentos que llegan de ella. Amy abraza a su madre con los ojos cerrados. Solo reducimos la velocidad minutos después, cuando unas cuantas calles más no separan del Centro Cívico. Nat achucha a la pequeña como si sus brazos pudieran detener balas.

—Ya está, Nat. —Coloco mi mano sobre su hombro intentado tranquilizarla.

Mi prima mayor me mira aterrada, en sus ojos brillantes logro ver el mismo miedo que recorre mi cuerpo, aunque yo lo oculto mucho mejor que ella.

—Esto es una auténtica locura, Julie. —Hiperventila.

—Lo es —asiento.

La violencia solo trae violencia, eso es un hecho. Enzarnos en un enfrentamiento como el que se avecina solo traerá más violencia, más conflictos, más dolor. Miro la calle en busca de calma, pero mire donde mire de nuevo tropiezo con esa sensación de incertidumbre, de confusión y miedo. Todos caminamos deprisa.

—Ven —Nat llama mi atención.

El propósito de mi prima es entrar en la siguiente tienda que encontramos a nuestro paso, por mi parte seguiría hasta llegar a casa sin detenerme, pero dejo que sea ella la que tome la decisión. Cuando entramos en la zapatería algunos nos miran curiosos, pero apostaría a que ninguno de los clientes que pasean por la tienda tiene ni idea de lo que sucede a varias calles de aquí. Amy se aleja del cuerpo de su madre para contemplarlo todo como niña curiosa que es.

—Vamos Amy, vamos a probarnos zapatos. —Intento quitársela de sus brazos despacio, Nat va dejándola marchar poco a poco hasta que Amy acaba en el suelo, cogida a mi mano con una pequeña sonrisa en su bonito rostro.

Amy echa un vistazo a Nat antes de moverse del sitio a modo de consentimiento. Su madre sonrío moviendo su cabeza de arriba abajo, gesto que la niña interpreta rápidamente.

Terminamos las dos sentadas en los taburetes de la tienda con varios pares de zapatos a nuestro alrededor formando una barrera infranqueable, mientras intentamos probarnos más. He intentado a toda costa distraer a Amy y creo haberlo conseguido entre zapatos de charol y botines de pelo. Nat nos mira sin decir nada, aunque se le nota más tranquila. Intento meter mi pie de la talla treinta y ocho en un zapato de tacón impresionante que, por supuesto, jamás me pondría.

Cuando al fin el izquierdo está dentro introduzco el derecho antes de levantarme del taburete con cautela.

—Vas a matarte —musita Nat cruzando sus brazos a la altura de su pecho.

—Suenas como Kenan —respondo ofendida, aunque únicamente consigo que ella ría.

—Pues entonces es que te conoce bien.

Me coloco frente al espejo que hay muy próximo a los taburetes. Me pongo de lado primero, contemplando el zapato negro brillante, después me doy la vuelta hacia el otro lado.

—Son muy bonitos —digo en voz alta sin prestar atención a las expresiones que se dibujan en el rostro de Nat y que veo en el espejo.

—¿Vas a comprártelos? —Sueno incrédula.

—¿Por qué no? Me quedan como un guante. —Alzo la cabeza orgullosa.

—Te quedan genial, Julie, pero no serías capaz de dar dos pasos con ellos sin caerte —intenta sonar bromista.

Regreso al taburete despacio esquivando su mirada, me siento en él antes de quitármelos. Amy se levanta tras haber escogido unos zapatos rosas con purpurina. Imita mis movimientos mirándose en el espejo como si fuera una modelo, por un segundo me recuerda a la Bisa presumida de trece años que siempre terminaba mirándose en todos los espejos.

—Qué guapa —digo orgullosa de ser su tía—. Si los quieres te los compro.

—¡Sí! —responde efusivamente al instante.

Vuelvo a ponerme las zapatillas blancas mientras la pequeña mira el resto de zapatos con los rosas aún puestos. Contemplo mis pequeños pies introduciéndose despacio dentro del calcetín primero, de la zapatilla después.

—Julie —musita Nat habiéndose sentado a mi lado—. ¿Crees que ya se habrá calmado la situación?

—No lo sé, supongo. —Levanto la mirada del suelo—. De todas formas, nuestro camino es en dirección contraria.

—Tengo tanto miedo de que pueda pasarle algo. —Su vista se desvía hacia Amy.

—Nat, no va a pasar nada. —Pongo mi mano sobre su pierna.

—También tengo miedo de que algo pueda pasarte a ti. —Su mano cae sobre la mía.

—Lo mejor será que pague y nos marchemos a casa. —Ato los cordones—. Os acompañaré y después...

—Y después llamarás para que vengan a recogerte —interrumpe.

—Pero ¿qué dices Nat? —Sonrío.

—Lo digo muy en serio. Si Tim no está en casa cuando llegemos llamarás a tu padre para que

te recojan en coche, ¿entendido?

No me atrevo a llevarle la contraria, no suelo hacerlo; de hecho, pocas veces lo hice siendo niñas porque Nat siempre terminaba ganando, fuera lo que fuera. Siempre fue la que tuvo más cabeza de las dos.

—Entendido.

CAPÍTULO XXX

Todos ocultamos secretos.

Las luces de fuera están todas encendidas, las de mi casa, pero también las de las otras casas vecinas. Observo el muro recién pintado y aquella espantosa frase vuelve a mi mente como si hubiera sido ayer cuando la encontré.

—Gracias, Tim. —Dejo de mirar el muro pintado.

—No me las des —murmura—. Ahora entra en casa, que como Nat se entere que no me quedé aquí hasta verte entrar me matará.

Los dos reímos. Obedezco su petición despidiéndome de él con un movimiento de mano antes de abrir la puerta y entrar así en mi parcela. Camino hacia el porche de casa iluminado hasta alcanzar la puerta principal.

Toda la mesa del comedor está llena de papeles, montañas y montañas de documentos por todas partes, en medio de todo eso mamá, con un bolígrafo entre las manos y demasiado concentrada como para darse cuenta de que su única hija acaba de llegar a casa. Se ha recogido el cabello de manera muy improvisada, aunque muy natural, con una pinza de color naranja que resalta entre sus mechones rubios. Hubo un tiempo en que mamá llevaba el pelo largo, casi tan largo como el mío, hasta que se dio cuenta de que cuanto más mayor se hacía mejor le queda la melena corta y desde entonces no deja que sobrepase sus hombros. Es la primera vez que ambas llevamos un corte muy similar.

—Buenas noches, mamá. —Voy quitándome la chaqueta vaquera con la intención de apoyarla sobre el respaldo de la silla.

—Julie —dice sorprendida—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace dos microsegundos —bromeo—. ¿Qué es todo esto?

Mi vista se desliza de nuevo por los papeles sobre la mesa, hay montones, aunque extremadamente organizados. Alargo mi mano haciéndome con uno de ellos, solo entonces comprendo que se tratan de exámenes de la escuela que mamá corrige minuciosamente.

—Trabajo. —Respira profundamente al tiempo que deja el bolígrafo caer de sus dedos—. ¿De dónde vienes? ¿Has estado con Kenan?

—Más bien con Nat y Amy. —Sigo mirando los exámenes, algunos de ellos ya tienen las notas puestas, también veo anotaciones rojas de mamá en los márgenes.

Yo nunca llegué a tenerla como maestra a pesar de que me admitieron en aquella refinada escuela por el único hecho de que mamá trabajaba en ella. Decían que no era ético que mi madre fuera mi profesora así que nunca la tuve, pero no me libré de ella del todo. En casa siempre andaba tras de mí corrigiéndome los deberes, las faltas de ortografía y los cálculos mal hechos. Las matemáticas siempre se me dieron bastante bien, pero las letras no era lo mío, o al menos no lo fue hasta que de repente descubrí lo divertido que era y acabé aprendiendo rápido otros

idiomas.

—¿Cómo está tu prima? —Olvida por un segundo el trabajo—. Anda siéntate y cuéntame un poco.

—Ahora no puedo. —Me muevo de prisa esquivando a mamá.

—¿Y por qué no? —Arruga la frente a la espera de una buena excusa.

—Pues porque he quedado en llamar a Kenan. —Miro hacia otra parte antes de que descubra que miento.

—Al menos, eso significa que todo va bien con él ¿no?

De cualquier modo, mamá siempre se sale con la suya, ya estoy acostumbrada. Lo que quería era charlar un rato conmigo y va a conseguirlo.

—Sí, bien —me limito a responder.

—Julie, hija, puedes...

El sonido de la puerta cerrándose de golpe interrumpe a mamá mejor que yo. Quiero aprovechar esos segundos de margen para irme a mi habitación, pero papá aparece más rápido que yo en el comedor. En su rostro reina la seriedad.

—¿Richard que ocurre? —Mamá también lo percibe.

—¿No ha salido en las noticias? —Papá deja el maletín del trabajo apoyado en la silla.

—No sé de qué estás hablando Richard. —Mamá se levanta de la silla con la clara intención de encender el televisor.

—Lo de la manifestación frente al Centro Cívico. —Me llevo la mano a la frente.

—¿Tú lo has visto? —Papá clava sus ojos en mí.

—¿De qué estáis hablando? —Mamá esquivo el cuerpo de papá siguiendo su camino.

—Por lo visto se ha desmoronado todo. —Reposa sus manos sobre el respaldo de la silla.

Mamá consigue su objetivo y el sonido de la televisión retumba por el comedor sin que pueda entender ni una sola palabra. Ella cambia los canales a velocidad de la luz en busca de algún canal donde pueda escuchar las noticias. Papá camina hacia el sofá hasta alcanzarlo, solo en ese instante se sienta en él cauteloso mientras mamá sigue de pie junto al televisor cambiando. Encuentra un canal.

—Las autoridades han decretado finalmente toque de queda durante los próximos días como única forma de controlar la situación que asola a Ciudad del Cabo desde hace un tiempo.

La mujer de piel oscura que da la noticia permanece sentada tras la mesa mientras a su espalda una serie de imágenes se repiten una y otra vez en una pantalla secundaria. Avanzo hacia el sofá sin poder creer lo que llegan a mis oídos. Toque de queda. Contemplo los rostros de mis padres el tiempo en que las imágenes que habían quedado en un segundo plano ocupan la pantalla al completo. Están asustados.

—¿Es posible? —Mamá mira a papá en busca de una respuesta.

—Se decreta la Ley Marcial —termina diciendo la periodista.

Mamá se lleva ambas manos a la boca para cubrirla sin poder salir de su asombro, también yo me sorprendo con las medidas tomadas por parte del Gobierno de Ciudad del Cabo después de varios encontronazos. En las imágenes que se proyectan en la pantalla, un grupo de militares intentan controlar a otro grupo de violentos manifestantes. Presto atención a lo que sucede aterrada de poder encontrar el rostro de Kenan en cualquier momento. El corazón se me hace pequeño en el pecho. Lo curioso de todo esto es que, el grupo de manifestantes que vimos en la plaza eran en su mayoría de piel oscura, sin embargo, los que protagonizan los altercados de las noticias son todos blancos.

Sale la universidad de Ciudad entre las imágenes, salen cosas incendiadas volando por el aire, cosas estrellándose contra las paredes de la universidad dejando de ser uno de los lugares más bonitos de Ciudad para convertirse en un campo de batalla.

—¿Y ahora qué va a pasar, Richard? —Mamá baja el volumen del televisor.

—Solo sé que quizás sea buena idea irnos una temporada —murmura él.

—¿Cómo qué irnos? —Salto de repente—. ¿Irnos a dónde? No vamos a irnos.

Pero ninguno de los dos dice nada, se limitan a mirarse uno al otro de esa manera tan cómplice y que me hace sentir tan apartada, tan excluida.

—Julie, puede que tu padre tenga razón. —Mamá espera unos afilados y cortantes minutos antes de contestar.

—¿Pero se puede saber qué estáis diciendo? —Siento que soy la única cuerda de esta casa—. Vamos a ver, todo esto se está yendo de las manos, ni siquiera entiendo por qué el Gobierno ha creído buena idea...

—Julie —interrumpe papá.

Vuelven hacerlo. Vuelven a mirarse sin decir nada.

—¡Basta ya! —Alzo la voz—. Dejad de hacer eso.

—¿Hacer qué? —Frunce el ceño mamá—. Julie, si todo esto empeora, que con presencia militar solo conseguirá hacerlo, no creo que...

—Pues siguiendo esa lógica, todos los de esta ciudad deberían marcharse. —Sarcástica cruzo los brazos.

Mamá se pone en marcha sin decir nada, dejándome con la palabra en la boca, aunque solo yo la contemplo mientras se aleja. Papá sigue sentado en el sofá.

—Julie, estoy seguro de que en el Acuario entenderán que te marches una temporada. —Me contempla cabizbajo por encima de su hombro.

—Papá no pienso irme a ningún sitio. —Sueno tajante—. No voy a dejar el Acuario ni a mis amigos ni a Kenan.

—Kenan sabrá cuidarse bien —ataca—. Y puede que tus amigos también hagan lo mismo si esto empeora.

—¡Sudáfrica es mi hogar! —Me veo obligada a gritar.

—Julie. —La voz de mamá llama mi atención. Regresa con algo entre sus manos.

—¿Qué es eso? —Señalo con mi cabeza sus manos.

—Desde que... —Mamá se detiene a unos pocos pasos de mí—. Julie, desde el altercado en la tienda ha estado llegando esto a casa.

Mamá extiende sus brazos ofreciéndome lo que sujeta con fuerza. Lo acepto todo sin saber de qué se trata, solamente reconozco lo evidente, varios folios doblados por la mitad.

—¿Qué es esto? —Alzo mi vista hacia ella.

—Ábrelo —me pide dulcemente.

Lo primero que logro ver es la palabra PUTA escrita en mayúsculas ocupando gran parte de un fragmento de papel. Mi respiración se detiene al instante. Sigo leyendo las notas, pero a medida que lo hago me percató de inmediato de que casi siempre se repiten los mismos insultos ofensivos que me recuerdan sin duda al grafiti en la fachada exterior. Una mezcla de ira, impotencia y temor a partes iguales se va gestando en mi interior.

—¿Qué es todo esto? —Exijo deteniendo mi lectura.

—La gente lo lanzaba por encima del muro o incluso lo dejaba en el porche de casa. —Mamá contiene sus lágrimas.

—Algunas han llegado por correo postal —dice papá con cierta ironía.

—¿Por qué no sabía nada de esto? —Me siento dolida y dolida continuo intentando entender.

—Creímos que sería mejor así —murmura papá desde el sofá.

—Hay amenazas. —Alzo la voz incrédula.

—La policía estaba al tanto —responde mamá.

—¿Cómo? —Dejo caer la mano que sujeta las cartas—. Teníais que habérmelo dicho.

Confusa me muevo hacia la mesa llena de exámenes que mamá corregía hasta hace unos minutos. No puedo creerme que me hayan ocultado algo así todo este tiempo, algo tan importante, algo que me afectaba directamente a mí.

—Julie —susurra.

—¿Por eso queréis que nos vayamos? —Vuelvo alzar las notas en alto.

—Es lo mejor —es papá quien responde.

—Pues no —la Julie orgullosa responde—. No me marchó a ninguna parte.

Comienzo a caminar alejándome de ellos y no detengo mi paso hasta entrar en mi habitación cerrando después. Esparzo las amenazas sobre la cama sin que pueda dejar de ver las palabras

que gente anónima ha escrito en ellas sin conocerme de nada, solo sabiendo que a una chica blanca se le ocurrió defender a dos mujeres de color en una tienda. Todo suena tan absurdo en mi cabeza por más que le dé mil vueltas.

Abro los ojos muy despacio, como si hubiera dormido una eternidad, como una bella durmiente que después de décadas echada sobre la cama decide de nuevo volver a la vida. Una vida que está descubriendo despacio y que creía conocer de un modo muy distinto al que resulta ser.

—Creía que habías dejado de respirar. —La voz de Kenan llega a mis oídos desde algún rincón de la habitación.

Solamente cuando me inclino despacio hacia delante recuerdo las últimas horas antes de dormirme sobre la cama. Recuerdo el secreto que mis padres me han ocultado desde hace semanas. Recuerdo mi arrebato, haberme encerrado en mi cuarto junto al montón de notas amenazadoras e insultantes que tiré sobre mi cama. Recuerdo la bicicleta. Recuerdo el viento provocado por mi velocidad, chocando contra mi cara mientras intentaba retener las lágrimas que querían salir a borbotones de mis ojos a causa del sinfín de emociones que me inundaban. Recuerdo haber llegado a la casa de Kenan y Yuma, haber tocado a la puerta y haber sido Yuma quien me abriera. Kenan no estaba y no sabían cuándo iba a volver, así que me metí en su habitación y después simplemente debí quedarme dormida en su cama.

—¿Cuándo has llegado? —Pronuncio con torpeza aún adormilada.

—Hace unos minutos —responde sentado en una especie de diván colocado bajo la ventana—. ¿Has venido en bici?

—Sí —susurro.

—No deberías haber venido tu sola hasta aquí y menos de noche. —Echa el cuerpo hacia atrás hasta que su espalda choca contra la pared.

Lleva puesto parte de su uniforme de soldado, aunque se ha quitado algunas de sus capas y arriba solo queda una camiseta blanca. Los pantalones que lleva puestos son los de camuflaje. Parece cansado.

—Kenan, no empieces —suplico.

—De acuerdo —desiste rápido—. Ahora dime por qué has venido hasta aquí de noche.

Medito lo que voy a decirle y lo que no. Si le cuento lo de las notas solo conseguiré alterarlo más de la cuenta y debe haber sido un día muy largo como para abrumarlo más con todo eso, además si sabe la verdad no tardará en hacer mi maleta y meterme en un avión con destino a cualquier otro lugar donde poder estar a salvo.

—Bisa y tú teníais razón. —Aparto mis ojos de él—. Soy una ingenua.

Kenan se levanta del diván muy despacio, tan despacio como se aproxima a la cama donde continuó metida. Lo sigo con la mirada hasta que al fin me alcanza.

—Yo nunca te he dicho nada parecido —musita—. ¿Qué ha sucedido, Julie?

Me lanzo a sus brazos esperando que únicamente los acepte de buen grado y también él me rodee con sus musculosos brazos consiguiendo olvidarlo todo. Me reconforta está en lo cierto, sentir como su cuerpo y el mío se funden en uno en el momento en el que más lo necesito. Necesito a Kenan.

—Mis padres quieren que nos marchemos una temporada —susurro cerca de su oído—. Dicen que es peligroso.

—Lo es —responde sin soltarme.

—No quiero irme a ninguna otra parte. —Cierro los ojos abrazada a él.

—Yo no quiero que te marches a ningún otro lugar —responde segundos después—. Aunque quizás sea la...

—No, Kenan —interrumpo—. No lo digas.

Si sin saber lo de las amenazas ya ve la posibilidad de que me vaya, no quiero ni pensar que diría si supiera toda la parte de la historia. Arrimo mi nariz a su cabello negro carbón y a pesar de haber sudado, de percibir el olor, el aroma a Kenan es más fuerte que todo eso.

—Julie, siempre haré lo que sea mejor para ti —dice en su lugar.

—Ciudad es mi hogar —musito esperando que lo entienda—. Tú eres mi hogar.

—Y siempre cuidaré de ti. —Su voz es suave, ligera, dulce—. Y si la única forma de hacerlo es diciéndote que te vayas, lo haré una y mil veces.

—Esto se solucionará. —Abro los ojos para clavarlos en la ventana cerrada.

La luz de la mañana entra con intensidad en el dormitorio. Es una luz blanca, luminosa, radiante que impacta contra todo y nada puede huir de ella, ni siquiera el rincón más oculto. Kenan me abraza cada vez con menos intensidad hasta que finalmente aparta sutilmente su cuerpo del mío hasta que nuestras miradas vuelven a encontrarse.

—Claro. —Sonríe.

—¿Cómo ha ido la noche? —Coloco mi mano sobre su mejilla sin afeitarse mientras busco en él algún rasguño, alguna posible herida.

—Movida —responde con sequedad.

—¿De verdad es necesario toque de queda? ¿La Ley Marcial? —Arrugo la frente.

—Ayer mataron a tres chicos. —Aparta sus ojos azules de mí.

Kenan se mueve hasta conseguir darme la espalda. Sé que pretende ser un chico duro, pero a pesar de asegurar que sabe cómo llevar situaciones así es evidente que le afecta más de lo que reconocería nunca.

—Quiero que tengas mucho cuidado. —Sé que es mi voz, pero tengo la extraña sensación de que Kenan se ha introducido en mi cabeza y habla en mi lugar.

—Ahora es cuando tengo que decir que no deberías preocuparte tanto por mí. —Bromista alza

sus ojos por encima del hombro sin dejar de sonreír.

—No seas bobo. —Aprovecho para salir de la cama veloz poniendo los pies en el suelo.

Arreglo mi cabello con los dedos, aunque gracias a lo liso que lo tengo no es difícil conseguir domarlo. Echo un vistazo a lo que llevo puesto y he dormido llevando puesto únicamente una camiseta de Kenan y mi ropa interior.

—Creo que esa camiseta te queda mucho mejor a ti que a mí —vuelve a bromear.

Aparto mis ojos de él tras haber conseguido que también yo sonría.

—Julie. —Me nombra—. Mientras pueda cuidar de ti no tienes que irte a ningún lugar.

—¿Nunca? —No borro la sonrisa de mi rostro.

—Nunca —murmura en voz baja. Kenan se levanta de la cama amenazando con llegar a mí en cualquier momento—. Y ahora dime, ¿quieres desayunar?

—¿Vas a hacer tú el desayuno? —Cruzo mis brazos.

—Yuma hace unas tortitas increíbles. —Ríe.

CAPÍTULO XXXI

La buena vida.

Vuelvo a vestirme, a ponerme los pantalones cortos con los que vine ayer y la camiseta de lunares. No sé por qué en casa de Kenan y Yuma siempre hace tanto frío, incluso con la buena temperatura que hay en la calle este lugar se mantiene helado como una nevera todo el tiempo. Alcanzo una de las sudaderas oscuras que Kenan tiene en su cajón y me la pongo rápidamente. Noto un alivio inmediato. Salgo de la habitación de Kenan caminando descalza por el pasillo, solo con los calcetines puestos, mamá siempre me regaña cuando lo hago, pero voy mucho más cómoda que con zapatillas. Puedo oír las voces de Yuma y de mi chico de ojos azules, aunque el volumen es cada vez mayor, a medida que me aproximo más a la cocina.

—No digas gilipolleces —dice Kenan bien alto.

—No tienes perspectiva de futuro Kenan. —Yuma abre la nevera dando la espalda a su amigo.

—No creo que sea precisamente mi forma de ver el futuro el problema de tu idea.

Kenan apoya su cuerpo en la encimera de la cocina dejándome tras él, ninguno de los dos me había visto todavía. Yuma lleva puesto un pantalón a cuadros que identifico será parte de su pijama mientras mi chico ha decidido ponerse un chándal, ni siquiera me he enterado cuando ha salido de la cama sigilosamente, se ha vestido y me ha dejado sola durmiendo.

La cocina del apartamento es bastante grande, aunque se debe precisamente a que comunica con el único comedor de la casa. Hay tres habitaciones, un baño y una especie de balcón nada más subir las escaleras que comunica con la puerta principal del apartamento, a modo de porche.

—¿No queda más leche? —Yuma introduce en gran medida la parte superior de su cuerpo dentro de la nevera como si fuera una chistera mágica.

—¿No hay más en la nevera? —Kenan se mueve hacia el armario de los vasos ignorando a su amigo—. ¿Has mirado en el armario de abajo?

—Pues no ves que no —responde Yuma sarcástico.

—Ya lo miro yo —intervengo de repente llamando toda la atención de ambos chicos.

—Julie —musita Kenan.

—Buenos días. —Alegre avanzo hacia ellos apartando el cuerpo de Kenan para poder mirar en el armario de la parte inferior.

—Buenos días, preciosa. —Yuma cierra de golpe la nevera.

—¿Y tú cómo sabes dónde está la leche? —Kenan arruga la frente cruzando los brazos a la altura de su pecho.

—Soy muy observadora. —Sonrío introduciendo mi brazo hasta el final del armario hasta que palpo un grupo de cajas de leche—. Tomad.

Decidida saco la leche entregándosela a mi chico mulato. Él deja caer sus brazos primero y

coge la caja después. Yuma sonrío sin dejar de mirarme.

—Creo que esto se merece unas buenas tortitas.

—¿Sabes hacer tortitas? —Frunzo el ceño.

—¿Qué si sé? —responde ofendido—. Soy el rey de las tortitas.

—Eres un exagerado —murmura Kenan mientras se pone a preparar el café.

—¿Exagerado yo?

Comienza a prepararlo todo. Saca la harina, los huevos, la leche que he sacado hace un rato. Se mueve con soltura por su cocina, de un sitio a otro sabiendo dónde va a encontrar cada cosa, nada que ver con Kenan. Me echo hacia un lado dejando espacio para que el chef pueda preparar el desayuno mientras el otro deja puesta la cafetera en los fogones.

—Anda, ven. —Kenan pone su mano sobre mi cintura moviéndome hacia un lado—. Dejemos que aquí el cocinero prepare las tortitas.

—¿Tienes hambre, Julie? —Alza la voz el chef.

—Mucha —contesto en tono alto.

—Kenan ha agotado tus energías, ¿eh? —Echa la vista hacia atrás con una juguetona sonrisa en su rostro.

—No seas bruto. —Kenan no suena demasiado amigable.

—La verdad es que sí —sigo el juego de Yuma entre risitas.

Kenan me mira sorprendido, con las cejas en alto y una media sonrisa en la comisura de sus labios. Me siento cómoda con ambos, lo suficiente como para continuar con las bromas picaronas de Yuma.

—Y no hubiera parado nunca. —Kenan pega su cabeza a la mía, chocando nuestras frentes.

Clavo mis ojos en los suyos, tan grandes, tan intensos que me deja sin aliento. Voy moviendo la cabeza lentamente hacia arriba en una búsqueda desesperada de sus labios. Sus voluminosos y carnosos labios. Lo beso.

—¡Eh! ¡Marranadas en la habitación! —grita entre risas el cocinero.

Kenan se aleja de mí sonriendo. Noto como su mano coge la mía sutilmente y me conduce hacia las sillas mientras esperamos el desayuno. Mi novio aparta la silla dejándome espacio para sentarme en ella, él se sienta a mi lado.

—No sabía que te gustaba cocinar. —Desvío mi mirada hacia el otro chico de la habitación.

—Qué remedio. —Lo veo batir con fuerza algo, aunque solo puedo contemplar la espalda ancha de Yuma desde donde estoy—. Aquí el galán no sabe ni hacer un huevo.

—Eso no es verdad. —Tensa la mandíbula.

Sonrío, aunque intento ocultarlo para evitar más bochorno a mi chico, el chico que se enfada

con una facilidad asombrosa. Los contemplo a ambos desde donde estoy, los dos son tipos altos, fuertes, bastante guapos, aunque Kenan lo es muchísimo más, pero ambos son muy buenos chicos. Hago memoria hacia el día en que el destino nos puso a los tres en el mismo camino y no puedo dejar de pensar que jamás hubiera tropezado con ellos si no me hubiera dormido aquella mañana. Kenan no estaría en mi vida ahora y yo no sentiría esta felicidad que recorre mi cuerpo entero cada vez que lo tengo cerca de una u otra forma. La vida es extrañamente curiosa.

Los chicos siguen hablando mientras se tiran el uno al otro de la lengua, contando anécdotas, secretos que se han contado a lo largo de los años y parecen dos críos enzarzados por ver cuál dice la bestialidad más grande. Bajo la mirada disimuladamente encontrando la mano de Kenan entrelazada con la mía mientras sigue hablando con Yuma. Sus dedos se mueven entre los míos a modo de caricia, aunque parece más un acto reflejo que no controla.

Después del desayuno, Yuma nos deja solos en el apartamento con la excusa de ir a ver a su novia Gwen, aquella chica tan callada que conocí en la fiesta de Bisa en casa de Abibi. Me encargo de recoger la cocina después de que ninguno de los dos me dejara mover ni las pestañas para ayudarlos, también Kenan pone su granito de arena guardando las cosas limpias, la leche en la nevera, la mermelada...

—Tenías razón. —Miro por encima de mi hombro hasta encontrarlo—. Yuma hace unas tortitas increíbles.

—Sí, pero es bueno que no se lo digas muchas veces o se vendrá arriba.

Cierra la nevera despacio, nada que ver con la efusividad y nerviosismo de Yuma que parece un tipo mucho más impaciente, más inquieto que Kenan. Me seco las manos con el trapo antes de poner rumbo hacia el comedor para seguir recogiendo las cosas que aún quedan sobre la mesa.

—Aún han sobrado, ¿las guardo en la nevera? —Sostengo el plato de tortitas en mis manos a la espera de una respuesta.

—Como quieras —musita él—. Puedes llevártelas si quieres.

—Pues puede que lo haga.

Aunque podría rodar ahora mismo de la cantidad de tortitas que me he comido no puedo negar que volvería a comer un par más en unas horas. Las contemplo sintiendo la boca agua a pesar de no poder dar ni un bocado más, cuando de repente Kenan me las quita de las manos para volver a dejarlas sobre la mesa sin decir nada. Me contempla.

—Luego las pondré para que puedas llevártelas. —Me tranquiliza.

«Genial», saco mi sonrisita de victoria. Kenan me rodea con sus manos y comienza a mover lentamente hacia atrás, aunque confío en él ciegamente miro por encima de mi hombro un par de veces hasta comprender que coge rumbo al sofá del comedor.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees que hago? —Suenan juguetón.

—Hay que terminar de recoger la...

—Olvida eso —interrumpe.

Nos detenemos poco antes de sentir los cojines del sofá en mis gemelos. Intento averiguar qué trama, pero tantos años en el ejército ha aprendido, pero que muy bien, el arte de ocultar sus pensamientos.

—Kenan que...

Me besa sin previo aviso dejando el resto de las palabras en mi boca. Cuando aleja sus labios de los míos su expresión ha cambiado, ya no sonrío, ya no parece estar jugando a nada.

—Quiero hacerte el amor —murmura consiguiendo que no sepa qué decir—. Julie, voy a hacerte el amor.

—¿Cómo? ¿Aquí? ¿Ahora?

Noto como mi corazón se acelera velozmente. Palpita descontrolado en mi pecho. Kenan consigue que me sienta la princesa del cuento, aunque él no es un príncipe en lo más estricto del término. Muerdo mi labio inferior inconscientemente, yo también quiero acostarme con él, de hecho, Kenan despierta en mí una parte salvaje que no conocía. Con Will todo era ternura, sensibilidad; con Kenan también tengo eso, pero me da mucho más. Algo que no había experimentado antes.

Va echándose hacia delante muy despacio mientras sus manos me sujetan por detrás a modo de salvavidas, y yo me dejo caer segura hasta que cada vez estoy más y más cerca del sofá. Quedo totalmente tumbada segundos después, él sin embargo sigue medio de pie observándome.

—Creo que tendría que haberte quitado la ropa antes —bromea.

Logra sacarme una gran sonrisa.

—Eso creo yo también.

—No pasa nada. —Sus ojos bailan—. Soy experto en quitar la ropa en situaciones complicadas.

—¿A sí? —Arrugo la frente—. ¿Y eso por qué?

Los celos que antes no había dejado salir con él responden en mi lugar. No quiero saber las veces que Kenan ha tenido que quitarle la ropa a una chica en situaciones complicadas, de hecho, no quiero saber las veces que mi Kenan ha tenido que quitar la ropa a nadie que no sea a sí mismo.

—No voy a contarte eso ahora. —No borra la sonrisa traviesa de su rostro—. Porque si lo hago vas a tener que contarme tú también y no voy a poder soportarlo.

—Entonces te diré que nadie me quita la ropa cómo lo haces tú —soy yo la que bromea ahora.

—Muy lista —murmura.

—¿No crees que deberíamos irnos a tu habitación?

—No. —No vacila.

—¿Y si entra Yuma con Gwen?

—Pues que va a ser muy incómodo para ellos. —Suelta una carcajada.

—¿Para ellos? —Río con él—. Porque para nosotros no será incómodo, ¿no?

—Yuma me ha visto desnudo muchas veces. —Frunce el ceño.

—Sabes, no quiero saber por qué ni en qué situación. —Aparto mis ojos de él encontrando el televisor en el otro lado.

—Créeme, no quieres saberlo —vuelve a bromear.

Y sin más dilaciones Kenan continúa su avance hacia mí. Sus besos son solo míos ahora, y espero que en mucho tiempo. Quizás para siempre.

CAPÍTULO XXXII

Contigo, pero sin ti.

Dicen que todos tenemos un rincón en el mundo donde nos sentimos seguros, donde terminamos una y otra vez en los días tristes. El Acuario es mi rincón. Observo el comportamiento de los pingüinos mientras les doy de comer, muchas veces olvido que son lo que son. Zuki es el único que siempre acaba buscándome, el que más nota mi ausencia, Nancy me dijo que había percibido un cambio en él cuando estuve de baja tras la agresión. Yo también los eché de menos. Acerco el pescado al pequeño Zuki que espera impaciente.

—Los animales son sabios. —Nancy me observa sentada a mi lado—. Saben en quién confiar y en quién no.

—Por eso son tan fieles —bromeo sin dejar mi trabajo.

—Espero que te encuentres mejor. —Nancy alarga la mano acariciando el cogote duro de Zuki.

—Estoy bien —repito lo que ya le dije al volver.

—Es muy complicado —murmura—. Es una locura lo que está pasando.

—Sí —musito en voz muy baja.

—Los del SANCCOB nos han propuesto cerrar al público hasta que se calme la situación —dice, sin dejar de mirar al pingüino.

—¿Y qué les has dicho tú? —Arrugo la frente.

—Pues que ni hablar. —Sueno tajante—. El Acuario seguirá abierto.

—Me alegra saberlo. —Sonrío tímidamente.

—La afluencia de turistas ha descendido desde hace unas pocas semanas. —Nancy se levanta apoyando su mano en la roca artificial para conseguirlo a la primera—. Si seguimos así no sé cuál será el futuro de este sitio.

—Pero el SANCCOB se hará cargo —digo temerosa.

—Pues no sé lo que pasará Julie. —Aparta su mirada de mí—. Ciudad del Cabo es un lugar bastante turístico, pero no tardará en resentirse como la violencia en las calles no cese ¿Viste el destrozo que hicieron en la universidad?

—Sí, vi las imágenes en la tele. —Ahora yo soy la que acaricia la cabeza de Zuki. ajeno a todo.

—En fin. —Frota su rostro antes de cambiar de expresión y actitud—. Tú sigue haciendo un trabajo impecable, estos animalitos nos necesitan para seguir.

—Por supuesto, Nancy —asiento sonriente.

—Voy a dejarte, tengo que hacer unas llamadas. —Señala hacia el otro extremo—. Por cierto,

Julie, cuando termines aquí ve a ver a Nonu lo he encontrado raro esta mañana al llegar.

—Ahora mismo voy. —Me preparo para levantarme.

Nancy se marcha poniendo rumbo a su despacho, aunque ya ha plantado en mí la semilla de la duda y la incertidumbre de qué sucederá con el Acuario y mis adorados pingüinos como esta situación no se arregle pronto. Atiendo a Nonu aunque no parece tener nada a simple vista, me lo llevo para examinarlo mejor sin contar con el beneplácito del cascarrabias pingüino, el cual distingo del resto por sus cuatro manchas en el vientre que forman lo que parece un diamante. Lucinda me ayuda en cuanto me encuentra tratando con Nonu, hacía tiempo que no me la encontraba por el Acuario y mucho más que no hablaba con ella.

Joshua, nuestro veterinario, lo examina mientras nosotras permanecemos muy cerca de ellos esperando un diagnóstico. Lucinda se ha hecho una trenza que nace en el cuero cabelludo y que cae hacia un lateral. Las dos llevamos puestos este horrible uniforme de cuidadoras.

—Será rápido —dice Joshua dándonos la espalda.

—¿Qué tal todo? —Lucinda baja el volumen normal de su voz.

—Bien. —Sonrío levemente—. ¿Y tú?

—Genial —responde con cierta prepotencia—. Estoy saliendo con Marcel.

La contemplo en silencio unos minutos recordando, por su forma de soltarlo sin duda debe de ser porque conozco a ese tal Marcel, de hecho, me suena mucho ese nombre. Recuerdo nuestro periodo en Simon's Town hace una eternidad y solo entonces la imagen vuelve a mi mente. Sé quién es.

—Estupendo —digo tranquila habiendo conseguido recordar—. Aquel chico de Simon's.

—Sí. —Alza la cabeza orgullosa por su éxito—. Aunque llevamos poco tiempo.

—Pues espero que os vaya genial —murmuro regresando mi vista al pingüino.

—¿Y tú? —continúa como si estuviéramos allí porque no tenemos nada mejor que hacer.

—Yo estoy con alguien —susurro incómoda por la conversación con Lucinda en un sitio inapropiado.

—Me alegro. —Echa un vistazo a Nonu—. ¿Cómo está?

—No es nada grave —responde Joshua como si nada hubiera escuchado.

—Pero parece estar raro. —Camino hacia ellos dejando a Lucinda atrás.

—Solo es un problema en la boca, pero nada que no se solucione con control. —Joshua se hace a un lado permitiendo que yo me acerque a Nonu—. Aseguraos de que coma, en unos días estará como nuevo.

—Menos mal. —Alza la voz Lucinda.

Me quedo tras el cristal cuando al fin dejamos a Nonu con el resto. Los pingüinos son como las personas, cada uno de ellos tiene su propia personalidad. Gaia es una hembra preciosa que

suele comer deprisa, ansiosa, y lo hace porque los demás pingüinos consiguen intimidarla rápidamente hasta que finalmente ella se aleja asustada. Fraday y Doris van siempre juntos, como la pareja perfecta. Diesel, que a pesar de su nombre es una hembra, debe tener el Récord Guinness cazando peces al aire. Es curioso, todos tan idénticos y diferentes al mismo tiempo. Yo puedo presumir de ser una de las pocas cuidadoras del Acuario que sabe diferenciarlos a todos y cada uno de ellos, aunque debes ser meticuloso, fijarte en los más nimios detalles. Las manchas, de una forma u otra, en un lugar u en otro, es prácticamente lo único que me permite identificarlos.

Cuando termino mi día de trabajo me cambio de ropa, cojo mis cosas y salgo del Acuario hasta el próximo día. Mi felicidad se multiplica por mil cuando vengo a este lugar. Nancy se despide de mí a lo lejos moviendo su mano de un lado a otro para después continuar su conversación con un hombre trajeado que intuyo trabajará para la Asociación. Salgo del Acuario mientras algunos turistas entran en él, frente a la puerta se encuentran varios coches detenidos, pero ninguno de ellos es el coche de mamá que desde hace unos días viene a recogerme para llevarme a casa. Deslizo mi vista por todos los vehículos hasta que mis ojos se detienen en uno que reconozco de inmediato, la furgoneta de Yuma y sobre su capó, sentado, Kenan me espera. No necesito ningún gesto por su parte para ponerme en marcha.

—¿Qué haces aquí? —Aparto el bolso hacia atrás—. No me digas que mi madre te ha pedido que vengas a recogerme.

—Tu madre no me ha dicho nada. —Baja del capó.

—¿Entonces? —Solo unos pasos nos separan.

—Sube al coche. —Casi suena a una orden.

Kenan rodea el coche hasta sentarse en el asiento del conductor cerrando la puerta tras de sí, yo hago caso sintiéndome extrañada. Cierro mucho más despacio de lo que Kenan lo ha hecho.

—Me estás asustando —murmuro abrazando mi bolso.

—Hemos ido esta mañana a por una de las casas desde donde actuaba uno de los grupos radicales. —Coloca sus manos en el volante contemplando más allá de la duna delantera.

—¿Ha salido mal? —Miro la expresión distante que se dibuja en su rostro.

—Hemos podido detener prácticamente a todo el mundo —responde sin mover ni un ápice de su cuerpo.

—¿Y por qué parece decepcionado? —Frunzo el ceño.

—Porque he encontrado a Bisa entre ellos. —Gira su rostro clavando sus ojos azules en los míos.

—¿Cómo? —Alzo la voz—. ¿Qué hacía Bisa allí? ¿La habéis detenido? ¿Se la ha llevado el ejército?

—Julie, para. —Intenta detenerme—. No se la han llevado a ninguna parte, pude sacarla de allí antes de que lo hicieran. La dejé en casa.

—Gracias —susurro aliviada.

—Julie, debes hablar con ella —dice tajante—. Son grupos muy violentos, me da igual que sea de un bando u otro, solo sé que están desmoronando todo. Habla con ella para que se aleje cuanto antes de este mundo.

—Lo haré. —Mi asombro no me deja elaborar una respuesta compleja—. Kenan no tenía ni idea de nada de esto.

—Eso espero —responde rápido—. Porque como me entere de que andas metida en algo así... yo...

Kenan no termina su frase, pero no hace falta para que pueda entender por dónde van los tiros. También yo estoy sorprendida con el descubrimiento, sabía que Bisa tenía ciertas convicciones, ideales al respecto, pero que estuviera metido en algo así jamás lo habría imaginado.

—¿Está bien? —Voy soltando el bolso que abrazo con fuerza.

—Sí, en cuanto la reconocí la saqué de allí aprovechando la confusión. —También Kenan relaja su cuerpo despacio.

—Podrías haberte metido en un buen lío. —Pongo mi mano sobre la suya sujeta al volante.

—Eso no importa —murmura.

—A mí me importa que pueda pasarte algo. —Levanto el volumen de mi voz—. Y quiero que sepas que te agradezco mucho que la sacaras de allí.

—Lo hice por ti —susurra volviendo sus ojos a los míos.

Dejo caer mi cabeza sobre su hombro buscando un contacto con él de cualquier modo. Por lo visto no soy la única que oculta secretos, también Bisa resulta ser otra persona distinta cuando nadie mira.

—Te quiero, Kenan —susurro dulcemente.

Es la primera vez que lo digo en voz alta. Es la primera vez que se lo digo directamente, con las palabras «te» y «quiero» en una misma frase. Kenan inclina su cabeza hacia un lado hasta que su mejilla choca con mi cabello, solo entonces su mano izquierda suelta el volante y coge con ternura mi brazo.

—Yo también te quiero, Julie —repite minutos después de haberlo dicho yo—. ¿Quieres que te acerque a casa?

—Sí —contesto sin mover mi cabeza del sitio.

Kenan espera unos minutos más, pero pronto pone en marcha el vehículo de Yuma mientras yo escribo un mensaje a mamá avisándola de que no pase a recogerme por el Acuario, que Kenan me lleva. Sigo apoyada en su hombro cuando detiene la camioneta frente a mi casa.

—No sé si podré verte esta noche. —Pone el freno de mano—. Todo depende de cómo evolucione la tarde.

—De todos modos, llámame —le pido casi sonando a súplica.

—Eso está hecho. —Me guiña un ojo—. ¿Saldrás hoy?

—No creo. —Echo un vistazo hacia la casa de mi amiga—. Voy a hablar con Bisa.

—Sí, hazlo. —Él también contempla la fachada de su casa—. Y si salís tened mucho cuidado.

—Sí, señor —bromeo riendo.

—No te burles de mí, Julie —dice sonando serio, pero sin poder contener la sonrisa que se va dibujando en él—. Lo digo muy en serio.

—Tú siempre hablas muy en serio —continúo yo poniendo sentido del humor a la conversación.

—Mira que eres... —deja de hablar—. Anda, dame un beso, bromista.

—Y dos también. —Lanzo mi cuerpo al suyo hasta que sus labios impactan contra los míos.

Espero a que Kenan se marche para cruzar la parcela de Bisa con dirección al porche de su casa. Ya en su puerta, frente a ella espero unos minutos como si necesitara meditar si llamarla o no. El hambre que hacía crujir mi estómago ha desaparecido de repente dando prioridad a Bisa. Contemplo las sillas del porche bajo la ventana, recordando las incontables veces que hemos terminado allí sentadas hablando de los deberes, las clases, los chicos y un sinfín de cosas. Bisa es mi mejor amiga del mundo.

La puerta se abre sin previo aviso obligándome a apartar mi cuerpo para evitar el golpe que sin duda me hubiera dañado, quizás incluso tirado al suelo a causa de mi despiste. Zeena sale de punta en blanco, muy elegante, con un escote muy llamativo. La constitución de las mujeres de color siempre me ha parecido muy distinta, más voluminosas, con más curvas, aunque ese no sea el caso de mi amiga Bisa. Pero su tía Zeena sí responde al estereotipo, de hecho, tiene unas caderas grandes y marcadas que ni Meit ni Bisa tienen, y unos pechos enormes.

—Julie —dice sorprendida—. He estado a punto de darte con la puerta.

—Sí, pero he sido rápida. —Sonrío.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? —Echa un vistazo al reloj de su muñeca—. ¿Ya has comido?

—No, acabo de salir del trabajo. —Coloco los mechones tras mis orejas—. Busco a Bisa.

—Aquí estoy.

Inmediatamente, y sin que pudiera preverlo, Bisa aparece por la puerta de su casa sigilosamente. Su rostro permanece serio, camina temerosa sin llegar a soltar el pomo de la puerta principal. Zeena la contempla unos segundos extrañada hasta que vuelve a ponerse en marcha.

—Bueno chicas, tengo que irme. —Zeena lanza una sonrisa.

—Adiós —dice Bisa.

—Hasta luego —respondo yo.

Zeena se aleja de la casa mientras las dos la seguimos con la mirada. Bisa es una chica lista así que ya debe de haber averiguado el motivo de mi visita. Debe saber ya que Kenan habrá venido con el cuento y de ahí su expresión cautelosa.

—¿Qué haces aquí? —responde de igual modo.

—Quería saber cómo estabas, que estabas bien. —Permanezco inmóvil.

—De modo que ya lo sabes. —Esquiva mi cuerpo alcanzando el balancín localizado en el porche.

Bisa se sienta muy despacio sin apartar su vista del horizonte. Más allá puede verse la calle, algunas otras casas en frente, a lo lejos, y un par de edificios no demasiado altos. Pensativa mantiene el silencio.

—¿Desde cuándo estás metida en todo eso? —Me doy la vuelta acercándome al balancín.

—No estoy metida —responde tajante—. Me invitaron a ir para ver lo que se hacía, de lo que se hablaba, pero era la primera vez.

—¿Por qué no me dijiste que ibas? —Finalmente decido sentarme a su lado.

—Porque habríamos terminado discutiendo. —Me observa de reojo—. ¿Estás enfadada?

—Bisa, estoy preocupada. —Coloco mi mano sobre su pierna—. Después de lo de la tienda y de cómo ha derivado toda esta situación me preocupas mucho.

—Es que no puedo dejar de darle vueltas —murmura.

—¿A qué? —Arrugo la frente.

—A cómo se ensañó con nosotras, conmigo. —Se dibuja terror en su rostro—. Me sentí tan indefensa.

—Lo sé —susurro.

Lo sé porque yo también me sentí un poco así. La adrenalina me cegó lo suficiente como para reaccionar contra él y obviar lo evidente, que un hombre nos estaba pegando una paliza a causa de un enfrentamiento racial. Solo actué dejándome llevar por la situación, pero reconozco que una vez camino del hospital no pude dejar de temblar aterrorizada.

—Si no se hace algo, Julie, volveremos a la situación anterior. —Clava sus enormes ojos oscuros en mí.

—Pero no creo que la solución esté en aliarse con un grupo violento. —Me mantengo firme.

Quiero demasiado a Bisa como para dejar que le hagan daño de alguna forma. Soy totalmente consciente de que aquella horrible experiencia nos afectó a cada una de una manera muy distinta. A mí me hizo ser un poco más precavida, evitar a toda costa el conflicto, aunque él no me evite a mí, pero a Bisa... a ella la hizo más fuerte.

—No puedo esconder la cabeza. —Inspira profundamente—. Y tú tampoco deberías.

Consigue que recuerde las amenazas escritas en decenas de papeles y cartas que eché sobre mi cama. Las palabras de Kenan asegurándome que no me pedirá que me marche siempre que pueda mantenerme a salvo y me pregunto inevitablemente si Bisa también las habrá recibido.

—Mis padres quieren que me marche una temporada, en realidad que mi madre y yo nos

marchemos fuera de Sudáfrica una temporada. —Aparto mis ojos de ella, ahora soy yo la que contempla el horizonte.

—¿Marcharos a dónde? —Bisa cambia de actitud.

—He estado recibiendo cartas de amenaza desde lo sucedido en la tienda —musito con la esperanza de que no me haya podido escuchar.

—¿Amenazas? —Bisa gira parte de su cuerpo en un intento por colocar su cara frente a mí—. ¿Cuándo ha sucedido todo eso?

—Mis padres me lo habían ocultado. —Me levanto del balancín—. Y yo se lo he ocultado a Kenan.

Bisa se levanta tras de mí frenando su paso a unos pocos centímetros de mi cuerpo, de repente parece haber olvidado todo lo anterior para centrarse única y exclusivamente en mí.

—¿Lo habéis denunciado? —Pone su mano sobre mi hombro.

—Mis padres lo hicieron. —Froto mi cara con mis manos en busca de una forma de huir de todo—. ¿Tú no has recibido nada?

—No, nada —murmura aún con asombro en su rostro—. ¿Qué vas a hacer?

—Quedarme, por supuesto. —Clavo mis ojos castaños en ella—. No voy a salir corriendo, dejarlo todo y a todos vosotros por unas cartas.

—Siempre voy a estar a tu lado. —Deja caer su cabeza sobre mi hombro mientras me abraza con su otra mano.

—Y yo al tuyo —susurro—. Pero prométeme que no volverás a relacionarte con un grupo así.

—Te lo prometo —suena sincera—. Además, tampoco me convenció demasiado lo que gritaba uno de ellos.

—¿Qué decían? —Inclino mi cabeza hasta que cae sobre la suya.

—Tonterías. —Sonríe—. Muchas cosas eran ciertas, pero la forma de referirse a toda la situación, cómo iban a actuar contra todo...

—¿Hablaron de algún nuevo enfrentamiento? —Aparto mi cabeza de la suya.

—Nada específico —murmura—. Pero lo arreglaban todo con violencia y la violencia no arregla nada.

CAPÍTULO XXXIII

Si me quedara tiempo.

Llevo días sin hablar a mis padres. He decidido que necesito silencio durante una temporada si pretendo pasar página y olvidar que me ocultaron algo tan grave que perjudicaba a mi persona de manera vital. Al menos no se enfadan por mi decisión de permanecer callada, aunque implica que ahora me haya vuelto mucho más habladora con mis amigos, con el resto de personas que me rodean. Ayer Kenan me dijo que lo iba a aturdir como siguiera ese ritmo y mi prima, Nat, acabó diciendo algo parecido cuando los visité por la tarde. Creo que exageran.

—Muchas gracias por acompañarme, Julie. —En su rostro se dibuja una bonita sonrisa—. No sabía que podría regalarle.

—Por suerte lo hemos encontrado pronto. —También sonrío.

Will siempre ha sido un chico de ánimo alegre, por lo que estar con él durante unas horas consigue sacar el lado positivo de todo, incluso en una situación como esta. Hemos cruzado varias calles después de aparcar el coche, en todas ellas algún grupo de militares controlaban atentos preparados para evitar cualquier tipo de altercado. Es la primera vez que encuentro ese tipo de control en las calles un día cualquiera. Al verlo no he podido evitar que mi cuerpo se tensara, aunque tener a Will conmigo me reconforta.

—¿Estás bien? —Sus ojos se posan en mí.

—Sí, es que me altera tanto control. —Dejo que mi vista siga a un militar sudafricano con un arma colgando del brazo.

—Supongo que solo es por si sucede algo. —Utiliza su tono de voz más dulce—. Después de lo sucedido hace días. Dicen que la universidad ha quedado destrozada.

—Sí, Natalie y yo nos encontramos con un revuelo frente al Centro Cívico y tuvimos que irnos rápido de allí. Íbamos con Amy. —Tiro de la parte baja de la blusa que llevo puesta.

—Al menos te sentirás más segura con tu soldado. —Suenan casi a recochineo.

—Sí, Kenan puede resultar demasiado militar —murmuro.

—Tú lo elegiste. —Continúa con la vista al frente.

Su comentario me hace centrar toda mi atención en él. Ha sonado sin duda como si hubiera tenido más opciones aparte de Kenan. Frunzo el ceño, confusa.

—Will respecto a lo sucedido en casa de Abibi... —Callo porque no sé muy bien cómo continuar.

—No es la primera vez que veo a una pareja dándose el lote —sigue él sin reparar en mi incomodidad por el asunto—. Aunque supongo que no es lo mismo que si se trata de ti.

La situación se complica. Creí que esa fase ya la habíamos pasado después de tanto tiempo continuando nuestras vidas por separado, pero la actitud de Will hacia Kenan y mi relación con él

me confirma mis temores, no ha pasado página del todo.

—Will espero que esto no dañe nuestra amistad. —Miro de reojo mientras sigue caminando a mi lado con esa manía suya de querer meter siempre las manos en los bolsillos de sus vaqueros, aunque la bolsa que lleva colgando de su muñeca se lo impide.

—Julie si lo que estás intentando es pedirme que haga como si nada, no me resulta tan fácil. —No vacila.

—Ya sé que es complicado. —Muevo la cabeza de arriba abajo—. Y siento que nos pillaras en la cocina, pero estoy con él y algún día tú estarás con una chica maravillosa y me alegraré por ti.

—¿Y ya está? —Frena en seco.

—¿A qué te refieres? —Por consecuencia también yo lo hago, aunque me he adelantado unos pasos.

—¿De verdad no va a molestarte? En fin, me verás con otra... y tú y yo hemos pasado media vida juntos. —En su rostro va apareciendo una expresión de asombro e incredulidad.

—Yo —balbuceo—. No sé qué quieres que te responda.

—Creo que ya lo has hecho. —Will vuelve a ponerse en marcha dejándome atrás.

Corro hacia él hasta alcanzarlo y solo entonces pongo mi mano sobre su hombro con el fin de detenerlo de nuevo. Will me contempla por encima de su hombro.

—Will no entiendo esta reacción tuya ahora. —Confusa espero alguna respuesta—. No me habías dicho nada de esto antes.

—Pero te lo digo ahora —murmura—. Me resulta complicado toda esta situación. Me dejaste de un día a otro, sin muchas explicaciones y esperando que siguiera aquí siempre, a tu lado, como si nada hubiera sucedido, así que en realidad ¿qué esperabas?

Dejo caer la mano que se sujeta en él viéndolo todo con unos ojos distintos. Una perspectiva diferente. Me aseguró que estaba bien, que estábamos bien, y eso me ha hecho creer todo este tiempo tras mi regreso de Londres hace meses, pero él decía lo que sin duda yo quería escuchar.

—Nunca he querido hacerte daño —susurro sintiéndome culpable—. Eres muy importante para mí.

—¿Y eso en qué lugar me deja? —Ni un ápice de comprensión en él—. Me quieres en tu vida, pero me dejas claro que nunca volveremos a ser más que amigos y mientras tanto yo...

Will deja de hablar al mismo tiempo que desvía sus ojos de los míos. Cubre su boca con la mano unos segundos mientras se mueve indeciso por la calle hasta chocar con la pared tras nosotros. Subo la vista encontrando un cartel de una tienda de electrodomésticos.

—Tú, sufres —digo en su lugar.

Asiente sutilmente deteniendo sus movimientos, fijando sus ojos en mí y dibujando una expresión de dolor en su rostro. La misma expresión que apareció cuando terminé con él de la

forma más sutil que pude, aunque no evité el daño. La herida.

—Julie, no quiero que te sientas culpable. —Suaviza su diálogo—. Y de verdad que me hace feliz que tú lo seas, pero... pero quizás necesite más tiempo del que los dos creíamos.

—¿Y por qué me has llamado?

Will se encoge de hombros a modo de respuesta. Estoy dispuesta a darle más tiempo si lo necesita, pero hacerme a la idea de no tenerlo en mi vida no va a ser nada fácil.

—Creo que en el fondo siempre necesitaré verte de algún modo u otro —murmura.

—¿Entonces qué hacemos, Will? —Inspiro profundamente.

—Creo que distanciarnos un poco —responde sin vacilar después de haberlo meditado durante un tiempo.

Acepto sin tener opción. Puedo dejarle un tiempo siempre y cuando ese tiempo no sea simplemente para siempre. Will espera unos minutos más mientras permanezco inmóvil a pocos metros de él con esta horrible sensación de haberlo perdido.

—¿Podemos continuar? —murmuro.

—Claro, Julie. —Intenta relajar su expresión.

Will es el primero en moverse calle arriba, pero no me alejo de él mucho. Es un chico alto, al menos más alto que yo, fuerte, de mirada dulce y sonrisa contagiosa. Siempre cuidando de sus amigos. A punto de alcanzar la esquina de la calle un grupo de jóvenes giran al mismo tiempo tropezando con ellos de frente sin esperarlo en absoluto. La bolsa con el regalo que Will lleva en la muñeca cae al suelo y ambos nos tambaleamos al igual que los otros hombres con los que terminamos chocando de bruces.

—Disculpa —susurra Will recuperando la bolsa—. ¿Estás bien, Julie?

—Sí —respondo aturdida por el golpe.

—¿Yo a ti te conozco? —dice uno de los hombres con los que hemos tropezado.

—Imposible —contesta Will por mí.

—No, seguro que sí —sigue insistiendo el tipo de cabello claro con un estilo de vestimenta deportivo.

—¿De qué vas a conocer a esta chica? —se burló uno de sus amigos.

—Joder, Malcom, te digo que la conozco. —Alza la voz.

—Te habrás confundido —continúa en sus trece Will—. Será mejor que continuemos.

Noto la mano de Will en la parte baja de mi espalda que me empuja hacia delante a pesar de seguir encontrando al numeroso grupo entorpeciendo nuestro paso. No digo nada, aunque no sé por qué me he quedado sin habla. Un par de ellos se retiran dispuestos a dejarnos pasar por el medio del grupo, pero la presión de sentirlos rodeándonos no me tranquiliza.

—No me confundo —grita el rubio—. Es la chica que defendió a aquella negra en la tienda.

De repente todo cambia de tonalidad. La sensación de incomodidad que recorría mi cuerpo se transforma en terror y puedo notar la mano de Will apretar con fuerza contra mi espalda. Nos detenemos.

—¿Qué dices? —Ese tal Malcom ríe incrédulo.

—Te lo juro —insiste el tipo—. Es esa chica.

El par de chicos que se habían apartado dejando un camino libre vuelven a cerrarlo consiguiendo que nos rodeen casi por completo. Sigo sin poder abrir la boca mientras los nervios se apoderan de mí.

—No lo soy —digo temblorosa.

—No olvido una cara. —El rubio adelanta varios pasos con el fin de colocarse delante—. Saliste en las noticias.

—Oye, vale ya. —Will intenta ponerse delante de mí como puede a pesar del resto de hombres que nos aprisionan—. Nos vamos.

El rubio ríe echando la vista hacia atrás, hacia al que parece ser el jefe del grupo y que responde al nombre de Malcom. A modo de permiso o eso percibo yo. Tiene una expresión en su rostro algo lunática.

—¿Y tú quién eres? ¿Su novio? —Inclina sutilmente su cabeza hacia un lado sin dejar de sonreír—. ¿También tú eres amigo de los negros?

La forma despectiva de utilizar la palabra me enfurece y me aterra al mismo tiempo. Las palabras de Kenan retumban en mi cabeza y sé que me diría «cállate Julie, no lo lées más».

—Esto es un error —murmuro cabizbaja.

—¿Estás asustada? —pregunta Malcom con cierto tono sarcástico—. Todo el mundo dice que fuiste muy valiente al salir en su defensa.

Will continúa en su intento por ponerse delante de mí a modo de barrera, pero eso tampoco consigue tranquilizarme demasiado. Contemplo los ojos de Malcom mientras se aproxima a mí sin agachar la mirada ni un segundo, sin pestañear. Instintivamente agarro con fuerza al brazo de William.

—Si no nos dejáis irnos llamaremos a la poli. —Will no parece tan asustado o al menos sabe fingirlo muy bien.

—¿En serio? —El jefe deja de prestarme atención para clavar sus ojos en mi acompañante.

—Y tan en serio. —Mantiene la cabeza alta.

Malcom se da la vuelta dándonos la espalda, momento en que Will relaja su cuerpo lanzándome una mirada de complicidad en la que me pide, de algún modo, que me tranquilice que todo va a ir bien. Apenas aparto la mirada de él cuando todo sucede, el movimiento de ellos no me deja entender nada, solo sé que caigo hacia atrás acabando entre los brazos de varios de ellos que impiden que caiga al suelo, aunque tampoco me sujetan solo que sus cuerpos consiguen frenar

mi caída inevitable. Contemplo la escena y el rubio que me ha reconocido se encuentra muy cerca de Will. Todo se paraliza, como si sucediera algo que se escapa de mi entendimiento. Como puedo, intento recuperar el equilibrio, ninguno de los chicos del grupo lo impide por lo que no me resulta complicado volver a estar de pie.

El rubio se aleja de Will con un movimiento brusco y solo entonces me doy cuenta. Solo entonces veo las manos de Will en su estómago. Veo la mano ensangrentada del rubio lunático. La navaja. Durante unos breves segundos mi cuerpo se detiene por completo, mis órganos, mis sentidos, todo queda petrificado de repente, hasta que recupero el sentido común y corro hacia él intentando agarrar su gran cuerpo. Sus ojos se encuentran fijos en el suelo, en la acera, sin reaccionar de ningún modo, solo permanece de pie.

—William —sale despedido de mis labios.

Noto un dolor agudo en el costado izquierdo que ni espero ni sé a qué se debe. Giro mi rostro hacia la izquierda encontrando muy cerca de mí el rostro del chico rubio que acaba de apuñalar a William y cuya sangre mancha mis manos. El dolor es mucho más intenso unos segundos después, pero hasta que no se aleja de mí unos pasos no logro ver la sangre que cae también de mí, consiguiendo que me maree rápidamente mientras intento taponar la herida de Will con la poca fuerza que tengo y que voy perdiendo.

Un ruido, una especie de pitido consigue disiparlos, el grupo de chicos sale corriendo hacia la calle contraria. Will se tambalea hasta chocar contra la pared donde termina apoyando la espalda. Solo veo sangre empapando su camiseta. Aprieto mi herida con ambas manos aproximándome a él. Lentamente va resbalando su espalda por la pared de ladrillos rojos hasta que termina sentado en el suelo. Me dejo caer a su lado sabiendo que, a pesar de estar herida, su estado en *shock* me preocupa mucho más. El dolor es insoportable, nubla mi mente, incluso mis oídos, de hecho, la realidad se distorsiona.

—Julie —susurra como humanamente puede.

—William, estoy aquí —respondo.

—¿Estáis bien? —El militar se acerca a nosotros veloz poniéndose en cuclillas comprobando primero la herida de él después la mía—. Tranquilos voy a llamar a urgencias.

Su voz suena a trompicones, nerviosa y lo cierto es que no me tranquiliza nada. La sensación de mareo se intensifica hasta el punto de no poder hacer gran cosa por Will y tener que dejarme caer sobre la pared en busca de sujeción.

—Julie, ¿estás herida? —musita.

—Estoy bien —miento.

—Ya están en camino. —El militar inexperto corre de vuelta—. Hay que taponar las heridas.

Coloca las manos sobre el estómago de Will apretando fuertemente consiguiendo mancharse de sangre. El rostro de Will se vuelve pálido lentamente y me pregunto si el mío también lo estará. Echo la cabeza hacia atrás logrando alzar mi vista. Contemplo el cielo despejado, las nubes que se mueven muy despacio porque el viento es casi inexistente.

—Estoy bien —repite varias veces Will sin sonar muy convincente—. Ayúdala a ella.

El rostro del militar tapa mi vista y ya no veo el cielo de Ciudad, en su lugar unos ojos saltones y una nariz respingona. Creo ver caer de su frente unas gotas de sudor.

—¿Cómo te encuentras? —Pone sus manos sobre las mías.

El dolor aún es más intenso cuando intenta ayuda, pero ni siquiera tengo fuerzas para quejarme. Las amenazas escritas en cartas vuelven a mi cabeza y la expresión «Te mataré» se repite una y otra vez como si un loco la estuviera susurrando en mi oreja incesantemente y quizás haya cumplido su objetivo.

—Kenan Charpentier —digo su nombre como si significara algo en este momento.

—Tranquila. —Es la única respuesta que obtengo del militar.

—Julie —susurra Will a mi lado—. Si no salgo de esta...

—Cállate. —Una tos interrumpe la frase que tenía preparada en la punta de la lengua.

—Julie, te quiero —dice sin importar nada.

No importa que estemos los dos desangrándonos en plena calle, que algunos viandantes se hayan acercado a mirar aterrados. No importa la conversación de hace unos minutos. Ni Kenan. Ni la frase «no volveremos a ser más que amigos» Unas lágrimas caen descontroladas por mi mejilla sin que pueda evitarlo. Siento que mi cuerpo se descontrola, que mis emociones se disparan. Me gustaría poder decirles a mis padres cuánto lo siento, cuánto los quiero. A Bisa decirle que tenía razón, que no hay que agachar la cabeza, a Abibi que cuide de ella siempre. A Kenan.

—William, no se te ocurra dejarme. —Comienzo a perder el sentido.

—No lo haré jamás, Julie. —Un hilo de voz llega de él.

Mis párpados pesan tanto que inevitablemente se cierran y lo hago al tiempo que mi mano derecha avanza despacio tomando dirección hacia Will hasta que puedo notar su tacto en ella percibiendo el temblor que mueve todo su cuerpo.

CAPÍTULO XXXIV

Despertar de un recuerdo y regresar.

Corremos por el garaje de un sitio a otro como si de una carrera se tratara, aunque no es más que el decimonoveno cumpleaños de Will. Bisa intenta enganchar algunos de los globos en la parte alta, aunque por más que estira su largo cuerpo no parece ser una tarea fácil, y mientras tanto yo continúo con el trabajo sencillo, inflar globos de colores. Puede que colocar globos de colores para celebrar el cumpleaños de un chico de diecinueve años no sea lo más apropiado, pero quien conozca un poco a Will sabrá que solamente le gustaba celebrar su fiesta de cumpleaños por los globos y la tarta por más años que pasasen. Yo lo sé bien. Yo lo conozco mejor que nadie en el mundo.

—¡Pero qué haces!

Los gritos de Bisa consiguen llamar mi atención. Giro mi rostro hacia ella sin soltar el globo verde que sigue medio inflado y que en taponó con los labios. Abibi, que intentaba ayudarla a llegar más alto se aparta de ella con la cabeza pagada a los hombros.

—¿Pero qué haces? Encima que te ayudo —se queja él.

—¿Metiéndome mano? —dice sarcástica.

—¡Yo no te he metido mano! Más quisieras. —Se da la vuelta alejándose unos centímetros de ella.

En el fondo son tal para cual por mucho que se nieguen a creerlo. Bisa no lo recuerda, pero la otra noche que fuimos de fiesta le dio un pico en los labios de improvisto a causa de la euforia y el alcohol y Abibi se quedó petrificado sin saber muy bien qué hacer al respecto. Nadie ha vuelto a sacar el tema.

—¡Julie, ven tú! —me pide mi mejor amiga del mundo.

Suelto el globo agarrándolo rápidamente con mis dedos evitando que el esfuerzo que he gastado se eche a perder. Sigo sujetándolo con las manos.

—Bisa, estoy con los globos —refunfuño.

—Digo yo que Abibi sabrá inflar un globo, ¿no? —Le lanza una mirada nada amistosa.

Abibi se niega a contestar así que simplemente se da la vuelta emprendiendo camino hacia donde estoy. Masculla algo mientras sigue acercándose como si no se atreviera a quejarse de Bisa en voz alta.

—Paciencia —susurro.

—Se necesita mucho más que paciencia para aguantar a Bisa —responde sonriente, burlón—. Ve a calmarla.

—Ya sabes cómo se pone cuando está nerviosa. —Sonrío desviando mis ojos hacia ella.

—Bisa solo sabe estar... —lanza una mirada hacia atrás... así.

—No seas bruto. —Pongo mi mano sobre su hombro—. Átalo.

Le hago entrega del globo que aprieto ente mis dedos para que continúe inflado. Abibi lo coge sin caer en la cuenta de que, al igual que Bisa hace un rato, yo también le ordeno cosas, aunque soy mucho más sutil.

—¿Hay más? —con ambas manos va atando el globo.

—Sí.

Saco de mi bolsillo la bolsa llena de globos de colores, aunque quedan muchos menos desde que he comenzado a inflar. Se la entrego a Abibi que sigue con el ceño fruncido. Bisa es la única que consigue caldear el ambiente siempre, en cualquier lugar, en cualquier momento. Esquivo el cuerpo de mi amigo poniendo rumbo fijo a mi mejor amiga, Bisa sigue empeñada en llegar alto a pesar de que resulta más que evidente que no llega.

—Maldita sea —refunfuña.

—Bisa, solo conseguirás abrirte la cabeza. —Alzo la voz.

—Ayúdame. —Y suena más a una súplica.

Acelero mi paso hasta llegar a ella poniendo mis manos sobre sus piernas para evitar la caída. Bisa intenta mantener el equilibrio sobre un par de cajas y trastos apilados a la pared, es tan delgada y pesa tan poco que ni siquiera ha pensado en la posibilidad de aplastarlo todo.

—No creo que tarde mucho más en llegar. —Mi voz me delata, me muero de ganas por verlo.

—¿Qué te ha dicho Christopher? —Mira hacia abajo encontrándome.

—Qué estarán aquí en un rato —respondo.

Intento mirar el reloj de la muñeca de Bisa queriendo saber la hora en la que vivimos, aunque en realidad solo cuento los minutos para tener a Will conmigo. Una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—Ya está —murmura—. Échate a un lado.

Bisa comienza a bajar de la montaña de trastos hasta pisar suelo, al fin a salvo. Siempre ha sido una chica muy temeraria, todo lo aventurera que en cierto modo yo nunca fui. Mi aventura más alucinante es Will.

—Sigamos —ordeno.

—Dios, Julie, eres incapaz, ¿verdad? —Ríe.

—¿Incapaz de qué? —Arrugo la frente.

—De esconder esa sonrisita cada vez que piensas en Will. —Pone los ojos en blanco.

—¿Qué sonrisita? —Controlo la gesticulación de mi rostro.

—Esa que crees que estás escondiendo ahora. —Levanta la cabeza—. Sois tan... fresa.

—¿Qué es eso? —Río acostumbrada a sus argumentos desconcertantes.

—Ya sabes, tan... todo es maravilloso y vivo en una nube de fresa —se burla de mí con

gestos. Golpeo a mi amiga—. Au. No te enfades, es normal cuando lleváis tan poco juntos y todo es genial.

—Will es genial —respondo convincente.

—Lo sé, si no, no estaría aquí preparando la misma fiesta de todos los años. —Sonríe cariñosamente.

Las dos contemplamos el garaje abierto. Hay decenas de globos de colores colocados por todas partes, pero dentro de poco habrá muchos más gracias a la labor de Abibi inflando a toda castaña. Creo que no hay nada en el mundo que no haría por Will. Él es mi mejor amigo, el primero. Mi amor platónico, ese que no se olvida nunca y que espero que siga siendo el resto de mi vida. Me engañaría si no reconociera que he fantaseado más de una vez en mi futuro con él, con una pequeña y acogedora boda aquí en Ciudad del Cabo, quizás en la playa, cerca del mar. He fantaseado con nuestra diminuta casa, con los hijos que tendremos, con nuestra vida juntos. Por supuesto no le he comentado nada de esto a Bisa, pensaría que estoy loca y quizás sea verdad. Acabo de comenzar la carrera de biología en la universidad y Will solo está en el segundo año, aún nos queda mucho por vivir.

—¿Sigo inflando más? —Abibi interrumpe mis sueños.

—Yo creo que no hace falta —responde la Bisa amable—. ¿Tú qué dices?

—Creo que está perfecto así.

Su madre ha sido muy amable permitiéndonos celebrar una fiesta sorpresa en su garaje. Todos los años se la preparamos en Franky's pero este año se me ocurrió la brillante idea de hacer algo distinto y sé que Will no lo espera en absoluto. Me puse de acuerdo con Christopher para que se lo llevara después de comer y así tener tiempo para prepararlo todo. Su madre ha hecho una tarta de coco que tiene una pinta increíble.

—¿Qué le habéis comprado? —Abibi deja sobre la mesa de herramientas la bolsa de plástico que antes contenía globos.

—Le he comprado una camisa preciosa, un suéter y unos vaqueros —responde primero Bisa—. ¿Y tú? Porque con lo tacaño que eres...

—Un reloj —interrumpe Abibi ofendido—. ¿Y tú, Julie?

—Una actuación de *jazz*. —Clavo mis ojos en la calle, impaciente por verlo aparecer en cualquier momento.

—Es genial —murmura Bisa sabiendo, cómo yo, lo mucho que le gusta a Will el *jazz*.

Debe de ser el único chico de diecinueve años que conozco que le gusta el *jazz*, aunque supongo que es una de esas cosas que lo hace especial. Un poco más especial.

—¡Coche! —grita de pronto Abibi.

Todos corremos hacia los laterales, intentado ocultarnos, aunque dudo que no nos hayan visto ya al venir. Escucho el sonido del motor del vehículo mientras intento contener la risa nerviosa que quiere salir de mi boca. El coche se detiene y ambos hermanos bajan, aunque en la cara de

Will se dibuja pura sorpresa.

—¡Felicidades! —gritamos todos a la vez.

No dice nada, solo mira todo con detenimiento. Bisa es la primera en rodearlo con sus brazos consiguiendo por otra parte que Will reaccione.

—Muchas gracias —murmura.

—Mira que es fácil engañarte —Christopher rodea el coche.

—Sois...

—¿Somos qué? —Abibi interrumpe con un abrazo sonoro.

—Los mejores —susurra clavando sus ojos en mí.

Es un chico tan guapo. Siempre me pareció realmente guapo, aunque fue ganando presencia a medida que fue creciendo, cumpliendo años y ahora, simplemente no puedo dejar de mirarlo. Camino hacia él con paso lento pero firme.

—Felicidades, Will —susurro.

Alarga sus brazos hasta que consigue rodear mi cintura acercándose a él sin vacilaciones. Nos fundimos en un abrazo intenso. No me despegaría de él nunca, si pudiera pediría quedarme aquí eternamente.

—¿Ha sido idea tuya? —susurra en mi oreja.

—Sí —respondo con un tono de voz débil.

—Me encanta. —Va apartándose de mí.

Siempre íbamos juntos a todas partes, pero nunca lo vi como algo más que un amigo, Will era solo, mi mejor amigo chico, nada más, hasta este año. Hasta el día en que cenar solos dejó de ser normal, cuando las risitas, el coqueteo acaparó todas nuestras quedadas. Sucedió, sin más.

—Voy a ir a avisar a tu madre. —Bisa controla la situación—. Que ella tiene la tarta.

—Espera que te acompañamos y traemos las cosas. —Christopher levanta el brazo deteniendo a mi amiga.

—Claro —responde coqueta al tiempo que me guiña un ojo.

Los tres se van y Will y yo nos quedamos solos muy cerca el uno del otro. No puedo evitar creer que todo esto ha sido una estrategia para dejarnos solos un rato, pero si así ha sido lo agradezco sobremanera.

—Tengo tu regalo aquí mis...

Will me interrumpe colocando su mano sobre mi mano, la misma que intenta sacar las entradas de mi bolsillo.

—Tenerte es mi regalo. —Sostiene su mirada en mí.

Sonríó como el noventa por ciento de días que estoy con él. Will vuelve a acercarme a él

lentamente, aunque el fin, esta vez, es muy distinto. Me besa. Sus labios se posan en los míos dulcemente, como una gota de agua que ves caer y no quieres detener de ningún modo posible. Eso es Will en mi vida, esa gotita de agua que veo venir y anhelo que llegue cuanto antes. Después del beso se aleja de mí unos centímetros.

—¿Entonces no quieres mi regalo?

—Yo no he dicho eso —responde rápido—. ¿Qué tal las clases?

—Bastante bien —murmuro—. ¿Y las tuyas?

—Aburridas. —Ríe.

—Las clases no son aburridas, es la forma de aprender —responde mi parte inteligente.

—Eso ha sonado muy a madre —se burla.

—Puede que tengas razón —susurro—. Pero es la única forma que tengo para conseguir trabajar en Acuario.

—Tú y tus amados pingüinos —repite como ya ha hecho un millón de veces desde que le confesé qué quería hacer el resto de mi vida—. Sabes, deberías haber nacido pingüino, serías muy mona.

—¿A sí? —Arrugo la nariz.

—Sí —continúa—. Y hubiera sido yo el que habría tenido que estudiar biología.

—No te gustan los animales. —Sonrío.

—Pero tú sí me gustarías. —También sonrío—. Bueno, y ahora dame mi regalo.

—No. —Me mantengo seria.

—Julie, dame mi regalo —exige.

—¿O? —Me aparto de él muy lentamente, marcha atrás.

—O tendré que dejarte para siempre. —Will mantiene el semblante serio.

—Tú no podrías dejarme para siempre —digo convencida.

—No estés tan segura. —Intenta alcanzarme poniéndose en marcha—. Dame mi regalo.

—Ven a buscarlo. —Corro tras el coche utilizándolo a modo de barrera.

—Julie, no me hagas ir a por ti. —Pone sus manos sobre el capó.

—Tienes dos opciones, Will —digo manteniendo la pose preparada por si tengo que salir corriendo.

—¿Qué dos opciones? —Erguido deja de apoyar sus manos en el vehículo.

—Puedes despedirte de tu regalo para siempre o despedirte de mí. —Quiero sonar tajante pero mi risa traviesa me delata.

—¡Julie! —Una voz que no reconozco sale de la nada, como un susurro.

—Así que tengo que elegir entre mi regalo o tú, ¿no? —Will parece sereno como si nada hubiera escuchado.

—¿No has oído eso? —Echo mi vista hacia todos lados.

—No me dirás ahora que te has vuelto loca —se burla.

—¡Julie, vuelve a mí! —Escucho de nuevo.

—¡Eso! —Alzo la voz.

—Julie, pero qué...

—Vamos. —La voz suena cada vez más fuerte, más intensa—. ¿Por qué no despierta?

Frunzo el ceño, confusa. La cabeza comienza a dolerme como nunca antes me había dolido, jamás que pueda recordar. Pongo mis manos sobre ella al tiempo que todo parece dar vueltas en un bucle sin fin. Escucho tantas voces en mi cabeza sin poder identificar ni una sola... Sé que alguien me llama, que su insistencia me hace volver lentamente.

—Es normal. —Puedo oír—. Pero aún respira.

La oscuridad lo cubre todo, una oscuridad profunda de la que no sé salir por más que quiero. El dolor es intenso, aunque ya no sé si solamente se debe a mi cabeza o mi cuerpo entero, que noto magullado.

—Julie, escúchame. —Esa voz de nuevo, aunque ahora me es familiar. Solo sé que me ha hecho volver de algún modo—. Estoy aquí contigo.

Quiero decir algo, aunque nada sale de mí, solo mis pensamientos bailan por mi mente sin sentido alguno. Frases, palabras, sensaciones que percibo y no soy capaz de expresar de ninguna forma posible.

—Sigue hablándole —le pide la otra voz.

—Julie, soy Kenan —dice—. Estoy contigo.

Kenan.

CAPÍTULO XXXV

Segundos rotos.

Me parte el alma en un millón de pedazos pequeños que amenazan con convertirse en lágrimas, dolorosas y amargas lágrimas que evito a toda costa. Después de varios días logré convencer a mis padres, a Kenan, a Bisa, a todo el mundo, de que necesitaba verlo con mis propios ojos, pero cada segundo que paso en esta habitación escuchando el pitido regular son golpes que recibo. Debería levantarme de la silla de ruedas que me obligan a utilizar y correr lejos del pitido. Lejos de la habitación. Lejos del hospital y muy lejos del Will en coma. Todo ha sido culpa mía, pero lo que de verdad me atormenta es saber que puede irse de este mundo creyendo que no lo quería de un modo especial. No puedo soportarlo.

Observo el cuerpo inerte de Will sobre la cama con cientos de cables por todas partes que lo mantienen vivo sin dejar de pensar en lo que ocupará su mente ahora mismo, él ocupó la mía en algún momento durante el trayecto al hospital, aunque fue más bien un recuerdo. Respiro despacio, aún me duele hacer esfuerzos a causa de la puñalada en el costado no tan certera como la que él recibió en su estómago. Parece estar dormido.

—Debería decirte algo —susurro—. Pero no sé qué decir.

Desvío mi mirada de él contemplando la habitación. Las paredes están pintadas de un verde claro descolorido y las cortinas, aunque amarillas, seguramente debieron ser blancas al comienzo. La mía no se diferencia mucho de esta, aunque es algo más pequeña y un poco más nueva o al menos eso me parece. Alguien golpea la puerta con el puño consiguiendo que eche la vista hacia atrás.

—¿Puedo pasar?

La madre de Will espera junto a la puerta pacientemente, aunque es su hijo el que está sobre la cama sin saber que será de su vida en unas horas.

—Claro —murmuro intentado sonreír, aunque me es imposible.

—¿Cómo estás? —Pone su mano sobre mi hombro.

—Cansada —respondo con sinceridad.

—Normal. —Acaricia mi mejilla—. Will no va a querer pasar ni una hora sobre la cama cuando despierte.

El corazón se me encoge hasta convertirse en una bola pequeña que amenaza con dejar de latir en cualquier momento.

—Con lo que le gusta dormir —intento hacer de tripas corazón.

Su madre se acerca a la cama deteniéndose en un lateral donde permanece con la mirada fija en su hijo. Yo apenas he podido acercarme a la cama cuando la enfermera me ha traído aprovechando que mis padres han bajado a la cafetería y Kenan no ha podido evitar que lo llaman. Desde donde estoy ya me resulta una odisea no llorar como para tenerlo tan cerca.

—Le costará un tiempo adaptarse a su nueva situación —dice ella—. Ya sabes, recuperar las fuerzas.

—Claro —asiento—. ¿Has hablado con el médico?

—Esta mañana. —Se da la vuelta yendo hacia la ventana—. Dice que hay que esperar, pero Will es un chico fuerte. Volverá con nosotros.

Asiento conteniendo las lágrimas. Ni siquiera tendría que enfrentarse a todo esto, ni él ni su familia, si yo...

—Lo siento mucho —murmuro.

—Julie —dice mi nombre con dulzura—. No es culpa tuya.

—Me reconocieron. —Agacho la mirada.

Camina hacia mí hasta encontrarme de frente. Su madre siempre se portó muy bien conmigo; incluso cuando rompimos siguió siendo cordial y amable. Will tiene mucho de ella.

—Eran unos locos. —Inclina su cuerpo hacia delante—. Y gracias a tu descripción acabarán encontrándolos y pagarán por lo que os han hecho. No te preocupes.

Pero cómo no voy a preocuparme. Es Will el que está así por mi culpa, solo espero que despierte pronto, que todo esto quede solamente en una horrible pesadilla que terminaremos recordando con los años. Vuelvo a clavar mis ojos en él.

—Será mejor que regrese a mi habitación.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, Julie, a él le gustaría. —Su madre regresa al lado de Will colocando su mano sobre el cabello castaño claro de su hijo—. Christopher está a punto de venir.

—Tengo que volver —miento—. Mis padres estarán a punto de llegar si no están ya en la habitación volviéndose locos por saber dónde estoy.

—¿Es que no saben que has venido a ver a Will? —Frunce el ceño.

—Creen que necesito recuperarme un poco más antes. —Muevo las ruedas de la silla como puedo.

—Es normal —dice su lado maternal—. ¿Quieres que te acerque a la habitación?

—Ya lo hago yo.

Una voz masculina se cuela en nuestra conversación. Con girar unos centímetros mi rostro descubro de quién se trata, es Christopher esperando en el umbral de la puerta. Su rostro está blanco, pálido, y sus ojos cansados aún rojos de tanto llorar.

—Sí, acércala.

—Gracias. —Miro a ambos Seathpool.

Christopher agarra con fuerza la silla de ruedas sin decir mucho más. Es un momento muy delicado para todos los que queremos a Will, verlo así. Su madre se sienta en la silla que han

colocado junto a la cama y coge la mano de su hijo, de ella salen cables de los goteros y de su dedo el chisme que toma las pulsaciones de su corazón. Comienzo a moverme hasta que al fin me saca de allí. El pasillo está lleno de movimiento, de gente yendo y viniendo hacia todas direcciones, aunque generalmente, la mayoría de personas se van apartando de nuestro camino.

—¿Qué habitación? —Escucho su voz, alto y claro.

—305.

Respondo sin mirar hacia ninguna otra parte más que aquello que vamos encontrando delante. Christopher y no nunca tuvimos ningún tipo de relación más allá de conocernos por Will y de coincidir en los actos más trascendentales de su vida como sus cumpleaños, las graduaciones y poco más. Sin embargo, y a pesar de que no lo conozco lo suficiente, puedo notarlo extraño, demasiado cortante.

Giramos el pasillo hacia la izquierda dejando una a una las habitaciones a nuestro paso, hasta que el número 305 se lee perfectamente en una pequeña placa de metal. La puerta está abierta y la habitación vacía, para mi suerte. Christopher sigue avanzando hacia dentro hasta detener la silla de ruedas junto a mi cama, poniéndome cara a él con cierta brusquedad.

—¿Necesitas que te suba a la cama? —Mira mi cama deshecha.

—Puedo llamar a una enfermera. —Contengo mis palabras.

Christopher se echa hacia delante decidido hasta que sus manos se cuelan por mis axilas con fuerza y demasiado brusco, lo suficiente como para sentir el tirón en la herida. Dibujo una mueca de dolor en mi rostro.

—No es necesario...

Pero no me da tiempo a decir nada, él ya me ha puesto de pie y me sujeta con fuerza con sus brazos. Miro su rostro esos segundos que me sujeta sin hacer nada, no tiene cara de buenos amigos.

—Siempre le complicaste la vida. —Enfadado deja salir por su boca lo que ocupa su mente —. Solo has sabido hacerle daño.

—Christopher yo...

Me quedo completamente paralizada. Él me culpa por todo como yo me culpo también. Solo le he hecho daño.

—Lo dejaste sin más y ahora... —Se detiene—. Solo le haces daño una y otra vez.

Me siento más vulnerable de lo que nunca me he sentido, emocional y físicamente, y encima dependo de él porque si decide soltarme ahora mismo caeré al suelo y la herida se abrirá y volveré a sangrar. Seguimos de pie unos segundos más hasta que por fin mueve mi cuerpo y el suyo hacia la cama, momento en que aprovecho para sentar mi trasero con rapidez haciéndome daño al no tener cuidado.

—Yo lo quiero —musito al tiempo que él suelta mi cuerpo quedándome sentada en la cama.

—Tú no lo quieres —dice con desagrado—. Nunca lo has querido. Si despierta no quiero que vuelvas a acercarte a él y si no lo hace...

—Christopher lo siento.

Unas lágrimas caen desoladas por mis mejillas mientras intento controlar las emociones que palpitan con fuerza dentro de mí. Quizás tenga razón y solo haya conseguido causarle más dolor

que otra cosa. Quizás sea una egoísta, la egoísta más grande del mundo y debí dejarlo marchar cuando él lo pidió, cuando terminé la relación.

—Que lo sientas no va a hacer que vuelva a respirar por sí solo. —Su ataque continúa—. Que lo sientas no va a curar su herida en el estómago. Eres lo peor que ha podido pasar por su vida, solo eres...

—¡Julie!

Alguien lo interrumpe. Yo no miro, no me importa quien sea, porque sea quien sea no va a dejar de tener razón Christopher. Soy lo peor que ha tenido en su vida. Contemplo el suelo de azulejos turquesa que brilla limpio.

—¿Quién eres y qué crees que estás haciendo? —Solo cuando vuelve a hablar reconozco la voz de Kenan.

—Christopher —se limita a responder con el semblante serio.

—Bien, Christopher, pues va siendo hora de que te vayas.

Kenan se acerca a los pies de la cama sin apartar sus ojos azules del hermano herido, tan dolorido y tan agotado que no es capaz de encarar al militar que acaba de entrar por la puerta con el uniforme de trabajo.

—Sí, me voy —asiente, me contempla unos segundos y se da la vuelta.

El hermano de Will se marcha de mi habitación habiendo conseguido que llore de nuevo, que una presión no solo oprima mi pecho, sino que también ataca a mi herida del costado. Pongo la mano sobre ella.

—Julie, ¿estás bien?

Preocupado avanza hacia mí colocando sus manos en mis hombros. Yo no puedo dejar de llorar, aunque son lágrimas silenciosas, esas que caen sin que puedas evitar, sin sofoco, sin llanto.

—Tiene razón —pronuncio débilmente.

—Es idiota. —Kenan se aleja de mí alcanzando el aparato para llamar a la enfermera—. Vamos, que te ayudo a acostarte.

Con mucha paciencia y delicadeza consigue que mi cuerpo vaya cayendo sobre la cama muy despacio. Yo me dejo, cansada, agotada y sin fuerzas. La enfermera aparece por la puerta.

—¿Quiere algo?

Una mujer de color, no la que me llevó de extranjería a la habitación de Will, espera junto a la puerta. Kenan aparta la silla de ruedas de la cama.

—¿Por qué no había nadie vigilando? —Suena enfadado.

—Bueno, una enfermera se pasa cada cierto tiempo, pero no hay tantas para...

—Tranquila —interrumpo recuperando la calma—. Pueden traerme agua.

—Ahora mismo. —La enfermera sonrío cautelosa antes de darse la vuelta e irse.

—Ellas no tienen la culpa. —Con las manos intento subir un poco.

—¿Has ido a verlo? —Tensa la mandíbula dejando ver su desacuerdo.

—Sí, he ido a ver a Will. —Limpio las lágrimas de mi mejilla—. Necesitaba verlo, y puedes decirme todo lo que quieras, pero no me importa.

—Aún estás muy débil, Julie. —Pasa la mano por su cabello oscuro y rizado—. ¿Quién era ese?

—Su hermano. Me ha traído a la habitación.

—Ha hecho mucho más que eso. —Se sienta en los pies de mi cama—. Él no es nadie para decir lo que te estaba diciendo.

—El chico está preocupado por su hermano —justifico.

—Tú también estás sufriendo, todos.

Aparta sus ojos de mí contemplando la puerta abierta de mi habitación. Solo unos minutos después la enfermera reaparece, aunque con una actitud muy distinta a la de antes. Deja la botella de agua sobre la mesa antes de mirarme, antes de volver a irse. Es Kenan el que abre el tapón y llena el vaso. Sabe que las palabras de ese chico preocupado por su hermano me han hecho más daño que cualquier herida, aunque ninguno de los dos decimos nada. Quiero a Kenan con toda mi alma, pero Will siempre será mi debilidad, es algo que no sé esconder y que mi chico de ojos claros descubrió hace tiempo. Que Will viva o no lo cambiará todo. Absolutamente todo.

CAPÍTULO XXXVI Vivir o morir.

Miro el techo en lugar de dormir como debería estar haciendo desde hace horas, pero a pesar del cansancio que impide que haga esfuerzos, mi mente va por libre y ha decidido no hacer caso al resto del cuerpo. Will ocupa todos mis pensamientos.

—Quieres dormirte —murmura Kenan desde el sofá.

—¿Cómo sabes que no duermo? —Arrugo la frente.

Giro mi rostro hacia un lado y lo veo echado sobre el incómodo sofá de mi habitación, con un brazo sobre su cabeza cubriendo sus ojos. Le pedí que se fuera a casa a descansar porque llevaba dos noches quedándose en el hospital, y eso sin contar la cantidad de horas del día que pierde aquí. Me gusta tenerlo conmigo y sé que es una ayuda importante para mis padres, pero me abruma todo en este momento, incluso él.

—Porque puedo escuchar cómo piensas —murmura bajando el brazo—. Estás preocupada, ¿no es verdad?

—Lo es.

Kenan no tarda en levantarse del sofá acercándose a mi cama mientras lo sigo con la mirada. El pobre no ha podido cambiarse y lleva puesto de nuevo esos pantalones militares del uniforme. Se sienta a mi lado.

—Julie, William se va a poner bien.

—Eso no lo sabes, está muy mal. —Contengo el volumen de mi voz.

—No, no lo sé. —Aparta sus ojos azules de mí—. Pero aunque no lo haga, no ha sido culpa tuya.

Las primeras lágrimas silenciosas resbalan por mi mejilla sintiéndome más vulnerable que nunca. He intentado durante tanto tiempo no llorar que al fin han estallado aprovechando la guardia baja.

—No —me limito a decir.

—Julie por favor no llores. —En su rostro se dibuja sufrimiento. Me abraza pegando la parte superior de su cuerpo a mi pecho.

—Tenía que haber hecho caso a mis padres y coger un vuelo lejos de Ciudad —musito sin creer lo que realmente sale de mi boca.

Kenan se aparta de mí despacio colocando sus manos sobre mis hombros, clavando sus ojos en los míos.

—Eso no importa ahora. —Sigue hablando bajo—. Porque si empiezas así me obligarás a decir que tendría que haberte dejado ir, que soy un egoísta por querer tenerte conmigo, así que no sigas.

—Recibí cartas de amenazas —se escapa de mis labios.

Ya no tiene mucho sentido seguir callando, el secreto puede costarle la vida a Will y ningún secreto del mundo vale tanto. Kenan frunce el ceño confuso, casi enfadado pero mantiene el semblante serio a la espera de saber más. No tengo ganas de relatarle los detalles.

—¿Cuándo? —dice al comprender que no diré nada.

—¿Importa? —murmuro sin fuerzas—. Yo he provocado todo esto Kenan, yo he permitido que le hagan daño.

Se alza de la cama sin tropezar con nada a pesar de la oscuridad que inunda la habitación, pero también mi interior. Solamente la luz de emergencia, de un tono anaranjado, permite que la negra noche no lo cubra todo por completo, pero aun así Kenan se mueve con soltura no demasiado lejos de mí. Piensa. Piensa quizás en todo, en mí, en las amenazas, en Will en la otra habitación; seguramente solo esté pensando la forma de alejarme de aquí.

—¿Por qué no sabía nada?

—Kenan no quise asustar a más gente. —Echo la cabeza hacia el otro lado esquivándolo.

—¿Más gente? ¿Quién sabe esto? —Alza la voz más de lo que seguramente debería.

—Mis padres me lo ocultaron a mí antes, aparte de ellos, Bisa. —Noto la boca seca, como si hubiera pasado años desde que bebí la última gota de agua.

—Y supongo que yo estaba en el último número de tu lista.

Resignado, casi decepcionado se detiene porque dejo de escuchar sus botas en el suelo, sus pies de un sitio hacia otro sin rumbo. Tengo miedo de girar mi rostro y encontrar la decepción marcada en el suyo. Una punzada de dolor concentra mis emociones en la herida cerrada de mi costado, rápidamente mi mano la cubre con cautela. Nadie me ha dicho cuántos puntos tengo, aunque no creo que eso importe demasiado, de hecho, estoy segura de que lo único que preocupó a mis padres, a mi familia, a Kenan era saber si seguía respirando. Solo recuerdo algunas palabras sueltas que el doctor me dijo al día siguiente de despertar. Me dijo que fuera con cuidado, que no hiciera esfuerzos, que estaría débil durante un tiempo, después de eso la policía se coló en mi habitación como si alguien los hubiera invitado y fue entonces cuando me limité a contar todo lo que recordaba, los detalles, las descripciones... mientras tanto intentaba a toda costa averiguar que había sido de Will sin que nadie pudiera decirme mucho. Kenan fue el único que se quedó en la habitación mientras relataba los hechos, su condición de militar se lo permitió. También aquel agente que nos ayudó en la calle habló con los policías, o eso creí escuchar en algún momento de la conversación.

—Lo siento mucho —dejo escapar entre mis labios—. Kenan, lo siento mucho.

Cómo si repetirlo fuera a servir de mucho. Mis ojos vuelven a él desesperados, Kenan contempla la pared durante los minutos más largos de mi vida, después también sus ojos azules se fijan en mí. Puedo notarlo cansado, ya ni siquiera se peina y la barba le ha crecido en el tiempo en que llevo en el hospital y él conmigo, como mi guardián.

—Deberías irte.

Ninguna expresión se dibuja en su rostro, nada que me deje ver más allá de lo que dice. Irme. Irme.

—Irme —digo en voz alta a la tercera vez.

—Te dije que solo te retendría aquí si podía cuidarte, ya no puedo. —Su mandíbula se tensa con cada sonido que sale de su boca.

—No voy a irme por ese motivo.

Una presión contenida oprime mi pecho. No soy una muñeca de trapo que necesita su protección las veinticuatro horas del día, lo que ha sucedido no podría haberlo impedido por mucho que él crea que sí. No voy a hacer las maletas e irme solo porque él tenga la estúpida convicción de que debe mantenerme a salvo.

—He hablado con tus padres y vas a irte. —Alza la cabeza en un intento de quedar por encima de cualquier cosa que pueda decir en contra.

—¿Has hablado con mis padres de lo que tengo que hacer? —Ofendida recupero fuerzas—. No. No voy a hacer lo que vosotros queráis, haré lo que yo decida.

—No digas tonterías, Julie. —Vuelve a moverse hacia el sofá donde intentaba dormir hace un rato.

—¿Tonterías?

—Sí, tonterías. —Deja caer su cuerpo lentamente—. Después de esto no es...

—Basta —interrumpo su estupidez—. Has hablado con mis padres y ellos tampoco te han contado lo de las amenazas así que no puedes ponerte así conmigo.

—¿Así? —Aún no se ha sentado en el sofá cuando emprende camino hacia la cama—. Solo me preocupo por ti, te han dado un navajazo.

—No hace falta que me lo digas. —Coloco la otra mano sobre la herida.

—Julie, por favor sé comprensiva.

Kenan se calma, intentando tranquilizarme a mí también. Mueve sus manos despacio pidiendo calma, pero no puede pretender que haga lo que ellos deciden por mí sin tener una opinión al respecto. Yo tengo a mi familia aquí, a mis amigos, a mis padres, mi trabajo, los pingüinos... toda mi vida está en Ciudad del Cabo.

—Enciende la luz —ordeno.

—Sabes, creo que deberíamos hablar de todo esto cuando salgas de aquí, cuando te hayas recuperado.

La luz me deslumbra durante unos segundos, los suficientes como para no ser consciente del todo de lo que después sucede. Alguien se encara hacia mí, tan rápido y con tanta fuerza que no logro ver de quién se trata, de hecho me mareo durante unos minutos. Solamente noto unas manos sobre mis hombros empujando con fuerza, como si estuviera dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre mí y siento como me hundo en la cama. Intento pestañear veloz recuperando la

conciencia, pero las imágenes suceden demasiado deprisa.

—¡Ojalá te mueras! —es lo único que dice mi agresor.

—¡Qué coño estás haciendo!

Kenan sale a mi rescate apartando el pesado cuerpo que me oprime, el cuerpo de Christopher que se acaba alejando de mí después de que mi soldado lo agarre con fuerza de la camisa tirándolo contra la pared como un trapo, él choca de bruces sin tener tiempo a poner las manos para evitar dar de boca. Intento aclarar las ideas colocando las manos en mi cabeza, sin entender nada de lo que está sucediendo.

—Hija de puta —dice Christopher tartamudeando.

Kenan vuelve a encararse a él agarrándolo de nuevo de la parte delantera, desde la cama solo veo la musculosa espalda de Kenan y mitad del rostro del hermano de Will que empieza a llorar sin oponer resistencia a la violencia del militar que amenaza con darle una buena tunda en unos minutos.

—Cálmate —le pide Kenan—. Cálmate.

—¿Qué pasa? —musito al fin sintiendo que algo no va nada bien—. ¿Christopher qué pasa?

—Lo has matado. —No deja de llorar—. Lo has matado.

—¿De qué hablas? —Kenan va soltándolo muy despacio, tan confuso como yo.

—Está muerto.

Dejo de respirar, no sé si voluntariamente o inconsciente, solo sé que mis pulmones dejan de recibir oxígeno. La habitación se hace pequeña, tan pequeña que no voy a caber en ella como siga reduciendo su tamaño. Christopher caer al suelo muy despacio, deslizando su espalda por la pared emitiendo un llanto tan desgarrador que solo consigue romperme la piel, el alma. Kenan lo suelta al fin, clavando sus ojos azules en mí, pero tampoco se mueve. Comienzo a hiperventilar.

—No, no, no...

—¿Julie? —Kenan pone sus manos sobre mí—. Julie, tranquila ¡Enfermera!

—No.

—Julie, cálmate. —Noto sus manos ejerciendo presión en mi costado—. Julie estás sangrando, se ha abierto la herida.

—No.

—¡Enfermera! —grita por encima del llanto de Christopher—. Julie, respira.

—¿Qué ha sucedido?

La misma enfermera de antes regresa veloz a los gritos de Kenan, se altera al encontrar la terrible escena de la habitación. Al desconsolado Christopher en el suelo, a Kenan cubriendo mi herida con fuerza aunque no con la suficiente pues sus manos se tiñen de un rojo intenso, a mí sin respirar, con el corazón a mil por hora.

—Sangra —responde Kenan como puede.

—Voy a avisar al doctor de guardia. —Ella saca un par de gasas de su bolsillo entregándoselas a Kenan para taponar la herida—. Voy a por alguna enfermera más.

—Julie, mírame. —Oigo su voz en la lejanía.

No lloro y no sé por qué. Quiero llorar. Quiero desgarrarme como el sonido que emite el hermano herido. Quiero hundirme en la miseria. Quiero regresar a Will, al Will vivo.

—No —soy incapaz de decir nada más.

—Julie, pequeña. —Sus ojos me buscan sin saber que ya no estoy aquí con él. Ya no estoy en el hospital de Ciudad—. Necesito que recuperes la calma.

—No.

CAPÍTULO XXXVII

El frío congeló mi corazón.

Puedo ver la nieve a través de la ventana. Jamás había visto este blanco puro cubriendo cada rincón, este frío que congela mi corazón con cada bocanada de aire que entra desde el día que volví a despertar después de que él no lo hiciera. Dicen que el tiempo todo lo cura, pero no me siento curada después de un año, doce largos meses.

—Julie, Amy quiere enseñarte algo.

Natalie entra en la habitación como suele hacerlo siempre, sin avisar, sin ser escuchada antes.

—Ahora voy, —Miro por encima de mi hombro.

—¿En qué piensas? —Pone su mano en mi hombro primero, aparta los mechones de mi cara después colocándolos detrás mi oreja.

—Nunca hemos visto nevar en Ciudad. —Mis ojos vuelven afuera.

El cristal de la ventana sigue empañado, veo pequeñas pinceladas de verde huyendo de la blanca nieve que intenta cubrirlo todo a toda costa, cueste lo que cueste.

—Echas de menos Ciudad del Cabo, ¿verdad?

Nat me conoce mejor que nadie, ella y mi mejor amiga del mundo, las dos chicas que siempre han estado conmigo, que aún siguen estándolo. Claro que echo de menos Ciudad, ¿qué clase de persona sería si no echara de menos mi hogar? Echo de menos a mis padres quienes decidieron finalmente regresar después de varias semanas aquí, después de asegurarse de que mi recuperación iba por buen camino. Echo de menos a Bisa y Abibi, a los que al menos veo de vez en cuando, cuando pueden coger un vuelo exprés a Reino Unido. A mi tío Bob que se quedó allí. A Will.

—Estoy bien, olvídale. —Dibujo una sonrisa en mi rostro.

—Conmigo no tienes que fingir. —Nat acaricia mi mejilla con dulzura—. Yo también lo echo de menos.

—Sprotbroun no está nada mal. —Intento sacarle una sonrisa.

—¿Pero qué dices, Julie! Aquí siempre hace frío —bromea.

—Es cierto. —Me doy la vuelta—. ¿Dónde está Amy?

—En el comedor, junto a mi madre.

—Voy a verlas. —Lanzo una sincera sonrisa.

—Julie. —Detiene mi paso—. Feliz Navidad.

Regreso a Natalie para rodearla con mis brazos, aún me tira la cicatriz del costado cada vez que hago algún movimiento exagerado, una maldita cicatriz que me recordará el resto de mi vida que yo me quedé, pero él no.

—Feliz Navidad, Natalie.

Las luces de Navidad iluminan el acogedor comedor mientras el calor de la chimenea ardiendo alumbra y reconforta. Ayer terminamos de montar el árbol de Navidad entre todos, incluso Tim acabó colocando la estrella en la cima al regresar del trabajo. Cuando era niña la Navidad era mi época favorita del año, los regalos, las luces, las golosinas... el chocolate. Hoy, después de todo lo que he vivido, también valoro estas fechas junto a mi familia, pero siento que me falta algo, algo que no me deja ser feliz. Me falta Kenan, aunque no se lo haya dicho a nadie, aunque me niegue a reconocer cuánto lo extraño.

—Mira, Julie —Amy llama mi atención—. Mira lo que estoy haciendo.

—Es una artista —dice su abuela orgullosa mientras sostiene entre sus brazos al pequeño de la familia, a Mitch Norton, el nuevo miembro.

—A ver, enséñamelo.

Camino hacia ella, sentada en la alfombra del comedor, frente a la chimenea mientras trastea con muchas cosas sobre la mesa de té en torno a la cual se colocan los dos sofás. Sobre la mesa una especie de centro navideño hecho con piñas secas pintadas y bolas de purpurina.

—Lo he hecho para la cena de mañana.

—Madre mía, Amy, es espectacular.

Miro el centro de mesa navideño que brilla por todas partes, pero dejo escapar una sonrisita al comprobar que no es lo único que brilla, también mi pequeña rubia está cubierta de purpurina morada por todas partes.

—Voy a coger una cosa. —Amy sale corriendo casi sin poder terminar la frase.

—Menudo desastre —digo entre risitas.

Miro el rostro de tía Rosie y en su cara se dibuja la misma expresión que solía poner cuando Nat y yo terminábamos desorganizando su habitación como si un huracán se hubiera colado por la ventana y se hubiera marchado después por la puerta sin hacer el menor ruido.

—Cosas de niños —murmura.

—Dame, tía.

Antes de que pueda negarse alargo mis brazos con el propósito de hacerme con el pequeñín Mitch, que todavía no sabe lo que es no estar en brazos de alguien. Es curioso, Amy es sudafricana de nacimiento, pero Mitch es inglés.

—Ten cuidado, Julie.

—Que sí —respondo sin prestarle demasiada atención, impaciente por rodearlo con mis brazos—. Pero qué bonito eres.

—Siempre tiene esa cara de felicidad. —Rosie intenta que no se le caiga la baba mientras lo observa, pero no va a conseguirlo.

—¿Y cómo no va a tenerla? —Lo aproximo a mi cara plantándole un dulce beso en la frente

—. Porque es un niño feliz, ¿verdad, pequeñín?

Su cabeza es redonda, casi como una pelota perfecta, su nariz diminuta pero idéntica a la nariz de Amy, de hecho, se parece muchísimo a su hermana cuando era un bebé. Lo contemplo como si fuera lo más hermoso de la Tierra.

—Será genial cuando tú también tengas un par de estos. —Rosie acaricia la cabeza del bebé.

—¿Un par? —Interviene Nat haciendo acto de presencia en la habitación—. Conociendo a Julie será capaz de tener un par más.

—¿Pero qué dices? —Frunzo el ceño.

—No me mires así, las dos sabemos que se te dan muy bien los niños.

Natalie llega hasta donde estoy arrebatándome a Mitch en un visto y no visto aprovechando mi descuido. Nat lo arropa con dulzura. Amy aparece corriendo por el comedor con una caja blanca entre sus manos, frena al llegar a mí.

—¿Qué es eso?

—¿Me ayudas a terminarlo?

—Creía que ya lo habías acabado. —Me inclino hacia delante.

—Aún no. —Pone su carita de niña buena—. Papá dice que dos cabezas piensan más que una.

—Eres una niña muy lista, Amy Norton. —Coloco mis manos bajo sus axilar consiguiendo cogerla en brazos.

—Ya lo sé —responde ella.

—Julie, ten cuidado —Nat avanza unos pasos hacia nosotras—. Aún no estás recuperada del todo.

—Estoy bien, esto ya ha cicatrizado. —Desvío mis ojos al costado.

—¿Te duele? —Amy también mira hacia donde está la cicatriz.

—Ya no.

Aunque miento, a veces me despierto de golpe sintiendo pinchazos en la herida, otras veces noto como mi piel se estira provocándome molestias en la cicatriz, pero intento que no se den cuenta.

—Tu prima tiene razón. —Rosie me quito a Amy de entre mis brazos—. Haz el favor Julie, no quiero que tu madre me riña cuando venga mañana.

—Vale, tía.

Estoy demasiado feliz sabiendo que mañana mamá y papá vendrán para celebrar la Nochebuena con nosotros, en familia, también tío Bob vendrá con ellos. Hace más de tres meses que no los veo, aunque intento hablar por teléfono con ellos siempre que puedo, algo que también debería hacer con Bisa y Abibi, aunque me resulta más complicado. Después de la muerte de Will, de mi deprimente estado y finalmente de mi marcha, la relación se distanció, se volvió tirante pero

entonces Bisa y Abibi se presentaron en Sprotbrough de improviso y fue tal la sorpresa y la alegría de verlos que todo volvió de algún modo a la normalidad.

—Amy, ¿hacemos galletas de Navidad?

Desde que nació Mitch, Nat ha intentado llevar la situación lo mejor que ha podido, evitando que Amy sienta celos de su hermanito, aunque por suerte Amy parece demasiado feliz con su nuevo hermano como para pensar en celos.

—Sí, sí, sí...

—Toma, mamá. —Nat besa la cabeza de su bebé antes de dejarlo caer en brazos de tía Rosie—. Ven aquí, pequeña, ¿vienes?

—Claro —asiento. Mi teléfono comienza a sonar con fuerza—. Id preparando las cosas, ahora voy. Diga.

—Julie, soy Bisa —responde en voz baja.

—Bisa cuánto me alegra oírte, ¿Cómo estás?

—Genial, ¿y tú? Espero no molestarte, puedo llamarte en otro momento si...

—¡Qué va!

Salgo del comedor donde dejo a tía Rosie haciéndole carantoñas al bebé, avanzo hacia la entrada, aunque me pienso eso de salir fuera bajo la nieve. Aparto la cortina con el fin de ver cómo sigue nevando fuera. Al principio de venirnos nos acogieron unos primos de tía Rosie en una vieja granja, pero después de un par de meses, de la mudanza de Tim a la casa y del avanzado estado de Nat decidimos coger una casa para nosotros a las afueras de Sprotbrough, un pequeño pueblo cercano a Doncaster, donde también viven los primos de tía Rosie, Kerr y Paulinne McBean.

—¿Qué tal todo por allí?

—Bien, ayer montamos el árbol de Navidad y lleva unos días nevando.

—Tiene que ser precioso ver nevar.

—Sí, es bonito. —Contemplo más allá del camino nevado de la entrada antes de soltar la cortina y regresar a la entrada de la casa—. ¿Y qué tal todo por Ciudad?

—Volviendo a la normalidad —dice cautelosa.

—Sí, mi padre ya me contó. —Trago saliva—. Dice que las cosas están mejorando.

—Sí, volvemos a la calma.

Después de la agresión la cosa se complicó aún más en Ciudad, más alzamientos, altercados. Quemaron edificios y mataron a varias personas en plena calle, la cosa se descontroló durante unas cuantas semanas, uno de los motivos por el cual pusimos tierra de por medio.

—Me alegra saberlo.

Detengo mi vista en el espejo de la entrada. El pelo me ha crecido bastante en estos meses, he

perdido algo de peso por culpa de la herida y la recuperación posterior, aunque también tiene que ver la comida de este sitio, me costó acostumbrarme a ella.

—Julie, siento no haberte llamado antes. —Suena a disculpa.

—Bisa, no pasa nada, tampoco yo te he llamado. —Dejo de mirarme— ¿Cómo está Abibi?

—Pues en realidad también te llamo para contarte algo. —Conozco a Bisa, sé que debe de tratarse de algo importante si se anda con rodeos.

—¿Abibi está bien?

—Perfectamente —responde rápidamente—. Verás Julie, hace un par de días Abibi me pidió en matrimonio.

—¿Cómo? —Alzo la voz— ¿Vas a casarte?

—Voy a casarme —responde emocionada.

—Bisa, estoy tan feliz por ti. —Doy vueltas sobre mí misma sin creerlo del todo—. De verdad que me alegro un montón por los dos.

—Gracias. —Espera unos segundos—. No sabía si contártelo o no.

—¿Pero qué dices, Bisa?

—Sé que no estás en el mejor momento y...

—Bisa, estoy bien —interrumpo—. Estoy más que bien ahora que me has dado esta noticia.

—Siento lo tuyo con Kenan. —Deja de sonar contenta.

—No importa. —Borro la sonrisa de mi cara.

—Ha vuelto a Pretoria. —Tarda en decirlo, quizás por miedo a sacar el tema.

—Eso es buena señal, significa que la cosa va muy bien por Ciudad. —Actúo rápido, diciendo lo primero que pasa por mi cabeza, lo segundo me lo guardo para mí—. ¿Has hablado con él?

—Hace varias semanas que no, ¿tenía que habértelo dicho?

—Tranquila, Bisa, no pasa nada.

—Me preguntaba por ti —susurra desde la otra parte del mundo.

—¿Y qué le decías?

—Que ibas recuperándote, que habías pasado una mala racha.

Bisa es la única que sabe lo que sucedió en el hospital la noche que murió Will, el ataque de Christopher que provocó el sangrado de mi herida, que desencadenó todo. Solo Bisa y Kenan saben lo que sucedió aquella noche, no quise contárselo a nadie más y les pedí a ambos que guardaran el secreto, supongo que me sentía culpable, responsable de la reacción violenta de Christopher, de la muerte de Will.

—¿Cómo estaba él?

—Triste. Julie, estoy segura de que si lo llamas podréis...

—Quiero que haga su vida —repito lo que siempre digo. Una y otra vez.

—Como tú quieras, Julie. —Suena a consuelo—. Sabes que me tienes para lo que necesites, sea lo que sea, aunque esté aquí y tú allí.

—Lo sé, Bisa. —Sonríó sin que pueda verme—. Y yo estoy aquí para lo que quieras.

—¿Estarás en mi boda? ¿Serás mi madrina?

—No me lo perdería por nada en el mundo. —Siento añoranza—. Claro que seré tu madrina, será un placer.

—¿Vas a volver a casa? ¿Algún día?

—Will no podrá volver, ¿por qué voy a merecerlo yo?

CAPÍTULO XXXVIII Dulce Navidad.

El olor a pavo asado abre mi apetito, hacía mucho tiempo que no sentía hambre de verdad, de esa que te da ganas de comer y no parar. Amy me ayuda a colocar las cosas sobre la mesa mientras esperamos la llegada de la parte de la familia que falta. Al final, el vuelo se retrasó varias horas por culpa del temporal y aunque sentimos auténtico pavor al pensar que quizás no podían salir de allí por suerte todo quedó en un susto. Timothy es el cocinero de la noche, se encaprichó en ocuparse del pavo de Navidad y ninguna pusimos objeciones, ninguna excepto tía Rosie que no se ha apartado de él en todo el día, menos mal que Tim sabe tomarse todo con filosofía.

Amy lleva puesto ese jersey tan gracioso que le compré hace semanas, el que lleva el dibujo de un reno en el centro y sus orejas cuelgan como si fuera a salir de él en cualquier momento. No pude apartar mi vista de él en cuanto lo encontré en la percha de la tienda, tan rojo, tan navideño, supe que era perfecto para mi sobrina favorita y acerté, a Amy le encantó. Las luces del árbol lo iluminan todo mientras nosotras nos encargamos de preparar la mesa en el comedor, aunque entre ida y venida terminamos cogiendo una de esas galletas en forma de muñeco que tía Rosie hizo esta mañana. Espero impaciente a mis padres y a tío Bob, que deben de estar al caer según la última llamada de teléfono de mamá en el aeropuerto mientras esperaban que les facilitaran el coche de alquiler que tío Bob muy inteligentemente reservó junto a los billetes de avión. Detengo mi vista sobre la chimenea encendida y esa fotografía tan bonita que mamá colocó allí en su primera visita a la casa nueva, una donde aparecemos todos antes de nacer Mitch en el jardín de casa de mis tíos, en una de esas muchas comidas familiares. Extraño Ciudad del Cabo, sus playas, el calor, mis pingüinos.

—¡Julie, ayuda a Amy!

Escucho bien alto y claro la voz Natalie desde algún punto de la habitación, giro mi rostro en busca de la pequeña rubia de pelo largo y la encuentro junto a la mesa con varios platos entre sus manos avanzando lentamente, con cautela a causa del peso excesivo.

—Amy, no deberías llevar tantos.

Le quito los platos de las manos consiguiendo que Amy frunza el ceño nada conforme. Los dejo sobre la mesa con cuidado, no es que yo sea la más idónea para ocuparme de este tipo de cosas. Estoy a punto de decir algo que anime a la refunfuñona cuando el timbre suena alto, retumbando por toda la casa.

—El abuelo —dice contenta Amy al tiempo que sale corriendo hacia el vestíbulo.

—¡Amy espera! —grita Nat sin conseguir nada.

—Yo voy.

Cuando alcanzo la puerta de la entrada Amy aguarda impaciente frente a ella con una enorme sonrisa en la cara. La niña mueve las piernas, nerviosa, hasta que termina con pequeños botes como un cachorrito que espera ansiosa a su dueña. Consiguo sacarme una sonrisa. Abro la puerta

con tantas ganas como ella, el rostro de mamá es el primero que veo, con un gorro en la cabeza y una bufanda marrón cubriendo gran parte de su rostro.

—Julie. —Sus ojos cambian a una tonalidad brillante.

—Mamá. —Me lanzo a sus brazos sin dejar que entre a pesar del frío que se cuele de la calle.

—Julie, déjalos pasar primero. —Nat aparece tras nosotras.

Suelto a mamá, aunque no lo haría en varios minutos, y me aparto del umbral de la puerta dejando paso a la parte de mi familia que faltaba en una noche tan especial como esta. Entra mamá y papá tras ella cargado con maletas, nos hacemos a un lado permitiendo que todos puedan avanzar hasta que me doy cuenta de que hay más gente de la que debería. El rostro de Bisa aparece tras papá, con un gorro amarillo, arrastrando una maleta rosa.

—Bisa —murmuro incrédula.

—Feliz Navidad.

Olvido todo y solo dejo que mis emociones tomen el control estrujando entre mis brazos a mi mejor amiga mientras ella ríe aceptando el abrazo con tantas ganas como yo.

—Muy bonito, Julie, antes saludas a tu amiga que a tu padre —bromea papá soltando las dos maletas.

—Papá. —Dejo libre a mi amiga para fundirme con papá—. Me alegra tanto teneros aquí.

—Joder, que frío hace en este país.

Reconozco la voz antes incluso de girar mi rostro y comprobar que junto a tío Bob entra Abibi cargando con el resto de cosas. Estoy en una nube de felicidad. Tío Bob alza en el aire a la pequeña Amy mientras yo saludo a mi amigo y prometido de Bisa. Antes de cerrar la puerta, inconscientemente miro de reojo fuera con la absurda esperanza de encontrar tras todos ellos a Kenan y Will, pero no hay nadie. Ellos no esperan fuera.

Todos avanzamos al comedor, en cuestión de unos segundos el espacio se reduce entre cuerpos y equipaje. Amy pasa de brazos en brazos captando todos los besos del mundo en pocos minutos, pero parece encantada. Todos se quitan capa tras capa arrimándose a la chimenea encendida. Mamá vuelve a abrazarme de nuevo antes de continuar. Mi mejor amiga se pega al fuego al tiempo que frota sus manos en busca de calor.

—No sabía que ibais a venir —me dirijo a mis dos amigos.

—Somos tu regalo de Navidad —responde Abibi entre risas.

—El mejor regalo que puedo tener —musito tan feliz que ya ni siquiera me importa que el pavo se queme.

—Julie, te he echado de menos. —Bisa se lanza volviendo abrazarme.

Está tan guapa. Se ha dejado crecer el cabello, un cabello rizado y oscuro, pero sigue siendo la misma Bisa que vi hace meses, demasiados. Está helada.

—Y yo a vosotros —murmuro mientras me alejo de ella.

—¡Feliz Navidad a todos!

Tim aparece como una estrella de cine en el comedor, con tía Rosie detrás. Los saludos continúan varios minutos más entre risas, alegría y voces mezcladas que llegan de todas partes, si hace un año me hubieran dicho que estaría en Reino Unido celebrando la Navidad jamás lo hubiera creído. Tras los saludos la gente comienza a repartirse por la casa, la mayoría pone rumbo a la cocina atraídos por el olor de la cena, solo Bisa y papá se quedan en el comedor junto a la chimenea, Abibi termina jugando con Amy.

—Mi pequeña. —Papá alarga su brazo pegando mi cuerpo al suyo—. ¿Cómo estás?

—Pues no lo ve señor Edison, está preciosa. —Bisa acaricia mi mejilla.

—Cierto.

Papá besa mi frente y yo solamente quiero quedarme así eternamente, sintiendo el calor del fuego y el calor de papá y Bisa a cada lado. Papá vuelve a besarme antes de darse la vuelta con el fin de unirse al resto. Las maletas continúan en el comedor, en un lateral junto a la puerta.

—Ya te vale, Bisa. —Sonrío sin poder ocultar la alegría que me inunda tenerla aquí—. Hablé contigo.

—Pero era una sorpresa —se justifica—. Si te hubiera dicho algo no habría tenido sentido.

—Eso ya me da igual. —Sonrío—. Pero ¿y tu madre?

—Mamá tiene a Zeena, además creo que ahora mismo tú me necesitas más que mamá. Me alegra verte tan recuperada.

—Me siento un poco mejor.

Bisa se aproxima más a la chimenea posando su vista en todo lo que hay en la repisa, entre todo ello, la fotografía que yo misma contemplaba hace un rato.

—Y dime, ¿has encontrado algún trabajo ya?

—Nada, estoy aún buscando, haciendo entrevistas... —Miro a Abibi haciendo el tonto con Amy—. Pero eso no importa, ¿prometidos?

—Sí. —Me lanza una tierna mirada—. Parece increíble, ¿verdad?

—Es muy bonito.

—Al final tenías razón.

—¿Yo? —Frunzo el ceño.

—Le di una oportunidad al amor gracias a ti.

—Si debes de estar enamorada si hablas así —me burlo entre risas.

—No seas boba. —Mira hacia arriba avergonzada.

—Es una noticia estupenda.

—Gracias. —Se da la vuelta colocándose frente a mí—. Gracias por todo.

—Yo no he hecho nada.

—Yo sí que no he hecho nada. Debería haberme quedado contigo los primeros meses, después de todo lo que has pasado, yo...

—Bisa —interrumpo—, no fue fácil para ninguno, todos queríamos a Will.

—Sí. —Baja la mirada, una mirada llorosa—. Lo cierto es que fue un duro palo para todos.

—¿Has visto a su familia?

—Fui a verlos hace unos días.

—¿Y? Deben de estar pasando las peores Navidades de su vida.

—Sí, Christopher es el que peor lo lleva, su madre intenta hacer de tripas corazón como puede, pero él está desconsolado. No es un buen momento para ellos.

—Claro que no.

—A veces me acerco al cementerio para verlo. —Casi parece querer susurrarlo.

Bisa desvía sus ojos hacia Abibi unos instantes, ajeno a nuestra conversación. No pude ir cuando lo llevaron a enterrar, pensé que lo incinerarían, pero su padre prefirió tener una tumba a la que ir a llorar. Ni los médicos ni mi familia me permitieron ir al entierro, yo estaba más débil que nunca tras abrirse los puntos de mi herida y después de la terrible noticia que me dejó aturdida varios días. Vi entrar y salir gente de mi habitación, pero no presté atención a ninguna de las caras, cuando salí de allí le pedí a Nat que me llevara sin que nadie lo supiera, y mi prima me complació a pesar de no creer que fuera buena idea. Estuve frente a la lápida de Will casi una hora, en silencio, contemplando a la espera de que su fantasma se me apareciese para repetirme lo que todo el mundo me decía desde el día en que falleció. No es tu culpa.

—Aún no puedo creerme que ya no esté.

—Lo sé, a mí me pasa lo mismo. —Bisa se da la vuelta ocultando la tristeza de su rostro a todos los que allí estamos.

Will fue una de las personas más importantes de mi vida, sí, pero no fui la única que lo perdió aquel día. Bisa también se crio con él tantos años como yo, y Abibi y él fueron íntimos llegada la adolescencia. Todos perdimos a Will y a todos nos duele de algún modo.

—Hace unos días me di cuenta de que ni siquiera había borrado su número de teléfono. —Lavo mis ojos en el fuego que arde.

—Lo dieron de baja.

—Sí, lo sé. —Miro a mi mejor amiga que espera saber por qué—. Lo llamé varias veces, sé que te parecerá una locura.

—Yo también lo llamé —confiesa para mi sorpresa—. A la semana. Estaba escribiendo un mensaje a Abibi y no sé cómo tropecé con su número.

—¿Lo sabe? —Indico con mi cabeza a su prometido, pero Bisa niega moviéndola de un lado a otro—. Yo tampoco se lo había contado a nadie.

—Me hizo ver la vida con otros ojos. —Parpadea varias veces evitando llorar antes de mirar a Abibi—. También él cambió.

—Creo que cambiamos todos.

—¿Sigues sin saber nada de Kenan?

—No. —Niego con la cabeza.

—¿Lo sigues queriendo?

Clavo mis ojos en los suyos, me conoce lo suficientemente bien como para saber lo que intento decirle. Quiero decirle que sí, y quiero decirle que Kenan no es la conversación que necesito ahora mismo. Decirle que aún no he puesto en orden mi vida, ni siquiera sé cuándo lo voy a hacer. Pongo mi mano en la cicatriz.

—Creo que deberíamos ir a ayudar al resto.

—Chicas la cena ya está lista —mamá interviene acertadamente.

—¿Es que eres vidente o algo así? —Bisa sonrío.

—Algo así —murmuro.

CAPÍTULO XXXIX

Quiero que sepas.

Todos hablan al mismo tiempo mientras me limito a deslizar mi mirada a lo largo de la mesa contemplándolos a cada uno de ellos. Tim parece haber comenzado con su ronda de chistes malos, tío Bob charla cariñosamente con tía Rosie quien escucha atenta, Abibi intenta hacerse el gracioso con Amy y Bisa que sonrían sin descanso mientras papá continúa comiendo intentando intervenir en todas las conversaciones al mismo tiempo. Es una auténtica locura.

—Rosie me ha dicho que en unos días tienes una entrevista de trabajo. —Mamá llama toda mi atención.

—Sí, pero no tengo muchas esperanzas.

—No seas tan negativa, Julie.

—Vale. —Pongo los ojos en blanco—. Cuéntame mamá, ¿qué tal todo por la escuela?

—Mejor. —Pincha con el tenedor un trozo de pavo para llevárselo a la boca—. Ahora que las cosas parecen haberse calmado la gente retoma sus vidas. ¿Te ha dicho papá que estuvimos en el Acuario hace un par de semanas?

—No. —Alzo la voz desviando mi vista hacia él—. No sabía nada.

—Pues sí, estuvimos hablando con Nancy. —Espera unos segundos, tiempo que tarda en masticar y tragar—. Nos preguntó por ti y dijo que podías volver a trabajar allí cuando volviesses.

—¿Viste a los pingüinos? —Todo lo demás pasa desapercibido para mis oídos.

—Sí, vimos a tus pingüinos. —Suena resignada.

—¿Y?

—Y están como siempre, blancos y negros. —Mamá echa a reír como si acabara de contar el mejor chiste gracioso de la historia.

—Mamá —la regaño.

—Era una broma, Julie, los pingüinos están bien, dijo que uno había tenido problemas con un ala pero que se recuperaba.

—¿Quién?

—¡Y yo qué sé, Julie! No me sé sus nombres.

—Pero podrías haberte quedado con el nombre del enfermo. —Vuelvo la vista a mi plato casi vacío.

—Lo que importa es que todo está tal cual estaba. —Coge su copa de vino—. Y listo para cuando decidas volver.

Hay muchas cosas que caracterizan a mi madre, pero la que siempre le ha hecho inconfundible

es la habilidad de sonsacar información disimuladamente, casi de una manera elegante. Es evidente que quiere saber qué voy a hacer con mi vida ahora que me encuentro mucho mejor, pero al mismo tiempo teme que regresar me haga más daño que quedarme, exactamente el mismo dilema que va y viene a mi mente.

—¿Crees que debería volver ya? —Bajo el tono de mi voz, aunque es imposible que alguien más pueda escucharme dado el ruido sonoro de fondo.

—Sabes que tu padre y yo apoyaremos cualquier cosa que decidas.

Muy diplomática.

—¿Pero crees que debería?

—Julie, cielo. —Mamá pone su mano en mi mejilla después de soltar los cubiertos—. Lo que yo crea o no, no importa tanto como lo que tú necesites. Sé cuánto quieres tu ciudad, tus pingüinos y todo lo que allí dejaste hace un año.

—Pero...

—Pero sé cuánto daño te ha hecho y te veo aquí, con Nat, Tim, los pequeños y siento que puedes tener una buena vida.

—¿Aunque implique estar lejos de vosotros?

—Quiero verte feliz, a mi lado o a miles de kilómetros. —Sonríe—. Te quiero Julie, los dos te queremos.

—Yo también os quiero mamá, mucho. —Agacho la mirada unos instantes—. A veces pienso en todo aquello y siento que si os hubiera hecho caso no habrían sucedido tantas cosas malas, que...

—Julie, no sigas por ahí —me corta—, no tienes control sobre ese tipo de cosas. En su momento hiciste lo que creíste que debías hacer.

—Papá siempre dice que nuestros actos tienen consecuencias. Mis actos me alejaron de vosotros.

—Ya no tiene sentido que sigas pensándolo.

—Pero no es tan fácil —murmuro.

—Lo sé cariño.

Continúo comiendo apartando los champiñones que nunca me han gustado, pero aun así no puedo dejar de comer, Tim se ha superado. Todos comen y beben, de vez en cuando uno se levanta a ver a Mitch puesto en el carro junto a la mesa, aunque la mayoría de las veces es Nat o Timothy los que se encargan del pequeño. En algún momento de la noche, justo después de atender a su hijo, Tim agarra la copa de vino levantándola en el aire consiguiendo llamar toda nuestra atención.

—Me gustaría brindar. —Alza la voz—. Brindar por esta maravillosa familia que me ha tocado, brindar por el futuro que nos espera.

—Tim no te pongas sensiblón —se burla su esposa.

—Déjame cariño. —Clava sus ojos en ella—. Quiero daros las gracias a todos por cada uno de los años que han pasado desde que conocí a la mujer más maravillosa de la tierra, doy gracias cada día por ello, y por mi pequeña Amy y ahora también por Mitch. Sé que ha sido un año muy complicado, triste. —Tim me mira unos segundos—. Sé que hemos tenido que poner tierra de por medio y que hemos dejado muchas cosas atrás.

—Cierto —murmura papá.

—Pero eso no importa ahora, lo importante es que estamos aquí todos, la familia junta en unas fechas tan especiales para celebrar y pasarlas en compañía.

—No te enrolles tanto —interrumpe Abibi entre risas.

—Vale, sí, tienes razón. —Dirige la copa hacia él—. Lo que en resumidas cuentas quiero decir es que gracias a todos por estar aquí y que os quiero.

—Y nosotros a ti —bromea tío Bob.

—Calla, ha sido muy bonito —lo regaña tía Rosie.

—Por la familia y los amigos —interviene Natalie alzándose de la silla.

—Por la familia y los amigos —repito en voz baja antes de beber de mi copa.

Tim tiene razón, ha sido un año complicado con demasiadas bajadas y subidas que sin duda alcanzó su punto álgido cuando subimos a aquel avión que nos trajo aquí. Decir adiós nunca fue fácil.

En un momento como este no puedo evitar pensar en él, más bien en ellos. Pienso en Will, como cada día durante unas semanas después de aterrizar en Reino Unido. Pienso en las Navidades que pasé junto a él, en los regalos, en todo lo que ha sido para mí. En su familia. Pero también hay otro chico que ocupa mi cabeza en una noche cómo esta. Kenan, mi chico de ojos claros y piel mulata. No dejo de pensar qué será de él, de su vida... «¿Pensará en mí? ¿Habrá conocido a otra chica?».

Es tío Bob el encargado de llevar a la pequeña Amy a la cama después de cantar cientos de canciones navideñas y entretener a todo con varios juegos de mesa, pero ni la incansable Amy ha podido vencer al sueño, ni siquiera sus ganas por ver a Papa Noel entrar por la chimenea para dejar los regalos bajo el árbol lleno de luces. Mitch hace al menos dos horas que cayó rendido entre beso y achuchones de mi madre y su abuela. Todos estamos cansados, especialmente los que han aterrizado esta noche y que llevan encima demasiadas horas de cansancio acumuladas del viaje. Sudáfrica queda tan lejos. Papá intenta resistir, pero es incapaz de mantener los párpados arriba más de diez minutos seguidos y el cómodo sofá unido al calor del fuego no ayuda mucho; tía Rosie y mamá se ponen al día como si hiciera años que no se ven mientras Bisa acaricia el pelo de Abibi muy dulcemente sentada en su regazo susurrando entre sonrisas. Una tierna escena familiar. Natalie pone su mano sobre mi pierna antes de dejar caer su cabeza sobre mi hombro.

—Ser madre debe ser agotador —murmuro muy cerca de su cara.

—Mucho —confiesa con unas ojeras marcadas a pesar del perfecto maquillaje que aún le dura —, pero no lo cambiaba por nada en el mundo.

—¿Ni lo retrasarías unos años?

—Eso puede —bromea. Natalie suelta una pequeña sonrisita contagiosa.

—¿Pero esto qué es?

Tim entra en el comedor de repente después de haber recogido las últimas cosas de la cocina aprovechando que nos hemos tomado un descanso de risas, chistes y lanzamientos de dados. Se coloca tras el sofá donde nos encontramos, aunque solo yo echo la cabeza hacia atrás con la intención de verlo. Es tan incansable como su hija.

—Richard, tú deberías irte a la cama ya. —Alza la voz mamá llamando la atención de papá.

—Habéis tenido un viaje largo, todos deberíais iros a la cama. —Tía Rosie gira su cuerpo contemplándonos a todos—. He preparado las camas de las habitaciones.

—¿A dormir ya?

Tim, por el contrario, se niega a poner fin a esta noche y sigue insistiendo con el fin de conseguir su objetivo a pesar de que pocos de los que estamos en el comedor mantenemos los ojos abiertos.

—Si quieres nos vamos de fiesta. —Abibi alarga su mano apretando el cuerpo de Bisa al suyo.

—Yo no pienso salir a ningún sitio, hace demasiado frío fuera —responde Nat con cara de pocos amigos, aunque sus ojos también se encuentran cerrados.

—No hace falta que salgamos —tranquiliza Tim—, podemos quedarnos aquí.

—Tim, creo que yo opto por la opción de tía Rosie. —Aparta su cabeza de mi hombro—. Irme a la cama.

—¡No seas abuela!

—Tengo sueño. —Echa una mirada triste a su marido.

—Yo puedo aguantar un poco más, pero si queréis que nos vayamos a la cama no voy a poner pegas. —Bisa apoya su espalda en la parte superior de Abibi.

—Venga Julie, ayúdame —ruega Tim clavando sus ojos en los míos.

—A mí no me metas. —Sonríe—. Estoy cansada.

—Es tarde. —Tía Rosie no parece estar por la labor de continuar la fiesta.

—Pero...

Natalie se levanta del sofá dirigiéndose hacia Timothy para rodearlo con sus brazos el cuello, al mismo tiempo mamá imita a su sobrina en su afán porque papá haga lo que ella dice y no termine durmiéndose en el sofá.

—Tim, están cansados del viaje —susurra Nat pudiéndola escuchar solamente su marido y yo.

Sonríe sabiendo el poder que Nat ejerce sobre Tim, no es la primera vez que logro percatarme

en ello. Veo mi teléfono vibrar sobre la mesa baja del comedor, aunque el número, que aparece ocupando toda la pantalla del móvil, me es totalmente desconocido. El teléfono está en silencio así que nadie excepto yo se da cuenta de la misteriosa llamada, de un impulso logro alzarme del sofá sintiendo un pellizco en la cicatriz. Contemplo la pantalla con la frente arrugada a medida que me voy alejando de todos ellos en dirección a la cocina arrepintiéndome en cuanto cruzo el umbral de la puerta y un frío hace que tiemble. Acepto la llamada, a punto de llevarlo a mi oreja me doy cuenta de que se trata de una vídeo llamada, de pronto la cara de Yuma aparece en mi móvil.

Ha cambiado, la barbar es mucho más larga que la última vez que lo vi, parece haber cogido un par de kilos pues su cara es ahora más redonda que antes y su pelo, oscuro como la noche, también está ahora más largo. No puedo ocultar la sorpresa que me da recibir una llamada suya en una noche como esta, especialmente una vídeo llamada.

—Feliz Navidad, Julie —es lo primero en decir, aunque no parece demasiado contento.

—Feliz Navidad a ti también —continúo sorprendida.

—Sí, lo sé, te he sorprendido.

—Pues la verdad es que sí.

No intento ocultarlo, después de un año sin saber nada él claro que me sorprende recibir una llamada suya. Contemplo la pantalla alejando mi móvil un poco consiguiendo que él también vea mi rostro mucho mejor. De vez en cuando alguna interferencia hace que aparezcan un par de rayas en su rostro cortándose la comunicación unos breves segundos.

—No sé muy bien qué hora es por allí. —Mira su reloj de muñeca.

—Ya es tarde —respondo ignorando la hora que se ha hecho—, pero no importa, me alegra saber de ti.

—Te veo preciosa. —Una tímida sonrisa se dibuja en su rostro—. ¿Estás bien?

—Estoy mejor. —También yo sonrío—. ¿Y vosotros?

Yuma respira profundamente sin darme una respuesta a pesar de lo clara que he sido, no solo quiero saber si él está bien, sino también si Kenan lo está.

—Julie, siento llamarte.

—Ya te he dicho que no importa, me alegra que lo hayas hecho.

—No es eso. —Yuma agacha la cabeza unos segundos esquivando mi mirada.

—¿Yuma? ¿Qué sucede?

—Quise llamarte ayer, pero me resultó imposible.

—Yuma, no entiendo nada.

Echo un vistazo rápido hacia el otro lado al escuchar un sonido procedente de la puerta, Nat detiene su paso al comprobar que estoy hablando con alguien por teléfono, cruza los brazos a la altura de su pecho antes de dejar caer su peso sobre el marco de la puerta de la cocina. Arruga la

frente confusa, aunque se mantiene en un silencio absoluto.

—Estoy en Malawi, en realidad estamos los dos en Malawi.

—¿En Malawi? ¿Kenan está contigo?

—Sí, está aquí. —La seriedad de su rostro lo delata inevitablemente, lo conozco lo suficiente como para saber que pocas veces en su vida es un tío serio.

—Yuma no sé qué...

—Ha caído enfermo —interrumpe antes de que pueda decir nada más—, estamos en Lilongwe, en el hospital.

Trago saliva sin saber qué decir. Mi mente, veloz y demasiado imaginativa, ya ha comenzado a cavilar enfermedades mientras mi cuerpo entra en un bucle de temblores casi imperceptibles que no puedo controlar. En cuanto Yuma dice la palabra «enfermo» Nat abandona su pose para avanzar hacia mí y rodearme con un brazo apareciendo también su rostro en la pantalla.

—Tranquila, Julie —musita Nat en mi oreja—, ¿qué es?

—Malaria —dice cortante—. Lo ingresaron ayer en el hospital de Lilongwe, aunque estuvo un par de días en el campo hasta que pudieron trasladarlo.

—¿Campo? —Nat me mira extrañada.

—¿Qué campo? —pregunto a Yuma asimilando la información.

—El campo de refugiados de Dzaleka donde estábamos desde hace casi dos meses. —Calle durante unos minutos—. Julie, siento mucho llamarte para esto pero...

—¿Pero qué? —Dejo salir mi parte violenta.

—Pero no está bien.

—¿Pero imagino que estarán haciendo algo los médicos? —Natalie interviene tan sorprendida como yo.

—Sí, claro, pero no hay muchos medios y no mejora —dice con sinceridad—. Julie no te digo esto para preocuparte más, pero... creí que querrías saberlo.

Asiento sin decir nada. Hace tan solo unos minutos pensé en él, en cómo sería su vida ahora, sin mí y ahora preferiría no haberlo descubierto. Nada sale de mi garganta por más que lo intento, fue muy duro perder a Will, pero no podría soportar perderlo a él. Sigo enamorada de Kenan con toda mi alma.

—Gracias por informar —es Natalie la que continúa por mí.

—De verdad que lo siento mucho, yo...

CAPÍTULO XL

Hora, minutos, segundos.

Bajamos del vehículo en cuanto frena después de haber estado a punto de vomitar durante el trayecto por culpa de la velocidad peligrosa del hombre que conducía y los baches que conseguían que botáramos dentro del coche. Llevamos encima todo el equipaje, aunque no hemos cargado con mucho, no lo pensé demasiado, no era importante la cantidad de pantalones que metía en mi maleta, al menos dejó de ser importante mientras me movía desesperada por la habitación metiendo a presión la ropa en mi equipaje. No sé ni siquiera lo que metí al final.

Me habla, pero no entiendo lo que dice, unos dos mil kilómetros separan la zona más hacia el norte de la República de Sudáfrica con la capital de Malawi, pero son más que suficientes para que el idioma sea distinto, por eso intento comunicarme con mi inglés nativo como puedo porque tampoco es que aquí esté muy extendido.

—¿Cuánto es? —Abibi alza la voz como si eso fuera a servir de mucho acompañándolo con gestos.

El hombre presta atención, aunque hasta la tercera o cuarta vez que Abibi lo repite no logra comprender lo que intenta decirle. Saco mi mochila del asiento antes de ponerme con las maletas atadas con cuerdas sobre el techo del viejo y polvoriento vehículo, he intentado un millar de veces hablar con Yuma, pero ninguna de ella ha terminado cogiéndome el teléfono. Le dije, después de recuperar el aliento y hablarlo con mi familia, que pondría rumbo a Lilongwe inmediatamente, él intentó impedirlo al igual que mi tía y mis padres en un primer momento, pero no me importaba porque dijese lo que dijese iba a coger ese maldito avión con destino a Malawi. Fuimos al médico, Abibi y yo, y allí nos dieron las recomendaciones para evitar enfermar también nosotros de malaria, pero ni siquiera eso me importa ahora mismo. Temo por Abibi, por supuesto, no le pedí que viniera, no quería involucrar a nadie, pero casi fue una condición indispensable para poder coger el avión y no me quedó otra, no querían que yo, una chica joven y de piel clara viajara sola al centro de un conflicto que sigue latente desde hace tanto tiempo.

—Déjame, Julie, yo bajo el equipaje. —Abibi me hace a un lado—. Por qué no intentas de nuevo llamar a mi primo.

—De acuerdo.

El hombre que nos ha traído y Abibi comienzan a soltar las cuerdas para poder bajar las maletas mientras me alejo unos pocos metros de ellos para intentarlo por enésima vez sin esperanza de tener final feliz. Espero pegada al móvil mientras contemplo el entorno, no sé muy bien dónde estamos. Sé que frente al coche del que hemos bajado está Kamuzu Hospital, un edificio grande, aunque de poca altura, y sé que nos hallamos alejados del centro de la ciudad de Lilongwe porque no parece haber edificios de viviendas cerca, también sé que en algún momento del trayecto hemos cruzado un río.

—Julie —responde al otro lado del teléfono.

—Yuma, al fin. —Tardo unos segundos en reaccionar—. Llevo llamándote durante horas.

—Sí, lo siento, acabo de ver las llamadas, es que no estoy en Lilongwe ahora mismo, de hecho, no podré hablar contigo mucho tiempo más. ¿Estáis en Malawi ya?

—Hemos llegado no hace mucho.

—Puede que algún compañero pueda recogeros en el aeropuerto si...

—No te preocupes —interrumpo—, ya hemos conseguido llegar al Hospital que me dijiste.

—¿Ya estáis con Kenan?

—No, aún no, estamos bajando las cosas del coche, ¿dónde vamos?

Me doy la vuelta para seguir observando el entorno, aunque mis ojos se fijan en el vehículo y los dos hombres que se ocupan de las cosas. Bisa se quedó muy preocupada cuando nos despedimos de ella en Johannesburgo, donde cogimos el segundo avión directo a Malawi.

—Está en una gran sala con más enfermos hasta que puedan darle una habitación, pregunta por él y alguna enfermera te indicará.

—¿Está con otros enfermos? Eso no lo sabía.

—Sí, pensé que te lo había dicho. —Baja el tono de la voz—. Casi no hay sitio y mucho menos personal, así que está atendido ahí hasta que puedan cambiarlo.

El corazón me da un vuelco por completo al imaginarme a Kenan rodeado de enfermos mientras sigue empeorando. Respiro con calma en busca de tranquilidad, al menos solo unos pocos minutos ya me separan de volver a verlo después de un año.

—Julie —me llama Abibi soltando la maleta en el suelo—, ya estamos.

—Voy. —Aparto el teléfono de mi cara unos centímetros evitando que Yuma se quede sordo al alzar la voz—. Yuma, vamos a entrar.

—¿Lleváis el equipaje a cuestas?

—Sí, venimos directos del aeropuerto.

Contemplo a Abibi regateando como puede con el conductor que nos ha traído mientras el hombre intenta comunicarse en un horrible inglés. Abibi se ha deshecho de la barba y solamente luce un fino bigote sobre el labio superior que le da un aspecto más sofisticado.

—Tendría que haber estado —farfulla Yuma sintiéndose culpable.

—No te preocupes no llevamos mucho.

—De acuerdo. —De fondo logro escuchar una voz grave que parece hablarle—. Julie, tengo que dejarte en cuanto pueda te llamo.

—Claro —murmuro—. Nos vemos.

—Hasta luego.

Nada más colgar dirijo mi vista hacia arriba, es increíble el calor que siento a pesar de

encontrarse el cielo nublado, amenazando con posibles lluvias a media tarde, tal y como el tiempo en Lilongwe advertía antes de salir de Sudáfrica. Me uno a mi acompañante y al hombre que sigue moviendo las manos con efusividad con el fin de colaborar, consigo hacerme con mi maleta.

—*Zikomo*—repite una y otra vez el desconocido.

—¿Qué significa? —Me mira Abibi con la frente arrugada sin entender nada.

—Ni idea. —Sonríó dirigiéndome al hombre—. *Dankie*.

Intento darle las gracias en afrikáans en un último intento por entendernos, aunque no obtengo respuesta por su parte. Sube al vehículo dejándonos allí de pie frente al hospital mientras unos pocos van y vienen de él. Se trata de un edificio en forma de U con una especie de plaza en el centro, desde donde estamos puedo ver una señal rectangular en color amarillo bastante grande donde se puede leer «Ambulance only» junto a una flecha roja. Las mujeres que entran y salen del recinto abierto llevan puestas faldas con estampados coloridos, algunas incluso sujetan con una mano recipientes sobre su cabeza, desvío la mirada hacia mis pies para descubrir lo que ya había intuido en cuanto bajé del avión, no encajo en este lugar. Un pantalón vaquero y unas zapatillas oscuras me delatan como extranjera.

—Será mejor que entremos. —Abibi comienza a caminar a paso lento.

Nada más cruzar los arcos rectangulares que se hallan en toda la fachada nos adentramos en una estrecha terraza cubierta que conduce al interior del hospital. Abibi es el primero en entrar, aunque lo sigo de cerca sin poder contemplarlo todo. Las paredes son de un amarillo sucio, porque seguramente hace años que no les dan una mano de pintura, en vez de ventanas veo placas metálicas atornilladas a la pared y que hacen función de pared en los huecos dónde no hay. Un estrecho y largo pasillo se extiende hacia ambos lados y a cada lado una camilla con gente echada esperando a ser atendidos, aunque veo al menos dos médicos atendiendo a varios metros de distancia. Algunos de los parientes aguardan pacientemente sentados en los pies de las camas, otros pasean como pueden entre los espacios que quedan libres. Vuelvo a sentir temor imaginando a Kenan en alguna de estas camas, solo, sufriendo.

Nos aproximamos a uno de los médicos, el que más cerca está a nosotros, es difícil avanzar por el estrecho espacio que queda con las maletas a cuestas, pero no desistimos en nuestro intento. Antes de poner rumbo a Malawi, tanto Abibi como yo, fuimos al médico tal y como recomiendan cuando vas a una zona con malaria, pero lo único que existe por ahora es un tratamiento preventivo para no enfermarse, aunque ni siquiera es totalmente efectivo, de hecho, precisamente a causa de no ser cien por cien seguro Kenan cayó enfermo después de todo. Un comprimido de Mefloquina a la semana durante el tiempo que estemos en Lilongwe, aunque ya tuvimos que empezar unos días antes de irnos y tendremos que seguir tomándolo tiempo después de volver.

—Hola, estamos buscando a un chico —pronuncia lentamente Abibi con la esperanza de que al menos el doctor de rasgos asiáticos pueda entenderlo.

—Un momento —nos pide auscultando a un paciente tumbado en una camilla del pasillo—, eso será mejor que preguntes a una enfermera. Ella podrá decirte mejor.

Empiezo a no controlar los nervios. Cuando Yuma me informó necesité un tiempo antes de

reaccionar y justo antes de coger el avión en Johannesburgo esos mismos nervios, temblores, regresaron de bote pronto. Tengo tantas ganas de verlo, de comprobar por mí misma cómo está. Asegurarme de que aún respira.

—Muchas gracias. —Mi amigo toma la voz cantante.

Ambos echamos un vistazo rápido por ambos lados, pero soy yo la que logra ver una enfermera al final del pasillo y la primera en moverse. La gente se va apartando a nuestro paso, de vez en cuando giro mi rostro para observar a los pacientes sobre las camillas y algo se me remueve por dentro, esa sensación de desesperanza. Unas pocas camillas se encuentran vacías.

La enfermera, una mujer corpulenta, nos hace un par de preguntas con el fin de poder localizar a Kenan por algún rincón del Hospital, pero solamente la palabra malaria le hace reaccionar conduciéndonos hacia la otra parte sin decir mucho más, su inglés no es tan bueno como el del doctor que hemos encontrado antes pero suficiente como para entendernos. Giramos en algún momento hasta llegar a una sala enorme, con la puerta abierta, donde puedo ver decenas de personas en camas, bastante caótico, lleno de gente junto a los enfermos y pequeños muros blancos a modo de separación, casi como un laberinto. Dos filas de ventanas dejan pasar la luz del exterior.

—Un momento —nos pide la enfermera dejándonos allí tirados para acercarse a otra enfermera mucho más joven y delgada.

—¿Estás bien? —Abibi pone su mano sobre mi hombro.

—¿Cómo va a recuperarse en un lugar como este? —Controlo las lágrimas.

—No te preocupes, Julie, ahora estamos aquí.

Como si eso fuera a servir de mucho. Me sirve a mí, estar cerca de él, ver cómo está, como va a estar día tras días, pero poco podremos hacer para que se recupere. Comienzo a hiperventilar, aunque intento a toda costa ocultarlo. Las dos enfermeras avanzan hacia nosotros, la joven enfermera a la que ha ido a buscar la otra tiene una especie de tatuaje en la frente totalmente despejada al llevar el pelo recogido en un moño.

—Hola, soy Aluna. —Sonríe levemente—. Estáis buscando a alguien, ¿cierto?

—Sí —contesto—. Buscamos a Kenan Charpentier, es militar.

—¿Sabéis cuándo llegó? —Mantiene la calma.

—Hace cosa de... cuatro o cinco días. —Abibi me mira en busca de mi confirmación.

—Sí —asiento varias veces.

—Vale, seguidme.

Si antes era difícil pasar con las maletas ahora resulta incluso más complicado. Según he podido comprender esta debe de ser la sala llena de enfermos de malaria y el número de gente que se encuentra aquí dentro es aterrador. Sobre las sábanas, de color amarillo, algunos tienen mantas de colores a pesar del calor que hace aquí dentro. Seguimos una trayectoria recta durante unos segundos, pero pronto la enfermera comienza a conducirnos entre las camillas. Mi vista se pierde

en cada una de las personas que vamos encontrando.

—¿Toda esta gente tiene malaria? —Abibi también debe haberse quedado impresionado.

—Así es. —Aluna echa un vistazo hacia atrás—. La mayoría de los enfermos que llegan cada día es a causa de la malaria. Imagino que tomaréis algún medicamento preventivo, ¿no?

—Sí. —Abibi contempla a algunos de los enfermos.

—Bueno, creo que puede ser uno de estos. —Detiene su paso provocando que también nosotros lo hagamos.

Mis ojos lo buscan entre el pequeño grupo de enfermos que tenemos frente a nosotros, pero no logro verlo, tengo miedo de que la enfermedad lo haya cambiado lo suficiente como para no reconocerlo entre ellos. También Abibi busca, pero soy yo la que detiene su mirada en una mujer sentada en una silla junto a una de las camillas próxima a la pared, algo me hace detenerme en ella. La mujer lleva un pañuelo enrollado en la cabeza y contempla al enfermo que tiene junto a ella, avanzo unos pasos descubriendo el rostro pálido de Kenan. Dejo de respirar unos segundos.

CAPÍTULO XLI

Ndi ma ku-konda-ni.

Contengo las lágrimas, la impotencia que me impide moverme mientras sigo contemplando su cuerpo inerte sobre la cama. Ha perdido bastante peso. La enfermera nos deja junto a la camilla, donde la mujer sigue mirándonos en silencio, y se marcha por otro camino. Miro el rostro de Abibi, tan impresionado como yo, antes de soltar el asa de mi maleta y avanzar hacia los pies de la camilla. Ni siquiera parece el Kenan que yo conocí, el Kenan del que estoy aún enamorada.

—Tú debes de ser Julie. —La mujer se levanta de la silla avanzando hacia nosotros.

—Lo soy —musito sin poder dejar de contemplarlo.

—Soy Tatenda, la madre de Kenan.

En cuanto se presenta mi atención se desvía del hijo enfermo a la peculiar madre. En la cabeza de Tatenda un ave fénix decora su pañuelo en tonos marrones y rojos a juego con la túnica que cubre su cuerpo, de su cuello cuelga un collar de perlas de colores. Ni en mis sueños me la habría imaginado así. Me quedo unos segundos descolocada, confusa, aturdida de encontrarme de repente con la madre del chico al que aún quiero como el primer día.

—Abibi. —Reacciona veloz mi compañero de viaje—. Un placer señora.

—Llamadme Tatenda, por favor.

Regreso en mí poco después, en el momento justo para saludarla ofreciéndole mi mano aún confusa, pero ella la esquivo rodeándome con sus brazos de improviso. Mis ojos se fijan de nuevo en Kenan sobre la cama, en realidad lo único que quiero ahora mismo es acercarme a él, comprobar que es real.

—¿Cómo se encuentra? —Abibi se aproxima a la camilla.

Tatenda me suelta lentamente, después dirige su mirada al enfermo. En realidad, todos lo contemplamos.

—Le baja la temperatura, pero ha tenido mucha fiebre. —Coge mi mano unos segundos—. Le hará bien tenerte aquí, me ha hablado mucho de ti, Julie.

—¿De mí? —digo sorprendida.

Sonríe sin darme respuesta alguna. Camino hacia la cama muy despacio dejando mi equipaje atrás, pero noto como cuesta mover mis pies con cada paso, hace un año que no nos vemos, que me marché de Sudáfrica sin más sin que él opusiera resistencia y estoy aquí, frente a un Kenan frágil.

Lleva una barba de varios días, los rizos de su cabello se alborotan sobre la almohada y parece tan sereno, tan débil. Puedo ver como su pecho se mueve de arriba abajo con cada respiración, pero parece dormido. Me detengo en sus pies sin importarme las demás personas de la gran sala donde nos encontramos. En algún momento mis ojos se encuentran con unas flores

sobre la repisa de la ventana, y junto a ellas lo que parece una vela derretida.

—Hace un rato estaba despierto. —Tatenda avanza mucho más que yo colocándose junto a su hijo, pone su mano en la frente.

Puedo ver los goteros conectados a su brazo, al menos tres bolsas transparentes cuelgan de un atril para el suero, un perchero de metal con cuatro ganchos junto a su cama, apartado para molestar lo menos posible.

—¿Qué han dicho los médicos? —Aparto la mirada de él.

—Que necesita tiempo, depende cómo vaya evolucionando; sabrán más con el tiempo. —Agarra el collar que cuelga de su cuello—. ¿Quieres quedarte con él?

—Eh... —Echo la vista hacia atrás en busca de Abibi.

—Sí, quédate —responde él en mi lugar—. Voy a informarme y después llamaré a mi primo para saber dónde alojarnos.

—En eso puedo ayudaros. —Tatenda se aleja de la cama despacio—. Vamos, hablemos.

Los dos se marchan veloces entre el laberinto de camillas y gente dejándome a solas con Kenan. Me cuesta verlo en ese estado. Por primera vez puedo entender lo que él sentía cuando salía herida, esta presión en el pecho que oprime el resto del cuerpo de forma extraña. Camino hacia él, hacia el lateral de la cama donde su madre estaba hace tan solo unos segundos, poco a poco voy dejando caer el peso de mi cuerpo acabando sentada en la silla de madera. Muevo mi mano despacio hacia la suya, donde las agujas y los cables de las bolsas se enganchan a su mulata piel. Las yemas de mis dedos comienzan a sentir su piel, y todo vuelve a mi cabeza como si nunca me hubiera marchado de África, como si Kenan y yo siguiéramos conectados de alguna forma. Segundos después mi mano cubre por completo la suya.

—*Molo*, Kenan —murmuro sabiendo que no me escuchará—, soy Julie. *Unjani*?

Acaricio su mano suavemente, está frío. Antes de venir busqué información sobre la malaria y sus síntomas, también pregunté al médico, no quería venir sin saber nada sobre la enfermedad que debilita a Kenan día tras días. Es frecuente tener episodios de fiebre, sudores y bajadas de temperatura mientras la enfermedad sigue atacando al cuerpo, pero puede empeorar si no se trata bien y eso es precisamente lo que más me preocupa.

—¿Necesitas alguna cosa?

La misma enfermera del tatuaje en la frente de antes se acerca a nosotros con cautela, intentando molestar lo menos posible. Parece agradable, me gusta el simple hecho de que esté atenta de Kenan.

—No, gracias. —Sonrío débilmente.

—Parece un chico fuerte. —Echa un vistazo a las bolsas que lo alimentan y cura—. Seguro que se pondrá bien.

—Tiene que hacerlo.

No dejo opción a lo contrario, no es posible. Perdí a Will, no voy a perder a Kenan ahora. Con la otra mano acaricio su frente mojada por sudor frío y choco con algunos de sus rizos.

—No te había visto por aquí antes. —Lo mira con dedicación, más de la que seguramente debiera.

—Estaba lejos.

—Un viaje largo por una persona solo dice que debe ser muy importante para ti. —Aparta sus ojos de él.

—Lo es.

Sonríe antes de darse la vuelta y continuar con la ronda. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que Kenan, en estos meses, hubiera conocido a alguien; que haya por ahí alguna persona preocupándose por él como yo. Un sonido hace que vuelva a él, lo contemplo detenidamente y es entonces cuando me percató de que sus labios se mueven.

—*Ma*. —Un hilo de voz sale de él, aunque sigue con los ojos cerrados—. *Ma...*

—Kenan —digo más alto de lo que debiera.

Arruga la frente provocando diversos gestos en su rostro, aunque todos ellos de forma amarga, casi como si algo le doliera.

—*Ma* —repite en una absoluta oscuridad.

—Kenan, soy Julie. —Echo mi cuerpo hacia delante en su búsqueda.

Vuelve a emitir el mismo sonido antes de comenzar a abrir sus bonitos ojos azules, primero abre y cierra rápidamente, poco después sus párpados aguantan cada vez más. Puede verme, pero no reacciona, debe estar confuso, aturdido, yo sé que sensación es esa.

—Tengo la boca seca —susurra tan bajo que me cuesta escucharlo.

—Puedo ir a por agua. —Miro por encima en busca de una botella de agua que no encuentro—. No veo que...

—¿Julie? —Interrumpe.

—Sí, Kenan, soy yo. —Aparto mi mano de la suya.

Sus ojos siguen mirándome incrédulo, como si todo fuera una visión a causa de las fiebres. Moja sus labios parpadeando varias veces.

—¿Eres una visión?

—No, soy yo de verdad.

—No —dice convencido—. Eres una visión otra vez.

¿Otra vez? Frunzo el ceño, confusa, antes de poner la palma de mi mano caliente sobre su mejilla fría, los pelos de su barba pinchan mi mano.

—Soy yo —digo con firmeza.

—Julie. —La expresión de su rostro cambia completamente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Aunque sigue hablando muy bajo, puedo escucharlo prestando toda mi atención. No apartaría mi mano de su mejilla nunca. Jamás.

—He venido a estar contigo.

Muy despacio, casi a cámara lenta, Kenan va subiendo su mano izquierda en dirección su rostro hasta que se coloca sobre la mía. Sonríe débilmente.

—*Ndi ma ku-konda-ni* —intenta pronunciar perfectamente.

—¿Qué eso? —Arrugo la frente. No es xhosa, tampoco afrikáans, debe ser un dialecto hablado en Malawi.

—Te quiero —murmura poco antes de cerrar sus ojos lentamente.

Se queda dormido de nuevo con mi mano y la suya sobre su rostro, hasta que también su mano cae hacia abajo despacio. Mantengo la compostura los segundos en que aún sigo acariciando su mejilla sin saber muy bien cómo tomarme sus palabras, sin saber si ha sido real o solamente producto de un delirio al verme. Ya me ha visto antes en otros episodios anteriores a este en sus visiones a causa de la fiebre, podría seguir creyendo que no soy real. Inspiro profundamente conteniendo las ganas locas de abrazarlo con todas mis fuerzas, acurrucarme a su lado dándole el calor que necesita para mejorar. Finalmente, opto por dejarme llevar y mis labios besan su frente.

CAPÍTULO XLII Lo que nace estando contigo.

Hubiera preferido quedarme con él, pero han terminado obligándome así que no me ha quedado de otra que obedecer al resto. Yuma habla con el recepcionista del hostel, aunque no parece un tipo muy amigable. Aún tengo los sentimientos a flor de piel, aunque después de su confesión no ha vuelto a despertar. Abibi y Tatenda no tardaron mucho más en regresar, pero preferí guardarme para mí las palabras que salieron de los labios de Kenan y que al principio no entendí. El cansancio hace en mella en mí.

—De acuerdo —repite varias veces Yuma con tono desagradable—. A ver, he podido conseguir una habitación para cada uno, pero estáis en diferentes plantas, pero no te preocupes Julie, yo estoy en el mismo pasillo que tú.

—No me importa dónde sea, ya os he dicho que me quedaré con él. —Paso mi mano por el rostro sintiéndome más cansada que nunca.

—Julie, necesitas descansar. —A modo de regañina, Abibi, responde—. En realidad todos necesitamos descansar.

—Por supuesto —le da la razón Yuma.

—¿Y Tatenda? —Echo la vista hacia atrás.

—Ella se quedará esta noche allí. —Yuma coge el asa de mi maleta aprovechando mi descuido.

—¿Siempre se queda allí?

—No, nos turnamos. —Yuma es el primero en moverse, pero lo seguimos de cerca—. Aunque solo lleva un par de días en Lilongwe.

—¿Tatenda? —Pregunta Abibi.

—No, Kenan. —Sube el escalón que conduce a un sinfín de escalones estrechos—. Kenan estaba en el hospital del campo de refugiados hasta que pudieron trasladarlo, de hecho, sus cosas están allí.

—Iremos a por ellas. —No dejo opción.

—Mañana puedo llevaros.

No contesto, ninguno de los dos lo hacemos. Ahora mismo solamente puedo pensar en Kenan y en que no me perdonaría jamás que empeorara y no estar con él y su madre. Llegamos a la habitación y cada uno coge camino. Tardo unos minutos en darme cuenta del deterioro, del papel pintado arrancado de las paredes, de la escasa luz amarillenta que ilumina más bien poco, del fino colchón donde dormiré el tiempo que pasé en Malawi. Posiblemente, en cualquier otra circunstancia me echaría a llorar, pero estoy tan cansada que ni siquiera me da tiempo a dejarme llevar por el encontronazo de sentimientos que me inundan. No saco nada de mi maleta, no entro ni siquiera en el seguramente sucio baño, solamente me dejo caer sobre el incómodo colchón.

Desayuno con angustia, sabiendo que en un rato va a sentarme mal, pero debo hacerlo ya que no sé cuándo comeré en el resto del día. Soy la única que lo hace todo con prisas, vestirme, preparar la mochila con mis cosas, comer... mientras tanto, Abibi y Yuma se toman su tiempo. Me ponen nerviosa.

—Sabes que Kenan va a seguir allí cuando llegues, ¿verdad? —A modo sarcástico, Abibi, intenta sacarme una sonrisa.

—Quiero saber que está bien.

—Si no fuera así, Tatenda nos habría llamado. —Yuma pega el último bocado.

Tengo muchas ganas de contestarles a ambos, pero callo sabiendo que no sería la Julie de siempre la que hablara, sino esta especie de chica incapaz de controlar sus nervios y su impaciencia. Habiendo desayunado nos ponemos en marcha, seguimos sin estar en el centro de Lilongwe ya que el hostel se encuentra nada más cruzar el río, la misma carretera que conduce al hospital. La camioneta de Yuma sigue tal y como la recordaba, en cuanto pongo un pie en ella todos los recuerdos me desbordan. Me siento detrás dejando que Abibi ocupe el asiento delantero.

Las carreteras son un horror, no hago más que botar, solamente tenemos que cruzar el río para volver a ver el hospital de nuevo, creo que anoche soñé con este sitio o quizá solo soñara con Kenan saliendo de él. Soy la primera, la que encabeza la marcha hacia el interior, me sorprende recordando a la perfección el recorrido. La sensación desoladora que también ayer capté vuelve a recorrer mi cuerpo en cuanto pongo los pies en la enorme sala llena de enfermos de malaria. Tatenda está junto a su hijo, de pie, colocando lo que parece ser un altar de flores y velas donde ya estaba ayer, aunque mucho más pequeño. No puedo evitar caminar deprisa hacia ellos, dejando muy atrás a mis otros dos acompañantes. Hoy no hace tanto calor como ayer.

—Buenos días, Tatenda.

Soy respetuosa, pero no es en ella donde me detengo realmente, continuo hacia la camilla donde descansa Kenan con la cabeza girada hacia un lado. Todo apunta a que duerme hasta que de repente su rostro se gira hacia delante y sus ojos se clavan en los míos. Sus bonitos ojos azules.

—Buenos días —responde Tatenda dándose la vuelta.

—Kenan. —Una sonrisa se dibuja en mi cara, como una niña con un caramelo.

—Hola, Julie. —Su voz ha recuperado la intensidad, ya no es el hilo de voz que ayer salía de sus labios.

—Kenan, amigo.

Yuma esquiva mi cuerpo con delicadeza avanzando hacia la cama, sin pensarlo dos veces se abalanza abrazando al chico enfermo quien sonrío sutilmente. La sorpresa es de todos, estoy segura de que ninguno de nosotros imaginó encontrarlo despierto al llegar.

—¿Cómo te encuentras? —Yuma se aparte de él.

—Aturdido —murmura—, cansado.

—Pues yo no te veo tan mal. —Yuma es incapaz de ocultar su alegría.

—Me alegra verte mejor. —Abibi se coloca a mi lado.

—Gracias.

—Ha pasado una noche estupenda. —Tatenda se da la vuelta introduciéndose a la conversación—. Dicen que si sigue así pronto podrá irse.

—Ojalá —musito esperando que nadie me escuche.

—Te veo bien. —Aún no ha desviado su mirada de mí ni un instante.

—Me encuentro bien. —Sonrío con cierta calma inundando mi cuerpo.

—Tatenda, creo que deberías ir a descansar un rato, estoy seguro de que Julie se quedará con él sin problemas, ¿verdad?

—Verdad. —Aparto mis ojos de Kenan unos segundos para ver a su madre.

—Sabiedo que está mejor me voy tranquila. —Acaricia su mejilla.

—Había pensado que Abibi y yo podríamos ir al campo de refugiados a por tus cosas —dice teniéndolo todo bajo control—, ¿te parece?

—Claro. —Abibi asiente varias veces.

—Bien, pues acercaremos a Tatenda al hostel primero y después vamos. —Va alejándose de la camilla.

Tatenda se despidе de Kenan con un dulce beso en la frente, pero no es el único en llevarse un gesto tierno por parte de la mujer del pañuelo enrollado en la cabeza, después, antes de irse tras Yuma y Abibi, Tatenda besa mi mejilla pillándome totalmente desprevenida. Vuelvo a quedarme con Kenan, aunque esta vez todo es distinto a ayer, me pregunto si recordará lo que dijo.

—Te veo mejor que ayer. —Coloco mi cabello tras la oreja.

—¿Ayer estuviste aquí? —Sus ojos me miran confuso.

—Sí.

—No tenías que haber venido. —Aunque la intensidad de su voz es mayor que hace horas, sigue sonando débil—. ¿Cómo lo supiste?

—Yuma —me limito a responder—. No podía quedarme allí sin hacer nada.

Kenan intenta mover su cuerpo entero subiendo hacia arriba, rápidamente intervengo colocando la almohada más alta y colocando mis manos entre su torso y las axilas ayudándolo a subir para levantarse un poco. Cuando me doy cuenta solo unos centímetros separan nuestros rostros.

—Te ha crecido el pelo —murmura sin dejar de contemplarme—. Estás preciosa.

—Te he extrañado. —Dejo que mi corazón hable en mi lugar.

—Siento no haberte llamado. —Moja sus labios sutilmente—. Creí que necesitabas espacio, alejarte de Sudáfrica... de mí.

Quiero decirle que no, que él siempre será mi hogar, pero en lugar de eso mantengo el silencio. Aún me duele verlo, recordar el día en el hospital, recordar a Will. Terminó soltándolo del todo, aunque permanezco junto a su cama.

—Puedo llamar a la enfermera si necesitas algo. —Esquivo el tema.

—¿Cómo está Bisa? ¿Y tu familia?

—Todos están bien. —Sonríó—. Tu madre es encantadora.

—Solo está guardando las formas. —Intenta reír, pero parece dolerle—. En cuanto la trates un poco más verás que no es muy normal.

—¿Qué es eso? —Señalo la especie de altar con flores y velas.

—Es un poco bruja —parece burlarse Kenan—, cree que así me recuperaré antes.

—Ahora entiendo que tú creas en la magia. —Me siento despacio en la silla.

—La magia te trajo a mí de vuelta —murmura.

Agacho la mirada para contemplar el suelo de la habitación, parece cemento. Junto a una de las patas metálicas de la cama unas zapatillas de tela perfectamente alineadas deben de pertenecer a Kenan dado el gran tamaño.

—¿Qué hacíais en Malawi?

—Estábamos en el campo de refugiados de Dzaleka. —Carraspea la garganta un par de veces.

—¿Os enviaron?

—Más o menos. Pidieron colaboración y aceptamos.

No me sorprende descubrir que en realidad se ofrecieron voluntarios con el fin de ayudar, Yuma y Kenan pueden ser un millón de cosas, pero lo que sin duda los hace destacar del resto es su afán de ayudar siempre a todo el mundo.

—¿Te contagiaste allí? —Levanto mi mirada contemplando los demás enfermos.

—Ajá —afirma.

—Allí muchos caen enfermos, por eso me quedé en el centro que tienen en el campo hasta que por mi condición de militar me trasladaron aquí.

Me sorprende encontrarlo tan lúcido dado el estado en el que se encontraba ayer, entre delirios y alucinaciones que ni siquiera recuerda. El enfermo de la camilla de al lado nos mira mientras hablamos, aunque por la expresión de su rostro no creo que entienda ni una sola palabra.

—Este lugar es una locura. —Evito utilizar el término horror, aunque es realmente la primera que ha venido a mi cabeza.

—No creas que en el campo es mucho mejor. —Desliza la mano por su frente.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, solo que tengo algo de fiebre y siento como si todo me pesara más de lo normal. —

Sonríe débilmente.

—Voy a llamar a la enfermera. —Me levanto de la silla veloz.

—Julie, tranquila. —Coge mi antebrazo—. Estoy así prácticamente las veinticuatro horas del día.

—Pero quizás puedan darte algo para...

—¿Así era yo contigo? —Sonríe.

Sonríe también yo, recordando esos momentos, recordando las dos agresiones y su actitud protectora casi asfixiante. Muevo mi cabeza de arriba abajo confirmando sus sospechas, lo era.

—Peor —bromeo.

—Supongo que no se ve del mismo modo desde dentro. —Arruga la frente—. Lo siento si fui demasiado...

—Solo cuidabas de mí —continúo en su lugar—, y yo cuido de ti ahora. Voy a llamar a la enfermera.

Echo un vistazo alzando mi cabeza en busca de alguna de las chicas con uniforme que se mueven por la sala de camilla en camilla. La encuentro a varios metros de donde estamos.

—Julie. —Frena mi paso—. Me alegra que estés aquí.

—No querría estar en ningún otro lugar.

Me doy la vuelta antes de que pueda decir nada más y pongo rumbo a la enfermera, con la casualidad de tratarse de la misma chica joven del tatuaje en la frente. Debe de venir de alguna aldea del interior de Malawi, quizás de alguna tribu donde se les obligue a tatuarse la frente siendo jóvenes. A medida que me voy alejando de él algo regresa a mí, una sensación de calma que no había experimentado desde mi marcha de Ciudad del Cabo, algo que solo Kenan provoca y que solamente con él tengo.

CAPÍTULO XLIII

Dime que no vas a rendirte.

Aluna echa un vistazo antes de colocarle el termómetro después de comprobar que efectivamente tiene fiebre. Espero junto a ellos sin dejar de frotarme las manos, nerviosa, a pesar de que Kenan está ahí, despierto, consciente.

—Un tatuaje increíble —dice Kenan como puede.

—Gracias.

Le echo una mirada a Kenan esperando que la entienda y no siga incomodando a la enfermera, aunque ya no sé si habla el chico de ojos azules de siempre o su parte enferma.

—¿Qué significa?

—Kenan para —le pido al comprobar que no ha entendido mis gestos—, lo siento mucho.

—Tranquila, la gente no suele preguntar, solo lo mira. —En su rostro puedo ver incomodidad—. De donde soy las jóvenes nos hacemos este tatuaje a los trece años.

—¿En serio? ¿A los trece?

A pesar de mi insistencia por evitar que Kenan siga molestando a Aluna soy yo la que me sorprendo con la información.

—Sí. —Coge el termómetro—. Es el mismo tatuaje que mi madre, mi abuela, mi bisabuela y todas las mujeres de mi familia desde hace generaciones nos llevamos tatuando en la frente.

—Es bonito —dice Kenan algo aturdido.

—¿Está bien? —Frunzo el ceño.

Aluna contempla el termómetro unos segundos más antes de apartarlo de su vista y guardarlo en el bolsillo de su camisa.

—Tiene bastante fiebre, pero es normal, sigue controlando que no suba más. —Aluna pone su mano en la frente de Kenan—. Tiene algo de sudor frío.

—Estoy bien —dice evidentemente sin mucho sentido.

—¿Qué sucede si sube más? —Comienzo a preocuparme.

—Que habrá que bajarla. —Aleja su mano de él—. Me pasaré en un rato y volveré a tomarle la temperatura. Si le sube más comenzará a delirar así que lo sabrás rápidamente.

Eso no me consuela para nada. Contemplo a Kenan mientras Aluna mira los goteros y es evidente que la fiebre empieza hacer efecto en él.

—¿Y no puedes darle algo ya para bajarla?

—Tranquila. —Intenta tranquilizarme la enfermera—. Que tenga fiebre es normal en la enfermedad con controlarla será suficiente.

—Julie. —Alza la voz.

—Creo que te llama. —Aluna sonrío—. Vendré en un rato.

Me aproximo a Kenan cumpliendo su petición mientras Aluna se aleja de nosotros. Tendré que estar pendiente de su temperatura si no quiero que empeore.

—¿Quieres alguna cosa Kenan?

—¿Cómo está tu familia?

—Kenan. —Sonrío—. Ya me has preguntado por ellos antes.

—¿Ah sí? —Arruga la frente, confuso—. Lo siento es que mi cabeza...

—No importa. —Me siento en la cama, muy cerca de su brazo—. Tienes fiebre, así que supongo que es normal estar aturdido.

—Ayer te vi —dice.

—¿Sabías que había estado? —Sonrío.

—No exactamente —murmura—, pensé que estaba alucinando.

—Sí, dijiste que me habías visto antes.

Me dejo llevar y mi mano termina sobre la suya en un acto reflejo del que no soy consciente hasta unos segundos después.

—He tenido alucinaciones estos días. —Sonrío débilmente—. Mamá me dijo que había dicho tu nombre un par de veces.

—Y aquí estoy. —Acaricio su mano.

—¿Cómo es tu vida en Inglaterra? —La sonrisa desaparece de repente de su rostro.

—Muy distinta a la que tenía en Ciudad. —Aparto mis ojos de él.

—¿Trabajas?

Aunque realmente parece querer saberlo, la boca se le queda pequeña al hablar, no sé si quiere conocer mi vida de estos meses o si lo que pretende realmente es que reconozca que le he extrañado hasta el límite. Lo he hecho.

—No, no me puse a buscar nada hasta hace poco. —Callo unos segundos—. Necesitaba tiempo para recuperarme.

—¿Qué tal la herida? —La mano contraria se planta en mi costado, donde escondo mi cicatriz al mundo.

—A veces me molesta, pero es normal. —Contemplo su mano grande sobre mi costado, algo se remueve en mi interior.

—Bisa me mantenía informado. —La deja caer sobre la cama—. Quizá hubieras preferido que te llamara a ti.

—Sabía que ella hablaba contigo.

—Julie, siento haberte dejado sola en un momento tan difícil. —Gira su cabeza hacia el otro lado apartando sus ojos claros de mí.

—Una vez me dijiste que solo me dejarías marchar cuando ya no pudieras protegerme. — Sujeto su barbilla haciendo girar su cabeza de nuevo hacia mí.

—Y ahora vienes a cuidarme. —Una media sonrisa *sexy* se dibuja en su rostro.

—Tú habrías hecho lo mismo.

Intento consolarlo, hasta que comienzo a notar calor en la mano llevándola hasta su mejilla primero y su frente después. La temperatura de su cuerpo ha ascendido rápidamente.

—¿Vas a meterme mano? —bromea.

—Kenan estás muy caliente. —La preocupación queda visible en la expresión de mi cara—. Creo que te está subiendo mucho la temperatura.

Sigo palpando su rostro sin que deje de sonreír, como si no fuera algo serio. Alzo mi vista en busca de la enfermera, Aluna o cualquier otra.

—Creo que tiene que ver con que estés aquí —sigue su broma.

—¿Te encuentras bien?

Cuando mi vista vuelve a él noto pequeños temblores en su cuerpo, en todo él. Escalofríos recorren su cuerpo sin que él parezca ser consciente de lo que sucede, como si nada de esto fuera con él.

—Julie, estoy bien.

—Estás temblando.

Aparto la sábana que lo cubre con el fin de asegurarme, pero efectivamente tengo razón y todo su cuerpo vibra muy rápido. Kenan borra su sonrisa en cuanto se percató de ello, lleva su mano a la garganta. Parpadea rápido durante unos minutos, después achina los ojos como si le costara ver bien, como cuando intentas forzar la vista. Salgo a la velocidad de relámpago hacia una de las enfermeras explicándole, como mis nervios me dejan, el estado repentino de Kenan. Al regresar, Kenan, parece estar en otro universo, así, de repente.

—Está teniendo un episodio —dice la enfermera—, hay que bajar la temperatura, hidratarlo.

Nuestro compañero de camilla, el que escuchaba atento, aunque parecía no entender nada, nos observa en silencio, con gran serenidad en su rostro. Kenan no debería estar aquí, él debería estar en Ciudad del Cabo o en Pretoria recuperándose en un hospital de verdad. Otra enfermera se suma a nosotros, para después otra más junto a una doctora de cabello claro que me pide que me hagan a un lado con cierta brusquedad, sin ningún tipo de miramiento, mientras yo controlo, o al menos eso intento, mi respiración acelerada. Me muevo impaciente intentando ver entre las cabezas y los cuerpos de las mujeres que atienden a Kenan.

—Trae toallas mojadas —pide la doctora—, rápido.

—Sí —responde una de las enfermeras antes de salir veloz.

—¿Cómo está? ¿Qué sucede? —Levanto la voz—. ¿Qué pasa?

La doctora se aleja de él aproximándose a mí, colocando sus manos en mis hombros con toda la confianza del mundo, aunque yo esquivo su cabeza desesperada por mantener a Kenan en mi plano de visión.

—Le ha subido demasiado la fiebre —explica despacio en inglés—. Está a cuarenta y dos y medio, por eso necesitamos bajársela inmediatamente.

—Hace un segundo estaba bien. —Empiezo a sentirme aturdida.

—Suele pasar con esta enfermedad. —Intenta tranquilizarme.

—Pero...

—Aquí está doctora. —La enfermera que se había marchado en busca de toallas regresa con un capazo lleno de agua y un par de toallas dentro.

—Ponérselas. —Me suelta regresando a Kenan—. Tranquila, haremos todo lo que podamos.

Choco con la pared, aterrada, con miedo a poder perderlo sin más. Respiro fuerte y seguramente demasiado deprisa. Veo como colocan las toallas en su frente y en sus brazos después de echar hacia atrás las sábanas. Recuerdo nuestro viaje a Gorah, la cabaña en medio de la nada, la mosquitera meciéndose con la brisa de la mañana. Recuerdo los besos de Kenan y su súplica por detenerlo sabiendo que él no podría poner fin.

—No baja —grita una de las chicas.

—Desvestirlo —pide la doctora.

Las enfermeras le quitan la camiseta como pueden, aunque terminan por romper un trozo para poder sacársela. Su pecho queda al desnudo y la otra mujer coloca una de las toallas empapada de agua fría sobre él. El trabajo de las mujeres que desvisten a Kenan consigue llamar la atención de mucha de las personas que nos rodean, no solo enfermos en camillas, también de sus familiares, hasta que un grupo considerable de gente contempla la escena en silencio. Cierro los ojos unos minutos, siento que me ahogo.

—Parece que hace efecto —susurra una.

—Hay que darle una habitación inmediatamente. —La doctora se aparta del cuerpo semidesnudo de Kenan—. Frida ocúpate tú de eso.

Noto unas manos en mi espalda, Aluna se ha unido a mí y al resto en un intento por consolarme.

—Tranquila —murmura como si fueran a serme de utilidad sus palabras.

—No puedo perderlo —dejo escapar de mis labios sin querer.

—No lo perderás —responde la joven del tatuaje.

La tal Frida se aparta de en medio la primera, pero pronto también la doctora se hace a un lado y solo entonces logro ver a mi chico de ojos azules y piel mulata tumbado sobre la camilla, sin camiseta, ni pantalón, con una toalla en la tripa, otras dos en las piernas y una cuarta a punto de

ser colocada por una enfermera sobre su frente. Está inconsciente, pero veo como su pecho se mueve, respirando.

CAPÍTULO XLIV

El mundo en el que vivimos.

El susto sirvió para que al menos le dieran una habitación individual en la otra parte del edificio, aunque ya no despertó en todo el día, solamente abrió los ojos unos segundos cuando ya había anochecido, pero volvió a quedarse dormido poco después. Su madre se puso a llorar como una magdalena cuando le contó lo sucedido y, fui yo, la que se encargó de consolarla como pude. Ahora pasan cada media hora a tomarle la temperatura y, aunque le ha bajado considerablemente, no baja más de treinta y ocho y medio, algo que no me tranquiliza en absoluto.

Hoy soy yo la que contempla la habitación en la penumbra, con la poca luz que llega del pasillo. Se trata de una habitación pequeña y fría, muy fría, con unas persianas de madera descuidadas que ni siquiera se suben como deberían. Las paredes están mal pintadas, puedo ver manchurroneos de pintura de otro color en la junta entre el techo y la pared, aunque la oscuridad no me permite adivinar de qué color se trata. Estoy en una incómoda silla a pocos metros de distancia de Kenan, sin poder apartar mi vista de él durante más de diez minutos. Una sombra aparece por la puerta de la habitación cegándome por completo, hasta que avanza un poco más y descubro a Aluna.

—Hola —saludo con el fin de que sepa que aún sigo despierta.

—Hola —susurra dulcemente—, ¿no descansas?

—No puedo dormir.

—Es normal, aunque él está bien, estamos pendientes.

Aluna sigue caminado hacia la camilla colocándole el termómetro como la última media hora, casi siempre es ella la que aparece, aunque en dos ocasiones otras enfermeras han venido a controlarlo. Ni siquiera sé cómo puede ver con la falta de luz.

—¿Hace mucho que trabajas aquí? —Aparto la chaqueta con la que me cubría del frío.

—Hace casi dos años y medio. —No aparta su mirada de él.

Aluna coge el termómetro después de varios minutos acercándose a su cara y al rayo de luz que entra por la puerta, aunque le resulta mucho más complicado de lo que pensaba.

—¿Cómo está? —Hago el tremendo esfuerzo de levantarme de la silla.

—Le ha bajado la fiebre —Vuelve a guardarlo en su bolsillo.

—¿De verdad? —No puedo ocultar la alegría que me produce.

—Sí, está en treinta y ocho.

Aunque ella no puede verlo, en mi rostro se dibuja una tímida sonrisa con la buena noticia. No sé cuánto tiempo tardará en recuperarse, pero es un chico fuerte así que sé que luchará con todas sus fuerzas para salir de esta.

—Gracias —avanzo lo suficiente como para poner mi mano sobre la de Kenan.

—¿Te apetece acompañarme?

Aluna espera pacientemente una respuesta habiéndose alejado de nosotros. Alterno mi mirada entre las dos personas de la habitación decidiendo mi siguiente paso. Dejar solo a Kenan no suena nada bien.

—No creo que deba dejarlo solo. —Aprieto su mano con cuidado.

—Lo entiendo, pensé que te apetecería despejarte un poco. —A su modo sigue insistiendo.

—Quizá, otro día, cuando esté recuperado.

—Claro —murmura antes de darse la vuelta, pero se detiene—, ¿tú también eres de Sudáfrica?

—Sí —respondo con la boca pequeña.

—Se escuchó mucho todo lo que estaba sucediendo por allí hace meses. —Se resiste a marcharse.

—Afectó a mucha gente.

Me afectó a mí, a mi familia, a la familia de Will. Afectó también a Kenan y a todos los que murieron asesinados a causa del enfrentamiento. Aunque he vuelto, aún no he puesto un solo pie en Ciudad del Cabo, mi avión nos dejó en Johannesburgo y de allí nos trajo a Lilongwe.

—Aquí también hay problemas. —Ahora es ella la que intenta controlar el tono de voz—. Él estaba en un campo de refugiados, de allí lo trasladaron.

—Sí, me lo dijeron. —Suelto a Kenan buscando un acercamiento con ella.

—Vienen refugiados de todas partes buscando asilo en Dzaleka. —Echa la vista atrás temerosa.

—Así se llama el campo donde él estaba. —Señalo con mi cabeza al Kenan dormido.

—Es uno de los campos de refugiados más grandes que hay en Malawi.

Aluna sigue hablando, pero por su tono de voz es evidente que no debería seguir haciéndolo. La situación en todo el continente africano siempre ha sido muy delicada, lo aprendí en la escuela, pero también me llevé una buena lección con mi propia experiencia.

—Me gustaría ir al campo de Dzaleka. —Aprovecho que Kenan duerme para confesarlo, sé que si estuviera despierto no le agradecería demasiado la idea.

—Yo vengo de allí —confiesa—. Mi familia huyó de Ruanda cuando era adolescente y terminamos en el campo de refugiados.

—Tuvo que ser muy duro.

—Vives sin nada, sin que nada sea tuyo. —El tono de su voz ha dejado de ser dulce para convertirse en una voz rasgada—. Mi hermana murió de sida con dos años y mis padres también años después.

—Lo siento muchísimo. —Agacho la mirada hacia el suelo.

—Cuando me dijeron que lo traían de allí, que había ayudado, que era militar...

Aluna no continúa, no sé si por miedo o simplemente porque el recuerdo le hace demasiado daño. Sé lo que es eso.

—Pero mírate, eres enfermera, ayudas a la gente. —Miro a Kenan unos segundos y me alegra saber que ella ha cuidado de él todo este tiempo.

—Si quieres puedes venir conmigo a Dzaleka, mañana tengo que ir.

—Me encantaría.

—Pues descansa un poco, necesitarás tener fuerzas.

Se marcha de la habitación dejándome allí de pie mientras contemplo como se aleja hasta desaparecer. Junto mis manos heladas en busca de calor. No tenía intención de ir hasta que él hubiera mejorado más, pero después de ofrecerse a llevarme con ella no he podido negarme. Tatenda y Abibi pueden quedarse con Kenan, ahora que mejora, Yuma tendrá que cumplir con su trabajo, quizá incluso me lo encuentre en el campo de refugiados.

Quedo impresionada con la desolación y el vacío que percibo nada más bajar del vehículo. Aluna ya no lleva el uniforme de enfermera, en su lugar unos pantalones y una camiseta, aunque el pelo sigue llevándolo recogido en una especie de moño cardado. Me veo obligada a quitarme la chaqueta en cuanto camino un poco a causa del calor. Todo está desértico, cabañas hechas de barro y paja se levantan del suelo, muy de vez en cuando algún árbol seco aparece en el camino. Nos ha traído Zimbe, un viejo amigo de Aluna que trabaja como profesor en la escuela del campo de Dzaleka. No estamos muy lejos de Lilongwe, la capital de Malawi, pero lo suficiente como para sentirme en medio de la nada. Muchas de las mujeres que atienden a sus hijos en la puerta de las cabañas nos contemplan curiosas, aunque imagino que en realidad a la que observan es a la extranjera de piel clara. Junto a una de esas mujeres un hombre con un chaleco azul parece ayudarla.

—¿Quiénes son? —Señalo con mi mirada al hombre.

—Son de UNHCR, son los que llevan y ayudan por aquí. —Aluna levanta su mano saludándolo —. Zimbe también trabaja para ellos.

—El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados —añade Zimbe sin saber que nos escuchaba.

Continuamos caminando, de vez en cuando nos encontramos a gente a nuestro alrededor, pero no nos detenemos en ningún momento. Todo es barro. Cada rincón, hasta los niños con los que nos cruzamos tienen su ropa manchada de barro. Zimbe nos adelanta para saludar a un grupo de personas que charlan, algunos también llevan puesto el chaleco azul. Giro mi cabeza, algo llama mi atención, se trata de una fuente construida, un muro de barro y cemento de donde salen tres tuberías con grifos. Varios niños y alguna mujer llenan de agua potable sus garrafas amarillas y azules mientras sus pies se ensucian con el barro mojado. Uno de los niños me observa apoyado en el murete de donde salen los grifos. Está de pie, aunque inclinado hacia delante sus brazos cruzados sujetan la cabeza.

—Debes estar impresionada. —Aluna desvía su mirada.

—Lo estoy —confieso sin poder dejar de mirar al pequeño.

—Me gustaría verlo todo, ver la escuela, el centro de salud, las casas...

La mujer que llenaba su garrafa se hace a un lado al rebosar el agua, en su lugar se coloca un crío.

—Por supuesto. —Suenan asombradas—. Creo que ese no puede dejar de mirarte.

Habiéndose percatado de nuestro cruce de miradas, Aluna, decide intervenir acercándose a la fuente donde el chico se encuentra. Le dice algo, aunque no escucho nada desde donde estoy, pero regresa segundos después con el muchacho detrás.

—*Molo*. —Me animo a saludar en xhosa.

—Bongsisi entiende un poco de inglés —responde Aluna en su lugar.

—Bons... —intento pronunciar sin éxito.

—Bongsisi —dice el chico.

Bongsisi debe de rondar los trece años, lleva puesta una chaqueta de chándal amarillo que alguna vez tuvo que ser blanco, su cabello se parece muchísimo al pelo de Kenan, aunque un poco más enredado, pero en sus ojos solo puedo ver bondad reflejada. La inocencia de un niño.

—Hola Bongsisi. —Me agacho un poco, pero no mucho dado que soy una chica más bien de estatura baja—. Mi nombre es Julie.

—Julie —repite con rostro serio.

—Bongsisi es un buen chico. —Aluna pone su mano sobre la cabeza del muchacho.

—Estoy segura de que sí. —Sonrío.

—¿De dónde eres? —Pregunta sin dejar de mirarme de arriba abajo.

—Vengo de Ciudad del Cabo, ¿sabes dónde está? —Intento a toda costa usar palabras sencillas, expresiones que pueda entender. El chico niega con la cabeza—. En Sudáfrica.

Bongsisi mira a Aluna con el ceño fruncido como si algo de esta conversación no le cuadrara en su cabeza. Supongo que a un niño que nunca ha salido de un campo de refugiados tiene que sorprenderle que una chica de piel blanca venga de Sudáfrica, que sea su vecina.

—Es cierto. —Apacigua Aluna sus dudas—. Julie es de Sudáfrica y su novio también. Quizá lo hayas conocido, estaba aquí. Se llama Kenan.

Bongsisi niega con la cabeza por segunda vez. Parece tímido, aunque avisado. Aluna me sonrío sabiendo la confusión que debe de tener el chico en su cabeza.

—Oye, Bongsisi, ¿me enseñarías tú todo esto? Tu casa.

Una media sonrisa se dibuja en su rostro. Primero contempla a Aluna, después a mí, y de repente coge mi mano sin temor y tira de ella despacio. Voy tras él dejándome llevar.

CAPÍTULO XLV

Dzaleka.

La primera parada la hacemos en una de las cabañas del campo después de habernos adentrado por una especie de calle improvisada con casas a cada lado, todas muy juntas, dejando un estrecho pasillo entre ellas. Finos troncos de árboles hacen la función de pilares y sujetan parte de los tejados de pajas dejando una pequeña terraza antes de entrar. Una mujer mayor se encuentra sentada en un taburete de madera en la puerta de la cabaña donde Bongsisi nos ha llevado, por la expresión de su rostro y la gran cantidad de arrugas debe de ser una mujer de avanzada edad. Observa todo en silencio, encorvada, con una sonrisa agradable en su cara.

—*Habari bibi* —dice el muchacho acercándose a la mujer y dándole un tierno beso en la mejilla—. Esta es mi *bibi*.

Bongsisi parece haber relajado su expresión seria, casi como si no comprendiera mis palabras, y en su lugar un niño sonriente de nariz gruesa ha aparecido de repente.

—Es su abuela —murmura Aluna en mi oído.

—Es un placer, señora.

Me inclino hacia delante a modo de reverencia mientras la mujer se limita a observar en silencio. Lleva puesto un vestido de colores oscuros y un pañuelo envolviendo su cabello, muy similar a los pañuelos que Tatenda utiliza. Echo un vistazo a mi alrededor como si de repente hubiera saltado y aterrizado en un mundo distinto al mío, hace tan solo unos cuantos días tomaba un café junto a mi prima en una moderna cafetería del centro de Sprotbrough, y hoy, estoy en medio del desierto, en una nada donde la gente ha levantado sus casas con trabajo, con lo único que la tierra les daba.

—¿De dónde vienen? —Aluna se dirige a la mujer pronunciando muy despacio.

—Mi *bibi* no entiende inglés. —El joven tampoco lo habla demasiado bien—. Nosotros venimos Congo.

—¿Hace mucho que vinisteis a Dzaleka? —Intento hablar despacio.

—Hace tres años.

—*Habari* —dice de repente la mujer—. *Jina langu ni Kimani*.

—No entiendo ni una palabra, ¿qué idiomas es? —Bajo el tono de mi voz dirigiéndome a mi acompañante.

—Apostaría que swahili —responde al instante—. ¿Qué es lo que ha dicho?

Tanto Aluna como yo nos quedamos inmóviles con nuestra vista en Bongsisi, quien permanece a nuestro lado sonriendo.

—Se ha presentado, ella es Kimani —traduce él—. *Yeyé Aluna, yeyé Julie*.

La mujer sigue sonriendo, pero no responde a su nieto. No entiendo swahili, aunque deduzco

que debe habernos presentado ante ella. Bonglisi continúa hablándole en el idioma que ninguna de las dos entendemos, pero pronto vuelve a coger mi mano introduciéndome en la cabaña que es ahora su hogar. Una habitación no muy grande hace la función de comedor y cocina, pero puedo ver una segunda habitación a mano derecha y un finísimo colchón sobre el suelo. Deduzco que todas las casas de este campo de refugiados serán iguales. Todo está perfectamente recogido y colocado.

Al salir de allí seguimos por la estrecha calle al tiempo que nos cruzamos con varias personas, veo un grupo de chicas jóvenes reunidas frente a una de las casas, sonrían al vernos pasar.

—¿Toda esta gente tuvo que dejar su hogar?

—Sí, Julie. —Aluna sonrío, aunque en el fondo solo veo reflejado en sus ojos la tristeza—. Dzaleka se convirtió en el hogar de muchas personas que huían de la guerra, del hambre. Bonglisi solo es uno de los miles de niños que viven aquí.

—Es abrumador. —Sigo contemplando mi entorno—. Tanta gente.

—¿Cómo es tu vida en Sudáfrica?

—Muy distinto a esto. —Trago saliva recordando todo.

—Te llevaré donde se alojan los voluntarios como Kenan. —Sé que intenta animarme y lo consigue en parte.

Salimos del conjunto de casas hacia un espacio al aire libre donde un grupo numeroso de niños corren de un lado a otro levantando el polvo del suelo seco. Con ellos, un chico y una chica con chaleco azul juegan con los pequeños dirigiéndolos hacia un lado y otro. Bonglisi saluda a unos chicos levantando su brazo, ya me he percatado de su forma de caminar, casi dando botes, a paso ligero como si tuviera prisa por llegar a los sitios.

—Esta es mi escuela. —Señala con la mano el edificio que hay en frente de nosotros.

—Bonglisi, ¿te gusta ir a la escuela? —Me coloco a su lado.

—Sí, me gusta mi profesora.

Esquivamos a los niños que juegan, muchos nos miran curiosos, y cuando ya casi hemos alcanzado el edificio, la mujer de chaleco azul que jugaba hace unos minutos se aproxima a nosotras despacio. También ella destaca sobre el resto de gente, una mujer de cabello rubio, muy rizado y piel extremadamente blanca, los niños parecen adorarla.

—*Moni bwenzi!* —Se lanza a los brazos de Aluna dándole tres besos en la mejilla—. Hola, soy Paulette.

—Paulette, ella es Julie —Aluna me presenta.

La mujer rubia extiende su mano ofreciéndomela. Bajo el chaleco azul un pantalón de color marrón y una camiseta blanca.

—Un placer. —Sonrío—. ¿Eres maestra?

—Sí, intento enseñar algo a estos pequeños. —Echa la vista hacia atrás—. Tú, ¿eres nueva?

—¡Oh no! Julie solo ha venido a conocer el campo.

—¿Y qué te parece? Hacemos lo que podemos con los recursos con los que contamos, cada vez más escasos.

—Creo que necesito más tiempo para asimilarlo todo.

Me parece maravilloso que personas de todos los rincones del mundo dejen su hogar con el fin de echar una mano en un sitio como este, pero hay tanta pobreza, hay tan poco que necesito algo más de una hora para asimilar lo que veo.

—Suele pasar. —Me tranquiliza—. ¿Quieres ver la escuela?

—Sí, claro, creo que Bongsisi nos llevaba allí.

Miro a mi lado, pero Bongsisi ya no está, ni siquiera sé en qué momento se ha marchado. Lo busco entre la gente hasta que lo encuentro charlando con tres niños más que deben rondar su misma edad. Nos miran y señalan.

—Bongsisi es un trasto. —También Paulette lo busca—. Pero no importa os la enseño yo.

Avanzamos sin nuestro guía hacia la escuela, un edificio no demasiado grande, aunque al menos parece ser de cemento y no barro como el resto. Su infraestructura parece más sólida y resistente.

—¿Cuántos maestros hay?

—Debemos de ser unos... ¿cinco? —Mira a Aluna, pero ella no sabe qué responder—. ¿Tú eres maestra?

—Bióloga. Trabajaba con pingüinos en Ciudad del Cabo.

—Interesante —murmura la mujer rubia con nombre francés—. ¿Y qué te ha traído a Malawi?

—Kenan —respondo como si supiera de quién se trata.

—Él es soldado y estaba aquí con el ejército echando una mano hasta que enfermó.

Aluna cuenta la historia muy resumida, sin saber todo lo que hay detrás. Aluna no puede contar que tuvimos una historia de amor que nació en una camioneta con destino Simon's Town, tampoco que Kenan me llevó de viaje cuando me agredieron por defender a una chica de color y a mi amiga, ni que por eso mismo me apuñalaron en plena calle, ni que perdí a mi mejor amigo. No sabe que estuve un año en Inglaterra mientras intentaba huir de todo lo que me hacía daño. Aluna no puede decirle que solo Kenan ha logrado que vuelva a mi tierra.

—¿De qué enfermó? ¿Se encuentra bien? —Frunce el ceño.

—Malaria, está en el hospital de Lilongwe recuperándose.

—Pues espero que lo haga. —Vuelve la vista al frente—. Por aquí es muy habitual enfermar. Hay mucha gente enferma de VIH y Sida, pero también la malaria hace estragos.

—Los recursos no son suficientes para todos —se le escapa a Aluna.

No respondo, porque es algo que desconozco, en realidad, algo que desconocía hasta que visité el hospital donde Kenan había sido trasladado y me encontré con la cruda realidad, la cantidad de enfermos, las condiciones en las que se encuentran y los pocos médicos y enfermeras que trabajan allí haciendo todo lo que pueden.

Cruzamos la puerta azul de la escuela, una mujer joven con un bebé en brazos al que arroja con cariño se hace a un lado una mujer. Dentro, algunos sentados otros corriendo, una docena de niños ignoran nuestra presencia. La pared de la derecha, la del fondo, está decorada con un hermoso dibujo de la sabana africana, con cebras, pájaros volando y árboles en una bonita forma de alegrar el espacio. Una mujer con una especie de bata de color rosa habla con los niños más pequeños, pero no entiendo lo que dicen.

—¿Qué idioma hablan? —Presto atención.

—Es muy difícil en un sitio como este enseñarles un idioma, la mayoría hablan el que su familia usa en casa y hay personas de todas partes de África. —Paulette camina hacia uno de los bancos de madera que hay junto a la puerta—. Se intenta que aprendan el inglés, pero también el nyanja ya que es una de las lenguas principales en Malawi.

—No hay muchas que puedan ayudar con el inglés. —Aluna apoya la espalda en la pared.

—En realidad los voluntarios escasean —dice Paulette entre dientes.

Una pequeña niña corre hacia ella, pero antes incluso de alcanzarla, Paulette ya espera sentada en el banco con los brazos abiertos esperándola. La niña se abalanza y Paulette la rodea colocándola sobre sus piernas. Le dice algo, imagino que en ese idioma nyanja al que se ha referido hace un segundo. La niña me mira tímida escondiéndose entre sus brazos.

—¿De dónde eres, Paulette?

—Vengo de Francia, de Saint-Brieuc, al norte del país. —Besa la cabeza de la niña—. ¿Has estado alguna vez en Francia?

—No, nunca.

—Muchas veces lo echo de menos, —La añoranza se dibuja en su rostro—. Pero entonces los miro y me digo a mí misma que mi labor aquí es mucho más importante que la que pueda hacer allí, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo —murmuro.

—No tienen nada. —La besa una vez más antes de bajarla al suelo—. La primera semana que estuve aquí pensé que me moriría, pero ahora...

—Pero ahora es tu hogar —continúo por ella.

—Exacto —dice sorprendida—. Parece que sean mundos distintos, planetas distintos, pero en cualquier momento puedo coger un avión y llegar a la bella ciudad de París. Ellos no pueden, ni siquiera saben que la vida es tan distinta fuera de aquí.

—Es duro —Aluna interviene—. Gracias a gente como Paulette estudié enfermería, salí de aquí. Kenan es un hombre estupendo, que haya venido aquí sin más para ayudar le hace serlo.

—Lo sé —respondo sin ningún tipo de duda—. Siempre cuida de todos.

—Aluna lo sabe bien. —Paulette se levanta con brusquedad del banco de madera—. Aún queda mucho trabajo por hacer.

Miro a los niños ajenos al mundo real que les espera ahí fuera, una parte de mí se hace pequeña cuando pienso en que quizá, muchos de ellos ni siquiera lleguen a cumplir mi edad y que, si lo hacen, su vida será muy diferente a la mía. Algo se remueve en mi interior, algo que hasta ahora ni siquiera había experimentado antes.

—Bueno, será mejor que te lleve a las casas de los militares y voluntarios. —Aluna se aparta de la pared.

—¿Todos están juntos? —Arrugo la frente.

—Normalmente los militares se alojan en otro lugar, fuera de Dzaleka, pero cuando vienen voluntarios de otros países se les da la opción de alojarse con los de las ONG y otras asociaciones que colaboran.

—¿Está muy lejos?

Salimos de la escuela encontrándonos de nuevo el gran grupo de niños jugando al aire libre. Veo a Bonglisi de inmediato, se ha unido al resto.

—No mucho —responde Aluna—, ¿vienes Paulette?

—No, me quedo. —Sonríe—. Ha sido un placer, Julie.

—Gracias —respondo amablemente.

—Espero que Kenan se recupere pronto.

—Sí, yo también.

CAPÍTULO XLVI

¿Y si al final el destino jugó su papel?

Haber podido comer con Tatenda me ha permitido conocerla un poco más, parece una mujer muy interesante, de esas que siempre tiene una historia que contar. Se parece tan poco a mi madre. Hablamos fuera, en el patio de la entrada mientras tomamos un poco de aire, Yuma se ha quedado con Kenan dentro y, Abibi, se ha marchado a nuestro hostel en busca de su teléfono.

—Sabes, Julie, sabía que vendrías.

—¿Cómo lo sabías? —Sonríó evitando las distracciones que nos rodean para así poder prestarle atención.

—Lo sentí. —Se lleva la mano al pecho.

—Kenan me dijo que crees en la magia, ¿así lo supiste?

—¿Tú crees?

No la conozco demasiado todavía, pero sé que no necesita escuchar lo que ella opina, Tatenda quiere saber mi opinión más sincera.

—Creo que Kenan me ha hecho creer.

—Siempre fue un niño muy especial. —Coge mis manos entre las suyas sin previo aviso, sin esperármelo—. Julie, ¿vas a volver a marcharte?

—No —respondo sin vacilaciones—, me quedo con él.

—Bien. —Una media sonrisa se dibuja en su rostro—. Aún necesitará un poco más de tiempo para recuperarse del todo.

—Pues habrá que tener paciencia.

Muy cerca de nosotras pasa un hombre con un niño de unos seis años en sus hombros, ambos ríen por lo que me hace pensar que aquel al que visitan hoy se pondrá bien. Me contagian la sonrisa. Malawi es un país extraño, pero he comenzado a sentir cierto encanto de algún modo. Aluna también ayudó en ello con la visita guiada por el campo de refugiados, donde pude conocer algún compañero de Kenan, todos ellos me pidieron que le diera recuerdos de su parte.

—Presiento que todo irá bien. —Tatenda alza las cejas, curiosa.

Sigo sonriendo a pesar de todo. A pesar de que Kenan sigue enfermo en el hospital, aunque la visita a Dzaleka fue más impactante de lo que habría imaginado, sonrío a pesar de seguir echando de menos a Will cada día.

—Quizá deberíamos regresar. —Miro hacia atrás.

—Me parece bien.

Podría hacer el recorrido de memoria, el camino que me lleva a Kenan y que he recorrido varias veces al día desde que llegué hace días. Kenan continuó con algún que otro episodio de

fiebre hasta que simplemente su propio cuerpo se reguló por sí solo. Me habló de su año sin mí, me contó que las cosas fueron mejorando en Ciudad del Cabo lentamente gracias a un cambio de actitud del Gobierno que ayudó en gran medida a la vuelta de una relativa normalidad. Después de aquello regresó a Pretoria y de allí lo destinaron al campo de refugiados de Dzaleka un par de semanas después, decía que necesitaba algo lo suficientemente importante como para estar distraído. No pensar en mí cada segundo. No pensar en lo que había dejado atrás. En mi caso, Amy y Mitch se convirtieron en mi distracción particular, lo único que me hacía dejar de pensar en Will y sus últimas palabras, en su confesión poco antes de dejar de respirar, en aquel «te quiero Julie», que repetía en mi cabeza una y otra vez sabiendo que yo tuve que ver en su muerte. También me hacía olvidar a Kenan de algún modo, no volver a saber de él también cambió mi vida de la noche a la mañana, pero nada importa ahora que la vida o el destino o lo que sea nos da esta segunda oportunidad.

Avanzamos por el pasillo donde se encuentran las habitaciones del hospital, algunas conservan el número en la puerta, pero la mayoría no lo tienen, lo han perdido. La de Kenan es la diecisiete. Tatenda es la primera en entrar, pero la sigo muy cerca, para nuestra grata sorpresa Kenan se encuentra de pie agarrado a su perchero metálico donde cuelga el suero y cogido de la mano de Yuma. Los dos sonríen.

—Se lo diré —dice Yuma en voz alta.

—Kenan. —Su madre sigue caminando hacia él hasta abrazarlo sin que él ponga resistencia.

—Si no me levantaba de esa cama me iba a dar algo —dice él antes de que ninguna de las dos podamos decir nada.

—¿Y a ver quién le dice que no? —Yuma aprieta los labios poco conforme.

—Aluna dijo que me vendría bien caminar —refunfuña.

Tatenda se aparta pudiendo acercarme a él despacio. Está mucho más delgado, pero la expresión de su rostro ha cambiado por completo, sé que en algún momento soltará alguno de sus habituales comentarios.

—Había olvidado lo alto que eres —bromeo sacando una sonrisa a todos.

—Y eso que ahora ha menguado. —Yuma suelta una carcajada.

Kenan le lanza una mirada amenazadora que sirve para que su fiel amigo deje de reírse a su costa y termine lo que empezó, llevar a Kenan hasta la incómoda silla donde he dormido varias noches. Intento ayudarlos, pero parece tenerlo todo controlado.

—Creo que ya me he acostumbrado a los cuidados.

—Pues no te acostumbres más. —Yuma lo suelta cuando Kenan está al fin sentado—. Que esto no te va a servir de excusa para recoger las cosas.

—No le hagas caso. —Tatenda los mira como si ambos fueran sus hijos—. Estaremos para lo que necesites.

—Sí, bueno. —Aparta la mirada de él.

Yuma termina por apoyar su espalda en la pared y cruzar los brazos a la altura de su pecho, es la primera vez que lo veo con el uniforme militar puesto, le da un aspecto más rudo, más tosco.

—¿Has sabido algo de Abibi? —Tatenda echa mano a los goteros a punto de acabarse.

—¿Yo? —El militar se señala a sí mismo. Tatenda asiente—. No, la verdad es que no sé nada de mi primo desde que se ha ido.

—Pues ve a llamarlo —ordena Kenan.

—A sus órdenes, mi sargento. —Yuma aparta su cuerpo de la pared colocándose erguido.

Todos vemos marchar a Yuma de la habitación sacando el teléfono de su bolsillo, aunque no marca hasta estar fuera. Tatenda no puede dejar de mirar a su hijo.

—*Ma*, será mejor que busques a Aluna, está a punto de terminarse el gotero. —Mira hacia arriba consiguiendo que las dos lo hagamos también.

—Lo entiendo. —Pone su mano en la mejilla de Kenan—. Quiere que os deje solos.

—No es...

—No importa, voy a buscar a la enfermera.

Minutos después de que Yuma haya abandonado la habitación, es Tatenda la que lo sigue de cerca dejándonos solos. Kenan no deja de mirarme, pero yo tampoco puedo apartar mis ojos de él.

—¿Has vuelto a ir al campo?

—No, iba a ir mañana con Abibi.

Camino hacia la pared queriendo buscar algo donde poder apoyar el peso de mi cuerpo mientras sigo de pie cerca de Kenan.

—Es muy diferente a lo que conoces, ¿cierto?

—Sin duda.

—Julie, ¿puedes alcanzar esta bolsa que hay ahí? —Kenan gira parte de su cuerpo hacia atrás señalando una bolsa negra escondida tras la silla, en un rincón de la habitación.

No tardo ni unos segundos en cogerla, no pesa nada, aunque abulta bastante. No sé desde cuándo está esto ahí detrás, pero hasta que Kenan no lo ha mencionado ni siquiera lo había visto.

—¿Qué es? ¿Algo que quieres que lleve al campo de refugiados? —Le entrego la bolsa—. ¿Sabes que conocí a algunos de tus compañeros? Me dieron recuerdos para ti.

—Espero que se comportaran como caballeros —murmura sujetando la bolsa entre sus manos.

—Sin duda Kenan ha vuelto —bromeo entre dientes.

Mete sus manos dentro sacando algo envuelto en papel de regalo, algo grande que no puedo imaginarme de qué se trata por mucho que le doy vueltas en mi cabeza a las opciones.

—Esto es para ti. —Me hace entrega de la cosa extraña.

—Pero ¿qué es?

—Tú ábrelo —me pide sonriendo.

Cojo el regalo entre mis manos emocionada, ni siquiera espero a ponerme más cómoda para poder abrirlo, comienzo a quitar el papel de regalo como una niña de cinco años en el día de Navidad. El primer tirón se lleva un buen trozo de papel, pero no es hasta la segunda vez que lo quito cuando descubro de qué se trata. Me quedo inmóvil unos segundos alternando mi mirada entre mi regalo y Kenan.

—¿En serio? —Sonrío.

—En cuanto lo vi supe que tenía que comprártelo. —No puede ocultar la alegría que le hace dármele al fin.

Desenvuelvo un peluche de tamaño considerable, un pingüino adorable y blandito que estrujo contra mi pecho en cuanto lo libero de tanto papel.

—Me encanta. —Vuelvo a mirarlo.

—Lo sé. —No esconde su alegre sonrisa—. Ahora podrás acordarte de mí cada vez que lo veas.

Clavo mi vista en él sorprendida al descubrir que Kenan sigue creyendo que me marcharé cuando todo esto acabe, cuando salga de aquí.

—¿Lo compraste sin saber si volverías a verme? —murmuro emocionada.

—Lo compré porque sabía que volvería a verte. —Aparta sus ojos azules de mí—. Solo quería asegurarme de que alguna vez pensarás en mí cuando te encuentres con él.

—No necesito un pingüino de peluche para acordarme de ti.

—Julie. —Borra la sonrisa de su rostro clavando su mirada en la mía de nuevo—. No puedo pedirte que te quedes conmigo.

—Yo no te he dicho que me lo pidas.

Avanzo hacia él hasta encontrarme cara a cara, con él el tiempo no pasa, es como si todo se detuviera en ese instante, como si los doce meses fueran solo un lejano sueño.

—Pero...

—He estado pensando. —Esquivo la silla dirigiéndome hacia la ventana—. Todo el trabajo que se hace en el Dzaleka es asombroso y es evidente que no tienen mucha ayuda.

—¿Qué estás insinuando? —Lo escucho, aunque no lo veo.

—Quizá ayudar a otra gente me ayude a mí también. —Miro el patio donde hace un rato Tatenda y yo hablábamos sobre él—. No voy a engañarte, Kenan, aún pienso en Will.

—Lo entiendo —susurra.

—No sé cuánto tiempo más voy a necesitar para no hacerlo. —Me doy la vuelta—. No sé si lo haré algún día.

—Julie, no tienes que dejar de pensar en él. —Gira la mitad superior de su cuerpo con el

propósito de verme—. Yo no voy a pedirte que lo olvides.

—Lo sé —musito.

Me aproximo a la silla hasta chocar de bruces con ella, solo entonces me acuclillo con el fin de tener su cara a la misma altura que la mía.

—Puedes volver a casa si así lo quieres.

—Yo ya estoy en casa —murmuro—. Mi hogar está donde estés tú, Kenan. *Ndi ma ku-kondani*.

Kenan se echa a reír como si hubiera dicho una locura, aunque sé que lo he pronunciado bien porque Aluna me enseñó a hacerlo cuando le pregunté.

—¿Se puede saber cuándo has aprendido tú a decir eso?

—Aprendo rápido —bromeo.

—Ven aquí. —Coge mi mano dulcemente arrastrándome hacia él hasta que me quedo sentada sobre sus piernas.

—Tú me lo dijiste cuando creíste verme en una alucinación.

—¿De verdad? —Mira hacia arriba avergonzado—. No pienso volver a tener alucinaciones nunca más.

—No creo que eso funcione así. —Río.

—¿Y qué más te dije? —Moja sus labios sensualmente.

—Me lo tradujiste.

—Aprendí nyanja en el campo de refugiados, algunas palabras sueltas.

—¿Y quién te enseñó a decir te quiero? —Arrugo la frente.

—Nadie. —Ríe—. Les pedí que me dijeran cómo se decía.

—Tendré que aprender algo de nyanja. —Aparto mis ojos de él unos breves segundos.

—¿Así que te quedas?

—Quizá.

Sonríó sin poder apartar mis ojos de él. En Sudáfrica siempre ha estado mi casa, ahora, contemplando sus ojos... es, sin duda... mi hogar.